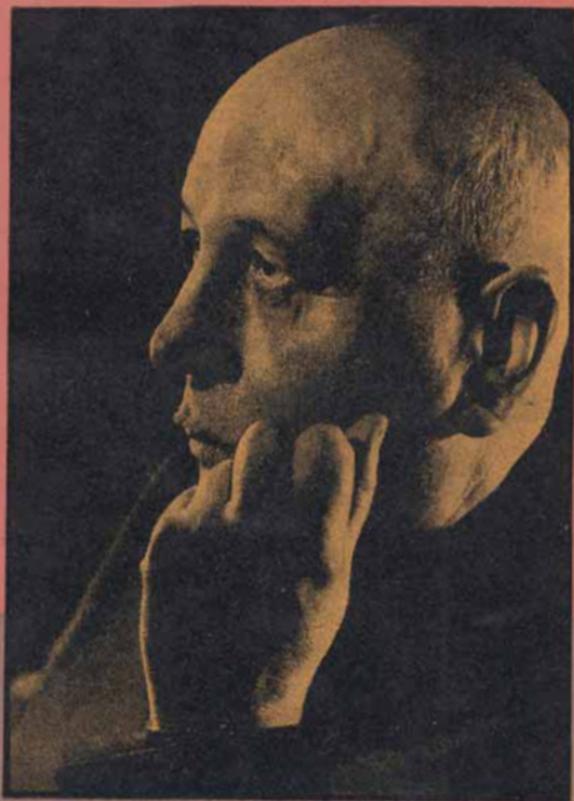


memorias de un

TOLSTOYANO



FERNANDO

SANTIVAN

ZIG-ZAG

MEMORIAS DE UN TOLSTOYANO

por *Fernando Santiván*

Un grupo de escritores y artistas admiradores de Tolstoy decidió formar una colonia de adeptos a las teorías de éste y fundó en San Bernardo la Colonia Tolstoyana. En esta obra, Fernando Santiván, uno de los más ilustres miembros de esa colonia, nos presenta la época con escrupulosidad documental, abriendo ante nosotros un mundo complejo de arte y belleza, de amor al trabajo manual y a la tierra, como base de salud e igualdad.

Junto al nombre del autor están los de Baldomero Lillo, Carlos Mondaca, Pablo Burchard, Rafael Valdés, Rafael Correa, Ortiz de Zárate y sobre todo el inolvidable D'Halmar. Admiradores de la moral y de la filosofía de Tolstoy, se unieron para cumplir una de las más profundas teorías del gran escritor ruso: "la irresistencia al mal", oposición espiritual de justicia y mansedumbre a la fuerza bruta.

Una larga etapa de la vida de Santiván está íntimamente entrelazada con la del artista y escritor Augusto D'Halmar. Siente el autor —opinión unánime en aquel entonces— una gran admiración por este escritor determinante de su época, que estimuló sus primeros pasos por el camino de las letras.

"Memorias de un Tolstoyano" es una obra de gran interés documental, social y artístico, hábilmente mezclada con escenas vívidas y realistas, crudas a veces, pero no exentas de sentimentalismo y emoción. Fernando Santiván, el admirable creador de "La Hechizada" y de "El Mulato Riquelme", demuestra así, una vez más, su maestría de narrador y de estilista, que con justicia lo ha colocado entre los primeros escritores de Hispanoamérica.

Empresa Editora Zig-Zag

Portada de Daniel Marshall.

Memorias
de un
TOLSTOYANO

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

Es propiedad. Derechos
reservados para todos los
países de habla española.
Inscripción N.º 17089.
Copyright by Empresa
Editora Zig-Zag, S. A.
Santiago de Chile,
1955.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

SANTIAGO DE CHILE, 1955.

FERNANDO SANTIVAN

Memorias

de un

TOLSTOYANO



Z I G - Z A G

Portada de DANIEL MARSHALL.

Fernando Santiván,
el hombre, el escritor

HABLO DE SU VIDA

CONOZCO a Santiván desde mi juventud.

Nacimos el mismo año, a fines del siglo pasado. Pertenecemos, pues, a la aurora del siglo XX.

El nació en Arauco; yo, en Cobquecura, costa sur de la provincia del Maule.

El azar nos hizo encontrarnos en Parral, tierra adentro, lejos de Arauco y lejos de Cobquecura.

Ambos descendemos directamente de españoles; él, de castellanos viejos, de Torrelavega; yo, de vascos de Plencia.

Conocí al padre de Fernando. Era un hombre alto, recio, de ademanes desenvueltos y decididos. Mi padre, auténtico vasco del litoral, un pincho (1), como ellos dicen, era hombre de carácter alegre y trato afable.

Montañeses y vascos son casi vecinos en la península, y así como allá se entienden, se entendieron mi padre y el suyo en la villa destartalada de Parral. No era agradable, sin duda alguna, este aldeón semicolonial que fundó don Ambrosio O'Higgins a fines del siglo XVIII.

Me producía la sensación de un viejo poncho de huaso, deshilachado y roto, con sus casonas sin estilo, sus torcidos tejados y sus calles disparejas, negras de barro en los inviernos y rojas de polvo en los veranos.

Recuerdo las ruidosas acequias que corrían al borde de las aceras y a los dependientes, criollos o españoles, echando agua a la calzada mediante palas de madera, hechas con

(1) Elegante, cuidadoso en el vestir.

las tablas de los cajones viejos. Así protegían del polvo sus casinetas, sus ponchos y sus monturas.

Parral era un pueblo fundamentalmente agrícola.

Una fértil llanura, abundosa de agua, que venía del Perquilauquén y sus afluentes, producía trigo y cebada y ganado de calidad en sus potreros de engorda y en sus veranadas cordilleranas.

De esa fertilidad vivían tiendas y almacenes de vascos y de castellanos, y por una curiosa coincidencia, que a lo mejor no lo era, castellanos y vascos fueron también los fundadores de la villa y los dueños de encomiendas de la región. A los Urrutias e Ibáñez los substituían ahora los Urias y los Machos.

La cordillera, estampada en un cielo lejano y desvaído, era un muro azul con su alero de nieve o simplemente un amontonamiento de nubarrones grises en los días de lluvia.

Nunca he olvidado, en tal forma me impresionó a mí, costino de origen, la emigración de los choroyes que cruzaban el cielo en primavera, llenándolo con su estridente chilladiza.

Tenia Parral no sé qué de campamento, de improvisada fundación y el pintoresquismo de los huasos ricos y el clima moral de sus temperamentos primitivos y brutales.

Carreras de caballos, famosas en el sur, topeaduras, gritos y cuecas, comilonas copiosas, potrillos espumantes de vino, reír de empanadas fritas en las sartenes, y, en el Club Social, fortunas perdidas al punto y banca y al bacará.

Era un furor dionisiaco, un desborde de pasiones elementales que multiplicaba las mancebías, llenas de recias mujeres, tan gritonas e insaciables como los hombres. Tamboreo de guitarras, cantos destemplados, cuecas zapateadas. La remolienda era un matiz típico del pueblo. Esta perversión ruidosa, a base de arpas y de vino, no nos alcanzó. Posiblemente por la sangre, tan cercana todavía a Europa. Además, nuestros estudios de humanidades nos ligaban con la capital, donde suponíamos la cultura y el porvenir, no al pueblo retrasado y vulgar.

Hicimos nuestra vida de adolescentes casi aislados. El descubrimiento de un estero, que pasaba de largo a una cua-

dra del pueblo, en viaje al Perquilauquén, llenó nuestras tardes juveniles.

No lejos del camino había un remanso que sombreaban viejos sauces llorones. Cantaban diucas y zorzales en sus guirnaldas verdeclaras, y en la superficie oscura del agua dormida, el sol se entretenía en dibujar arabescos de oro e iluminar, a la acuarela, las alas de los matapijos.

El grupo que se bañaba todas las tardes en el estero lo constituían un hermano de Fernando y mis hermanos. Fernando era el capitán por decisión unánime. Manejaba autoritariamente a la pequeña escuadra, que le obedecía sin protestas. El más rebelde era yo, y en su concepto, el menos temible, por mi endeblez. Mis manías de niño regalón lo llenaban de asombro. El hubiera querido, era una forma de afecto, que yo lo imitase en sus gestos audaces, en sus aventuras atléticas.

Fernando fué un enamorado de la vida sana, al aire libre, de los deportes, en una palabra, porque en su fuerte constitución se cuajaba un temperamento hecho para el combate, el de un luchador nato. Martin Eden, del norteamericano London, tiene cierta similitud con el carácter y las aficiones de mi amigo.

Yo siempre justifiqué su impulsividad de hidalgo montañés, la rápida decisión de golpear al contrario en muchas ocasiones, porque un gesto despectivo o una respuesta innoble lo ponía fuera de quicio.

Enseñó a nadar a su hermano y a los míos, con una paciencia abnegada, casi paternal. Era el modo como se exteriorizaba su fuerza inteligente, su don de mando.

Su asombro fué considerable cuando me vió cruzar a nado el remanso.

No se imaginó que el adolescente, mimado de la mamá, tuviera esos conocimientos del arte de nadar; pero Fernando no sabía que yo recibí, muy niño, el bautismo del río, costumbre de los guanayes, origen medio indígena, que consistía en arrojar a los novatos al cantil. El cantil era una especie de muro formado por la corriente del Maule en las arenas acumuladas, antes de llegar al mar. Tenía diez o doce metros de profundidad en casi toda su extensión, a muy corta distancia de la playa. El que era empujado al cantil, nadaba

o se abogaba si no había cerca un amigo que lo arrastrase del pelo, como un trapo, hacia la orilla. En la arena botábamos el agua tragada y el miedo para siempre. Aprendíamos a nadar de golpe y porrazo, con un método tan convincente.

Los guanayes nadaban como los peces, es decir, alargando el brazo izquierdo hacia adelante y el pie derecho hacia atrás, a modo de aletas, no como las ranas, que rompen el agua con los dos brazos a la vez, tal que si quisieran estrecharla contra su corazón.

Santiván nos aleccionó para que nadie entrase al rincón, bajo los saucos. Siempre alguno estaba de guardia. Pero una tarde se adelantó un grupo de muchachos, hijos de zapateros y albañiles de las afueras.

Después de una corta lucha, Fernando, desnudo de cintura a arriba, abuyentó a los intrusos, que huyeron con sus ropas bajo el brazo, a través de los potreros.

Al finalizar las humanidades se despertó inesperadamente la afición literaria que ya teníamos en la sangre y en el espíritu.

Yo alineaba unos malos versos clásicos; Fernando, poemas en prosa, con tendencia a la narración. Leíamos mucho. El, buenas novelas, rusas y francesas; yo, folletines disparatados.

Habíamos descubierto en una revista una frase de Taine que nos sobrecogió: El que una vez coge una pluma en la mano, ya no la vuelve a soltar.

No la comentamos siquiera. No había para qué; pero ahora, pasado casi medio siglo, se me aparece como un augurio fatal, irremediable, que complace y atormenta al mismo tiempo, agrídulce veneno que más gusta mientras más se bebe.

Comprendíamos en forma confusa que el escritor, el novelista, sobre todo, tenía una misión que cumplir en un país recién nacido (no hay que olvidar que los naturalistas nos lo habían enseñado), y esa misión era interpretar al medio y al hombre de Chile.

Es, justamente, la paridad de ideales lo que nos ha unido hasta hoy, a pesar de las diferencias temperamentales.

Era necesario ser sincero, dentro de las limitaciones individuales, y, lógicamente, no tomar en cuenta la opinión de

los que nos rodeaban y hasta cierto punto las de los críticos profesionales.

Santiván, más que yo, ha prescindido de la opinión ajena e incluso la ha vapuleado valientemente.

Ni él ni yo nos arrepentimos de lo que hemos hecho, ni de los errores, que fueron experiencia, ni de los aciertos, que fueron regocijo.

Hemos amado y hemos vivido, y algo hemos hecho, creo yo, por nuestro país.

El fervor que nos dominaba se cristalizó entonces en una revista que vendíamos entre nuestros parientes y relaciones parralinas.

Se imprimió mediante una pasta de gelatina, que se endurecía en una caja de latón, del tamaño de un pliego de papel de escuela. Llamaban a ese procedimiento polígrafo, si mi memoria no me engaña.

Le dimos a nuestra revista el nombre de "El Ruisenñor".

Hoy lo juzgamos cursi, desde el balcón de la sesentena, porque era imposible titularlo "El Cernicalo" o "La Diuca", a causa de que los huasos y los rotos han desprestigiado con su incisivo gracejo los nombres de esos pájaros, pero debemos agregar, en descargo de nuestra ingenua adolescencia, que la palabra ruisenñor era un lazo con Europa, con el romanticismo eterno, con el despertar del espíritu a las bellas ilusiones y a las pasiones generosas.

Ya Fernando ha contado en sus "Confesiones de Enrique Samaniego" la historia de la revista, de la rubia y la morena, que eran nuestras musas, y del tragicómico fin del polígrafo, por mi inhabilidad.

Recuerdo que la mayoría de esos números, escritos a mano por Fernando, en perfilada letra que conserva más que el pelo, se imprimieron en el campo, en un pequeño pabellón octogonal de la casa del fundo de su padre, y al escribir estas líneas, siento que la siesta estival, con su ruido de chibarras y de trinos huidizos, llena mi corazón de luz como se llenaba el viejo pabellón de "Los Olivos".

Fernando, desde esos lejanos quince años, intuyó su futura personalidad de novelista, y, más tarde, salvo un paréntesis sin mayor importancia para su obra, en la época de D'Halmar.

permaneció fiel a su ceñida observación de la realidad y a su ingénita condición de poeta.

Aquellas casitas blancas en medio del bosque, las manos comprensivas de la compañera rubia, el sonar de los arroyos y el color de los atardeceres son la raíz de "Ansia", de "La Hechizada" y de numerosas novelas cortas de Santiván.

Yo, en cambio, estaba desorientado por completo. Inventaba inverosímiles intrigas (lo importante era que tuvieran mil páginas), con títulos como "La Hija del Mar o El Diario de un Contramaestre", "El Secreto de una Monja o Los Misterios de un Viejo Convento" y otras tonterías por el estilo.

Había que ver las dificultades en que ponía a mi amigo para encajar fragmentos de esos novelones en una hoja o dos de la revista.

No se irritaba Fernando, ni me decía ninguna imperitencia. Me hablaba con cierto tono sentencioso, ligeramente protector (posible herencia de Castilla otra vez), de que debía contar lo que me ocurría y no inventar esas fábulas que nada tenían que ver con mi vida. Y debo confesar que tomé, más tarde, muy en cuenta el amistoso consejo. Era mi inexperiencia la que me hizo concebir esas bobadas y mis lecturas, porque en casa se arrumaban pirámides de novelas por entregas de Luis de Val y de Ortega y Frías, con las que Bindis inundó a Chile en esos tiempos.

Hoy observo que algo tenían que ver conmigo, a pesar de todo. En un viejo cuaderno, donde hay dos capítulos de "La Hija del Mar", pinto a un viejo constructor cascarrabias, mi abuelo francés, que más tarde iba a resucitar, sin muchos cambios, en mi novela corta "Un Hijo del Maule".

Durante un verano posterior, casi no vimos a Fernando en el pueblo, y nos hacía falta. Lo añorábamos y lo añoraba el remanso, bajo su verde techumbre de sauces llorones. Lo suponíamos en romántica aventura con la hija de un hacendado o con una veraneante en las Termas de Catillo. Un día lo divisamos con un hermoso traje ciudadano y un cumplido sombrero de paja sobre la abundosa melena, y en otra ocasión pasó al galope, hacia el campo, flotando al viento una manta blanca de verano.

Pero más tarde supimos que Fernando se había hecho canuto, y era como el discípulo predilecto del albañil Zúñiga (tal vez un exégeta, como dicen ellos), del abnegado grupo de adventistas parralinos que, como sus cofrades del mundo, esperan pacientemente la llegada del Mesías.

Me lo imaginaba interpretando algún versículo de la Biblia, con sus ojos verdes iluminados y desordenada la copiosa melena veinteañera. Yo no dudé de que mi amigo, siempre amigo de las innovaciones y sincero apóstol de la solidaridad humana, creyese sinceramente en el adventismo o en el descenso del Espíritu Santo a la tierra, según los pentecostales; de que esto sea lo que piensan los pentecostales no estoy muy seguro, pero Fernando amaba las bellas cosas de la tierra, como yo, y entre estas bellas cosas a las mujeres, y aunque no logré cerciorarme, conocía a la hija del adventista Zúñiga y admiraba sus ojos ingenuos, en violento contraste con la curva atrevida, de su pecho y con las medias naranjas de sus caderas.

Años más tarde, al encontrarme con Santiván en Santiago y compartir a veces el medio en el cual vivía en San Bernardo, el de Augusto d'Halmar, ocurrió un hecho semejante en la Colonia Tolstoyana.

El mismo Fernando me lo ha contado y hemos reído de buena gana al recordarlo.

De vuelta del sur, en una experiencia colonizadora que D'Halmar contó humorísticamente en "El Mercurio", los catecúmenos, que habían tomado en serio la doctrina tolstoyana, incluso el voto de castidad, vivieron en un solar, cedido por Magallanes Moure, alcalde entonces de San Bernardo.

Fernando, contraviniendo la palabra dada, le hizo el amor a una muchacha que vivía en los alrededores, y en la noche, furtivamente, abandonaba el campamento para reunirse con ella.

Se oían entonces voces sordas, rechinadas entre dientes, coléricas, que pronunciaban palabras como éstas:

—¡Miserable!

—¡Traidor!

—¡Mujeriego!

Santiván, en esos años, escribía con profunda fe en la misión social del escritor. Vivía en la casa de D'Halmar, en

San Bernardo, y con una hermana de Augusto se casó después.

Fué él quien me presentó a D'Halmar, cuya elegancia y finura espirituales nos embriujaban. Todos los escritores de ese tiempo, incluyendo a Pezoa y a Ignacio Pérez Kallens, sufrimos su influencia directa o indirectamente. Sobre todo por su actitud desafiadora frente a la sociedad. Fué una especie de representante de los artistas y su misión consistió en dignificarlos, en darlos a conocer, como un elemento útil en la vida de un país.

Gesto revolucionario, sin duda alguna, porque el instante histórico de Chile, pleno auge del salitre, era la idolatría a los dioses del lujo y de los placeres fáciles.

D'Halmar se aislaba en San Bernardo, pero con frecuencia iba al Ateneo, y, elegantemente trajeado de negro, recitaba, con su pastosa voz de barítono, unos monólogos, cercanamente imitados de Poe y de su "Corazón Revelador".

Reconocíamos todo su maravilloso genio verbal, la originalidad de las imágenes y, sobre todo, el ritmo de una nueva prosa, que se alejaba del academicismo hispano, algo manido, para acercarse a Flaubert y Maupassant.

Es la importancia de D'Halmar en la evolución de nuestra prosa narrativa. Un cambio de frente, un viraje en redondo, como dicen los marinos; y los escritores actuales, sin que se den cuenta, son sus herederos y algo le debe cada uno.

Poco después, D'Halmar se fué al Perú, luego a la India, y por último vivió en España.

Como el vilano de cardo de su historia, dejó caer en Chile su semilla y él siguió, descaminado, enfermo, peregrino (1), hacia otros horizontes.

Santiván, hombre de acción, proyectó y publicó revistas; lo obsesionó durante muchos meses la fundación de una Casa o Club de Escritores, antecedentes de la actual Sociedad; viajó a Antofagasta a dirigir un diario; abandonó, a raíz de la primera guerra europea, una alta situación periodística, la dirección de "La Nación", nada menos, ofrecida por don

(1) Versos de un soneto de Góngora que D'Halmar recitaba a menudo.

Eliodoro Yáñez, y se fué al sur de Chile, a dar conferencias sobre Alemania, y tuvo tiempo, aún, para amar y escribir novelas.

Este espíritu luchador es, sin duda, una de sus características psicológicas más salientes, y para interpretar su creación literaria la considero fundamental.

Años más adelante, Santiván dejó definitivamente a Santiago y compró una hijuela a orillas del lago Villarrica. La bautizó "Isla de Róbinson", y este nombre explica ya un estado de alma. Había terminado para siempre con los círculos literarios, pero no con sus amigos y camaradas de entonces y de siempre.

En tal forma se compenetró Santiván con ese medio primitivo, que en poco tiempo el escritor santiaguino parecía un colono más en las hijuelas de Molco y de Lonquén, a la orilla occidental del lago, pero un colono que tuviese el mágico privilegio de convertir en arte sus experiencias cotidianas.

Fué por esos años que lo visité. Lo vi actuar de médico en muchas ocasiones. Era para los colonos como un brujo, situado en el término medio entre un médico y un curandero. Daba remedios y consejos higiénicos gratuitamente, o ponía inyecciones, y oí muchas veces a los colonos decir en voz baja:

—Privan mucho pu'aquí los remedios de on Santiván.

Gran conocedor de la vida de los colonos, y consciente de su ignorancia, aun en las cosas más elementales de la tierra misma donde vivían, ensayó una escuela de campo, de acuerdo con las necesidades de esa región, donde aún los árboles recién caídos llenaban los potreros y el trigo y el pasto crecían entre hoyos fangosos y tocones carbonizados.

Experiencia originalísima narrada en su libro "Escuelas Rurales" y que, por desgracia, los teóricos dirigentes de nuestras escuelas ni siquiera saben que existe.

Desde muchacho, Fernando fué un apasionado de la carpintería. Lo oí decir muchas veces que el escritor debía conocer un oficio cualquiera. Era como un lazo con el obrero o el artesano, influencia de Zola o de Tolstoy, posiblemente, o quizá como Goethe, que dejó de escribir para dibujar, pensó que el lápiz y la estompa hacían las ideas más claras y las imágenes más vivas.

Hoy, en Valdivia, este banco carpintero se ha convertido en una fábrica de muebles, de la cual Fernando conversa como de una novela o de un cuento que está planeando. Y creo que este equilibrio entre la fantasía y la realidad observada, casi vivida, es lo que ha conservado la potencia creadora en la literatura de Santiván. Desde luego, no existe el obstáculo de la retórica ni tampoco deforma el estilo el desaliño de la improvisación.

Una amiga común, que ha leído a Santiván y lo estima, me dijo hace poco:

—Muy merecido el premio a Fernando. Cuando lo leo me da la sensación de que lo que cuenta me ha sucedido a mí alguna vez.

HABLO BREVEMENTE DEL ESCRITOR Y SU OBRA

Tengo para mi uso personal una fórmula infalible y al alcance de todos. Divido a los escritores en dos grandes grupos: los escritores vertientes y los escritores vasijas.

Hago extensiva mi clasificación a la poesía, a la crítica y al ensayo. En estos últimos es donde más abundan los escritores vasijas.

Escritores vertientes son, para mí, los creadores, los que amasan la vida y los que manan, a modo de un manantial espiritual, sangre y luz; escritores vasijas son los que siempre reciben y los que en su escondido rincón aderezan, y dan como propias, ideas de otros.

Es el mal de que adolece la moderna novela francesa y casi toda su actividad intelectual, y para la cual escribió Taine estas palabras: "Desgraciada la literatura en que un estilo, un sistema o una manera de juzgar están al alcance de todos. Entonces esa literatura está perdida".

Por desgracia, en América es incalculable el número de los escritores vasijas que, demasiado europeizados, obstaculizan la evolución de una literatura directa, propia de países en formación y donde no existe, en realidad, una verdadera tradición literaria.

El escritor que observa ingenuamente, con ojos de personaje y no de autor, el medio en que él vive y fija ese medio con sus características y su color y al mismo tiempo con

los héroes, sus amigos o conocidos, que nacen por primera vez a la vida literaria, es el que interesa, aunque los ambientes academizantes o pedagógicos los juzguen con cierto tono despectivo.

Es el caso de Gilardi, en Argentina, y de sus originalísimas novelas sobre las afueras de Buenos Aires. Y Gorki, en Rusia, y Steinbeck, en los Estados Unidos, y en la vieja Inglaterra, Lawrence, que convirtió en epopeya el drama del sexo, pertenecen a los escritores que abandonan las fórmulas y cuentan únicamente la vida.

Y así el paisaje de un país nuevo y el alma vieja de los nuevos jóvenes, aparecen como tipos recién descubiertos, y la vida, con su fiebre creadora y con su acción violenta, predomina sobre un arte de narrar, tan antiguo como el mundo.

En la obra de Santiván, especialmente en su primera etapa, el autor no es un simple espectador ni un intérprete del trozo de vida que intenta contar. Interviene apasionadamente en el relato y odia o defiende a sus personajes.

Es como un estado de trance, muy frecuente en los escritores de la época postnaturalista.

El novelista o el dramaturgo quieren libertarse del romanticismo aún vivo, y, al mismo tiempo, no caer en la vulgaridad de los detalles pequeños. Y sin que se lo proponga, la ficción se convierte en autobiografía y el escritor convive con sus propias creaciones, suponiéndolas reales.

La ficción no es sino una manera de confesarse, y la confesión es una novela sin dejar de ser ficción. Y estriba en esto la originalidad precisamente.

Santiván tiene de los naturalistas (¿y quién no?) el don de observar metódicamente la vida que está a su alcance; pero, como acabo de decir, la intervención del autor en la novela lo aproxima a los postnaturalistas, a Mirbeau, por ejemplo, con el que Santiván tiene muchos puntos de contacto.

En "Palpitaciones de Vida", entre otros cuentos de calidad, figura "El Vengador", aguafuerte que recuerda a Poe, a Hoffmann y al propio Mirbeau.

Pueblo de la Frontera. Noche de lluvia. En la sala de juego de un club, en torno a un tapete verde, se juega al bacará entre ganaderos argentinos y chilenos.

Abí mismo, hace algunos años, se suicidó un hombre, a quien persiguió la adversidad. Amigos y conocidos lo abandonaron en ese instante crítico.

El que apuesta, junto a esa mesa de juego, como un enviado del más allá, recuerda a sus contendores la voz y el gesto del suicida.

En la fiebre del juego, el muerto y el vivo parecen el mismo.

Estilo nervioso, de toques rápidos, de certeras imágenes, funden lo real y lo fantástico en un claroscuro alucinante.

Hago notar los aciertos de Santiván cada vez que se dejó arrastrar por ese impulso caballeresco, tan castellano, de tomar el partido del derrotado o del humilde.

Y sus personajes, arraigadamente chilenos, adquieren una magnitud universal por la sangre tibia de humanidad que los anima.

Quiero recordar, también, la novela "Ansia", en mi concepto injustamente preterida.

Es una de las pocas novelas chilenas que pintan la vida de los escritores y músicos de Santiago.

A todas luces, el título tiene carácter simbólico. Santiván sintetiza en esa palabra la angustia del artista que goza y agoniza, en el sentido de aferrarse a la vida, de no morir, para crear su obra e imponerla a un público indiferente u hostil.

Y en "Ansia" vuelve a coincidir Santiván con Mirbeau, porque "El Calvario" del autor francés es, también, la trágica lucha de un artista, a quien impide realizar su obra una mujer desleal, sin inteligencia y de instintos depravados.

Santiván me leyó "La Hechizada" en Playa Ancha, a fines de 1915, cuando dirigía en Valparaíso la revista "Sucesos".

Me dió la impresión de que algo que no conocía de Chile se me revelaba por primera vez en vocablos que oían a campo y expresaban virilmente el odio o el amor.

En "La Hechizada" utilizó el novelista el mismo procedimiento que en "El Vengador", pero en un medio diverso, en la soleada amplitud de la campiña.

En "El Vengador" hay no sé qué de agresividad, de desquite, de rudo desafío a la sociedad, y en "La Hechizada",

el aroma de las cosas idas penetra de nostálgica poesía la vieja casa patronal, los dorados paisajes del valle central, y, sobre todo, la figura de La Hechizada, a quien dió Santiván el significativo nombre de Humilde.

Baltasar, joven temerario, intenta despertar a la bella dormida, sin conseguirlo, y tampoco importa, porque lo que cuenta es el gesto valiente, abnegado, de librar a la hechizada de su hechizo.

En "El Crisol" y en "Robles, Blume y Cia.", Santiván intenta una interpretación de la sociedad santiaguina a principios del siglo.

de En "El Crisol" hay páginas de las mejores del autor y de nuestra literatura; la que describe la fundición de metales en la Escuela de Artes y Oficios, por ejemplo.

Estas dos novelas de Santiago explican muy bien la ideología de Santiván en ese instante de su vida y su concepto de la novela.

Santiván tiene fe en el mestizo, español y mapuche, que supone la reserva étnica de Chile. No desprecia a la clase alta. Es, por raza y por espíritu, un aristócrata, pero duda del nuevo joven de la clase alta, del dandy. Piensa, como Baudelaire, que el dandy no sirve para nada, ni nada realiza; pero admira en cambio a la mujer, siempre que se distancie del señorito y se acerque al hombre de pueblo, en el que fuerza y acción son ingénitos.

Santiván coincide en esto con Lawrence, que simboliza la supervivencia de la especie, al macho, en una palabra, en un soldado vagabundo, en un indio mexicano o en el jardinero de una finca inglesa.

En el cuento "En la Montaña", que figura en la colección de ese mismo título, observamos otro ejemplo de la técnica habitual del novelista, pero el ambiente ha cambiado una vez más.

Es quizá el primer ensayo de Santiván interpretando el sur de Chile, el nuevo sur, la tierra conquistada al bosque y al indio, y donde fijará, en adelante, el escenario de todas sus novelas.

Por sus características de sana femineidad, Hortensia es hermana de Humilde. No es una niña inexperta, ni la ingenua que actuó bajo un hechizo, pero es la víctima señalada

por el señor montañés, dueño de cuerpos y de almas en su rincón.

Y Juan, el sobrino del terrateniente, se hermana psicológicamente con Baltasar, al prestarle toda su ayuda a Hortensia para que escape del fundo.

Esta frase del novelista, intercalada en el relato: Corre, corre, yegüita mansa; corre firme, que piernas ágiles te persiguen, es típica en la primera fase técnica del autor.

Hay un compás de espera en la producción de Santiván al radicarse definitivamente en el sur.

Menesteres agrícolas por un lado, en un bijuela en que había que limpiar de troncos los potreros, y, además, el estudio atento de nuevos paisajes y de nuevos hombres, que no conocía tan bien como los hombres y los paisajes de su primera época.

Observo, ahora, una contención, una disciplina espiritual, sin que las características esenciales de su temperamento hayan variado. Se han transformado más bien. El afán alegórico, sobre todo en la selección de los títulos, casi siempre poéticas síntesis del contenido total de cuentos y novelas, persiste aún, aunque a veces no se logre por completo. El autor se oculta en los bastidores de su creación y no quiere mezclarse con sus personajes.

"Ansia" significó, en los comienzos de su vida de escritor, angustia creadora. "Charca en la Selva", en su segunda etapa, es el drama de un paisaje y su habitante y del invasor que intenta dominarlos.

El colono armado de su hacha y de su ambición, el tendero en su ávido mostrador, el funcionario que negocia, destruyeron la bravia virginidad de la selva y del mapuche hermano del árbol y del río, la encharcaron con la voracidad de sus apetitos y con la vileza de sus intrigas de explotadores.

Libro rudo y violento, "Charca en la Selva", de áspero verismo, a pesar de sus fallas de técnica y estilo, quedará como un testimonio vivo de la colonización de la Frontera, a la orilla de los lagos y de los ríos cordilleranos.

Pero es en "La Camará" donde Santiván ha penetrado más hondo en la psicología de la raza y donde llegó a la perfección en su arte de novelar.

Ante todo, la originalidad del tema.

Sobre la conquista de la selva no hay en nuestra literatura muchos antecedentes, ni existen tampoco precursores literarios. El novelista ha debido crearlo todo: paisaje, caracteres, estilo, técnica.

El escenario de "La Camará" es un acierto: un camino, junto a las hijuelas, y el drama, en la lucha del caminero, hermano del balseiro de los ríos y del carrilano del valle central, con el colono o hijuelero de la tierra, ayer no más arrebatada a la selva. Se enfrentan de nuevo, y en un nuevo Chile, el roto anárquico y el buaso conservador, enraizado en la tierra.

Ranchos a la margen de un lago. Carretera que se construye a lo largo de las pueblas primitivas de los colonos.

Lucinda, moza o manceba de un colono, es el alma del pequeño campamento. Rudamente bella y rudamente fiel a su hombre.

Todos la desean, sin embargo. La cerca una sensualidad contenida, que se disfraza de atenciones o estalla en súbitas peleas.

Con un gesto altivo, ella se defiende. Ni se siente ofendida ni da ocasión para que la cortejen.

Y el grupo de peones desalmados, sin Dios ni ley, termina por respetarla primero y adorarla después. Lo mejor de sus almas oscuras resplandece en la palabra con que la designan: la camará.

Lucinda, en un grado más elemental, tiene los atributos de abnegación y de femineidad de todas las heroínas de Santiván.

Los carabineros, un día, se llevan a los peones a Villarrica, después de una trágica reyerta en el camino.

Uno de ellos se despide de Lucinda y le dice:

—En el rincón de la rancha está el paquete.

Lucinda no entiende. El caminero explica con humilde ternura:

—Los zapatos, pues, para sus piecitos.

Rasgo de generosidad colectiva que sublima los instintos de unos hombres rudos y fieros, al cerciorarse de la lealtad de la mujer que ellos acosaron durante los días y las noches del campamento.

Por la sencillez de la expresión y por la seguridad del trazo, recuerda "La Camará" a los cuentos de London y a aquel relato de Bret Harte, "De cómo Santa Claus llegó a Simpson's Bar", en que el minero Dick Bullen atraviesa un río, durante una tormentosa noche de Navidad, para dejar unos juguetes rotos y mojados en la cama de un niño.

MARIANO LATORRE

PRIMERA PARTE

*Antecedentes Personales
del Autor*

LA AMANTE POBRE

HACE tres años tuve una enfermedad que me hizo sentir una mano helada sobre el cuello y escuché una voz; como sopló de invierno, que me decía: "Es la hora, Fernando, es la hora".

La "mano helada" y el "soplo de invierno" son figuras retóricas: me he propuesto en estas páginas huir, en lo posible, de literatura, la peor enemiga de la humilde verdad, de esa verdad que pasa por nuestra vida como huésped vergonzante, oculto en pliegues de telones teatrales. Quisiera hacer invisible el lenguaje y que el dolor se viese como en un acuario, la vida verdadera en transparencia de aguas y cristales. ¡Orgullosa pretensión!

Tengo cuarenta y cuatro años (1). ¿Es posible? ¡Si me parece fué sólo ayer cuando reventaba de soberbia por los poros de mis exuberantes primaveras! ¡Con qué desprecio pisaba sobre las florecillas del campo, con qué desdén ponía en el ojal de la solapa rosas tempraneras u orquídeas de invernadero!

La "mano helada" me hizo sentir que ese rodar ruidoso de mis años idos había terminado de pronto. Las horas alegres no volverían a sonar sus campanitas de plata, las horas melancólicas y graves no dejarían oír su voz de bronce. ¡Nunca más, nunca más!... En mi paseo despreocupado por el mundo, hallaba, de pronto, como término de recuerdos

(1) Este libro se comenzó a escribir en 1930, después de una enfermedad en que el autor estuvo a punto de perder la vida (N. del E.)

vivididos y de esperanzas proyectadas sobre la noche del futuro, un foso de infinita profundidad en cuyas sombras se mezclaban el vacío, el misterio, la nada, el término de pasado y porvenir.

Una sala de clínica, calor de estufa, muebles blancos, niqueladas herramientas, delantales níveos de médicos y enfermeras, máscaras de narcótico que llena el cerebro de fríos olores de fruta y la dulce sensación angustiosa de que se cae en un planear de ascensores hacia una región lechosa a donde llegan las voces del mundo, lejanas y sonoras. ¡Vida, adiós!

¡La muerte física no es trágica, no!... La "mano helada" sobre el cuello es simplemente figura de retórica. La muerte es olvido del pasado y del presente, suave transición de la conciencia a la inconsciencia, en cuyo arcano mueren odios y amores, recuerdos y esperanzas. Es terrible para los que viven, inocua para los que mueren.

Durante mis días de clínica, ya convaleciente, tuve un sobresalto. Sólo entonces prendió en mi cerebro la noción exacta de que mi vida pudo haber terminado. A los cuarenta y un años, Fernando Santiván, periodista, habría puesto término a la siembra estéril de cuerpo y espíritu en gran número de tareas contradictorias, cuya dudosa utilidad nadie echaría de menos cuando una pequeña lápida cubriese el agujero de la extensa muralla de nichos a perpetuidad.

¿Qué cosa quedaría detrás de mí? Un puñadito de libros míseros, larga sucesión de "promesas", serviría apenas para que veinte años más tarde algún crítico erudito se diera el placer de desenterrar, a modo de curiosidad, el esqueleto literario de un prójimo que vivió entre el año 1886 y el de 1927 y que, según su perspicacia, habría tenido la manía de verterse en forma de garabatos de tinta sobre carillas de papel.

Y toda esa vida acumulada en cuarenta y un años, todo ese prodigio de amar, esos encantamientos de pensar, dormir y despertar, ese milagro de vivir, ¿no significarían nada para los hombres de mañana?

Se apoderó entonces de mí un afán de burlar la muerte. Era preciso, era *preciso* que no muriesen esos días vivididos tan desprecupadamente, con tal criminal inconsciencia, con superficialidad de pájaro migrador. Y, con apresuramiento, me puse a la tarea de salvar del pasado los hechos de mi vida,

triviales o profundos, como en un incendio se arrojan por la ventana catres, colchones y estatuillas de mármol delicado.

¿Serán de utilidad para alguien estas confidencias? Siento conmiseración al contemplarme a mí mismo, pegado a la costura de la tierra, como parásito microscópico al cuerpo de un gigante, procurando amasar con mis manos la pasta de una obra artística que perdure a través de los años. ¿Para qué, Señor? Es verdad que somos grandes, misteriosos, insondables, considerados como fenómeno universal; pero, ¡cuán míseros en nuestra forma de seres aislados!

¡Soñemos, alma, soñemos! ¡Es preciso olvidar la pequeñez de nuestra existencia, y seguir la ruta que nos trace la oscura senda de nuestro anhelo, sintiéndonos enormes cuando somos diminutos, creyéndonos útiles cuando no servimos más que la yerbecilla que pisa nuestra planta, creyendo hermosa nuestra labor cuando no vale más que los hilos que tejen las incansables arañas!

*

* * *

He de comenzar por uno de los hechos más culminantes de mi vida. Culminación relativa, por cierto, pero que no dejaré de considerar como tal, porque fué puerta decisiva en lo espiritual, camino en la pureza de intenciones ideológicas, trampolín de impulso para saltar a la carrera literaria, iniciación en la amargura, escepticismo y rudeza del abismo trascendente de la vida.

Mucho se ha comentado aquella aventura de mis dieciocho años, y no son pocas las carillas, doradas de fantasía, que se han escrito a propósito de esos acontecimientos ingenuos, juveniles y hasta ridículos, que tuvieron por actores a un grupo de muchachos, y por escenario, los alrededores de la capital. Maluenda ha puesto sus mejores pinceladas cáusticas en aquel cuadro exótico e inexplicable en nuestro ambiente; Daniel de la Vega y Enero Espinosa esbozaron sabrosos comentarios pintorescos, más o menos ajustados a la verdad, y Joaquín Edwards Bello tejió, alrededor del mismo tema, la chispería multicolor de su imaginación voluntariosa y voluble. Pero nadie ha escrito aún la verdad completa. Y llamo verdad completa aquella que posee lo hermoso, delicado,

espiritual de las acciones humanas, y, a la vez, lo que tienen de mezquino, grosero y nauseabundo. Se cae en una de estas verdades porque se posee un modo romántico de mirar la vida, o, simplemente, por escasez de datos para considerar el conjunto. Estos detalles que faltaron a otros escritores son los que pretendo agregar en estas carillas.

Siento un temor casi religioso al penetrar en el parque añejo y abandonado de mi existencia. Así, a la distancia y en el misterio, es acaso más bello para mí y para los demás. Tomar con mano ruda los objetos que pertenecieron a la Bella Durmiente sería acaso romper su encanto: pulverizar las esferas de cristal que brillan multicolores en las avenidas, convertir el sueño apacible de las estatuas que pueblan sus bosquecillos en muecas inarmónicas y descompasadas. Las pensativas lagunas pueden transformarse en charcas pútridas y los pájaros dormidos deshacerse como embalsamados habitantes de museo, corroídos por la polilla.

Se acusa de falta de imaginación a los escritores del país y a los chilenos en general. ¡Ay! Yo casi me duelo de que la tengamos en demasía. Nos espolea tanto al fantasear, que el patio de la casa paterna nos parece estrecho y salimos por llanos y montañas en busca de andanzas extraordinarias que consumen la vida en brasas sin objeto. Lo que se ha llamado nuestra inconstancia no ha sido más, la mayoría de las veces, que tormentoso rebullir de pensamientos bajo la caldera del cráneo y continuo planear de la imaginación en atmósferas imposibles.

Nuestra romántica boda con esa dama pobre que se llama literatura, ¿no es la mejor prueba de platonismo, idealidad y espíritu aventurero?

Tenía apenas ocho años cuando sufrí pena de encierro y chicote por amor a las letras. Fué en el año 1894, como alumno de los Padres Franceses de Valparaíso. Había hurtado a mi madre el libro, entonces en boga, "Almacén de las Señoritas" y leía con avidez en la sala de clase el cuentecillo "La Bella y la Fiera", cuando percibí a mi espalda la cálida irradiación sanguínea del padre Venancio, y, luego, un acento bordelés que me decía: "Santiván! . . . ¡Ah, ah! . . ., ¡leyendo libros prohibidos!" La trompeta del Juicio no me hubiera causado mayor espanto ni pude pasar de una abstracción más

encantada a una más cruda realidad: una hora de rodillas en la sala del padre ministro, en espera de la fatal sentencia, con los brazos en cruz y un librote en cada mano; luego, doce "guantes", doce heridas en la palma de las manos, doce rayos fulmíneos que me hicieron enloquecer de dolor...

Más tarde, ¡qué ardores sufrí por culpa de esta dulce amante imaginativa, qué de amenazas, castigos y postergaciones para obligarme a serle infiel! Pero ni todo eso, ni mi voluntarioso secuestro años más tarde en la Escuela de Artes y Oficios, ni otros amores humanos, ni otras torturas metafísicas, me hicieron olvidarla jamás.

Amor por la lectura es una cosa: afición por escribir, otra. Sólo en 1899 o en 1900 vine a iniciar los primeros ensayos en compañía de Mariano Latorre; pero más lo hice como prolongación y desahogo de los instintos sexuales, exacerbados por un amorcillo de adolescencia, que por verdadera afición a las letras. En 1901, al conocer los mejores autores de la moderna literatura española, sentí el primer escozor de la vanidad creadora. Hasta entonces mi pasión giró alrededor de menguados ingenios extranjeros y de escritores nacionales de más o menos, que publicaban sus partos en "La Ilustración", revista editada en Santiago por los Poblete Cruzat, o en la "Lira Chilena", de Samuel Fernández Montalva.

Hay una época de la vida en que el hombre tiene un estómago poderoso que digiere toda clase de alimentos: un apetito de hombre de las cavernas lo hace engullir con la mecánica voracidad de tolva de molino. Del mismo modo el estómago literario le permite asimilar los engendros de la más heterogénea estructura. En esa edad en que se ama el amor, más que su personificación en Venus o en fregatriz de patios adentro, se busca la emoción literaria; no importa que la provoque el más destacado bandido de las letras o un fino alquimista de la lengua.

En aquellos años me revolqué en la más ignominiosa lectura novelera. Prefería la novela erótica, mientras más puerca, mejor, sin que desdeñase la del "cursi sublime" —según el decir de una prima ingeniosa—, que me hacía verter generosos lagrimones. La lectura producíame sensación de cosquilleo sensual; mecía mi espíritu en tibia atmósfera azul mezclada de agradable olor a tinta de imprenta.

No reniego de aquellos autores de la niñez. Los recuerdo con agradecimiento. Me proporcionaron goces positivos. Tñeron mi vida de falsos colores; pero, ¡qué gratos para la incipiente sensibilidad!

Pérez Escrich y Luis de Val me pusieron en contacto con hombres infinitamente buenos y con doncellas diáfamente puras; por un momento pudieron ser desconocidas sus virtudes, pero a la postre siempre triunfaron la verdad y el bien. Maine Reid y Julio Verne me llevaron de la mano por países vertiginosos; Ponson du Terrail y Xavier de Montepin me presentaron simpáticos bandoleros, audaces, valientes, bellos y diabólicos. Con cada uno de los protagonistas me identifiqué durante algunos días, siendo, por turno, huérfano y ángel perseguido, viajero intrépido o bandido montaraz... ¿Por qué se habla desdeñosamente de los autores folletinescos? Ellos responden a una etapa del alma embrionaria del lector. Son los compañeros naturales de la adolescencia. También leímos con intenso placer a Walter Scott y a Alejandro Dumas, a Lamartine y Jorge Sand, sin excluir a Cervantes y a Shakespeare, a Dante y Boccaccio; pero, ¿quién nos asegura que asimilamos de esos genios profundos un material superior al que obtuvimos de los novelistas populares? El alimento sólo aprovecha según la capacidad asimiladora del estómago. Hay larvas que devoran las hojas de los árboles y respetan las flores; más tarde, en estado de mariposas, preferirán el néctar y despreciarán las hojas.

Con qué deleite recuerdo el hallazgo, hecho en los folletines de "El Sur", de una novela de Máximo Gorki: "El Matrimonio Orloff". ¡Qué revelación fueron para mí aquellas páginas amargas y extrañas, cuajadas de realismo, de fuerza, de color y de borrascosa ternura humana! ¡Cómo! ¿Era posible interesarse con el relato de algo que estuviera lejos de idilios paradisíacos y de aventuras truculentas? Aquel ebrio Orloff que desahogaba su angustia recóndita sobre la resignada cabeza de su mujer, a quien, sin embargo, amaba salvajemente, ¿era un personaje que podía rivalizar con el perfumado Athos y el portentoso caballero Ivanhoe?

La coincidencia de madurez espiritual con el hallazgo de aquel libro ruso, sin duda, produjo en mi ánimo un estado propicio al progreso literario. A esto se vino a agregar el

conocimiento de la literatura castellana, estudiada en humanidades, con notas y ácidos comentarios de los profesores Alejandro Venegas y Nercaseaux y Morán. ¡Ah el Arcipreste, Cervantes, Pérez Galdós!... Me parecía llegar, después de un viaje por tierras exóticas, a mi propia casa, en donde todo me era familiar. Galdós, a quien pudiera llamarse padre de una "Comedia Humana" española, me causó, más que deslumbramiento, enorme cariño filial. Era el digno vástago del tronco macizo de Cervantes. Por sus arterias corría la sangre generosa que, a su vez, se transmitía a mi cuerpo por misteriosa transfusión. En los grandes ingenios de la raza nos reconocemos como en un vasto espejo convexo que agranda nuestras facciones.

Y, lentamente, comenzó el trabajo modesto pero divino, de la producción; penosos balbuceos, iluminaciones entusiastas, súbitos decaimientos, timideces, audacias; ¡goce y martirio! Obscuro trabajo de la simiente en el seno de la tierra.

LO QUE DESEARIAMOS SER

Las admiraciones de todo género que he sentido durante mi vida siempre han sido apasionadas. No todas tuvieron justificación visible; fueron de origen ignoto, misterioso y profundo.

A los ocho años admiraba a un compañero de clases. El no lo supo jamás. Era un muchacho de mi edad, pálido, de color trigueño, pulcramente vestido. Se nombraba Oliva, y la suavidad de su apellido la tenía en su cutis y en sus modales. No se desmedía nunca; una seguridad de dios-niño presidía sus actos. Su trajecito de blusa estaba siempre limpio, sus cuadernos en orden, sus zapatos brillantes. Yo deseaba parecerme a él. Procuraba copiar su modo de mirar, el tono de su voz y la compostura de sus actitudes. Sin embargo, a mí se me despedazaba el corbatín de la blusa en los violentos juegos del patio, y, a menudó, los zapatos se me desabrochaban y las medias caían arrolladas. Yo preguntaba a mis compañeros si en realidad me parecía a Oliva; ellos respondíanme negativamente. Esto me entristecía. Todos los sábados nos daban los padres una tarjeta con los "puntos" que habíamos merecido en la semana. Yo obtenía invariablemente sesenta puntos, tarjeta roja de hermoso aspecto, y, a veces, setenta, casi inaccesible a los simples mortales. Pero envidiaba la modesta tarjetita de cincuenta que recibía Oliva como premio de su olímpica mediocridad...

Un día, exasperado por los codazos de mi compañero de asiento, un gordito de apellido Gaete, cuyo olor a botica

me producía náuseas, le di, con el cortaplumas, un golpe en la espalda. Creí pegar con el mango, pero el instrumento tenía las dos hojas abiertas, y hundí una de ellas dos centímetros en el pumón de mi compañero. El herido era de familia modesta, los profesores comprendieron mi falta de intención criminal y me perdonaron. A pesar de todo, lloré con desesperación el día entero. No por arrepentimiento, sino porque aquella violenta actitud quebrantaba para siempre mi pretendida similitud con el admirado compañero Oliva, tan apacible y compuestito.

Años más tarde, siendo huésped de mi tía abuela Mercedes Puga, en el pueblo de Bulnes, mi admiración se volcó en un hijo del molinero que servía en el establecimiento de mi tío político. El endiablado Goyo conocía todas las artes del niño campesino; sabía en dónde se encontraban los nidos de perdices; cuál el sitio mejor, bajo los sauces, para tomar el baño siestero; qué pajonal escondía las mejores ñochas para trenzar lazos con olor a campiña. Yo admiraba hasta el mechón hirsuto de la coronilla y las duras patas costrosas de mi compañero de juegos.

Cumplidos los quince años tuve otra peligrosa admiración. La inspiró Víctor Batista, un muchacho de mi edad, de agradable figura. Aprendí de él el arte de la tunantería, el desdén por el estudio y cierto desenfado para tratar a las mujeres y a las mujercuelas. Bajo su influencia afronté por primera vez el candente misterio sexual. ¡Imborrable recuerdo! Noche de estío en la blasonada ciudad colonial, callejuelas extraviadas con perfume de acacios, un farolillo junto al pasillo oscuro y maloliente de una casa tenebrosa, cuarto viscoso, y luego... una pobre hembra madura desparramando sus carnes flácidas entre sábanas sucias. La sensación de asco hubiérame alejado para siempre de tales aventuras, si el orgullo varonil no me sahumara el alma con el áspero goce de "ser hombre".

Víctor Batista tenía una hermana bonita. Su tez de blanca mate, ensombrecida por negros cabellos sedosos, lo mismo que sus ojos orientales, emanaba efluvios eléctricos. Pasé junto a ella hipnotizado, sin atreverme a mirarla de frente ni a balbucir una palabra de cariño. No he podido nunca desentrañar qué parte tuvo la hermosa Graciela en mi ad-

miración por Víctor. El caso es que lo admiraba y lo defendía lealmente de los malos juicios que pesaban sobre él.

Sin embargo, en una ocasión en que jugábamos varios muchachos, en día de sol y de campiña libre, por un motivo fútil lo insulté y lo abofeteé rudamente. Su mirada de tristeza, el abandono de sus brazos a lo largo del cuerpo, me arañaron el alma. Era robusto y hubiera podido enfrentarme con éxito. Más tarde le di excusas. ¿Me perdonó? Así lo dijo; pero lo dudo. Toda la vida me han preocupado hondamente estas reacciones bruscas de mi espíritu, misteriosas como los relámpagos que cruzan las noches quietas de verano.

Con Víctor Batista, después de largas charlas y cavilaciones, decidimos conocer París. ¡Sólo allá se encontraría la verdadera vida deleitosa!

Contábamos para la aventura, reuniendo nuestros caudales, la suma de veinte pesos, pero teníamos resolución de costearnos el pasaje con trabajo en las máquinas de los trasatlánticos o en las duras faenas de cargador, con tal de llegar algún día a esa ciudad de los sueños adolescentes. La primera etapa la hicimos en carro de tercera, hasta Santiago, y llegamos a nuestra pequeña metrópoli con treinta centavos en el bolsillo. Víctor Batista decía tener allí un amigo íntimo, Ignacio Herrera, a quien nombraba con frecuencia en nuestras conversaciones. Según mi amigo, Ignacio poseía aptitudes extraordinarias: medio poeta, medio bohemio, medio aristócrata. Perteneía a la familia de los Herrera Sotomayor y suponíamos que ambos apellidos dieron mucho que hablar en la vida chilena. Para mí, Ignacio tenía el prestigio de su afición a las letras y el de ser hermano de un famoso bandido-caballero cuyo nombre fué el terror de los hacendados sureños. Otro de sus hermanos había perdido la razón. Yo sentía temerosa angustia sólo de pensar que pudiera hallarme en presencia de hombre de tan notables antecedentes.

Por desgracia, mi compañero de viaje no conocía el domicilio de su amigo. Es decir, lo conocía; pero el bueno de Ignacio, a fuer de poeta bohemio, había desfilado silenciosamente sin cancelar el hospedaje. No dejó huella de su paso. Bien claro lo dijo la señora de la pensión:

—No me pregunten por ese pícaro... Si lo ven, díganle que me presentaré al juzgado... Nada diría si se hubiera

marchado sin chistar; pero a la falta de pago añadió la burla: dejó colgados en la puerta de la pieza un par de calcetines viejos y un cartel: "Páguese con mi equipaje; remítame por correo el vuelto".

Nuestro descorazonamiento fué grande. Tres días pasamos caminando tras la sombra fugitiva de Ignacio Herrera Sotomayor. Las penurias sufridas en aquellas largas jornadas, hambre, cansancio y sueño, no son para descritas.

La última noche me extravié de mi compañero, y, rendido de fatiga, me tumbé sobre un banco de la Alameda, dispuesto a que me desvalijaran o que algún fosco guardián me condujera a la comisaría. Ocurrió lo último. A las dos de la mañana desperté caminando por calles extraviadas, junto a un "pacó" que me zarandeaba un brazo para mantenerme en pie.

En mi cuarto día, sin probar bocado, tuve el trabajo de buscar a dos, en vez de uno: ¡a Batista y a Herrera! Al caer la tarde, cuando ya estaba cavilando seriamente en buscar alivio en las turbias aguas del Mapocho, encontré por fin a Víctor, que salió a mi encuentro con fisonomía radiante:

—¡Encontré a Ignacio!... ¡Lo encontré!

No era tan considerable el hallazgo como yo lo imaginaba. Ignacio no era más que un buen muchacho. Tenía las manos hinchadas, las facciones toscas; en su indumentaria, apenas decente, era fácil descubrir el descuido. No sé qué había en el entrecejo, en la nariz y en los labios, que me recordaba la húmeda boca del buey. A pesar de todo, me impresionó su apresurada manera de caminar: los tacones torcidos, la cabeza de hinchado occipital erguida, y cierto desenfado que se me imaginó peculiaridad de los intelectuales santiaguinos.

—¡Vaya, vaya!... ¡Estos jóvenes!... Así es que..., ¿de camino a París?

Accentuaba el final de las frases con un ligero ruido provocado por la expulsión del aire en las fosas nasales. Este tic, posiblemente defecto orgánico, quizás mala costumbre, me pareció de suprema distinción y evidente signo de superioridad. Desde luego, hubiera deseado imitarlo.

Ignacio Herrera convidó a Víctor a su pensión.

—A usted, mi amigo —díjome—, no lo invito porque aún tengo poco crédito con la nueva patrona. Esta noche, si no encuentra dónde dormir, venga a verme... De alguna manera nos arreglaremos.

Víctor Batista se distanció algunos pasos en compañía de Ignacio, tuvieron un corto conciliábulo en voz baja, y luego Víctor se acercó a mí con algunas monedas en la mano extendida.

—El hombre no tiene más... Arréglate como puedas para comer, y a las diez en punto nos juntaremos en la Plaza de San Francisco.

Con el dinero recibido compré panecillos y algunas rebanadas de jamón; hice con ellos emparedados y fui a comerlos filosóficamente al pie del Santa Lucía. ¡Qué noche más linda! El cielo era un solo camafeo azul espolvoreado de brillantes. El cerro erguía a un lado, negro, reconcentrado en sí mismo, como enorme monstruo guardián que cavilase en el arcano de los mundos. Yo, a sus pies, era una cigarra, joven y libre, que esperaba el día para cantar.

A medianoche me reuní a mis amigos. Habían bebido algunas copas. Caminaban del brazo, afiebrados y parlanchines.

—Yo siento no poderlos convidar a una buena farra esta noche —declaró Ignacio—. Estoy en ánimos. Los llevaría donde la Lidia, mi panizo. En su casa hay buenas muchachas; pero cuando no hay plata, me aguantan sólo hasta las doce...

Víctor fué de opinión que nos recogiésemos a dormir. ¡Hacía tantas noches que no habíamos pegado los ojos! Pero Ignacio tenía hormigueo de acción, y nos dimos a vagabundear por las calles apartadas, conversando a gritos sobre libros y autores. Entonces vine a comprender cuán atrasado de noticias vivía en materia literaria. Herrera me disparó los nombres de Daudet, Maupassant, Gorki, Tolstoy, Dostoyewsky, Renan, los Goncourt...

—¡Déjese de literatura española, mi amigo!... Están muy atrasados en la península... ¡Puras vejeces!... ¡Ahí hablan todavía de ese Pereda, ese Valera, ese Alarcón! Y en poesía, ¡para qué decir!... Léase a Rubén Darío y verá que, después de eso, no podrá tragar a sus Campoamor, Espronceda y Núñez de Arce. ¡Puah!

Yo me sentía avergonzado de mis autores y procuraba ocultarlos como si se tratara de una indiscreta rotura en los zapatos. Débilmente, me atreví a argüir:

—Pero, y... Pérez Galdós.

—Sí —concedió Herrera con gestecillo displicente—, el pobre viejo es un coloso como trabajador; pero..., ¡anticuado!..., ¡anticuado!...

—Los grandes escritores no envejecen —me atreví a insinuar con timidez—. ¿Cree que morirá Víctor Hugo? ¿Es posible que envejezca Cervantes?

—Para su tiempo, estuvieron bien, pero hoy día existen mejores maneras de expresión y más de acuerdo con el alma moderna. Verlaine y Baudelaire, Mallarmé y Rimbaud están más cerca de nosotros.

Yo tomaba apuntes silenciosamente en el libro de la memoria. No los olvidaría, no. Ya encontraría medios para conocer de cerca esos libros prodigiosos. En París, quizás...

Y cuando llegamos a hablar de escritores chilenos, Ignacio adoptó aires pontificales. Barrió de una plumada a casi todos los "viejos". Apenitas dejó en pie, temblequeando, a Orrego Luco, por ser de reciente hornada; Blest Gana era un patán; no sabía escribir. ¡Mi santo Dios! Tentado estuve de negar tres veces al gran novelista, aunque nadie me lo pedía. ¡Y yo que pensaba lucirme, cuando llegase la oportunidad, exhibiendo mis conocimientos de "Martín Rivas" y "La Aritmética en el Amor"!

—Ahora se escribe de otra manera, mi amigo... Lea a Joaquín Díaz Garcés, a Thomson, a Marcial Cabrera Guerra; ¡esos sí que son colosos! ¡Ah, oh!... ¿Y en poesía?... Hasta Pedro Antonio González va quedando atrás. Ahora llegan hombres nuevos, como Bórquez Solar, Magallanes Moure, Pezoa Véliz... A propósito, soy amigo de González. Va todas las noches a una cantinita que hay en la calle San Diego, en compañía de Oportus, el filósofo amigo. Si ustedes no emprenden demasiado pronto viaje a París, se los presentaré... Con Pezoa Véliz soy más que amigo: para mí es un hermano. Ya hablaremos de ése y de Augusto Thomson...

Mi admiración por Ignacio Herrera llegó al colmo, tanto más cuanto anunció que nos leería algunas páginas de

sus memorias: unos treinta cuadernos que venía escribiendo desde hacía varios años.

—Bueno —exclamó Víctor Batista—, todo está bien, pero estoy que me caigo de sueño. Ahora llévanos a tu cuarto, "ñato"... Ya sabía yo que ustedes se entenderían... Estos poetas son como los masones; se hacen un gestecito y...

Le di un fuerte codazo.

—Calla —le dije—; de mis composiciones, no chistes. Me moriría de vergüenza si Herrera leyese...

Había nacido un nuevo astro en el mundo de mis admiraciones.

*

* *

Esa noche nos arreglamos de cualquier modo en el cuarto de Ignacio Herrera. Víctor se acostó en el endeble camastro de nuestro amigo; yo me envolví en una frazada y pasé la noche en un sillón desvencijado.

En la mañana, cuando aún no comenzaba el ruido de la casa, salimos en puntillas Víctor y yo. Los angostos pasillos, de paredes mugrientas, rezumaban olores rancios, indefinibles, que bien pudieran provenir del humo de la cocina, como de la vaporización de acres emanaciones. Por las puertas entreabiertas salían ronquidos y débiles quejas de personas que dormían en aquellos cuartos sin ventilación y sin limpieza.

El aire de la callejuela fué como una liberación; un sol ingenuo comenzaba a dorar las aristas de las pobres casas, purificadas por una noche de rocío y de estrellas.

—¿Qué te pareció Ignacio Herrera? —fué la primera pregunta de Víctor, al encontrarnos solos.

Me apresuré a responder con exaltación:

—Que es el hombre de mayor talento que he conocido en mi vida. ¿Te has fijado en su teoría de la "táctica" para tratar a las gentes? ¡Qué original!

Referíame a ciertas ideas expresadas por Ignacio. Según ellas, toda persona es susceptible a ser dominada. Para eso es necesario desplegar una "táctica" especial, no exenta de complicación psicológica. Algunos individuos necesitan ser tratados desde el primer momento con dureza; otros, con

sinceridad despiadada, mortificante. En cambio, hay otros a quienes es preciso esconder los designios de dominación bajo manto de suavidad o indiferencia. El hombre que llega a formarse una táctica para tratar a sus semejantes y que sabe aplicarla con oportunidad, puede estar seguro de triunfar en la vida. Yo estaba asombrado de la ciencia mundana de mi nuevo amigo, y proponíame imitarlo.

—Sí —murmuró Víctor Batista con frialdad—. Como teoría, no está mal. Pero ni es tan original como crees, ni me parece que, llevada a la práctica, sirva para maldita la cosa... ¿Por qué, si la teoría es buena, Ignacio no pasa de ser escribiente de oficina, y en varios años de trabajo no ha conseguido salir de su penosa situación?... Esas son cosas que le mete en cabeza el poeta Pezoa Véliz.

Yo me limité a encogerme de hombros. Me pareció que las palabras de Víctor eran fruto de la envidia o de incapacidad para comprender a nuestro amigo.

—No hay mejor táctica —añadió Víctor— que vivir al día y sacar de los hombres y de las circunstancias todo el provecho que se pueda. Lo esencial es pasarlo bien. Si voy a una casa de remolienda y no tengo plata, le echo el ojo a cualquier tipo rumboso y le doy el amén en todo... ¡Qué táctica ni ocho cuartos! ¡No me voy a ocupar en dominar a cuanto imbécil encuentre en el camino! ¡Que dominen otros, pero que me paguen la diversión!...

—¡Tienes una moral abyecta! —exclamé.

Víctor se echó a reír. Su risa era fresca, despreocupada; oyéndola, era imposible sentir molestia, ni se podía tomar en serio ninguna discusión.

Habíamos llegado a la Alameda de las Delicias. La hermosa vía se hallaba a esa hora envuelta en dulce modorra y comenzaba a desperezarse lentamente.

Los árboles de la Alameda tenían aún ojeras de amor y despedían perfumes de lecho femenino. La doble hilera de casonas disfrazadas con trajes vistosos de nobleza antigua, y envueltas en vaho de la tierra, me dieron la impresión de palacios venecianos dormidos sobre aguas misteriosas. Alargaban su doble línea hacia el oriente, como brazos que se juntasen para orar a la divinidad de las cordilleras azules, florecidas de blancas sonrisas y rosadas mejillas.

—¡La cuestión es gozar! —repitió Víctor Batista, dilatando el pecho como para ingerir mayor cantidad de aire matinal—. Todos buscan en este mundo el goce, y nada más que el goce. ¡Los que lo niegan son unos hipócritas!

Me sentí dominado por vaga sensación de melancolía venturosa:

—¡Gozar!... Sí. Yo también tengo ansias de goce, pero... Víctor, creo que no nos parecemos. Tú buscas el goce violento de la francachela, del licor, de las mujeres chillonas. Yo quiero eso y mucho más. Quisiera conocer el goce de los eruditos, de los poetas, de los patanes, de los místicos, de los generales, de los toreros, de los enamorados... Tengo como una sed enorme de conocerlo todo.

Víctor Batista quedóse un instante silencioso, observándome con curiosidad un poco burlona. Vi en sus ojos que no me entendía y cambié de tema.

—¿Qué haremos hoy? —le dije—. ¿Quieres que partamos esta tarde a Valparaíso?

—¡A Valparaíso!... ¿A qué?

—¡Hombre!... A seguir nuestro programa. Allí sentaremos plaza de grumetes o de fogoneros en cualquier buque que pueda acercarnos a nuestro destino.

Víctor huyó la vista:

—Mira, chico... La verdad es que no me hace mucha gracia este viaje a pie y sin un cobre. Para hambres, buenas son las que hemos pasado estos días. Yo contaba con Ignacio Herrera para conseguir algunos pesos; pero, ya ves tú...

—¡Ni falta que hace Ignacio Herrera! —exclamé, conteniendo la indignación al darme cuenta de la desertión de mi compañero de aventuras—. Si no quieres hacer el camino a pie hasta Valparaíso, trabajaremos aquí algunos días... He hablado ya en una bodega, cerca de la estación: se necesitan hombres para la carga y descarga de mercaderías. Bastarían una o dos semanas para reunir la plata que necesitamos...

Víctor Batista inclinó la cabeza y su rostro enrojeció ligeramente.

—¿Trabajar? —murmuró con voz atragantada—. ¿Y en esa forma? Pero, ¿no ves qué es una tontería?

Víctor Batista, el intrépido Víctor Batista que yo creí conocer, comenzó a empequeñecerse ante mi espíritu; se fué haciendo bajito, tímido como un viejecillo o como un niño. Con mirada desafiante, interrogué a mi vez:

—¿Y por qué tontería?... ¡Somos robustos, tenemos ánimos!...

—Sí, pero... Tú comprendes, hijo mío... Pertenece-
mos a familias decentes... ¡Si nuestros amigos nos vie-
ran!... Fíjate. Tú, un Santiváñez y Puga...; yo, un Ba-
tista Larravide...; ¡de peones!... ¡No, hijo, no!... ¡No es
posible!

Un torbellino de palabras hirientes acudieron a mi boca, flamearon en mis labios, se irguieron para atacar; pero me contuve a tiempo. Comprendí que sería inútil convencer a aquel compañero enfermo de vanidad aristocrática, de fidalga hinchazón castellana: mal de la raza, infiltrado en nuestra sangre.

—Bueno —dije—, ¿y qué haremos, entonces?

—¿Qué haremos? —Víctor Batista, pensativo, se miró las pulidas uñas, como si en ellas buscara una solución—. ¿Qué haremos? No lo sé. Ignacio Herrera nos puede ayudar con algo. Es posible que encontremos un trabajo apropiado... Mientras tanto, pienso aceptar el convite de una familia que vive en San Bernardo. Son amigos de casa. Puedo estar allá algunos días; las muchachas son bonitas y hay una que me liga... ¡Pero, hijo mío!... Tú tienes parientes en buena situación. ¡Un Puga Borne es Ministro de Hacienda!

Yo lo miraba compasivamente.

—Te olvidas —le dije— que nuestro programa es muy diverso. No se trata de medrar; para eso, mejor nos hubiéramos quedado en casa, al abrigo de la familia...

—Es cierto —respondió Batista con apresuramiento—. No veo el motivo para que andemos aquí sufriendo. Yo creí que esto no era tan... Mira, te dejo: quiero alcanzar el tren de siete...

Lo vi alejarse a largos trancos por la Alameda. Su silueta de petimetre provinciano me inspiró piedad. Llevaba la moda de entonces: los pantalones aflautados, las espaldas ensanchadas por hombreras, el pequeño calañés un poco echado al ojo. Brillaban al sol sus zapatos largos y puntiagudos;

y todo su cuerpo se movía cadenciosamente de arriba abajo, como si poseyera resortes. Empuñaba en la mano una delgada caña, junto con los guantes; simulaba un remo que se hundía con ritmo pausado en el tranquilo cauce de la avenida... Se hizo cada vez más pequeño..., diminuto casi..., hasta que se perdió de vista.

Por la Alameda comenzaban a deslizarse algunos transeúntes: colegiales y empleados que caminaban de prisa. Un sol de primavera se elevó sobre la copa de los árboles y puso tibieza rubia en los edificios y en las calzadas. Los primeros tranvías, el grito de los vendedores de periódicos que corrían voceando con alegre clarinada los diarios de la mañana, comenzaron a vaciar vida en la urbe aletargada.

Bueno... ¿Y qué?

Escupí con fastidio al suelo como para arrojar algo sucio que me amargara la boca y eché a caminar por la Alameda en sentido contrario al de Víctor Batista.

Antes de regresar a mi "blasonada ciudad colonial" para proseguir los estudios interrumpidos por esta insignificante y bochornosa aventurilla, tuve largas conversaciones con Ignacio Herrera. Prometí regresar a Santiago tan pronto como terminara mis humanidades; entonces me pondría en contacto con sus amigos escritores e iniciaríamos juntos, quizás, nuestra vida literaria. El viaje a París quedaría para mejor ocasión.

De Santiago me dirigí a Parral, en donde vivían mi padre y su familia. Digo "su" familia y no "mi" familia porque nunca viví mucho tiempo en compañía de mi madre y de mis hermanas. Sólo les hice cortas visitas.

A los ocho años perdí a mi madre. ¿Puedo asegurar que sentí su muerte hondamente? Las impresiones de los niños son complejas y versátiles. Recuerdo que en el colegio de los padres, en Valparaíso, un compañero de clases llevaba en una manga del vestón un anillo de luto en tela negra. Muchas veces me sorprendí pensando que sería conveniente que muriese cualquiera de los míos para llevar una cinta negra en el brazo. Pensar en que no tendría nunca más a mi madre, que no vería su rostro serio y melancólico, sus manos acariciadoras, su voz apaciguante, me producía desgarramiento doloroso. Pero cuando pensaba en la cinta ne-

gra, en los trajes de luto, en las innovaciones de nueva vida, me dominaba un aturdimiento placentero que en vano procuraba reprimir. Es seguro que si alguien hubiese recordado a mi madre con palabras lastimeras, yo me habría echado a llorar; pero hubiera sido, acaso, un sentimiento de rutina y no un dolor de las entrañas. Sólo años más tarde, al recibir traiciones, abandonos, frialdades, y al percatarme de la soledad de afectos hondos en que vivimos, pensé en la madre con aguda nostalgia y tendí los brazos hacia el vacío, implorando aquel perdido amor.

Con la muerte de mi madre, se deshizo el hogar. Vivíamos entonces en Población Vergara, a la vera de Viña y muy cerca de la playa.

Desde casa se escuchaba el rumor de las olas. En esa época, mi vida entera se llenó de agua azul y verde, de brisas salobres y vuelo de gaviotas. Población Vergara era en esa época un gran desierto arenoso en el cual se comenzaban a levantar casas y *chalets* aislados. Mi padre construyó un gran caserón de dos pisos, rodeado de corredores y vidrieras. Cuando murió mi madre, estaba aún inconcluso y habitado a medias; los pasos resonaban lúgubrementemente en las piezas vacías...

HOGAR PATERNO

La casona de Población Vergara tiene su leyenda. Es leyenda de lejanías boscosas y de mares bravos, que recuerda los relatos de Jack London y de Bret Harte. La cuento porque tiene relación con el carácter de mis progenitores.

Mi padre era español. Nació en Torrelavega, pueblo que no está muy distante del puerto de Santander. A esa parte de Castilla la Vieja la llaman Montaña, y a sus habitantes, "montañeses". El insigne Pereda ha escrito mucho sobre esa áspera región, cuyas costumbres patriarcales tienen un sello de arcaísmo pastoril. La moral de esas gentes está presa en coraza de hierro: la imagen del Cristo montañés tiene el ceño duro y su diestra señala inflexible el camino de la honestidad.

Mi abuelo paterno, al decir de mi padre, fué hombre de paz, reconcentrado, casi tímido. Yo me lo imagino huyendo del trato de las gentes, balbuceando oraciones, en solitarios corredores claustrales, para huir de las asechanzas del demonio. Su única puerta de escape al país de los goces terrenos fué su huerto de frutas sabrosas, en donde se complacía en cultivar especies nuevas, después de curiosas y complicadas experimentaciones. Era bueno y sencillo don Antonio Santiváñez, y dejó en el recuerdo de sus hijos una imagen borrosa, huidiza. Se marchó pronto de este mundo, como para dejar el paso libre a otros que vinieran tras él; a su mujer, posiblemente, que levantaba la diestra con vigor e imponía su voluntad con decisión.

Mi padre tenía gran admiración y cariño por mi abuela. Hablaba de ella con respeto, y cuando acaeció su muerte en España, estando nosotros en Población Vergara, lo vi llorar y condolerse angustiosamente de la desgracia. Yo la conocí sólo por retratos y por alguna que otra palabra que se le escapaba a mi padre; pero me fuí formando de ella la imagen de mujer austera, de gran corazón, pero exenta de ternuras pequeñas, que son las que más apetece el corazón humano. Su rostro era hermoso, pero descarnado. El cabello, dividido en dos crenchas lisas y brillantes, formaba un casco que le cubría las orejas. Los ojos grandes, orgullosos, exentos de dulzor. Austeridad, pasión fanática, escrupulosidad, se leían en su traje y en su talante de dama viuda.

Doña Ascensión de la Hoz educó a sus hijos con rigor. Mi padre era el primogénito y poseía prerrogativas de mayorazgo; pero no se libró por eso de las severidades de su señora madre, que no entendía de arrumacos. Niño todavía, lo envió a casa del abuelo, don Ubaldo Santiviáñez, buen señor que vivía en su blasonada casona montañesa, abundante y hospitalaria como abadía del Medioevo. Don Ubaldo mantenía la disciplina entre sus gentes con la sencillez tradicional de un patriarca. Sus servidores comían, en verano, en larga mesa de piedra maciza, bajo la sombra de una cajiga centenaria. Un cántaro de greda contenía el vino rojo que corría de mano en mano como fuente cordial de salud. No escaseaban el pan blanco y las gruesas boronas, como tampoco las risas jocosas en aquellos hombres de alma limpia, sana y leal. Don Ubaldo, alto y huesudo, sonreía condescendiente en su asiento de cabecera. Esos servidores eran como hermanos o hijos, que se criaron a su vera, lo mismo que en tiempo de sus padres y antepasados, bajo la sombra común de la montaña bienhechora.

La vida entera de mi padre permaneció perfumada con el recuerdo del abuelo y de su hogar. Don Ubaldo adoraba al nieto; quizá por eso, lo regalaba demasiado, y el mozuelo adquiría hábitos que hacían murmurar a doña Ascensión, la cual, por un golpe de autoridad, sacó al hijo de aquel regalo debilitante, y fué a entregarlo a la férula de su pariente don Pedro Campuzano, por mal nombre conocido como don Pedro el Cruel. Desde ese instante, ¡nada de regalías! El joven debía

levantarse con el primer canto del gallo, y ¡a trabajar, a estudiar! El menor desliz era castigado con recios mojicones y formidables puntapiés. La pedagogía de don Pedro era sumaria y expresiva.

En cierta ocasión llamó al sobrino:

—¡Fernando!

El joven se presentó temblando.

—¡Trae un vaso de agua!

El muchacho fué en busca del vaso, lo llevó al señor que leía junto a una ventana, las gafas sobre la nariz. Pero el temor le hacía temblar las manos, el vaso produjo un leve ruido sobre el platillo y se derramaron algunas gotas. El tío le dirigió una mirada por encima de los vidrios; una mirada que era condenación y cauterio.

—¡Has derramado el agua! —gritó—. ¡Trae otro vaso!

El joven dió media vuelta y recibió por la espalda una caricia contundente que lo hizo caer de bruces.

¡Eso era educar! En la mesa, a la hora de comer, la familia debía masticar en silencio, con la cabeza inclinada sobre el plato. Mi padre sentía innata y profunda aversión por la carne. Cuando don Pedro Campuzano se percató de la inapetencia de su pupilo, dió orden de que se le sirviera doble ración al comenzar la comida y no se le diese otro plato sin que terminara el primero. El muchacho revolvía en la boca la masa rebelde, resistiendo las arcadas, sudando copiosamente, pero aquellas fibras glutinosas se negaban a pasar del gástrico, como si echaran raíces en el paladar. Don Pedro, serio, hierático, observaba el suplicio, hasta que, transcurrido el tiempo de la comida, el infeliz debía resignarse a no comer. ¡Pavoroso porvenir éste de morir atenaceado por el hambre! Al segundo día, notó don Pedro que la carne desaparecía bajo la masticación voraz del pupilo. ¡Ah, ah! ¡Ya sabía él que domeñaría aquella bestezuela!

—¡Muy bien! Que se le sirva del otro plato —ordenó.

En ese mismo instante, una vocecilla gritó junto al muchacho.

Era mi prima Consuelo, que extraía del bolsillo del rebelde un pañuelo de narices. ¡Del pañuelo caían al suelo, rodando silenciosamente, como lágrimas de sangre, pequeños trozos de bistec, amasados por la masticación!...

Yo compadecía a mi padre al escuchar el relato. Bien sabía lo que es el suplicio de comer con repugnancia, desde que conociera unas atroces sopas que nos ofrecían en los Padres Franceses de Valparaíso, y que debíamos engullir so pena de rudos castigos. Nosotros no podíamos vaciar la sopa al pañuelo; pero, en cambio, rellenábamos previamente la boca con una pasta muy parecida a la cola en láminas, que vendía una verdulera de las vecindades del colegio. El dulzor de la "cola" y la amargura de las sopas mezclábanse democráticamente, y juntas lograban vencer las espartanas Termópilas del gaznate. Esto se llamaba en la enseñanza antigua "ejercicios de voluntad".

No sé cuánto tiempo duraría el calvario de mi padre en casa de don Pedro Campuzano, ni puedo asegurar si éste coincidiría con su permanencia en el Instituto de Santander y en los Padres Escolapios, ni tampoco podría decir si los dos establecimientos formaban uno solo. Procedo por simples recuerdos de relatos que han quedado prendidos en los arbustos de la memoria, como jirones de ropa que dejara algún viajero al pasar. Del mismo modo supe que desde Santander pasó mi padre a la Universidad de Salamanca, que allí comenzó estudios de medicina, los que abandonó después de conocer los horrores del anfiteatro. Una vida prematuramente disipada fué la consecuencia de una carrera sin vocación; luego, unos amores mal retribuidos con una prima altamente colocada en la corte, y más tarde, como remate, una escapada del hogar en compañía de su íntimo amigo Ramón Castañeda, hijo del general Castañeda, conde de Udalla, con el propósito de unirse a las filas del ejército carlista que actuaba en Cataluña y Valencia. Pero en pleno viaje, y sin que la aventura se consumara, fué detenido en Burgos por orden de su madre y reintegrado al hogar por don Tomás Cobo, amigo y abogado de la familia.

No creo que las convicciones políticas de mi padre fueran profundas: no cumplía aún los diecinueve años y su fisonomía psicológica parecía ser ajena a luchas por ideas e ideales. Es de suponer, más bien, que sus actividades obedecieron a necesidad de emplear sus fuerzas juveniles.

Descontento o avergonzado, el prófugo resolvió huir de nuevo y esconderse en la montaña para llegar a la costa

y embarcarse en el primer vapor que saliera para América, en calidad de bulto, pues, no pudiendo pagar el pasaje, debió buscar colocación en las bodegas. En esta forma, tras largas peripecias, recaló en el Callao, y desde allí pasó a Lima. Más tarde salió en dirección de Chile, en busca de un tío que ejercía el comercio en Valparaíso. Allí encontró ocupación, hogar y fortuna variable. Fué comerciante, hacendado, explorador y minero en las solfataras del Nevado de Chillán, tratante de animales en Argentina. Vida múltiple en la acción, con dinamismo de torrente e inquietud de nube que sigue los caprichos del viento. Levantaba hoy una fortuna con el esfuerzo de sus manos poderosas y la entregaba mañana a una carta del bacará con la ávida inconsciencia de un niño que arriesga en juego de colegial su repleto bolso de bochas.

En Arauco, tierra de mi nacimiento, presentó batalla a la selva virgen. Durante cinco años pudieron escucharse en las montañas de Caramávida, en lo más profundo de la cordillera de Nahuelbuta, el gemido de las sierras, el jadear de los motores, el roncar de las trilladoras y el silbido de las balas que cruzaba don Fernando en lucha abierta con el bandidaje de las serranías boscosas. De aquella epopeya pintoresca y ruda surgió una fortuna respetable. Nos pudimos considerar ricos. Entonces pensó mi padre en el regreso a la vida civilizada.

La casa que debía construir en Viña del Mar fué armada en el corazón de la selva araucana. Era una casa enorme de dos pisos y treinta piezas; en ella podrían vivir cómodamente cuatro familias numerosas. Tenía la forma de un paralelepípedo recto cuadrangular, un poco achatado hacia tierra, y un techo de cuatro aguas. El arca de Noé debió tener forma parecida. Alrededor de la casa, en los altos y en los bajos, como un cinturón que la ciñera por completo, había un corredor de vidrieras, tan ancho, que por él hubiera podido pasar un ferrocarril.

¿Qué modelo tuvo en vista para construir una habitación como aquélla? ¿Quizás el recuerdo del hogar de la península, acaso el de la casona que albergó sus años felices en la infancia?

Una actividad febril precedió a la iniciación de aquel viaje. El aserradero trabajó noche y día partiendo los trozos más escogidos del pellín de la montaña, los de corazón más rojo, para los pilares de la futura casa. Los carpinteros golpearon sus mazos en el escoplo, los ayudantes cepillaron secas y olorosas tablas de laurel y de lingue. Al cabo de algún tiempo se levantó completa entre los robles de la selva, que parecía mirar con asombro la extraña armazón lista para emprender el viaje. Entonces se procedió al desarme, después de numerar cada poste, viga o tijeral. Carros y carros fueron llenándose con las maderas. Siguiéron detrás las carretas que conducían el mobiliario; a continuación, los caballos favoritos, vacas y bueyes. Y por fin, cerrando la marcha, mis padres, mis hermanos, la servidumbre, encaramados en una especie de *mail coach*, junto a canastos y vituallas que servirían de refrigerio durante el camino. El extraño convoy iba cruzando la selva fresca y olorosa por un túnel de verdura; se bajaba hacia hondonadas en cuyo fondo corrían aguas turbulentas y cristalinas; se trepaba cerros y cuestas escarpadas, penosamente, con jadear de bueyes y restallar de fustas.

Era como un pueblo en marcha. En esa forma debieron viajar los patriarcas antiguos cuando Jehová ordenaba emigraciones. Así fué como llegamos al puertecito de Lebu, en donde nos esperaba un gran vapor de ruedas, el "Toltén", contratado por mi padre para llevar su extraño campamento hasta las playas de Viña del Mar.

Allí debería levantarse el hogar futuro. Cuando recuerdo aquella jornada, comprendo el dinamismo de los conquistadores que emprendieron el avasallamiento de estas tierras hirsutas...

FUERA DE AMBIENTE

Mientras más se acercaba el tren a Parral, crecía mi sobresalto. ¿Cómo me recibirían?... Era posible que ya tuvieran noticias de mi fuga a Santiago; pero me tranquilizaba la idea de que, siendo época de vacaciones septembrinas, y habiéndole anunciado a mi tía que las pasaría en casa de mi padre, nuestra expedición podría pasar inadvertida.

Con algunas monedas que me proporcionó Ignacio Herrera, tomé rumbosamente boleto de primera clase hasta la estación más próxima: San Bernardo. De allí en adelante, cada vez que el conductor exigía el boleto, hacía yo ademán de buscarlo en los bolsillos, sabiendo bien que no podría hallarlo, y advertía con afectada despreocupación: "¡A Temuco!" El empleado no se detenía delante de un viajero que caminaba hacia tierras tan lejanas, y proseguía su tarea de revisión... Esta sencilla treta, aprendida de mi amigo Batista, me valió viajar cómodamente, y hasta darme el lujo de comprar golosinas en las estaciones de tránsito.

La primavera se iniciaba lluviosa en la región central; los campos, con sus barbechos y sembrados, se veían enjorados de charcas espejeantes. La cordillera de los Andes aparecía al fondo como divinidad milenaria; se deslizaba solemnemente en sentido contrario a la marcha del tren, llevando, a la espalda, leve y esponjosa carga de nubarrones albos. De improviso se ocultaba el sol; tornábase cavilosa la tierra y un nudo estrujaba mi corazón haciéndome pensar en la próxima llegada. Imaginaba el pueblo de Parral con sus

casas achatadas y sus calles convertidas en cauce de lodo, cruzadas por sombríos jinetes de "manta de Castilla", batiendo el barro con monótono chapoteo... , cloc... , cloc.

Como de costumbre, nadie me esperaría en la estación. Entre la turba clamorosa de vendedoras de fiambres y pollos tiernos, buscaría un mandadero para entregarle mi exiguo equipaje. En seguida, en marcha hacia casa, allá próxima a la plaza del pueblo. Olor a humedad, a mohó, en las calles. Escasos transeúntes caminarían por las aceras, escudriñadores, sordamente agresivos, desconfiados, socarrones. Alrededor de la estación, míseros tenduchos, indefinibles, con mostrador grasiento, estanterías vacías decoradas con ristras de ají y cebollas, calabazos y tiestos de uso doméstico...

En las proximidades de la plaza vería tiendas de trapos con sus mercaderías multicolores colgadas en las puertas y escaparates; seguirían las casas de habitación con fachadas honestas y herméticas, revocadas con barro y revestidas de colores desvanecidos por las lluvias y por los años. De alguna de estas casas saldría alguna jovencita; regresaría de visitar vecinas, como de huida, alisándose el pelo atado a la nuca y recogiendo en una mano el pulcro delantal. ¿Por qué todas tenían el mismo aire de temerosas y preocupadas torcazas fugitivas?... Eran niñas de "buena familia" del pueblo, orgullosas de su prosapia; se reunían para charlar de compotas y tejidos, de calados monjiles y de algún joven que las miró al pasar en el paseo de la plaza... En la tarde aburridora, quizás soñarían y ejecutarían al piano melódicos valeses o leerían novelones sentimentales.

Mientras divagaba sobre las conocidas visiones pueblerinas, de pronto asaltábame un pensamiento acongojante. Si mi padre hubiera conocido ya mi aventura santiaguina... Entendía el caballero las cosas en forma simple. Estacazos, amenizados con frases sombrías: "Me estás acabando la vida"... "Antes que seguir por mal camino, más valiera que Dios se acordara de ti"... La España trágica desfilaba ante mis ojos con sus fúnebres visiones. Como complemento de castigo, seguía el encierro en casa durante las vacaciones, con supresión de paseos a caballo, correrías por los campos y entreteniciones con niños de la vecindad. Pero esta serie de castigos, el que me dolía más era el vacío que se formaba

a mi alrededor. Yo me convertía en el apestado que debía aislarse en cuarentena. "¡Por ahí te pudras!", parecían decirme los habitantes de la casa. Si alguna vez osaba manifestar mi opinión, los circunstantes se limitaban a observarme con extrañeza...

Todas mis previsiones fueron cumpliéndose con exactitud. La llegada a la estación, el tránsito por las calles del pueblo, todo, menos el recibimiento hostil. Al penetrar en el zaguán, divisé a mi madrastra que se paseaba lentamente por uno de los corredores del jardín. Tan pronto me vió, vino a mi encuentro sonriendo. Era una señora alta, imponente, de ademanes pausados. El rostro ancho, con doble barbilla, recordaba mofletudas matronas de cuadros holandeses. El cuello, atocinado en la parte posterior, la obligaba a echar la cabeza hacia adelante.

—¡Vaya, niño!... ¿En qué tren llegaste?

Sus claros ojos, que en la juventud debieron ser bellos, se empequeñecían bajo los gruesos párpados.

—Vengo a pasar con ustedes los últimos días de vacaciones... —respondí, eludiendo la pregunta. Y agregué algo que pudo ser tomado por ironía—: No quise avisar, para que no se dieran la molestia de esperarme. ¿Y papá?... ¿bien?

—Salió al campo esta mañana. Seguramente regresará tarde...

Llegaba con suerte: la acogida no podía ser mejor. Pregunté por la hermana predilecta, hija de mi madrastra.

—¿Tilita?

—Durmiendo la siesta. ¡Pero, niño! ¡Vienes lleno de barro! Pasa a limpiarte.

—¡Están terribles las calles del pueblo!

—¡Aquí llovió ayer!...

—En Santiago... Quise decir: en Chillán, no... Mi tía envía muchos saludos...

En ese momento atravesaba el jardín mi hermana Ascensión, muchacha de diez años. Me desprendí de mi madrastra para salir a su encuentro. Más atrás asomaba la cabeza de mi hermano José María, ocho años, cuya hurañez de ternero enrisado me obligaba a perseguirlo para lograr de él una caricia.

Pasadas las primeras zozobras de mi llegada, esperé con más calma la temida entrevista con mi padre. Llegó al cerrar la noche. Tan pronto sentí los trancos de su cabalgadura y su voz que llamaba en el portón de carretas, salí apresuradamente a su encuentro. Una vez en el patio, me apresuré a tomar las riendas para ayudarlo a desmontar.

—¿Tú por aquí? —preguntó con asombro.

—Sí, papá... Quise pasar con ustedes algunos días de vacaciones...

Una vez en tierra, me abrazó. Su rostro expresaba cordialidad. Era indudable que no se tenían noticias de mi aventura.

Alivianado del fardo de mis temores, fui adquiriendo aplomo. Esa noche, a la hora de comida, llegó mi osadía hasta interrogar a mi padre sobre negocios. ¿En qué forma se presentaban las siembras? ¿El rendimiento de la viña había sido bueno? ¿No se habían muerto animales en invierno?

El respondía distraídamente, pero me proporcionaba noticias. En cuanto al resto de la familia, hacía poco caso de mí. Dos de las hermanas de mi madrastra, que vivían en casa, charlaban de modas y figurines, su tema favorito, o comentaban la vida de jóvenes en estado de matrimonio. Yo no las quería mal: eran bonitas. Más de una vez, observándolas, me pregunté por qué mi padre eligió para casarse la mayor de las hermanas. Si quiso darnos un hogar, como decía, ¿no habría sido más fácil que nos entendiéramos con una joven de ojos bellos y boca graciosa?

Temo expresar un juicio equivocado de mi madrastra y de su familia. Es natural que los hijos de un primer matrimonio no estén dispuestos a amar a la que consideran usurpadora del puesto de la madre. Ella, mi madre, fué la soberana de un hogar feliz. Suave, concentrada en sí misma, afectuosa, influyó en la vida de mi padre con tino y dulzura. Supo contener sus impulsos violentos, y, en cambio, sin menoscabo de su personalidad, dirigió su vida hacia fines provechosos y enaltecedores. Si ella no hubiera muerto, de seguro nuestro destino habría sido diferente. Cuando ella nos abandonó, nuestra vida perdió su orientación y fué desmoronándose hasta verse reducida a escombros.

La primera vez que vi a la que debía ocupar el lugar de mi madre, sentí una desolación inexplicable. Yo tenía entonces doce años. Prevenido por amigos de mi padre, esperé su paso a la salida de la iglesia. Era día domingo, saturado de sol y de incienso. La vi acercarse entre un grupo de damas con las cabezas cubiertas de mantos leves. A su lado, obsequioso, caminaba mi padre. No hubo necesidad de que nadie me la mostrara; mi corazón se contrajo de angustia y cruzó mi cuerpo un hielo de muerte. Al pasar a mi lado, mi padre me empujó levemente hacia ella. Mi futura madrastra dejó caer sobre mi rostro empalidecido algunas palabras afa- bles y una caricia distraía. En seguida continuaron su camino y se perdieron entre la multitud.

Seguramente mi madrastra fué buena mujer. También creo que sintió verdadero cariño por mi padre. Pero existen diversas calidades de amor, y ellas no dependen sólo de la voluntad de los amadores. Para apreciar el cariño de mi madrastra, habría que conocer su espíritu y el ambiente en que se desarrolló. Su familia ocupaba en Parral una situación distinguida. El padre fué un hombre que logró adquirir considerable fortuna mediante su perseverante esfuerzo en labores agrícolas. Es posible que no poseyera sólida ilustración, pero fué honrado y tuvo buen tino para los negocios. No reparó en gastos para dar educación a sus hijos. Sin duda el éxito de la familia habría sido completo si hubiera logrado adquirir algo que no se encuentra en los textos de estudio ni en el aprendizaje de "adornos" artísticos. Les faltó lo que podría llamarse temple espiritual.

Cuando yo era muchacho, no me detenía a reflexionar sobre matices del espíritu, pero, por intuición, o por aisladas comprobaciones, me daba cuenta de las diferencias que existían entre mi padre y algunos miembros de la familia de mi madrastra. Esta situación me hacía sufrir. Yo amaba a mi padre; pero lo respetaba aún más. No podía concebir que hubiera alguien que no sintiera por él la misma clase de afecto. Con mis sentidos exacerbados por prejuicios filiales, atisbaba celosamente los pequeños dardos que pudieran herir su sensibilidad.

Mi padre era sencillo en exceso. Jamás hizo valer sus cualidades. Ni habló de antecedentes de familia que habrían

podido enorgullecerlo, ni de condiciones meritorias que lo exaltaran ante los demás. Por el contrario, complaciáse en que lo estimaran por sus méritos menos sobresalientes: su bonhomía, su trato campechano, su cordialidad con los subalternos. Hombre de acción, dinámico y viril, sentía pudor de sus sentimientos delicados y de su casi enfermiza sensibilidad; prefería esconderlos bajo inviolable caparazón.

Estoy cierto de que sentía cariño por mí. Sin embargo, nunca prodigó conmigo caricias ni palabras tiernas. Según él, los hombres debían ser hombres y expresarse con gestos sobrios. La blandura estaba reservada para las mujeres.

La familia de mi madrastra, y probablemente ella misma, no comprendieron a mi padre en su verdadero valer; quedaron enredadas en las exterioridades. Además, vibraban en diapasón desacorde.

En el hogar de mi madre, él constituyó la figura central. Fué admirado y venerado. No sólo ella lo escuchaba con atención, sino que se preocupó de que los demás lo hicieran en la misma forma. En aquella época, gustábale charlar con amigos y pasar por hombre de humor. Era una de sus humildes vanidades. Nosotros escuchamos con regocijo sus chascarrillos andaluces, baturros o portugueses. Seguramente le recordaban su tierra. Cuando quiso resucitar esa costumbre en el nuevo hogar, las hermanas de mi madrastra no disimularon el bostezo al comenzar el relato, y, al llegar al término, lo recibían con sonrisas reticentes o se enfrascaban en ajena charla. Yo sentía el desaire en carne viva. Viendo a mi padre abandonar su cuentecito —él, que era altivo y susceptible—, hubiera deseado gritarle: "¡Hable! ¡Ocupe su puesto!" No sé si alguna vez se encontraron sus grandes ojos verdes, de interrogativo mirar de niño, con los míos chispeantes de indignación.

Decididamente, no era digna de mi padre la atmósfera que lo rodeaba. Se reverenciaba en extremo la fuerza del dinero. La palabra "plata", que en algunos labios posee sonido delgado y fino, en ellos tenía resonancia aplastante. Aquella casa me ahogaba; sentía mi orfandad con mayor fuerza. Ni en mis hermanos encontraba compañía. Ascensión era una mujercita a quien todos elogiaban como hermosa. Probablemente lo fuera. Mi padre sentía por ella adoración.

Cuando en nuestros juegos ella se disgustaba, bastábanle algunas lagrimitas para que mi padre nos castigara duramente.

Ya he dicho la clase de cariño respetuoso que sentía yo por mi padre; no por eso mis rebeldías eran menos frecuentes. En una ocasión, mi madrastra y sus hermanas charlaban en la pequeña sala de costura. Un impulso extraño hizo que me acercara a ellas sin que notaran mi presencia, y vi, sobre la mesa, un viejo estuche de joyas. Eran pequeños adornos que pertenecieron a mi madre, pasados de moda posiblemente, pero cuya vista me llenaba de ternura, tal si la sombra de su mano tibia rozara mi cabeza. Alguna de las jóvenes hizo una observación irónica de los aderezos; las otras celebraron la ocurrencia.

De un salto me puse delante de ellas.

—¿Por qué ríen? —pregunté. Me miraron en silencio—. ¿Por qué ríen?... ¿Por qué? —repetí—. ¿Se burlan de mi madre?... ¡Sepan que ustedes no son dignas de besar la suela de sus zapatos!...

Esa tarde mi padre me condujo a su cuarto; su mutismo iba preñado de malos augurios. El vocabulario que empleaba en estos casos no correspondía al tono habitual de nuestras modalidades criollas.

—¡Miserable! —comenzó por decirme después de echar llave a la puerta—. ¿Insultaste a esa santa a quien debes sólo agradecimientos?

Había tragedia en su voz. A pesar de eso, erguí la cabeza:

—También era santa mi madre... ¡y se han burlado de ella!...

Mi padre quiso replicar; mas lo intempestivo de mi respuesta entorpeció su lengua. Miró alrededor, como si buscara algo, y como no lo encontrara, se abalanzó sobre mí con los puños en alto. En casos parecidos mi actitud fué mansa y resignada. Pero esta vez, agitado por la indignación y por el temor, tuve la audacia de esquivar los golpes con rápidos esguinces y otras artimañas usadas por los muchachos en sus lances escolares. Esta actitud contribuyó a exasperar a mi padre. Se detuvo. Encima de una mesilla había un puñal. Era una de esas armas forjadas por los reos de la cárcel, con mango curiosamente trabajado con astas de buey y anillos

de cobre y que, seguramente, en casa servía de cortapapeles. Mi padre se apoderó del puñalito y lo alzó sobre mi cabeza.

—¡Te rebelas contra tu padre! —dijo—. ¡Sólo mereces la muerte!...

Exasperado también, tuve un gesto de melodrama. Con movimiento brusco, me desgarré las ropas y descubrí el pecho:

—¡Máteme, si quiere!... ¡No me defenderé!...

Miróme con ojos extraviados, hizo un gesto de ahogo, arrojó el arma sobre la mesa, sentóse pesadamente en un sillón, y hundiendo la cabeza entre las manos, dejó escapar un leve sollozo.

Permanecimos un instante en silencio. Yo lloraba.

—¡Papá!... —me atreví a murmurar—. ¡Perdóneme! ¡Haga de mí lo que quiera!...

Lo vi tan abatido, que tuve la intención de arrodillarme y besar las manos que poco antes me amenazaban. No alcancé a realizar mi propósito, pero sin duda él presintió mi gesto.

—Fernando —dijo—, si ya eres verdaderamente hombre, pórtate como tal. No vuelvas a insultar a tu madrastra.

—Sí, papá; no lo volveré a hacer... Y usted no permita, ¡se lo ruego!, que se burlen de mi madre...

—¡Hijo!... ¿Cómo se te ocurre?

Y no hubo necesidad de agregar más. Nos abrazamos.

LISTOS PARA VOLAR

Sólo ocho días permanecí en casa de mi padre. Como de costumbre, mi vida transcurrió en ese tiempo al margen de toda intimidad familiar. Seguí siendo el forastero, a quien se solía prodigar una sonrisa distraída. Pero nada más.

Diariamente mi padre salía al campo muy temprano y no regresaba hasta la noche. Era hombre dinámico. Sus anchas espaldas, en desacuerdo con su rostro alargado y fino, hubieran podido soportar rudos pesos. Dos trazos de su físico han permanecido en mi recuerdo con mayor fuerza que los demás: la frente y las manos. Era una frente blanca, sin una arruga, inmaculada como lomaje cordillerano cubierto de nieve. Al depositar allí un beso filial, sentía la impresión de tocar algo sagrado.

Las manos eran largas y enérgicas; en ellas la nobleza de espíritu tenía su máxima expresión. Al mirar sus dedos robustos pero finos, se sentía la impresión de que podrían abrirse para la dádiva, nunca para la rapiña. Eran manos de constructor, y, también, manos de excesiva generosidad, pródigas tanto en la siembra de la semilla como en el desperdicio de los bienes adquiridos.

Más de una vez esas manos empuñaron el azote sobre mi cabeza; se erguían tremantes con la convicción de la justicia. Después del castigo, me alargaba el dorso de su mano, y yo debía besarla, con hipos de llanto, avasallando la soberbia que encrespaba el oleaje de mi corazón... ¡La soberbia! ¡Acaso mi padre también conoció la mordedura de esa fiera y sabía cuán necesario era domarla con hierros candentes!

En ausencia de mi padre, nada me retenía en aquella casa. En cuanto era posible, escapábame a la calle en busca de amigos y de aire libre. Casi a la vuelta de la esquina, estaba la casa de los Latorre, que, por lo demás, tenía cercos comunes con la nuestra en el fondo de los patios. Mi padre y don Mariano Latorre eran paisanos y amigos. Don Mariano provenía de Plencia, provincias vascongadas, en el norte de España. Siempre creí que el apellido Latorre provenía de Castilla, y el carácter del caballero no desmentía la hipótesis.

Nada tenía don Mariano de la seriedad empuñada y hierática de los vizcainos, ni de ese su vigor saludable de hombre virgen, enamorado de los frontones de cemento más que de las venustidades femeninas. En la firme armazón corpórea de don Mariano chispeaba más bien la gracia del gentilhomme galante, hábil en besamanos y airoso en los escarceos de lanceros y cuadrillas. El gesto y la palabra fáciles, la cabeza erguida, palidez de cera en el rostro y brillo oscuro en la mirada, dábanle aspecto de hombre que olfatea pólvera en batallas de amor.

El hogar de los Latorre, estrecho en aquella época, era una caja resonante de maullidos de gatos y llantos de chicleos. En esa casa, por contraste de la mía, ejercía dominio el elemento infantil. Mientras mis hermanos y yo caminábamos huraños y medrosos por los corredores del patio, allí los chicos imponían su voluntad. La madre, bajita de estatura, cloqueaba amorosamente entre su parvada turbulenta.

La señora de Latorre nació en Constitución junto al padre bordelés, ingeniero armador, que dedicó su vida de acción a poblar las costas maulinas de lindos barcos y pesados lanchones. El navarro galante y despreocupado, y la francesita arrulladora, crearon su parvada bulliciosa, matizada de cualidades y defectos comunes a las dos razas.

El mayor de los Latorre era Mariano, muchacho de mi edad. Con él confraternizamos con esa espontaneidad que posee la adolescencia. Desde los doce años fuimos compañeros durante las vacaciones en el pueblo de Parral. En marzo, Mariano regresaba a su colegio de Cauquenes, primero; de Talca, más tarde, mientras yo volvía cabizbajo a Santiago en busca de mi encierro del Instituto Nacional.

No escapaba a mi comprensión la influencia que ejercía sobre Mariano y sus hermanillos. El carácter impulsivo que me servía de motor, arrastraba a la acción a mis compañeros. Ya eran escapadas a las vecindades del pueblo en las tardes veraniegas, en busca de profundos remansos de río convertidos en piscinas de natación; ya excursiones a caballo; ya proyectos periodísticos para editar nuestro primer periódico estudiantil; en todas estas actividades los hermanos Latorre me seguían y acompañaban cariñosamente.

Mariano tenía aspecto de niño tímido y regalón. Muy delgado, pulcramente vestido, escuchaba silencioso y aquiescente, con su rostro de gringuito iluminado por pálida mirada azul.

—Mariano... ¿te parece que esperemos a las muchachas en el pilón del bajo?

Mariano parpadeaba con rapidez:

—Bueno, bueno... Sí, sí...

Ya sabía yo por esta respuesta que no podría contar con Mariano. El proyecto era audaz y concupiscente, sugerido por un joven hortera, Claudio Díaz, cuyo cerebro chorreaba sexualidad: conseguir los favores de las maritornes que al anochecer acudían en busca de agua a una vertiente de los arrabales. Pero Mariano, sin conocer, en aquel tiempo, ni a Tolstoy ni a Mahatma Gandhi, practicaba, con resultados envidiables, la no resistencia al mal. No oponía diques a mi impetuosidad. Se limitaba a consentir, y al llegar el momento, se esfumaba como sombra.

El primer confidente de mi aventura en Santiago fue Mariano. Por supuesto que en mi narración todas las peripecias aparecían transfiguradas por un poquillo de fantasía; pero, en el fondo, no faltaba sinceridad.

—¡Santiago, la capital! —argumentaba yo—. Es el centro del intelectualismo. A pesar de haber pasado tantos años en el internado del Instituto Nacional, no he conocido la capital sino ahora. He sido un tonto al venirme a provincias. Me prometo volver a Santiago el próximo año; si mi padre no puede enviarme, me las arreglaré de cualquier modo. Aquí no sabemos nada de nada. En literatura, ya ves, tú estás todavía con Fernández y González, y yo, con Valera y Galdós... Allá, éstos son autores pasados de moda. Ahora

se lee a Maupassant, a Kropotkin, a Nietzsche... ¿No los conoces? Tampoco yo; pero es preciso conocerlos.

—Sí, sí... ¡Cierto! —parpadeaba Mariano.

—Pienso escribir... Es lo que me "tira" con mayor fuerza. Estudiaré ingeniería para dar gusto a mi padre y ganarme la vida... Me atraen las matemáticas; pero, más que nada, la literatura. ¿Y a ti?

—Estudiaré leyes, pero también seré escritor... —afirmaba Mariano.

—En mi viaje a Santiago, conocí a un poeta: Ignacio Herrera Sotomayor —continuaba yo—. Prometió presentarme al grupo de escritores. Es íntimo de Pezoa Véliz, y conoce a Thomson, el novelista... Yo te pondré en comunicación con esos amigos...

—Sí, sí..., ¡claro! —afirmaba Mariano, rojo de confusión, sólo de pensar que podría hallarse en presencia de tales colosos.

—¡Si vieras qué talentos! —divagaba yo—. No pronuncian palabra de más ni de menos... ¡Y qué modo de discurrir!... Si parece que sus pensamientos fueran de oro en polvo y que salieran a luz pesados en balanza de precisión...

Mariano fijaba en mí sus ojos de comulgante; su nariz respingona parecía olfatear en el aire el perfume de la vida exquisita de intelectualismo que, en un futuro próximo, llevaríamos en la capital.

TIA CARMELITA

En nuestro país, el linaje o apellido constituía una preocupación dominante en todas las clases sociales. Era un prejuicio que, sin duda, heredamos de los españoles; aunque también es frecuente observar en el indio aborigen el mismo orgullo de casta. La familia de los Puga se creía, con derecho o sin él, en la cúspide del edificio social de Chillán. Según ellos, podrían existir otras familias tradicionales situadas en pie de igualdad, pero superiores, ninguna.

Es cierto que, en su origen, algunos miembros de la familia Puga se distinguieron por su valor, probidad, constancia en el trabajo y por otras cualidades bien cotizadas en la moral y en la cultura de todos los tiempos. De allí, y también de su capacidad para acumular dinero, nació el prestigio de la familia. Desde los tiempos de la Colonia, los Puga amasaron no despreciables fortunas en la agricultura y en el comercio; merced a esa llave dorada, se les abrieron las más herméticas puertas y pudieron mantener su rango con dignidad.

Conservar la nobleza de cuna fué una de las preocupaciones de nuestros antepasados. Una alianza anormal era pecado que no merecía perdón, ya que las consecuencias las pagaban no sólo los que habían faltado a las convenciones establecidas, sino también sus descendientes. En una sociedad reducida como la de Chillán, era frecuente que los matrimonios se realizaran entre un grupo de familias, de modo que, con el tiempo, la mayoría de sus miembros tenían

parentesco próximo. El noviazgo de primos con primas y de sobrinas con tíos se repetía con extraordinaria regularidad, estimulada con la idea de nivelar fortunas y dar brillo a los parientes venidos a menos. Quizá a este sistema se debió que la familia de los Puga, como muchas otras, haya venido extinguiéndose poco a poco, y que sólo se librarán de perécer aquellas ramas que se mezclaron con sangres extrañas.

Doña Carmen Puga, mi abuelastra, se consideraba uno de los representantes más esclarecidos de la familia. Conservaba en uno de los cuartos abandonados de la casa, entre cacharros y muebles viejos, una especie de armazón de madera que pudiera haber sido el clavileño que sirvió a don Quijote para viajar en los aires. Cubriendo este aparato se extendía una malla de seda de diferentes colores, y sobre ella una montura completa: eran los arneses del caballo de uno de los antepasados de doña Carmen que, durante la Colonia, fué alférez real.

Además de estos venerables testimonios de su esplendor familiar, conservaba casacas militares y otros arreos que pertenecieron a sus abuelos, distinguidos militares que combatieron en la Independencia junto a O'Higgins; con este último era, también, parienta más o menos directa.

Tía Carmen pasaba la mayor parte del tiempo en cama, a pesar de su aspecto saludable. Sufría de romadizos crónicos y de cálculos biliares. A los sesenta años aún conservaba destellos de belleza; su rostro ajado, carnoso y movable, era expresivo y simpático. Sus ojos poseían claridad y viveza; su tez pálida se hallaba salpicada de lunares, que en su mocedad debieron prestar gracia a su rostro. Fué mimada por mi abuelo, su marido, quien la superaba en más de cuarenta años, y quizás, debido a eso continuó siendo niña y conservó caprichos y veleidades infantiles. Solía reñir con sus hijos; lo que todos temían en casa, pues sus rabietas no eran broma de broma. Temblábanle los labios, profería insultos y disparaba con los objetos que tenía a mano. En cierta ocasión, discutiendo con Domingo, su único hijo varón, tiróle por la cabeza un tiesto con aguas servidas... Pasado el prebato, sentíase más desgraciada que sus víctimas, y era tan lamentable su desolación, que los ofendidos debían compadecerla y pedirle perdón.

Es natural que tía Carmelita no tuviera igual cariño por mi madre que por sus propios hijos; sin embargo, fue con ella condescendiente y afectuosa. Demostraba gran alegría al verla, y la colmaba de calurosas demostraciones de afecto. Si en ese afecto se traslucía, al mismo tiempo, cierto vago y reticente respeto, se debió, seguramente, al carácter contenido de mi madre, quien nunca oponía violencia a la violencia. Callaba o respondía siempre con afables y moderadas razones. Mientras tía Carmelita se dejaba arrastrar por actitudes descontroladas, no se supo que tuviera jamás alguna controversia desagradable con mi madre. Es posible que esta armonía se debiera al cuidado que pusieron tía Rufina y mi abuelo en rodear a mi madre de una atmósfera de prestigio. Entre otras cosas, se hicieron valer los progresos obtenidos en sus estudios, notables en aquella época en que la ignorancia de las señoras era cosa habitual.

Se consideró extraordinario que mi madre adquiriese, no sólo la educación corriente de las jóvenes, sino que interpretase música clásica, se expresara medianamente en francés e inglés, y tuviera nociones de los fenómenos científicos más conocidos en su tiempo. El caso de mi madre fue considerado entre los suyos como excepcional e infundía respeto, mezclado de temor receloso. ¿Para qué tanto estudio y tanta ilustración? ¿No bastaba con que una joven fuera buena dueña de casa y poseyera apellido, estimación social y fortuna?

Tía Carmen amaba a sus hijos con felinas actitudes. Aunque ella misma los hería, a veces, por motivos insignificantes; en cambio, hubiera sido capaz de destrozar a quien hiciera algo contra ellos.

Tía Manuela, a quien llamábamos cariñosamente Meme en la intimidad, segunda hija de doña Carmen, era también tranquila y conciliadora. Fue la consejera de su madre y le servía de lazo de unión con el resto de la familia. Desgraciadamente, tía Meme vivía reclusa en sus habitaciones y se mezclaba a la vida del hogar sólo en momentos excepcionales. Desde que muriera su marido, poco después de su boda, y se lo trajeran con la cabeza destrozada después de una caída de caballo, ella sufrió un terrible choque nervioso. Abandonó el trato mundano y vivió durante años sin ha-

blar, vestida de riguroso luto, consumiéndose en el silencio y en la oscuridad. Mi madre y tía Meme se amaban entrañablemente; tenían gran parecido físico y quizá el mismo caudal de pasión contenida.

Desde su lecho tía Carmen dirigía el movimiento de la casa. Desde allí distribuía, según fuera su ánimo, favores o castigos. Las sirvientas constituían para ella la peste de la tierra. Suponía que todas eran sucias, ladronas, chismosas, enamoradizas.

Fuera de otros criados, doña Carmen poseía dos sirvientas que llamaba "las chinas". Eran muchachas que le habían sido "dadas" por algunas servidoras en desgracia. Una de ellas fué la Ceferina, muchacha de quince años, que realizaba en casa los oficios más humildes. Es probable que primitivamente fuera agraciada; pero tía Carmen le hacía cortar el pelo al rape, la mantenía descalza y en perpetuo estado de descuido.

A menudo sonaba la campanilla en el cuarto de la señora:

—¡Ceferinaaa!... ¿Qué te has hecho, demonio?... ¿Por qué no vienes cuando te llamo?

Al cabo de un rato asomaba en la puerta el rostro ancho de Ceferina, con sus quiscas de escobillón y su eterna cara de espanto.

—¿Por qué no has traído el té?

—No está na hirvía la tetera, pus, señora...

Tía Carmen comenzaba a descontrolarse.

—¿Y en qué te has llevado todo el tiempo, china mu-grienta?... ¿Habrás estado jugando?... ¿Comadreando?... ¿O saliste a la puerta a mirar a los hombres?...

Ceferina abría sus ojos limpios, lo único intacto que iba quedando en su rostro, y guardaba silencio. Esta actitud exasperaba aún más a doña Carmen, cuya irritación iba en aumento a medida de los "crímenes" que su fantasía iba creando.

—¿No digo yo?... ¡China taimada!... ¡Acércate para castigarte!

Ceferina debía, entonces, aproximarse mansamente al lecho, para recibir los pescozones que le propinaba su señora.

Cuando, por obedecer a mi padre, hube de pasar una temporada en casa de doña Carmen, en espera del regreso de tía Rufina, quien pasaba en su fundo la época veraniega hasta después de las vendimias, mis relaciones con doña Carmen fluctuaron, todo el tiempo, entre una íntima privanza y una guerra sin cuartel. Cuando estaba de buenas, reía con mis travesuras y alentaba mis piraterías de colegial. En esos períodos me llamaba a su cuarto para que le hiciera compañía.

—Fernando, busca en la cómoda. ¡Hay algo por ahí!...

Ya sabía yo que, entre las ropas, encontraría manzanas de guardar, nueces confitadas u otras golosinas a las cuales era muy aficionada, a pesar de la prohibición de los médicos. Acercaba yo una mesilla a su cama y jugábamos brisca. Cuando la suerte le era favorable, su buen humor aumentaba; entonces me atribuía las mejores cualidades.

—Eres tan bien parecido como tu padre —me decía—, y tan habilidoso como tu madre...

Pero cuando perdía... , acusábame de tramposo y me rebajaba al nivel de los criminales. Un día, después de tirarme las cartas por la cabeza, gritó, fuera de sí:

—¡Eres tan malvado, tan facineroso, que, cuando seas hombre, irás a parar a la cárcel!...

La escena que se desarrolló a continuación fué digna de una casa de locos.

—Sí, espere sentada —refunfuñaba yo, mientras recogía el naípe esparcido por el suelo—. Aunque le pese... , ¡llegaré a ser un gran hombre!

—¡Pícaro!... ¡Bandolero!... ¡Quítate de mi presencia! —chillaba ella, tomando del velador un candelabro de bronce—. ¡Ay, Señor!... ¡Este muchacho me va a matar!...

—¡Tírel... ¡Tíreme! —desafiaba yo.

Salía el candelabro por los aires e iba a estrellarse contra un ropero. Doña Carmen, lívida, con los ojos lacrimosos, gritaba desafortadamente, tanto, que acudían tía Meme, tía Olimpia, mi hermana, una prima y la servidumbre completa. Mi hermana lloraba a gritos, los sirvientes gemían.

—¡Pero, mamá! —decíale tía Meme, conciliadora—. Tú tienes un poco de culpa... ¿Para qué te pones a jugar con un chiquillo?

—¿Tú le das la razón?... ¡Váyanse todos!... ¡Déjenme sola!... ¡Quiero morir sola!...

Los gemidos de los sirvientes se transformaban en mugidos. Tía Meme procuraba consolarla, las chiquillas chillaban. Teníamos que abandonar la pieza para no exasperarla más.

Doña Carmen y su cuñada doña Rufina habían cortado relaciones desde hacía tiempo. No supe cuál fué el motivo del disgusto, pero pudo ser la disparidad de opinión que tuvieron las señoras sobre la conducta privada de una señorita de compañía que estuvo al servicio de tía Rufina durante algunos años.

Doña Carmen, probablemente con el fin de supeditar en algo a su cuñada, o para ampliar las comodidades de sus habitaciones, hizo agregar un segundo piso a la parte de casa que le correspondía. Desde las ventanas superiores, doña Carmen podía observar lo que pasaba en la casa vecina. Tía Rufina jamás se dió por aludida del espionaje; pero cuando regresó del veraneo y fuí a vivir con ella, aproveché la falta de relaciones amistosas entre las dos señoras para molestar a tía Carmen, con quien no habíamos hecho las paces todavía. Cada vez que asomaba su cabeza por alguna de las ventanas, yo le sacaba la lengua y otras musarañas. Más tarde me dediqué a apedrear concienzudamente los cristales de los altos. Por desgracia, uno de los hondazos fué a herir a mi propia hermana. Se formó gran alboroto. No tardaron en llegar embajadores ante mi tía para acusarme y presentar sus reclamos. Yo declaré que si fué verdad que lancé, por "casualidad", una piedra, y le di a alguien en la cabeza, la culpa era de los vecinos, que pasaban el tiempo curioseando lo que ocurría en nuestra casa.

—¡Ah, qué niño! —exclamó mi tía con severidad—. Vas a prometer que no volverás a molestar a Carmelita... Eso es indigno de un caballero...

—Sí, tía —respondí con sumisa actitud.

Los reclamantes quedaron satisfechos, pero yo vi brillar en los ojos de la señora una leve chispa de complacencia por los desmanes cometidos por su incontrolable sobrino...

Doña Carmen, después de todo, era una bonísima mujer. Poseía un alma generosa y efusiva. Si yo no hubiera sido en

aquel tiempo un muchacho díscolo, seguramente lo habría reconocido. Cuando en 1894 murió mi madre, en Viña del Mar, ella partió inmediatamente en busca nuestra, acompañada de mis tíos Domingo y Meme. Y es preciso recordar que en aquellos tiempos un viaje desde Chillán a Viña constituía para una señora de su edad un sacrificio y una aventura. A su regreso trajo consigo a mi hermana Clarisa, que sólo tenía un mes de edad, y habría hecho lo mismo con todos los hermanos si mi padre lo hubiera consentido.

Con Clarisa fué más cariñosa que con sus propios hijos. La educó con solicitud y no se separó de ella hasta el día de su muerte, cuando ya mi hermana se había casado y tenía varios hijos.

Ahora comprendo que las irregularidades de carácter de tía Carmen se debieron a desarreglos de salud. Si fué mártir de esa víscera traidora, el hígado; en cambio, el corazón lo tuvo siempre sano, limpio y extremadamente sensible a la miseria ajena.

Si sus "chinas" fueron aporreadas, en cambio, las dotó espléndidamente y se preocupó de casarlas con muchachos trabajadores y honrados. Las costumbres de la época eran así. Los amos solían ser duros, pero ejercían la justicia social a su manera...

T I A R U F I N A

Mi regreso a Chillán fué el preludio de negras cavilaciones. Por primera vez en mi vida comencé a pensar en el porvenir. Mi padre estaba arruinado, y aunque mi madrastra conservaba intacta su fortuna, no debía contar con su apoyo para continuar mis estudios. La extremada delicadeza de mi padre lo había dispuesto así.

Mi educación había recibido la influencia desconcertante de las continuas mudanzas de la familia a diferentes puntos del país y de otros acontecimientos desgraciados. Mi madre quiso educarme dentro de la estricta observancia católica; de ahí mi ingreso a los Padres Franceses de Valparaíso. Su repentina muerte en Viña del Mar, cuando aún no terminaba su instalación en la casa que mi padre trajera desde los bosques de Arauco, puso término a sus proyectos. Arriesgadas operaciones de bolsa y una fianza cuantiosa para salvar de la cárcel a un hijo de su pariente don Pedro Campuzano, incendiario de su casa de comercio, fueron los primeros golpes que desmoronaron su fortuna ganada esforzadamente en la selva de Caramávida. Después de eso, pasé un año en el Instituto Inglés de Viña del Mar; al año siguiente hice mi entrada en el Liceo de Valparaíso, y en 1897 ingresé al Instituto Nacional.

El hogar deshecho; mi padre desorientado y dolorido al perder su compañera de veinte años de trabajo, en plena lucha para salvar los restos de su fortuna; mis hermanos repartidos entre los parientes de mi madre; todo se confabulaba para que mi educación perdiera continuidad y mi vida no

tuviera ese timón previsor que debe encaminar los pasos del niño.

Los malos ejemplos y vicios circundantes que pueden contaminar a un chico ávido de sensaciones pusieron en peligro mi vida indefensa. A los quince años había probado toda clase de frutos dañinos. La moral rectilínea de la niñez había sido arrollada por la inocente inmoralidad de los chicos vagabundos. Sin embargo, cada cierto tiempo resucitaba en mi interior la voz poderosa del ancestro que se imponía con el prestigio de su pureza transmitida: la honrada estampa del bisabuelo don Ubaldo de la Hoz, la pacífica silueta del abuelo don Antonio Santiviáñez hablándome de silencio y de paz hortelana, la austera reciedumbre espiritual de la abuela doña Ascensión de la Hoz, la dulce charla alegre de tía María, monja a los veinte años, sin haber conocido despecho por agravios mundanales, gozosa de entregarse en los brazos de su divino Sacrificador... Ahí estaban. Se hacían presentes en los momentos de loco extravío.

Al llegar a Chillán, supe que Víctor Batista permanecía aún de vacaciones en casa de amigos de su familia. Esta noticia la recibí con ánimo de liberación; no sentía deseos de volver a verlo, y acaso sin su compañía peligrosa pudiera rehacer mi reputación de muchacho honesto. Es posible que la hostilidad ambiente no fuera tan considerable como la suponía; pero mi sistema sensorial estaba irritado por el continuo cavilar, haciéndome ver gestos malevolentes o sarcásticos en los rostros que me rodeaban.

En Chillán tenía numerosos parientes. Mi madre nació en esa ciudad vetusta, cuna de próceres. Muchas veces, al recorrer sus calles venerables, de casas bajas y murallas espesas, me dije con emoción que su sombra acogió los breves pasos de mi madre en la niñez, que por aquellos patios empedrados con negras y pulidas piedrecillas de río, sombreados por naranjos que cuajaban en frutos de oro, cruzó continuamente su silueta pensativa. Aquella planta de dafne y aquella otra de magnolia, ¿no aromaron sus tardes apacibles, pobladas de esperanzas y presentimientos?

Pero aquella evocación, que debió ser dulce y aquietadora, no bastaba para darme serenidad. Sí. Fuí el heredero

de la sensibilidad que hizo estallar su corazón a los treinta y ocho años...

Mi madre era hija de un acaudalado señor de Chillán. Si bien puedo decir quién fué mi abuelo materno, en cambio no podría hablar de mi abuela con la misma precisión. Si mi madre hubiera vivido hasta la edad en que despertó mi conciencia, seguramente habría sabido por sus labios la verdad exacta; pero, ya lo he dicho, ella murió cuando yo sólo contaba ocho años. Más tarde, intuyendo que existía un misterio en la vida de mi abuela, siempre tuve timidez para interrogar a mis parientes. Sin embargo, en una ocasión, ya muchacho de quince años, me atreví a enfrentar a mi padre. Ibamos solos por una alameda del fundo, al paso de las cabalgaduras. El parecía absorto en sus cavilaciones.

—Dígame, papá... ¿quién fué la madre de mi mamá?

Dióme una mirada de soslayo, y, después de un momento, respondió desganadamente:

—Una señora de apellido Méndez...

La respuesta no me satisfizo y estuve a punto de continuar el interrogatorio, pero en ese momento mi padre había vuelto a inclinar la cabeza, meditativo, y no me atreví a continuar.

¿Quién era esa señora Méndez? Familias de ese apellido había muchas en todas las esferas sociales de Chillán. No conocí a mi abuelo, don Domingo Puga Solar; pero sí a dos de sus hermanos y a su hermana Rufina. Todos eran gente enérgica, inteligente, de bondad comprensiva.

Conservo una fotografía de mi abuelo. Su rostro aparece envuelto por barba cerrada. Está sentado en la actitud de hombre apacible que charla en círculo de íntimos, una pierna sobre otra, las manos abandonadas con laxitud sobre las rodillas. Sus ojos entrecerrados expresan aburrimiento, sopor de hombre que todo lo ha probado en la vida. Un halo de musulmana pereza envuelve su cuerpo.

Este hombre fué el progenitor de mi madre. ¿Qué mujer, dulce, ardiente o resignada, recibió las caricias de sus manos nerviosas? ¿Qué impulso lo acercó a mi abuela? ¿Fué amor, el amor de los grandes romanticismos, o simplemente el deseo caprichoso del varón enardecido?... En las raras ocasiones que pasé por Chillán en compañía de mi madre, cuando

ya tenía conciencia de lo que me rodeaba, jamás noté en ningún miembro de la familia la menor reticencia para ella. Por el contrario, había efusividad, cariño, y se la trataba como a una pariente querida y muy íntima. Nada tenía de extraño este recibimiento en tía Rufina, que fué su verdadera madre, desde su infancia hasta el momento en que contrajo matrimonio; pero igual afecto demostraban en la casa de tía Carmelita. Esta señora acogía a mi madre como a hija predilecta, y mis tías nos abrumaban de cariñosas demostraciones. Hubo ocasión en que mi madre debió renunciar a hospedarse en casa de tía Rufina para que mi abuelastra no se mostrase "sentida" por supuesto desaire.

Tengo en mi memoria un vago episodio que me ha preocupado en más de una ocasión. Yo era muy niño; acaso no llegaba aún a los seis años. Cierta vez mi madre visitó en mi compañía cierta casa de Chillán. Era una morada no tan suntuosa, quizá, como otras que yo conocía; pero su aspecto era decente y honesto. Era extensa, acaso una escuela, despojada de su población infantil en el momento de nuestra visita. ¿Qué me disgustó en aquella familia que nos recibía con manifestaciones de alegría poco comunes? No podría precisarlo. Sólo recuerdo que me invadió extraña desazón, como si me sintiese fuera de ambiente. Mientras mi madre conversaba en la sala, me escabullí hacia el jardín, enfurruñado, silencioso. Una mujer joven pasó cerca de mí; se dió cuenta, quizá, de mi estado de ánimo y procuró acariciarme. No lo consiguió. Sentía deseos de hallarme lejos de esa casa y de esas personas y como no podía desasirme de los brazos que me acariciaban, me eché a llorar con angustia.

—¿Qué quieres?... ¿Qué tienes? —preguntábame la joven—. Vamos al comedor... Allí hay dulces...

Me limité a gritar, con hipos de llanto:

—Quiero irme... ¡Quiero irme!

Muchas veces me he preguntado: ¿Quiénes eran aquellas personas?... Es posible que fuesen la familia materna de mi madre. Pero, ¿por qué, entonces, nadie me lo dijo?

Cuando en 1905 ingresé al Liceo de Chillán, fuí a vivir a casa de tía Rufina. La noble dama me recibió con la misma delicada ternura que tuvo para mi madre. Yo no sólo la quise: la adoré. Ella representaba el pasado de la que me dió

el ser; en sus vastos salones había palpitado aquella vida melancólica y reservada, sus manos habían tocado los muebles antiguos de olorosa caoba, su fisonomía pálida y morena se había reflejado en los espejos de los negros roperos de jacarandá, que, con gracia severa, adornaban los dormitorios.

En esa época, tía Rufina era apenas una deformada sombra de lo que fué en su juventud. Si se la comparaba con el daguerrotipo que guardaba mi madre, era difícil reconocer en este cuerpo grueso y deshecho de hoy el grácil talle y los hombros níveos de aquella que erguía el busto en la inmensa flor de la crinolina. ¡Mi buena tía! El delicado bozo de juventud se había transformado en bigotillo obscuro, y en barba ostensible la pelusilla dorada de otros tiempos. Arrastraba un poco los pies y se contoneaba pausadamente como barco que endereza proa al mar. Con su traje de eterno luto y el blanco cuello de encajes que rodeaba su ajado pescuezo, yo la amaba más que si hubiera sido linda y joven.

Sólo sus manos conservaban la delicadeza de otros tiempos; sus ojillos vivaces, inteligentes, tenían la sabiduría y el perdón de los que han vivido mucho.

Cuando mi padre me envió a su casa, tía Rufina me recibió con tierno cariño. Pronto me convertí en secretario y acompañante en las interminables veladas de invierno. Me dictaba cartas, que luego ella firmaba penosamente con trazos que recordaban las líneas dibujadas con pluma de ganso. Cuando nos hallábamos solos, nos reuníamos en un ángulo del comedor, junto a la gran mesa y al brasero de bronce. Ella ocupaba el sofá y yo me sentaba a sus pies, en una sillita baja. Yo leía en voz alta las noticias del diario local; tía Rufina las ilustraba con preciosos comentarios anecdóticos:

—Esa Isabel Valdepeñas que se casa con un joven que no conozco, es hija de Chabelita del Castillo... ¡Ah, ah!...

Y contaba una historia llena de sugestivo candor.

El alto y grave reloj de péndulo marcaba la hora con solemnidad de magnate campanudo: tac..., tac... El gato romano, pulcro y bien cebado, ronroneaba junto al fuego...

*
*
*

En una noche de invierno, aprovechando la ausencia de parientes y de familias visitantes, que rodeaban continuamen-

te. a mi tía, decidí abordarla para explorar con su ayuda el pasado familiar.

—Tía —le dije—. ¿Podría contarme algo de mi abuela? ... ¿Por qué nunca me han hablado de ella? ... ¿Por qué no la conocí?

—¡Ah! —exclamó la señora—. ¿Te refieres a la madre de Clarisa?

Tía Rufina esbozó el gesto picaresco que empleaba cada vez que yo chanceaba para entretenerla. Sus ojillos maliciosos brillaron detrás de sus párpados entrecerrados con socarrona bondad.

—No la conociste —me dijo después de una pausa—. Ni yo tampoco...

—¡Por Dios, tía! ... ¡Qué misterio! ¡Explíqueme, por favor! ...

El rostro de la anciana se tornó bruscamente serio.

—¡Murió! ... —dijo, acompañándose con un suspiro. Y extendiendo las manos sobre el brasero cubierto por su bonete de bronce, inclinó la cabeza como si procurase reunir sus recuerdos—. No la conocí en persona... No nos visitábamos con su familia. Pero todos decían que era discreta y educada. Aunque no bonita, mi hermano Domingo sintió por ella un gran cariño.

—Dice usted que mi abuelo la quiso..., y..., y...

—¡Paciencia, niño! ... Yo te explicaré. Mi hermano y ella tuvieron que sufrir muchos contratiempos. Nosotros, los Puga, siempre fuimos muy unidos, como todas las familias de ese tiempo... No se realizaba un matrimonio sin que se discutiera en grupo de familia. Generalmente, eran nuestros mayores los que concertaban las alianzas... Yo me casé con tío Apolinario cuando tenía trece años; él pasaba de los sesenta... ¡Así es! ... Y yo era tan tonta que ni siquiera sabía lo que significaba el matrimonio... Cuando mi hermano Domingo habló de casarse, se formó gran alboroto... La familia se opuso...

—¡No veo por qué, tía!

—¡Cosas de otros tiempos, niño! ... Se pesaban las fortunas de los novios..., la importancia de las familias..., el carácter de los pretendientes. Los Puga siempre tuvieron orgullo de su prosapia, ¡vanidades, hijo! Pero esas vanidades

formaban y tejían nuestras vidas... Consideraron que ella era de familia inferior a la nuestra..., que no tenía fortuna..., ¡qué sé yo!... Siempre estuve de parte de Domingo y él me confiaba sus penas...

—Pero si él la quería, ¿por qué escuchó a los demás?

—Mi hermano no quiso exponer a su esposa a vivir aislada entre nosotros... Eso significaría desprecios, contradicciones... Prefirió casarse en secreto; tuvo la esperanza de que el tiempo apagaría las pasiones y que su mujer sería aceptada por todos...

—¿Y no ocurrió así?

—Desgraciadamente ella murió poco después de dar a luz una niña... Domingo me la trajo... Estaba desolado. Yo tenía a mi cargo ya a una sobrina y a una hija de un general español que pasó ocasionalmente por Chillán y que murió en forma repentina, dejándola huérfana y sola. Yo, viuda y sin familia, me hallé de pronto con tres hijas... Cantalina (1), hija de mi hermana Elisa; Emilia Jiménez, la española, y Clarisa, hija de mi hermano Domingo... A todas las eduqué a mi lado, a todas las quise, pero a Clarisa...

—A ella, mucho más..., ¿cierto?

—Sí, hijito... A ella la quise más, porque fué la más cariñosa. Era inteligente y discreta... Domingo la adoraba. Todos los días venía a pasar un rato con nosotras, generalmente a la hora de once. Estaba orgulloso de su hija y se preocupaba mucho de su educación y de todo... Cuando Domingo se casó con Carmen, sobrina suya y mía, se vinieron a vivir a la casa del lado, que era parte de nuestra heredad...

—¿Y no pensó mi abuelo en llevar a su lado a mi madre?

—Se habló de eso..., pero yo me opuse. Carmen era muy buena, pero demasiado niña. Más que esposa, parecía nieta regalona de su propio marido. No, yo no quise separarme de Clarisa, y tu abuelo no me contrarió. Por lo demás, vivíamos como en la misma casa, separados por la tapia divisoria del jardín. Mientras vivió tu abuelo, hasta tuvimos una puerta que comunicaba las dos casas...

Guardó silencio mi tía, y yo permanecí pensativo. En mi interior bullían sentimientos que me enervaban o que me

(1) Cantalina puede ser degeneración de Catalina o Cantalicia, o de los dos a la vez. Se usa este nombre en el sur de Chile. (N. del E.)

ponían en vibración extraordinaria. Hubiera deseado que ella continuara hablando de mi madre, de sus costumbres, de tantas cosas que constituyeron su vida...

—Tía..., cuéntame cómo se casó mi madre con mi padre...

—Fernando era muy bien parecido y hombre de gran empresa... Lo apreciaban mucho en la ciudad; fué muy amigo de varios jóvenes de la familia... Creo que un primo, Robustiano, lo trajo por primera vez a casa... Se había propuesto casarlo con Emilia... ¡Como tenían la misma nacionalidad!... Emilia era bonita y pronto se entendieron Fernando y ella... Al comienzo hubo oposición de parte mía, por no conocer los antecedentes del novio; pero tuvimos noticias de que pertenecía a familia noble allá en su patria... Era mayorazgo... Se casaron y fueron felices. Pero ella murió cuando estaba a punto de dar a luz el primer hijo... Una imprudencia y un capricho: se dió un baño de vapor en las Termas de Chillán... ¡Pobrecita!... Tenía sus cosas... Antes de morir, rogó a su marido que no volviera a casarse; pero, si llegase a hacerlo, no dejara de pensar en Clarisa. Se querían como hermanas... Naturalmente, el viudo siguió visitándonos, como que era de la familia, y no tardó mucho en enamorarse de Clarisa. Quise oponerme. Me iban a dejar sola; Cantalina, mi otra sobrina, estaba de novia también. Tu padre me conformó diciéndome que la primera hija que tuvieran me la entregarían para que la educara del mismo modo que lo hice con tu madre. Fernando no cumplió su promesa; era muy querendón, con las mujercitas sobre todo... Y ahora te envió a ti...

—Salió ganando, tía..., porque soy una joya... ¿No es cierto?

Rió bonachonamente doña Rufina. El reloj dió once lentas campanadas regañonas, y la criada comenzó sus trajines para preparar el té. Este servicio tenía su ritual. Sobre la bandeja se erguían con empaque de damas antiguas la tetera, el lechero y el azucarero de plata. Después de rociar las hojitas perfumadas con agua hirviente, se colocaba la tetera sobre la mesa en un braserillo de bronce, en espera de que la infusión adquiriese su perfume. Luego se cubría con funda de gruesa tela bordada.

—¡Sírvede galletas, niño!... ¿Y las tostadas, Juana?

Mi tía hacía los honores a la cabecera de la mesa, larga y maciza, que ocupaba gran parte del comedor. Cuando el tiempo era bueno, allí se reunía la parentela a rendir homenaje a tía Rufina, venerada reliquia familiar. Ahora se hallaban semiexhaustas las gavetas que guardaron las onzas, y la buena tía comenzaba a ver raleadas las filas de sus visitantes; sin embargo, nunca le faltó corte numerosa, sobre la que ejercía su reinado con tino y distinción.

En otro tiempo, el enorme salón colonial que ocupaba todo el fondo del edificio, con sus candelabros de labrada plata, sus espejos desvanecidos y sus muebles estilo Imperio, se abría para recibir a las gentiles damas y a los gallardos caballeros de la sociedad chillaneja. Ahora, menos frecuentado, se necesitaba la diligencia de escobas y plumeros para combatir las arañas que instalaban allí sus telares...

—¡Tía! —exclamaba yo, de improviso—. En otra ocasión me contará más cosas... ¡Qué gusto me da conocer el pasado!...

Sonreía doña Rufina. Delante de sus ojos de párpados soñolientos pasaba, acaso, el desfile de visiones lejanas... Cantaba el reloj una hora, ronroneaba el gato regalón, y la tetera insinuaba leve silbido adormecedor.

—¡Es hora de dormir, niño!...

—Sí, tía... Es hora de dormir...

EN EL CAMINO POPULAR

Ya he dicho que, después de mi regreso a Chillán, a raíz de nuestra fracasada aventura Santiago-París, pasé por un período de gran desaliento. Aunque tía Rufina me acogió con el cariño de siempre, notaba que desde algún tiempo había en su trato habitual ciertas reservas que me hicieron comprender que no ocupaba ya el mismo lugar en su estimación. Continuaba siendo delicada y cariñosa, sonreía con bondad; pero durante los silencios, cada vez más frecuentes, me observaba como si quisiera escudriñar en mi rostro la verdad de mi alma. Había en su actitud, además, un reproche mudo que me dolía más que un castigo material.

Seguramente habían llegado a sus oídos malos informes sobre mi conducta. A menudo me recogía tarde, y hasta hubo noches en que no llegué a casa. En el Liceo descuidaba mis tareas y los profesores iban retirándome su confianza.

Bien sabía yo que mi fracasado viaje a París tuvo por causa principal el deseo de libertarme violentamente de la atmósfera de suspicacia y retraimiento que flotaba a mi alrededor. ¡Nueva vida! ¡Cambio de escenario!... , era mi propósito, confuso o indefinido. Necesitaba realizar un cambio profundo en mi existencia. El desorden de mis costumbres, que en años anteriores estuvieron reglamentadas por la vida claustral del internado, me conducían, irremediablemente, al derrumbe físico y espiritual. Notaba que mi salud decaía en forma rápida; mis fuerzas disminuían y hasta llegué a pensar en anemia o tuberculosis. El dominio sobre

mi sistema nervioso era cada vez menor. No sentía interés, ni ánimo, para enfrascarme en los libros. A pesar de mi experiencia, comprendía que por ese camino llegaría pronto al aniquilamiento y, quizá, a la muerte,

El viaje a Santiago me sirvió para comprender la mala influencia de Víctor Batista en mi vida. Junto con apartarme de la compañía de este amable, simpático y fatal compañero, abandoné las escabrosas entretenciones que me procuraba su fecunda fantasía. No pasaba día sin que me presentara un programa nuevo.

—Fernando —me anunciaba—, descubrí unas chiquillas macanudas... Dos hermanitas como hechas para nosotros..., dos capullos campesinos. Atienden un chinchelito de sus padres. Venden sabrosas empanadas, cazuela de ave y "pitarrilla"... Con un poco de empeño, ¿comprendes?... , podemos convertirnos en dueños de casa y conseguir lo que se nos antoje...

Y, en efecto, emprendíamos un paciente y artero asedio. Ganábamos la confianza de la familia, seguramente honesta y sana, nos introducíamos en el hogar, con charlas y fiestas rociadas de licor y de suculentas viandas con olor a campiña, hasta que nos convertíamos, al cabo de algunas semanas, en pseudo pretendientes y efectivos amantes de las ingenuas muchachas...

Pero ¡cuánto tiempo perdido en perjuicio de los estudios y de nuestra integridad moral!

Con el súbito enfriamiento de mi amistad hacia Batista, concluyeron los pasatiempos; pero ya mi ánimo se hallaba desmoralizado. Un comienzo de neurastenia me empujaba a interminables y oscuras cavilaciones. El desvío de mi familia y de la sociedad que me rodeaba me convertía, por reacción, en crítico implacable de sus ideas, prejuicios y costumbres. ¿No era estúpido su orgullo de casta? ¿Nos considerábamos superiores a otros seres sólo porque poseíamos un apellido y un poco de fortuna?... La sociedad, indudablemente, estaba mal constituida. Recordaba con fastidio la actitud hostil que tuviera en otro tiempo la familia contra mi abuela sólo porque pertenecía a la clase media, y luego el vacío que se le hizo a la esposa morganática. ¡Qué absurdo!... ¿Y cuántas humillaciones fastidiosas, posiblemente, debió de sufrir mi

madre como consecuencia de las crueles e injustificadas represalias ejercidas a causa del "crimen" de mi abuelo? Mi propia tía Rufina, tan inteligente y bondadosa, ¿no me apartó de un fragante idilio campesino fundándose en diferencias de castas? (1)

En ese tiempo comencé a frecuentar la amistad de uno de mis compañeros de curso, Lorenzo Villarroel. Era un muchacho de modesta condición social, alegre y travieso, sin dejar de ser empeñoso en el estudio. Como tenía aficiones literarias y hasta componía versos con cierto donaire clásico, pronto llegamos a convertirnos en buenos camaradas. Sus padres poseían una cocinería en las inmediaciones del Mercado, y realizaban grandes sacrificios para educarlo. A él confié mis cavilaciones sociológicas. Lorenzo sentía temerosa admiración por la clase adinerada y me escuchaba con extrañeza y desconfianza. Seguramente no me consideraba sincero. Sin embargo, me llevó a su casa, me presentó a su familia, y nos reuníamos con frecuencia en su modesto cuartito de estudiante. Charlábamos durante horas divagando sobre temas literarios y filosóficos. Me leía sus versos y yo le retribuía exhibiendo mis incipientes trabajos en prosa.

Nos vino a sacar de nuestros sueños el estrépito callejero que levantaba una intensa lucha electoral por la presidencia de la República entre dos candidatos eminentes: don Vicente Reyes y don Pedro Montt. Don Vicente representaba la opinión liberal, ligeramente teñida de rojo, y se plegaban a sus banderas los elementos combativos del radicalismo y los populares del nuevo Partido Demócrata, fundado por don Malaquías Concha. Don Pedro Montt reunía en torno suyo a los grupos oligárquicos y conservadores de vieja tradición portaliana. Aunque mi familia era montina en su totalidad, mis simpatías y las de mi amigo Villarroel se inclinaron apasionadamente por la candidatura de don Vicente Reyes, viejo amigo de Mac-Iver y luchador incansable en las barricadas de "El Ferrocarril" y de "La Ley".

En Chillán actuaba como jefe de los tercios "reyistas" el viejo director de "La Discusión", uno de los más antiguos

(1) Léase "La Hechizada", en donde tía Rufina aparece personificada en tía Dolores. (Nota del autor.)

diarios de Chile, don Angel Custodio Oyarzún, gordo, ventripotente, activo político demócrata y fogoso orador popular. Las redondeadas frases tribunicias salían de sus labios como pedruscos de catapulta, sonoras, inflamadas.

En compañía de Lorenzo Villarroel, comencé a asistir a las reuniones políticas que se realizaban en un bodegón próximo al Mercado y a la casa de mi amigo. Frente al edificio, sobre largo lienzo, llameaba un rótulo de letras rojas: "Club Arsenio Poupin". En el interior, sombrío y desmantelado, banderas de papel y guirnaldas de olorosas ramas rodeaban los grandes retratos de nuestro candidato. La mayoría de los asistentes eran gentes humildes, ceñudas, con ásperos bigotes y cabellos hirsutos. Predominaban los rostros de color aceitunado o el cobrizo de nuestro pueblo, y predominaban las frentes estrechas, testarudas. De aquellos grupos de gentes que se movían con lentitud, con las manos en los bolsillos, salía una densa emanación de cuerpos que viciaban la atmósfera.

Cuando don Angel Custodio elevaba su corpulenta figura trajeada de negro, bien plantado sobre una tarima del fondo, cesaban los murmullos y se escuchaba su voz de órgano que se dirigía al grupo de electores con nombres pomposos: "¡Caballeros del ideal", "¡Cruzados del trabajo!", "¡Nobles adalides!"

Estos motes caballerescos eran apoyados de vez en cuando por damajuanas de rico mosto chillanejo y por canastos de olorosas empanadas de horno, que circulaban entre los asistentes.

Las palabras de don Angel Custodio penetraban como cálido licor en mi alma.

—El pueblo francés tomó por asalto la Bastilla —decía la voz profunda de don Angel Custodio— y arrancó las espuelas doradas de los reyes y nobles que se erigían en amos del pueblo trabajador. Con la caída de la Bastilla comienza el reinado de la Fraternidad, la Igualdad, la Libertad. Ya no deben existir explotadores ni explotados. Es inicuo que en nuestro país continúen imperando las divisiones de castas. Ha llegado la hora en que el pueblo destruya la Bastilla de prejuicios y empuñe el cetro de su libertad.

Yo bien comprendía que mi presencia en aquel antro resultaba absurda. Avergonzábame de mi traje atildado, de mis cuidadas manos de niño "decente". De buenas ganas me hubiera tiznado de hollín y embetunado de aceite para no desentonar entre aquellos zapateros calzonudos, aquellos sastres de largos zapatos en punta y pequeño sombrero de paño echado al ojo y aquellos tratantes de animales de rostro congestionado que usaban tacón alto, guarapones con barbiquejo y corta chaquetilla adornada con hileras de botones de concha de perla.

Acompañábame en mis nocturnas andanzas políticas mi compañero Lorenzo Villarroel. Deslumbrados por las trombas oratorias de don Angel Custodio, decidimos ingresar al Partido Demócrata, y, en efecto, una noche nos acercamos a la secretaría y firmamos el registro.

Un trastorno íntimo se efectuaba en las profundidades de mi ser. A menudo cavilaba en las vanidades humanas, en los feroces orgullos que dividían a los hombres, en las injusticias que cometían los poderosos. Comencé a sentir aversión por la vida fácil y despreocupada que hasta entonces llevara, y a colocarme a distancia de mi familia. Nació en mi alma un anhelo, todavía vago, de renunciamento, de humildad, de purificación.

He de confesar que un espíritu de aventura se mezclaba a todos los propósitos de carácter socialista. El romanticismo libertario que se bebe en los libros, inflaba el velamen de mi barquichuelo hacia ignotas regiones de sacrificio y renunciamento.

Una vida austera de trabajo intelectual y corporal era una ilusión más que se agregaba a otras que nacieron y murieron dentro de esa caja misteriosa que actúa en las honduras del espíritu, empujándonos a la conquista de un pan de sabor nuevo.

En esos días pasó por Chillán una comisión enrolando alumnos para la Escuela de Artes y Oficios. Presenté mi candidatura y fui aceptado. Sería artesano.

VIDA AUSTERA

Era, acaso, una puerilidad más. Pero, ¿a qué se reducen las acciones humanas de grandes y de pequeños, sino a un eterno juego de ilusiones, en el fondo, infantiles?

El modelo que tenía a mi vista, por el momento, era la imagen de un obrero pálido, sombrío, taciturno. Debería estar decepcionado por injustas sorpresas de la vida. Vestiría trajes oscuros, tendría huellas de polvo acerado en su rostro, y sus manos serían hábiles y activas en el uso de las herramientas. En sus horas de holganza, leería obras de filosofía, meditando en las noches caóticas que rodearon el origen del universo y del hombre.

El sentimiento más sincero fué, sin duda, un anhelo de ocultamiento de mi ser en la anónima marejada popular; olvido del pasado, para comenzar vida nueva, poseído del gozo con que se transforma la página embrollada en carilla limpia.

Mi padre no se opuso a mis planes. Acaso se repetía un trozo de su vida en este deseo de fuga que me dominaba; supo comprenderme. Sin emoción me despedí de parientes y amigos, incluso de tía Rufina. Me poseía como un apresuramiento por liquidar el pasado.

En esa época de la vida, todo cambio produce encantamiento. Los objetos, las personas, los sucesos, tienen el prestigio de un paisaje lavado por la lluvia bajo un sol nuevo. Sin embargo, el choque con la disciplina rígida de la Escuela de Artes y Oficios, la falta de hábito en el trabajo muscular

y la convivencia con muchachos diferentes a los compañeros habituales, me hicieron experimentar, en las primeras semanas, una especie de desorientación. Vivía en constante estupor. Sentíame desarraigado con violencia de mis costumbres, más huérfano que nunca en un ambiente incomprensible. Pero estaba decidido a no retroceder. Apretando los dientes como para penetrar en agua helada, fui posesionándome de la nueva existencia, sin exhalar una queja. Había resuelto hacerme duro, física y sentimentalmente.

Antes de finalizar el año, ya me había familiarizado con el ruido de los martillos y las garlopas, el fragor de los sopladores en los días de fundición. La materia rebelde, entre las manos inexpertas, comenzaba a hacerse dócil y blanda. Más difícil fue habituarme al trato de los nuevos compañeros.

Esa comunión con el proletario resultaba trago demasiado amargo para el muchacho acostumbrado a un ambiente burgués y sibarita. La crudeza en la expresión, la suciedad, los malos olores, la falta de respeto por la propiedad ajena; ese conjunto de cualidades crudas, son la peor y más formidable muralla que divide a individuos educados en atmósferas diferentes. Es posible que dos individuos de diversa situación social lleguen a estimarse por simpatía de ideas y pensamientos; la adversidad de costumbres puede ser motivo de separación.

Mis incipientes ideas democráticas, al primer contacto con la realidad sufrieron, si no un descalabro, al menos un golpe doloroso. ¿La fraternidad de los seres humanos era simple utopía?

Instintivamente comencé a escoger la amistad de muchachos que provenían de clases sociales más cultivadas. De otro modo hubiera muerto por asfixia moral, pues no sólo me sentía distante de la masa de mis compañeros, sino que no teníamos el mismo lenguaje. Nuestro contacto se reducía a las conversaciones sencillas que tuvieran relación con labores cotidianas y con los juegos de patio. Si alguna vez deseaba tratar algún asunto de carácter más elevado, debía adoptar el tono del maestro que adoctrina.

El relativo aislamiento a que me vi forzado entre mis condiscípulos de escuela me hizo buscar con mayor ahinco la lectura y las cavilaciones solitarias. La biblioteca del es-

tablecimiento me proporcionó libros; pero yo buscaba de preferencia aquellos que me podían iluminar sobre la existencia humana, sobre su principio y su fin. ¿De dónde veníamos? ¿Es verdad que descendíamos del mono? Aceptada esta teoría, ¿qué evoluciones primarias motivaron el advenimiento de este primer vástago de nuestra ascendencia? ¿De qué manera se formó la tierra, el universo?

Momentos hubo en que, pensando en estos problemas tan superiores a mis fuerzas, se me ofuscaba el cerebro.

El racionalismo, bebido, más que en la enseñanza de los liceos, en la atmósfera misma de ellos, era un arma como las que emplean los niños en sus juegos: inútil para tajar la carne viva del misterio.

Los filósofos consultados nada me dijeron que pudiera llenar el vacío de mi espíritu. ¡Hipótesis!... Sabias divagaciones erizadas de tecnicismo que terminaban en el vacío.

¿Para qué se vive?

Y si no se sabe cuál es el objeto de la vida, ¿qué más da que ella se emplee en realizar buenas o malas acciones?

Estas interrogantes, aunque formuladas por un niño, constituían, sin embargo, formidables bombas lanzadas contra el infinito y a las cuales no encontraba más respuesta que el eco devuelto por las montañas imperturbables.

Las divagaciones metafísicas concluyen por entristecer el ánimo. Los pocos amigos que podían seguirme en esta ruta sideral comenzaron a encontrarme aburridor, incómodo; no tardaron en abandonarme. Acaso me acusaron de adoptar posturas teatrales. No imaginaban que, en realidad, me consumía un sincero anhelo de certidumbres, un ansia por encontrar un punto de apoyo en el naufragio espiritual de mis pobres y rudimentarias ideas.

Insensiblemente, como un niño que se cansa de llorar a la luna y se distrae con piedrecillas de colores, volví la vista hacia las religiones; mejor dicho, hacia la religión conocida junto con la leche materna: el catolicismo.

Dios. He ahí la almohada que me permitió descansar la dolorida cabeza. ¿Y esa bella leyenda del Cristo, redentor de los hombres, y la ingenua historia de María con su manto tachonado de estrellas? El esplendoroso ritual de la Iglesia

llenábame el alma de resonancias orientales. Sus casullas suntuosas, sus bronceos refulgentes, el perfume del incienso, la iluminación de los cirios, las voces profundas de los órganos, los ademanes lentos y armoniosos de los sacerdotes, transportábanme a un mundo poblado de mágicas pedrerías.

—¡Dios mío, madre mía! —suplicaba en la penumbra envolvente de las iglesias—. ¡Dadme fe, la fe cándida de los primeros años!

Y como si en realidad el buen Dios de luengas barbas argénteas hubiera escuchado mi ruego, comenzó a inundarme la alegría beatífica de los creyentes. Mi madre, allá en las regiones en que vagan los espíritus, acudía, sin duda, a mi llamado y escuchábame con taciturna actitud; sus negros ojos parecían mirarme prolongadamente y sus labios se movían en silencio como para derramar sobre mi cabeza palabras de dulzura.

—¡Sálvame, Señor! ¡Hazme humilde y bueno!

Y como si me considerara indigno de mirar cara a cara al Supremo Hacedor, buscaba de nuevo la intercesión de mi madre.

—Madre: pide por mí la paz del espíritu. Pide para mí la sabiduría, el valor, la claridad de inteligencia. ¡Pide el amor, el amor puro de las muchachas hermosas y la sana amistad de los buenos compañeros!...

Una cálida onda mística comenzó a envolverme. A medida que iba recordando los simbolismos de la misa, aprendidos en la niñez, mi contrición y mi fervor aumentaban. La desguarnecida capilla de la escuela, con sus ventanas llenas de sol, no alcanzaba a deshacer el encanto que bañaba mi espíritu. Ya no era la sugestión del recinto ni la pomposa teatralidad de los ritos sagrados lo que me producía embriaguez religiosa; era algo venido de las profundidades del espíritu y que rebasaba al exterior como manantial de hirvientes aguas aromadas. En el momento en que la campanita sonaba con timbres infantiles para anunciar la llegada del cuerpo de Cristo a la mesa del sacrificio divino, un estremecimiento recorría el cordaje nervioso y mi cuerpo perdía su materialidad para convertirse en luz y aire puro. La invisible presencia

divina se ponía en contacto directo con mi alma, y, cegado, inclinaba la cabeza, próximo al éxtasis.

—¡Señor!... ¡Señor!... ¡Purifícame!... ¡Hazme digno de Ti!...

Desgraciadamente, esta intensa religiosidad no perduró demasiado tiempo. Yo era feliz en aquel estado. Prolongar la felicidad hubiera sido la extrema sabiduría. ¿Qué importa que se viva en un mundo de quimeras, si ellas nos proporcionan bienestar real? Pero la razón, esa insaciable curiosa, seguía cavando y hurgando en la caverna de lo desconocido, ganosa de certidumbres y contactos materiales. Un milagro, o la apariencia de un milagro, habría sido, quizás, mi salvación. Nacieron las dudas, ratoncillos voraces e impertinentes que roen con igual ardimiento las cortezas de pan que los pedestales de estatuas milenarias...

En la biblioteca de la Escuela había algunas obras de escritores rusos. Las palabras sencillas de estos hombres atormentados, de una finura y distinción de espíritu que no tiene paralelo en la literatura mundial, fueron como una ampliación majestuosa de la angustia metafísica que había hecho presa en mi espíritu. Nunca una semilla cayó en suelo más blando, esponjoso, propicio para contribuir a su desarrollo.

El romanticismo socialista de Gorki, su literatura humanitaria y poética iluminando las podredumbres sociales, las torturas corrosivas del aristocrático Tolstoy, y más que eso, sus angustias morales y metafísicas, me parecieron palabras vivas que saltaban desde las páginas del libro para vibrar en amistosa charla con mi espíritu. Dejaron de ser autores para convertirse en amigos y consejeros de mi exclusiva pertenencia. Lo que a ellos les inquietaba me inquietaba a mí, como si tuviéramos un misterioso parentesco próximo.

Desde entonces mis anhelos dejaron de volverse hacia París, para tornar la vista hacia Rusia. Toda mi aspiración, en esa época, hubiera sido emprender un peregrinaje a las estepas nevadas y colocar mi cabeza bajo las manos protectoras de los maestros.

El fervor religioso de que me sentí poseído con anterioridad al conocimiento de mis amigos rusos, se identificó con

sus vacilaciones, dudas y tanteos. El misticismo socialista me fué ganando poco a poco, y llegué a emprender ensayos de teorías que me fascinaban. Uno de estos ensayos, el de "la no resistencia al mal", se transformó, a mi pesar, en una sublevación de los alumnos de la Escuela de Artes, y, como consecuencia de ella, se decretó mi expulsión (1).

(1) En "El Crisol" se expresa parte de lo ocurrido en aquella época.

SEGUNDA PARTE

Colonia Tolstoyana

A LA SOMBRA DE TOLSTOY

Eramos tres. Nada más que tres. La leyenda ha falseado el dato histórico, como ha falseado otros de mayor importancia.

Augusto Thomson pontificaba. (1) Nació destinado para ejercer de pontífice o de actor.

—He torcido mi destino —solía repetir.

Y recordaba que, siendo tierno infante, pasó por nuestra menguada metrópoli la compañía dramática de Galé, episodio poco frecuente en aquel tiempo. Augusto asistió por primera vez a una representación de "Tierra Baja", de Guimerá. Tuvo un deslumbramiento. Y pocos días más tarde se presentó al alojamiento de Galé para solicitarle que lo incorporase a la farándula. El viejo actor sonrió:

—¿Tendrá usted condiciones?

—¡Póngalas a prueba! —respondió el niño con arrogancia.

—¿Podría usted recitarme alguna cosa?...

Y sin esperar nueva invitación, Augusto revolvió con las manos su encrespada melena, se ató la frente con un pañuelo, se quitó el vestón y desabrochóse el cuello de la camisa; ya en carácter, saltó sobre una mesa, dispuesto a declamar el monólogo de Manelik, aquel que ha sido siempre como la piedra de tope para los grandes comediantes españoles.

(1) Sólo años más tarde Augusto G. Thomson adoptó el seudónimo de Augusto d'Halmar. (Nota del E.)

Desarrollóse la extraordinaria escena. El viejo actor cavilaba. "Tierra Baja" hacía su estreno en Chile; Galé era el portador de la primicia y sólo habíala puesto en escena dos veces. ¿Cómo pudo copiar el largo monólogo aquel muchacho de ojos oscuros, hundidos en cavernas de sombra bajo el frontal sobresaliente? ¿Y aquella voz limpia, con sonoridades de plata y de bronce que enronquecía, enturbiada adrede, para simular los rugidos de la fiera? El viejo actor se mostraba desorientado y perplejo.

—¿Cómo pudo aprender ese monólogo? —interrogó con desconfianza.

—De haberlo oído a usted. . . —respondió el muchacho.

—¡Entonces. . . , debe poseer memoria prodigiosa!

—¡Dícenlo así! . . .

—Lo felicito por sus condiciones para la escena. Puedo asegurarle que será un gran actor. Sólo exijo que su familia le dé consentimiento para llevarlo conmigo. . . Dentro de dos días saldré de Chile.

Aquel proyecto no pudo realizarse. El viejo primo Manuel Thomson, hijo del conocido héroe de la Guerra del Pacífico, que llevó el mismo nombre, se encargó de disuadir a Augusto. Era más noble la carrera de escritor, y menos arriesgada para un joven de su condición. Y así fué como el arte perdió un émulo de Borrás, de Tallaví o de Talma.

Pero si Thomson no fué actor de teatro, siguió siéndolo en la vida. Se rodeaba de una liturgia de artista romántico y obligaba a los suyos a que actuaran de acuerdo con sus dorados sueños. Sus hermanas debían reverenciarlo como a un joven príncipe. En el modesto hogar había establecido rituales que, en grado ínfimo, recordaban el ceremonial que rodeaba al Rey Sol.

En cierta ocasión se declaró inventor de un idioma nuevo, tan arbitrario como pintoresco. Las hermanas y la buena abuela debieron emprender el estudio de aquella gramática, intrincada como los senderos de la selva.

—¿Garrapatitis, trumbum almidonis?

Aquella interrogación significaba, simplemente, si habrían traído las camisas de donde la lavandera; pero, como las muchachas no lo entendiesen, el niño Augusto montaba en su caballo diabólico y hacía restallar el látigo de su cólera.

Es indudable que el carácter dominante por naturaleza del jovenzuelo adquirió un desarrollo extraordinario gracias a la bondad inagotable de la abuela, que lo adoraba.

La anciana señora poseía los vestigios de una belleza fina y aristocrática.

—Es mi mejor escudo heráldico —solía decir Augusto, refiriéndose a ella.

Y, como tal, la exhibía en las ocasiones memorables. Los viejos recuerdos sin duda, aquellas sesiones del Ateneo, de Santiago, en que Augusto llegaba a la desbordante sala-teatro de la Universidad dando el brazo a una viejecita menuda y plácida, de rostro alargado, de tez blanquísima, aunque no tanto como los cabellos alisados bajo la capota sencilla. La fisonomía era como la expresión misma de la dulzura y de la bondad. Dos pedacitos de turquesa o de cielo azul asomaban en el marco de plata ennoblecido por la pátina de los años.

En el hemicycleo desbordante, aquel mozo alto y esbelto, de cabeza byroniana, sirviendo de báculo a esa viejecita de aspecto distinguido, constituía un cuadro que provocaba admirativo silencio, seguido de murmullo aprobador. Y luego, en el momento en que el novelista era llamado para ocupar la tribuna, levantábase de su sillón en medio de la expectación general, depositaba un beso en la frente de la abuela, y subía las gradas con airosos movimientos de doncel trovador.

Los estudiantes rebullían en las tribunas altas. Las damas de platea enfocaban sobre el joven escritor los ojos afiebrados de ocultas ansias. La atmósfera de murmullos y perfumes latía como corazón estimulado por el deseo.

Y en ese momento, grave y pura, desgranábase la voz evocadora, como un tejido de magia, dibujando, en el ambiente estático, imágenes airosas y trenzando esbeltas visiones de vida.

No tardaban en quebrar el silencio los aplausos unánimes, que, en el transcurso de la lectura, iban creciendo como marejadas impetuosas, hasta convertirse en ovaciones, en clamoreo que palpitaba como fogata enloquecida.

El héroe del momento bajaba de la tribuna con lentitud, pero sin jactancia, despreocupado y elegante como príncipe.

cipe quimérico. Ofrecía el brazo a su viejecita y salía de la sala, dignamente, saludando al pasar con fina sonrisa cordial.

Los estudiantes formábanle calle en el atrio y seguíanle con gritos triunfales: "¡Viva el Zola chileno!"... "¡Viva nuestro Dostoyewsky!" "¡Viva el Loti!"... "¡Viva el Daudet!"

En verdad, nadie concluía de ponerse de acuerdo sobre el parecido de ciertos astros de la literatura mundial con aquel espíritu multiforme y cambiante como espejo de agua movediza.

Y así se explica que este escritor adolescente haya podido ejercer una especie de dictadura espiritual sobre la juventud literaria de su época. Escritores ya maduros, o poetas noveles, lo agasajaban y lo respetaban.

Alrededor de la revista "Instantáneas", que editaba Alfredo Melossi y que Thomson dirigía, fluyó un continuo tumulto de admiraciones y de aplausos sinceros. Magallanes Moure, Samuel y Baldomero Lillo, Labarca Hubertson, Leonardo Pena, Dublé Urrutia, Valentín Brandau, Luis Ross, Carlos Pezoa Véliz, Víctor Domingo Silva, y tantos otros, formábanle círculo entusiasta, y, si no todos lo reconocían como jefe, al menos lo respetaban como el árbitro del buen gusto y camarada indispensable en la orquestación de la literatura chilena. Tenía ventitrés años en aquella época.

Y no sólo asumía la delantera en el lote literario; también los pintores y músicos le reconocían derecho para dictaminar en obras de su especialidad. Rafael Correa, Juan Francisco González, Valenzuela Llanos, Pedro Lira y algunos más que figuraban ya entre los venerables, lo acogían en su cónclave y consideraban sus juicios con respeto.

Se comprenderá, entonces, la admiración casi fanática que debió despertar Augusto G. Thomson en la imaginación de un estudiante de dieciocho años en quien comenzaba a prender el virus del arte.

EL PRIMERO PASO

Cuando penetré por primera vez en el santuario del escritor, temblaba como un comulgante al aproximarse al altar. En la calle Libertad, muy próxima a la Plaza Yungay, había una modesta casita de gruesos muros antiguos, que se erguía entre sus vecinas como una señora de buena familia que sobrellevaba su pobreza con dignidad. Allí vivía el novelista con su abuela y dos hermanas.

Augusto Thomson ha sido uno de los pocos escritores que en Chile ejercieron su profesión como se entiende en Europa: con exclusividad. Por lo menos, en su juventud, dedicó todo el tiempo a las letras. La abuela subvenía a los gastos del hogar. Las hermanas cuidaban de la casa. Augusto escribía con independencia, sin obligaciones de oficina ni preocupaciones por el diario sustento. Las clases de música de la abuela bastaban para mantener una decorosa parvedad.

Al golpear con el pesado aldabón de la puerta de calle, asomaban por el ancho pasadizo dos niñas con aspecto de inglesitas. En las mañanas, la consigna era implacable. El escritor no recibía; hallábase dedicado a su trabajo literario. Por las tardes, en cambio, abríase el amplio salón, que servía a la vez de taller, y los amigos podían acercarse al altar y su sacerdote. Augusto presidía las tertulias con natural desenvoltura; sabía ser cordial sin descender a plebeya camaradería; mantenerse a una distancia exenta de estiramiento; pontificaba sin apocar al neófito. De vez en cuando, si una nota de mal gusto se introducía con demasiada imprudencia en la reunión,

aparecía en sus labios una sonrisa irónica seguida de una frase que desconcertaba al temerario. A menudo tomaba un libro con sus cuidadas manos abaciales y leía con voz clara, austera y musical. Se dijera un joven griego ejerciendo su apostolado en la clara intimidad de un hogar ateniense.

Se hablaba de Gorki, de Tolstoy y Dostoyewsky, los santos del día. Ibsen, Maeterlinck y Hauptmann formaban el triunvirato de los dramaturgos.

Desde las amplias paredes de la sala, cubiertas de cuadros, grabados y curiosidades artísticas, miraban, con sus ojos inmóviles, los rostros venerables de artistas contemporáneos: Zola, Daudet, Maupassant, Reclus, Kropotkin. Thomson poseía el arte de convertir su sala de trabajo en una especie de museo rancio y lleno de colorido. Audaces armonizaciones de Juan Francisco González, una gallarda cabecita del pintor Molina, saudosos paisajes de Valenzuela Llanos, bosquejos de Valenzuela Puelma, alguna miniatura escultórica de Simón González, formaban un conjunto que caía sobre los circunstantes como un baño de colores que estimulaba y tonificaba los nervios.

Puestas en discusión las teorías de Tolstoy, se hablaba con veneración del artista de Yasnaia Poliana y de sus extrañas actuaciones apostólicas. Yo escuchaba con el espíritu abierto, vibrante, poseído de angustiosa timidez. En verdad, reconocía en mi fuero interno que nadie dominaba aquel tema con mayor amplitud que yo.

Tolstoy me era familiar hasta en los menores detalles. Había estudiado sus novelas con cariño; sus teorías morales y filosóficas eran para mí tan conocidas como el silabario. Proyectaba presentar a nuestra Academia del Instituto Pedagógico un estudio sobre el gran espíritu que llenaba el mundo con su renombre. Sin embargo, sintiéndome desconocido en aquel ambiente de intelectuales, mi deseo de intervenir pafaba como un caballo contenido por duro freno.

Uno de los circunstantes más asiduos a las tertulias de Thomson, y, también, uno de los más entusiastas admiradores de Tolstoy, era un joven de aspecto campesino, recio y cuadrado, de claros ojos que, al sonreír, brillaban como líquido entre los párpados, estirados por las mandíbulas. Alguien lo llamó por su nombre: Julio Ortiz de Zárate.

Me fué simpático desde el primer instante con su traje modesto y limpio, y sus gruesos zapatos de explorador. En aquella reunión de hombres marchitos por las ideas y el estudio, era como ráfaga de aire venida de campos cordilleranos, con perfumes de toronja y hierbabuena.

Me pareció que Ortiz de Zárate era quien armonizaba mejor con mi entusiasmo por el maestro de Yasnaia Poliana, y, seguramente, estimulado por su presencia, me atreví a murmurar, con voz ahogada por la emoción, y tan sin control, que me pareció extraña a mí mismo:

—Tolstoy es como nuestro padre común... Yo..., yo... iría en peregrinación a Rusia sólo para besar sus manos venerables...

Un silencio penoso acogió la mística declaración. Sin duda los asistentes a la tertulia consideraron exageradas esas palabras que no eran sino la expresión de un espíritu vehemente y sincero. Sólo en Ortiz de Zárate encontré una mirada comprensiva. Augusto fijó un instante sus ojos en mi persona y tuve la impresión de que el grande hombre me veía por primera vez. Luego, después de ensombrecer la frente con un pliegue reflexivo, habló de otros asuntos.

Creía yo que mi persona azorada había entrado de nuevo en su círculo de sombra para no volver a salir de ella, cuando, en el momento en que nos despeíamos, Augusto dejó caer las siguientes palabras, erguido y un poco displicente:

—Venga a reunirse con nosotros esta tarde. Todos los días voy a despedir al sol en el Parque Forestal...

Era uno de sus ritos. También se reunía todos los años con don Juan Mateo Gatica para saludar la primavera en Ñuñoa, el día en que los huertos de durazneros y de almendros se cubrían con su manto tejido de palidez y de rubor.

Eran actitudes que lo rodeaban de atmósfera sugerente, embelleciendo hechos que la mayoría de las personas realizan con opaca sencillez.

Acudí a la cita con puntualidad. El Parque Forestal era, entonces, un paseo en formación; no existía el Palacio de Bellas Artes. En cambio, el horizonte se ampliaba en forma desmesurada y aparecía un panorama que a nosotros se nos antojaba oriental, quizá porque algunas palmeras se erguían

en el extremo del paseo y cúpulas de iglesias, lejanas, evocaban mezquitas de Mahoma.

A propósito del crepúsculo, Augusto tejía una leyenda fantástica. Solía recitar versos a media voz, con la cabeza descubierta, los ojos perdidos en vaguedades de ensueño. Pero aquellas expansiones, que en otros hubieran parecido amaneradas, eran en él como la prolongación de su figura física y moral. El tono sobrio de su voz, la esbeltez de su cuerpo, la gracia austera de su gesto, en esos momentos asemejábanlo a un joven faquir de la India misteriosa.

Durante estas reuniones vespertinas, repetidas con frecuencia, siempre al final quedábamos solos Augusto, Ortiz de Zárate y yo. Como una obsesión, nuestra charla recaía, entonces, en el tema de Tolstoy; en la belleza de la vida sencilla; en la no resistencia al mal; en el apostolado que se podría ejercer entre los campesinos, y en la necesidad de huir de los viciosos placeres de la vida ciudadana.

Tanto machacamos las mismas ideas, tanto dimos vueltas a la misma noria, que yo concluí por fatigarme de tanta palabrería estéril. Y un día, sacando bríos de flaqueza, me atreví a alzar la voz ante el joven maestro:

—Y si tanto admiramos la vida tolstoyana, ¿por qué no realizarla? . . . ¿Hay algo que nos impida vivir de acuerdo con nuestras ideas?

Era una reflexión simple. Mis interlocutores quedaron un instante en silencio. No puedo asegurar cuál fué el efecto producido por mis palabras. Quizá fué de confusión o de vergüenza. Para mis ojos de muchacho no existía complejidad. Todo me parecía fácil y claro. El camino por recorrer, que para los hombres experimentados es oscuro y tortuoso, a mí se me aparecía tan acogedor, tan suave como el horizonte inundado por los reflejos del sol poniente que teníamos a la vista.

Al regresar, esa tarde, a la hora en que se encendían las primeras luces y las primeras estrellas, nuestros pasos resonaron con mayor gravedad en las calles desiertas. Discutíamos las posibilidades de llevar a la práctica el proyecto de fundar una colonia tolstoyana. . .

LA AVANZADA

Es imposible que el venerable apóstol de Yasnaia Poliana, o el profeta de la austera Reforma, tuviera mayor unción ni más severa grandeza en su actitud que Augusto d'Halmar en aquellos días que precedieron a nuestra partida. Acaso los grandes espíritus requieran cierta aureola teatral para imponer a la humanidad sus ideas fulgurantes.

Sólo más tarde pudimos conocer en el gran Tallaví, al interpretar "El Místico", de Rusiñol, gestos y actitudes como las de Augusto al sentirse visitado por el espíritu ascético. Sin abandonar su personalidad anterior, antes bien, conservándola en discreta e inteligente transición, con fino cálculo artístico, Augusto se adaptó a su nuevo avatar.

Los asiduos a la tertulia familiar fueron los primeros en conocer el proyecto expedicionario. Elegirían como campo de acción la Frontera, con sus bosques impenetrables y sus cascadas de profunda sonoridad.

Al escuchar los proyectos de D'Halmar, Luis Ross vibraba como cuerda tensa. Sus ojos sombríos giraban, con tanteos de reflectores, en su rostro de árabe adolescente.

—¡Qué vida! ¡Qué linda vida! —exclamaba—. ¡Sublime!... Educarán ustedes a los araucanitos, como lo hacen los misioneros capuchinos... Formarán hombres libres, a semejanza de Reclus y Kropotkin.

D'Halmar improvisaba. Gravemente, con voz lenta:

—La escuela será la base de nuestra obra —decía—; estableceremos los métodos de Yasnaia Poliana,

Valentín Brandau, espíritu analítico, observaba, detrás de sus gruesos lentes, con ojos reidores:

—¿Conque están resueltos a abandonar las comodidades mundanales, eh? —preguntaba a Julio Ortiz de Zárate.

Y éste respondía, apretando sus mandíbulas, como quien se dispone a quebrantar fierros y piedras con los dientes:

—Sí, ¡estamos resignados a ser felices!

A pesar del espíritu apostólico, se posaba para la posteridad. Algunos diarios hicieron comentarios irónicos. No eran tiempos aquéllos para aventuras idealísticas. Ni aun el reciente romanticismo literario, prendido con retardo en nuestro país, hacía posible la comprensión de una calaverada mística. ¡Colonia Tolstoyana! ¡Empresa de locos! Y la sátira hacía restallar como látigos sus carcajadas. Un diario de la tarde publicó un párrafo que alguien atribuyó a la pluma de Nadir:

Un grupo de muchachos artistas proyecta salir para el sur, con el fin de fundar una colonia inspirada en las teorías religioso-filosóficas de Tolstoy. Es de presumir que los colonos intentarán vivir desnudos, como Adán, nutriéndose en las selvas de raíces, animalitos y peces crudos. Es de lamentar que Eva haya sido excluida de esta comunidad: seguramente los colonos habrían tenido ocasión de formar, con ella, moralizadores cuadros plásticos...

Thomson sonreía con desdén señorial, perdonador y mártir, como un ermitaño experimentado en vigiliass y privaciones. Julio Ortiz mostraba, con sonrisa beatífica, sus pacíficos colmillos, y yo hervía en ansias combativas, como aquellos cristianos que defendieron a mandobles la fe.

—¡Cuidado! ¡La no resistencia al mal! —nos advertía nuestro joven maestro, y ambos acólitos escondíamos las armas bajo los sayales beatos.

Mas, para equilibrio de los nervios, no todo eran sarcasmos y chanzas incomprensivas. El poeta Pezoa Véliz escribía desde Valparaíso confesándose atraído por la iniciativa tolstoyana y proyectaba incorporarse a nuestro grupo.

"Hermanos", exclamaba en el encabezamiento de sus cartas, y había en esta palabra un sabor de alma popular bien castizamente chileno.

Los pintores Backaus, Valdés y Burchard daban los últimos pasos para seguirnos. El anarquista Escobar y Carvallo y el pintor Rebolledo Correa nos estrechaban la mano. Estos últimos formaban parte de una colonia comunista establecida en un viejo inmueble de Santiago.

Allí se admitía al bello sexo, y, según las pícaras murmuraciones, no faltaban neófitos que interpretaban las teorías de Reclus despojando a los "camaradas" de los útiles de casa y de sus mujeres, como de "objetos" pertenecientes a la comunidad.

Baldomero Lillo, por esos días nacido a las letras chilenas, con bíceps de atleta, aprobaba fraternalmente. En retorno, Thomson saludaba al nuevo cuentista desde "La Lira Chilena" como el apóstol de los desamparados. Magallanes Moure ofrecía su concurso aunque se excusaba de no poder acompañarnos en la aventura por motivos familiares.

Samuel Lillo movía la cabeza, murmurando, con protectora condescendencia de hermano mayor: "¡Estos niños!"... Diego Dublé Urrutia, en cambio, chillaba y discutía con vehemencia. En esos días recibió Dublé su título profesional y proyectó enviar a sus relaciones una misiva, a manera de cartel: "Diego Dublé Urrutia, al obtener su título de abogado, comunica a usted que renunciará a su profesión, para dedicarse al cultivo de las Bellas Letras". Una bomba que, según parece, no alcanzó a estallar.

Mientras tanto, los futuros colonos continuábamos los preparativos. A mí se me comisionó para explorar la Frontera, en donde un primo mío poseía veinte mil hectáreas de bosques vírgenes.

Con ánimo ligero arrojé por la borda un pequeño puesto de dependiente librero, que me diera un lejano pariente, liquidador de la sucesión de don Roberto Miranda, a fin de que pudiera costear mis gastos de estudiante en el Pedagógico.

¡Edad venturosa los dieciocho años, sonoro petardo cargado con rojos claveles y pétalos de azucenas! Huérfano y libre, husmeaba el aire, espeso de inquietantes perfumes de primavera. La impaciencia por romper cadenas me hacía cerrar los ojos y embestir contra el futuro.

Con la venta de muebles y ropas de mi cuarto de estudiante, reuní un puñado de monedas, apenas las suficientes para costear el pasaje hasta Bulnes, plácido pueblecito situado en las inmediaciones de Chillán.

Allí residía el afortunado pariente poseedor de fabulosos bosques.

—¡Convenido! —respondió éste, sonriendo, irónico y protector, al escuchar mis confidencias y proyectos—. Te regalaré el terreno que necesiten y que puedan cultivar por sus propias manos. ¿Cuánto? ¿Quinientas hectáreas? Dispón de ellas. Y más, si quieres.

Mi primo era diez años mayor que yo, alto, flaco y barbudo. Queríame como a hermano menor. Debe de haber reído interiormente al pensar en el grupo de muchachos inexpertos que proyectaba adueñarse de la selva gigante, sin más elementos de trabajo que su entusiasmo.

La edad adolescente es así. La generosidad va al brazo de la inconsciencia, en loca hermandad. En esta época de la vida florecen los sentimientos generosos. Se cree en el amor y en la amistad como en cosas tangibles y se entrega toda la sangre con la despreocupación del que alarga la pitillera para ofrecer un cigarrillo.

Tolstoy, en "La Guerra y la Paz", presenta un condecito tan generoso como ingenuo. Posiblemente es un recuerdo de su propia infancia. Sale el jovencuelo a combatir a Napoleón tan alegremente como se podría ir a caza de mariposas. Todo lo ofrece a camaradas y superiores de cuartel: caballos, joyas, provisiones, dinero... Era preciso defenderse de su dadivosa manía, hasta que, después de una batalla, lo encontraron tendido boca arriba, sonriendo al cielo con la mueca de la muerte, que no tuvo piedad de su juventud...

También Lord Byron, en su época de colegial, erigió un sagrario a la amistad; allí adoró y fué adorado como un semihéroe por sus camaradas. Las empresas con que soñó y las que más tarde realizó llevan la marca del sentimental impetuoso y contradictorio, ávido de infinito y de sensaciones ignoradas.

Augusto Thomson, niño parecido en figura al joven autor de "Child Harold", caracoleaba su corcel, dispuesto a

lanzarse sobre vedadas sensaciones, ambicioso del vivir intenso.

Contábanos el mismo Augusto que, siendo niño, quiso probar las sensaciones del ladrón. Era, en esa época, empleado en una casa de martillo, regentada por un aristocrático subastador de apellido vasco. Entre los objetos que se exhibían al público había una daga morisca, ricamente cincelada por artífice arábigo. Había decidido Augusto apoderarse de la joya, encerrada en una vitrina. Preparó cuidadosamente su plan. En los momentos en que empleados y patrones hacían el recuento de caja, ocultóse en la sombra del vasto almacén y se arrastró, con cautela de ratón y suavidad de reptil, entre los muebles de la almoneda. Si lo hubieran sorprendido, habría perdido su merecida reputación de muchacho honrado. Seguramente lo esperaban la vergüenza y la cesantía. ¡Qué de emociones, qué de temores angustiosos, antes de obtener el codiciado objeto! Al enfrentar la vitrina se hallaba tan extenuado, que estuvo a punto de sufrir un desmayo.

Era de esperar que Augusto guardaría en sitio de honor aquel tesoro tan costosamente obtenido, él, que administraba con arte recuerdos y baratijas de coleccionistas; pero, esta vez, tan pronto como un amigo manifestó admiración por la daga, se desprendió de ella sin dolor. Ya había satisfecho su curiosidad de sensaciones extraordinarias.

Quién sabe si el propósito de fundar una colonia ascética, a la manera de Tolstoy, no fuera para nosotros otra cosa que una aventura tomada como experimento. Es posible que, del mismo modo, hubiéramos marchado a la guerra o decidiéramos seguir a Joaquín Murieta, el héroe bandido. No quiere decir que fuera tibia nuestra admiración por el maestro de Yasnaia Poliana. Ardía en nosotros, especialmente en Ortiz de Zárate y en mí, un rendido espíritu apostólico; pero las inspiraciones que corresponden al período de la juventud poseen un complejo vago, misterioso y contradictorio. En esta época de la vida se puede elegir con igual facilidad el camino del monasterio o el de la cárcel. Todo es cuestión de circunstancias, ambiente y sugerencias externas.

Conseguido el terreno para nuestra futura colonia, regresé a Santiago, impaciente por activar nuestra partida. Al

llegar, supé por mis compañeros que no faltaban augures que vaticinaban nuestro fracaso.

Alguien explicó que en la selva abundaban leones y que seríamos devorados como corderillos. Pero el vaticinio más horrendo fué el de las lluvias. Allí no existía verano; sólo podían subsistir los sapos y los cisnes del poeta Winter. Thomson, después de examinar el color verde suave de un mapa austral, decidió que el paisaje debía ser bello. La posibilidad de las lluvias se descartaba llevando paraguas.

EN VIAJE HACIA EL SUR

Por fin, en una mañana de diciembre, si no me engaña la memoria, nos reunimos en un vagón de tercera clase. En medio de una multitud desaseada, envueltos en espesa atmósfera de mal tabaco, codeados y estrechados por ásperos personajes del pueblo, que comían tortillas, empanadas y arrojaban al suelo cáscaras de frutas, escupiendo y riendo en forma discordante, formábamos un pequeño grupo insólito y curioso. Las enérgicas manos de Julio Ortiz de Zárate acumularon en un ángulo del vagón las maletas y bolsas de ropa que constituían nuestro equipaje. Entre ellas, la delgada figura de Thomson, con gorrilla de viaje y guardapolvo de brin, surgía como la de un inglés de zarzuela española, largo y flemático. Miraba en derredor, y, al observar a nuestros compañeros de viaje, una mueca de alarma pulcritud prendía en su boca estremecida por ligero tic nervioso. Julio y yo afectábamos complacencia campechana en contacto del hermano pueblo, a quien íbamos a conocer de cerca y a redimir...

Thomson calzó sus guantes de hilo, extrajo un libro del maletín, y se dispuso a leer en voz alta. Leyó para Julio y para mí; su actitud y las bolsas de ropa amontonadas como trincheras levantaron una valla entre nosotros y los demás pasajeros, quienes, a su vez, nos observaron durante un tiempo con extrañeza y curiosidad, y no tardaron en desentenderse de nosotros.

Augusto leía la "Trilogía de la Muerte", de Meaterlinck. Con admirable acento insinuaba misterios, vaguedades, sugerentes terrores.

Por las ventanillas del vagón veíamos huir, mientras tanto, el paisaje suave, fino y luminoso de nuestros campos centrales. La cordillera, enorme y pensativa, se alzaba al fondo con su immaculada clámide blanca y parecía examinarnos con la gravedad extrañada de un gigante que ve pasar a sus pies un ejército de hormigas.

Murallas de álamo verde pálido encerraban potreros cubiertos de cultivos y de animales que pastaban en aparente inmovilidad; canales, ríos de aguas correntosas y sombríos bosquecillos de matorrales, dábannos impresión de trabajo, paz y plenitud. Julio y yo cambiábamos opiniones y trazábamos planes de trabajo. Augusto nos escuchaba distraído. Ya cerca de Chillán, comenzó a ponerse caviloso. Aquel barullo de gente que entraba y salía como tropa bárbara por la puertecilla del vagón, irritaba sus nervios. Se quejó de dolor de cabeza; lo acometieron bascas; su rostro fué adquiriendo color azafranado.

Interrogaba, observándonos con ojos de angustia:

—¿Queda mucho para llegar?

—Bastante —respondí—. Esta noche alojaremos en Temuco. Mañana, a mediodía, saldremos hacia el sur. Al caer la tarde estaremos en Antilhue. Al día siguiente haremos una jornada a caballo para llegar a nuestro destino...

—¡Hum! ¡Pero eso es el fin del mundo!

—¿Qué?

Guardó silencio. Comprendí que lo torturaba alguna idea, y que su pensamiento huía lejos de nosotros.

Julio entabló charla con una gruesa campesina. Había subido al vagón en una de las estaciones y amontonado bajo los asientos, canastos, bolsas de ropa, jabas de gallinas, un perrillo... Secábase el sudor con un pañuelo de yerbas y miraba recelosa los paquetes, recontándolos mentalmente.

—Dime —exclamó Augusto de pronto—. ¿Y hay casa en el fundo a donde nos dirigimos?

Aquella pregunta me produjo consternación. Yo había hablado repetidas veces de selvas vírgenes, de terrenos solitarios y sin recursos. ¿No se había dado cuenta Augusto, aún?...

—No —respondí con sequedad—. Tendremos que cons-

truir un rancho de tablas, y si en los contornos no hay madera aserrada, haremos una casucha provisional con troncos, ramas y canalones labrados a mano... Te he dicho ya que mi primo no ha puesto aún trabajo en sus terrenos.

—¡Vean! —exclamó Augusto, como si tomase de pronto una resolución—. He pensado que sería más conveniente que en vez de irnos a Los Lagos, nos dirigiéramos a Arauco. Allí también tienes parientes —añadió, volviéndose a mí—. Esa región, a lo que parece, es menos desamparada, y está más cerca de la capital.

Siguió breve discusión. Tuve que contener mis ímpetus; irritábame el cambio brusco de un proyecto estudiado largamente, por otro en que no había más de positivo que nuestros buenos deseos. ¡Ridículo!... Julio me daba la razón; pero, ante la insistencia de Augusto, tuvimos que ceder.

—¡Ustedes sabrán! —exclamé, con disimulado fastidio. A mí me es indiferente... No he hablado con mis primos de Arauco y nos recibirán como si cayéramos de otro planeta. Además, no es lo mismo solicitar terrenos cultivados y de gran valor, que pedir montañas vírgenes e inexploradas.

Pero, a pesar de mi aparente tranquilidad, en mi interior se desmoronaba una ilusión. ¡Cómo! ¿Sólo ahora pensaba Augusto en los inconvenientes de nuestra aventura? ¿No estábamos de acuerdo en que nada nos arredraría, ni los trabajos, ni las enfermedades, ni las miserias? Nuestra empresa requería de constancia, audacia y resolución. Los misioneros que se internaron en la selva sureña no se preguntaron si los indios los recibirían con los brazos abiertos o si los colgarían en cualquier roble de la montaña. ¿Y nuestra arma formidable: la no resistencia al mal? Además, los indios de hoy no eran los de antaño. ¿Augusto tenía miedo?

El airoso castillo de arena levantado en mi alma comenzaba a desmoronarse; en ese momento caía un torreón. Disimulé una mueca de disgusto.

—Deberemos trasbordar en San Rosendo —advertí—. Y tomar tren a Concepción...

Recordó entonces Augusto, como para justificar el cambio de planes, que en Concepción o en Talcahuano tenía un amigo. Se apellidaba Guerrero.

—Si pudiéramos averiguar dónde vive —murmuró—, contaríamos con alojamiento. Además, yo tendría mucho gusto en volver a verlo.

Nos habló extensamente de Guerrero. Era un viejo camarada de la niñez, de una época en que frecuentaba la modesta sociedad del barrio Yungay. Se organizaban allí bailes, malones, juegos de prendas y recitaciones líricas. En un paseo campestre que hicieron a un pueblo de los alrededores de Santiago, la rama de un arbusto azotó la cara de Guerrero y le saltó un ojo. En la actualidad debería ser empleado de la casa Williamson.

Llegamos de noche a Concepción. Emprendimos una fatigosa peregrinación en busca del amigo. Yo recordaba el viaje a Santiago con Batista, y las dificultades para encontrar las huellas de nuestro amigo Ignacio Herrera.

—Mal ojo le veo al tuerto —murmuré, aventurando un chiste malo a fin de aligerar nuestro penoso estado de espíritu.

Pero Augusto dejó caer sobre mí una mirada severa, y, en adelante, opté por seguirlos en silencio, acomodando del mejor modo, sobre las espaldas, el pesado lote de bolsas y maletas que me correspondió en la repartición. No hubo más remedio, en vista del fracaso, que buscar hospedaje en el primer hotelito que nos recomendara un muchachuelo que nos ayudaba a sobrellevar nuestra carga.

En la parte superior de la puerta de aquella hospedería humilde, avanzaba sobre la acera un farol cuadrangular, de vidrios esmerilados. En ellos se leía con claridad: "Piezas para alojados". Un pasillo angosto, largo y sucio, nos condujo a un pobre cuarto de dos camas. Augusto arrugó el ceño e hizo una rápida inspección. Sin embargo, ante la exigüedad del precio y lo avanzado de la hora, decidimos quedarnos.

Augusto extrajo de las bolsas un par de sábanas, y rehizo con ellas su cama. Toda la ascendencia sajona y sus antepasados galos y nórdicos tomaron parte en el arreglo minucioso de aquel lecho eventual.

Julio ocupó la otra cama, también de dudosa limpieza, y yo improvisé la mía con un viejo sillón y los bultos del equipaje. ¿Qué más daba? Una noche se pasa de cualquier modo...

El cansancio del viaje y mi saludable edad hicieron que me durmiera tan pronto puse la cabeza sobre la almohada. ¿Qué soñé? . . . Seguramente algo desagradable, porque mi quietud duró poco. Millones de alfileres punzabanme el cuerpo. Era un suplicio menudo y persistente que me robaba la satisfacción del descanso. Concluí por despertar. Sin embargo, permanecí quieto, por temor de molestar a mis compañeros. Sólo cuando sentí que también ellos rebullían en sus lechos con desasosiego creciente, me levanté con brusquedad y encendí la vela.

—¿Qué hay? —pregunté.

—¿Qué hay? —preguntaron a su vez.

Lo que vimos fué algo peor que una pesadilla. Erguidos sobre nuestros camastros, contemplamos, con los ojos desorbitados, un interminable desfile de bichos oscuros que fluían de las desconchadas paredes, invadían las camas y trepaban por las almohadas.

Thomson, sin proferir palabra, con el rostro descompuesto, señaló un pequeño letrero, escrito por algún cliente que, seguramente, nos precedió en el uso del cuarto: "¡Desgraciado! ¡Mata las chinches!"

Eso hicimos. Matar chinches. Fué una ocupación entretenida, azarosa como una cacería. En ella empleamos el resto de la noche, hasta que vino a filtrarse por la claraboya del techo una turbia luz de aurora. Entonces arreglamos nuestro equipaje y huimos de aquel antro en busca de aire puro.

Caminamos hasta llegar al Bío-Bío. A esa hora, las aguas mudas se extendían hasta perderse de vista, ligeramente cubiertas por nieblas bajas, inmóviles. Recordamos una de las narraciones de Gorki, "¡Ah de las almadías!": "Y el agua caminaba en silencio, lamiendo con mil lenguas parloteantes las márgenes fangosas" . . .

¡Con qué ansia aspiramos el aire limpio del amanecer!

EXPLORACIONES

Después de la noche pasada en Concepción, nos dirigimos a Talcahuano, en donde Augusto pretendía encontrar las huellas de su amigo Guerrero.

—¡Ah, qué muchacho tan bueno! —explicaba, con una sonrisa vagamente irónica—. Lo conocí en casa de una familia amiga; se pasaban allí ratos agradables. Las chicas declamaban versos de Acuña y tocaban vales de Lucero. Cuando se jugaba lotería, se cantaban los números en voz alta y se le agregaban motes jocosos: "veintidós... los patitos". En ciertos días se hacían juegos de prendas, coreadas con risas estruendosas.

La búsqueda de Guerrero nos sirvió para conocer Talcahuano hasta en sus rincones menos atrayentes. Rastreamos al amigo por una serie de oficinas comerciales, golpeando además en las puertas de los hoteles y casas de pensión, sin dejar atrás la Aduana ni el Recinto Militar. Como nuestra indumentaria y el equipaje que nos acompañaba no eran del todo recomendables, decidimos que Julio y yo aguardáramos en el malecón, mientras Augusto continuaba sus pesquisas.

Los pitazos de lanchas y remolcadores, el ir y venir de chalupas, el mar de puerto prisionero, negro y oleaginoso, nos causaron una impresión opresora y desconcertante. ¿Cómo? ¿A eso dedicábamos el tiempo, después de abandonar familia, estudios y empleos? ¿Y nuestros bosques de la Frontera?

Aquel paréntesis en nuestro viaje nos parecía una deserción.

La vida en los bosques, el programa de trabajo educacional, el sacrificio y el misterio de la vida al aire libre, alejábanse cada vez más. Sólo Augusto parecía satisfecho.

Había salido muy acicalado, bastón de cerezo al brazo y flor en el ojal, en busca de aquel quimérico amigo que parecía burlarse de nosotros, oculto en la sombra de malecones húmedos y pringosos. Además, Augusto proyectaba visitar a la madre del poeta Dublé Urrutia, que vivía en aquel puerto y para quien llevaba carta de presentación del propio hijo.

Dejamos el equipaje al cuidado de la vendedora de una cigarrería, compramos pan y frutas y fuimos a ingerir nuestro almuerzo en uno de los muelles de descarga. Melancólicamente, nos sentamos sobre unos fardos y entretuvimos el tiempo en mirar el vuelo de las gaviotas que cruzaban el espacio, lanzando chillidos agudos e inarmónicos. Peleaban piltrafas arrojadas al mar, zambullíanse como flechas, se arremolinaban propinándose picotazos feroces.

Más allá de la poza tranquila del puerto se divisaba el mar libre, en lejanías verdes, saturadas de sol. Un vapor se acercaba bordeando la península de Tumbes y desde allí la playa parecía mostrar su blanca dentadura de mujer joven.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo —dije a Ortiz de Zárate, malhumorado—. No hemos venido a explorar ciudades ni a renovar amistades. . .

Julio guardó silencio y pareció ensimismarse en sus pensamientos, con los ojos puestos en lontananza. ¿Un verdadero tolstoyano podía acaso murmurar del amigo? ¡Resignación, Fernando, paciencia!

Sin poder contenerme, volví a expresar mis quejas:

—Augusto nos trae y lleva, como si fuésemos monigotes. Primero hizo cambiar nuestro propósito de llegar a la Frontera. Ahora nos hace perder el tiempo en visitas inútiles.

—Será solamente por un día o dos —disculpó Julio—. ¿Qué significa eso ante la inmensidad del tiempo?

—¡Muy bien! . . . Pero malgastamos nuestro capital, ¡que es harto pobre! . . .

Sólo al atardecer regresó Augusto. Venía muy alegre. Había encontrado, ¡por fin!, a su amigo Guerrero, y, en cuan-

to a la madre de Dublé Urrutia, aseguraba haber pasado en su casa una tarde deliciosa.

Le escuchamos en silencio, un poco mohinos. Augusto regresaba envuelto en un halo de burguesía que cuadraba mal a nuestra condición de tolstoyanos. Su aliento trascendía a licores finos y manjares de pastelería. Sus manos bien cuidadas se posaban con elegancia de pétalos desmayados en la curva de su bastón, asemejándolo a un joven lord; nada hacía presentir en su persona al futuro trabajador de terrenos pardos, crispados de troncos.

—¿Ustedes no han comido? —preguntó, echando una mirada protectora a nuestros rostros sin afeitar.

—No importa. Comeremos en cualquier parte —respondió Julio con acento tranquilo.

Nos dirigimos a un bodegón cerca del mar, y, sentados a una mesa cubierta por viejo hule agujereado, saboreamos un plato de sopa caliente.

Augusto, apoyado en la punta de otra mesa, nos pastoreaba con la sonrisa complacida del señor aristocrático que presencia el jolgorio de sus criados. Un marinero solitario comía cerca; masticaba melancólicamente y echaba sobre nosotros, de vez en cuando, una mirada escudriñadora. Más allá, junto al mesón de la cantina, un grupo de borrachos discutía con calor; lanzaban palabras y salivazos a través de los bigotes, gesticulando descompasadamente.

—Yo te digo que era el "Cochrane".

—¡Bee, qué niño! ¡No voy a conocer al "O'Higgins"!

Augusto observaba el cuadro porteño que nos rodeaba; mejor dicho, se "impregnaba" del ambiente, quizás sin pretenderlo. Comprendí que, para él, este viaje era sólo un paseo de estudio. Como todo artista, captaba visiones, hechos y almas, para transformarlos en el laboratorio del cerebro, más tarde, en vida novelesca o poemática. En aquel tiempo, Ortiz de Zárate y yo no manifestábamos afición especial por el arte; al menos, no ejercíamos el oficio, de modo que la actitud de nuestro compañero parecíanos una deserción.

Nosotros debíamos ser nada más que apóstoles de un evangelio novísimo, avanzadas de un movimiento espiritual que podría transformar la vida de un pueblo. La imaginación nos mostraba la construcción imponente. El ejemplo de

sencillez de nuestras costumbres atraería a las gentes humildes, a los niños y a los indígenas. Crecería el núcleo de colonos; nos seguirían otros intelectuales; fundaríamos escuelas y periódicos; cultivaríamos campos cada vez más extensos; nacerían una moral nueva, un arte nuevo, una ciencia más humana. La tierra sería de todos; el trabajo, en común; el descanso, una felicidad ganada con el esfuerzo, pero jamás negado a nadie. Desaparecerían las malas pasiones, no habría envidias, ni rivalidades, ni rencores, ni ambiciones personales, ni sexualidad enfermiza. ¡Hermanos, todos hermanos!

Ya la determinación de quedarnos en Arauco, en vez de seguir hasta Los Lagos para tomar posesión de nuestro terreno, significaba un fracaso. Cedimos a los deseos de Augusto sólo por espíritu conciliatorio. Los parientes de Arauco, posiblemente, podrían arrendarnos o cedernos algún terreno; pero sólo se trataba de vagas esperanzas. Yo no las tenía.

—Esta noche nos instalaremos en casa de Guerrero — anunció Augusto—. De este modo podremos quedarnos algunos días en Talcahuano, visitar la ciudad, los balnearios de San Vicente y Penco... No sería raro que pudiéramos conocer la Quiriquina...

—Hombre —objetó Julio—. Sería admirable, pero los fondos son escasos, y, antes que nada...

Augusto frunció el ceño. Yo traté de apoyar a Ortiz.

—Hemos venido a realizar un proyecto —murmuré con timidez—. Debemos concentrar nuestras fuerzas en...

Pero Augusto ya no escuchaba. Se limitó a decir, en tono autoritario:

—Es una ocasión. Más tarde, quizás, no podríamos volver a Talcahuano.

Era el jefe; ordenaba. Nuestro conato de protestas terminó ahí. Recogimos el equipaje y caminamos resignadamente por las calles sucias y torcidas, en busca de la casa de Guerrero.

UN APOSTOL DE LA HIGIENE

El amigo Guerrero nos esperaba en la puerta de su casa. Al serle presentados por Augusto, nos examinó con la fijeza inquisitiva de su ojo único. Debimos salir mal parados del examen, porque en adelante se dedicó a charlar con Augusto, sin tomarnos en cuenta sino muy de tarde en tarde. Era hombre joven, de rostro alargado y moreno, obscurecido aún más por el potente cañonaje de la barba, animado por el ojo único, oscuro y ojeroso. Como además vestía de negro, el conjunto le daba apariencia funeraria.

Nos condujo por una escalera estrecha hasta su habitación y se limitó a decirnos:

—Aquí podrán dormir... en el suelo, por supuesto. A ver si consigo un par de colchones con el dueño de casa. —recalcó mucho la palabra "dueño" para hacernos notar sus conocimientos gramaticales.

Salió, en seguida, a preparar nuestro alojamiento. Una criada zaparrastrosa trajo dos pallasas de hojas de maíz, y con otra que sacó Guerrero de su propio lecho y la ayuda de nuestro equipaje, pudimos arreglar tres camas.

—Antes de acostarme, voy a darme un baño frío —advirtió Guerrero con tono sentencioso—. Cumplo al pie de la letra los preceptos de la higiene. También duermo con las ventanas abiertas. Ustedes disculparán...

—No es molestia... Por el contrario... —le advertimos.

Guerrero siguió hablando de higiene y de preceptos de vida; de la bondad de la gimnasia y del aire puro. Todo parecía en su boca algo de su exclusivo conocimiento.

Nos acostamos escuchándolo. Durante algún tiempo oímos su voz monótona. Nos parecía ver un ojo fijo, escudriñante, en la media luz del cuarto alumbrado por lámpara de petróleo. Desde su lecho muy alto y desde su puesto de huésped, ejercitaba su tiranía. Durante algún tiempo continuaron charlando Augusto y él, recordando épocas pasadas; luego Guerrero apagó la luz y nos sumimos en las tinieblas y en el sueño.

No terminaba de aclarar, cuando nos despertó un gran ruido.

—¡Arriba, muchachos! —gritaba Guerrero junto a nosotros.

Estaba en mangas de camisa, con los pies desnudos y los pantalones remangados hasta las rodillas. Junto a él había dos cubos de agua y levantaba otro en las manos.

—¿Qué hay? —preguntó Julio, sentándose bruscamente en el lecho y restregándose los ojos—. ¿Incedio?

—¡No, señor! —explicó Guerrero—. A esta hora acostumbro a baldear la pieza.

Apresuradamente recogimos las pallasas y nuestro desordenado equipaje, para presenciar, trepados sobre sillas, la extraordinaria limpieza matinal practicada por nuestro huésped. Inundó el piso con emulsión de agua y petróleo y luego barrió minuciosamente el cuarto.

—¡Eres un salvaje! —protestó, entre burlas y veras, Augusto, de pie sobre la cama de Guerrero—. ¡Sólo a un troglodita se le pueden ocurrir tonterías como ésta!

Pero Guerrero no escuchaba. Con su ojo feroz buscaba por los rincones un lugar que no hubiera sido bien fregado y vaciaba en la pieza nuevos cubos de agua. Su rostro expresaba el triunfo inefable de un campeón.

No sé cómo logramos vestirnos y acomodar el equipaje. En seguida, huímos a la desbandada.

—¡Gracias por la hospitalidad! —gritamos a Guerrero al abandonar la casa. El nos despidió en el umbral, serio y condescendiente. Su ojo nos seguía con mirada alucinante de fanático.

—No hay de qué —respondió—. ¡Cuando gusten!...

—¡Hasta la otra vida, imbécil! —murmuró, entre dientes, Augusto, mientras Julio y yo bajábamos la vista con

resignada humildad tolstoyana, tomando por una calleja torcida en busca del camino a Concepción.

Este pequeño contratiempo hizo reflexionar a Augusto en la necesidad de dirigirnos con premura en busca de mis parientes de Arauco. Decidimos hacer el camino a pie, a fin de conocer mejor la región y economizar algunos pesos.

Esa misma mañana atravesamos el puente del Bío-Bío. El ancho caudal, silencioso, fluía con lentitud de misterio, como vasta y bruñida plataforma móvil, hacia el mar próximo, custodiado en su desembocadura por dos montículos redondeados, como dorsos de ballena, perdidos en brumas grises y rosadas como interiores de conchas marinas. Una balsa cargada de leña surcaba lentamente el río, en dirección a San Pedro. Al otro lado sonreían los cerros de la ribera, cubiertos de sombríos bosques de pinos y eucaliptos. Atrás quedaba Concepción con su Agua de las Niñas y el sombrío Cerro Caracol. Al llegar a la pequeña estación de San Pedro, nos reunimos a deliberar.

—¿Qué venden? —nos preguntó, con musical voz cantante, una mujer del pueblo—. ¿Llevan peines?

Augusto la envolvió en mirada olímpica. Se había calado una gorra con visera y terciaba sobre la espalda una correa para sostener el maletín. Sin duda, en ese instante, oficiaba de turista extranjero.

¿Continuaríamos camino por la línea férrea o por la orilla del mar?

Decidimos seguir la dirección del río hasta llegar a la playa próxima. Nos internamos intrépidamente, sin tomar sendero, por unos campos arenosos, ondulados en suaves lomajes cubiertos por vegetación de boldos, pilos y michayes que, a trechos, formaban tupidos matorrales. Caminamos sin encontrar otra manifestación de vida que algunos animales vacunos de pobre aspecto, que nos miraban pasar con ojos de espanto o de asombro, asomando la cabeza entre las matas de arbustos.

Augusto abría la marcha con paso ágil, a grandes zancadas. Siempre fué buen caminante, y como no llevaba a cuestas sino el maletín y un ligero bulto de ropas de cama, a modo de mochila, nos sacaba gran ventaja. A menudo se detenía para esperarnos. Nosotros llevábamos la carga gruesa: pesadas maletas, paquetes bajo el brazo y bultos a la espalda.

ENEMIGO A LA VISTA

A pesar del airecillo salino que refrescaba la atmósfera con perfumes acidulados, sudábamos copiosamente y soporábamos apenas nuestra carga. A media tarde, el cansancio y el hambre nos obligaron a detener la marcha.

Sin embargo, estábamos contentos. Charlábamos y reíamos sin motivo. ¡Por fin nuestro viaje tomaba carácter de expedición exploradora! Nos sentíamos personajes de Bret Harte o Jack London, de Gorki o Maine Reid.

—¡Oye, Fernando Fernandovich! —gritaba Ortiz de Zárate.

—¡Espera, Julioff!

A la sombra de unos arbustos hicimos nuestra primera merienda. Engullimos con fruición conservas en lata, pan, higos y nueces. Augusto reclamó una taza de té. Como desendiente de ingleses, no podía pasar sin la aromática bebida. Reunimos hierbas, ramillas secas y encendimos una pequeña fogata, no sin poner a prueba nuestra inexperiencia, que dificultaba grandemente operación tan sencilla para cualquier muchacho campesino. Extrajimos del equipaje, tetera y tazas de hierro esmaltado; sólo entonces nos dimos cuenta de que faltaba un elemento indispensable: el agua.

¿En dónde conseguirla? Hasta ese momento no habíamos encontrado el menor indicio de habitación ni de vertiente. ¿En qué dirección se hallaba el río? Seguramente nos habíamos apartado mucho de él, y, en todo caso, no valía la pena salir en su busca. Hicimos algunas exploraciones en los alrededores, pero sin resultado.

Junto con notar la falta de agua, comenzamos a sentir violenta sed. La garganta, estimulada por las conservas y frutas secas, el calor y el polvo, se contraía dolorosamente, ávida de frescura y humedad. Arreciaba el calor. No tuvimos más remedio que levantar el campamento y proseguir la marcha. Era imposible no encontráramos agua en los contornos.

—A lo mejor, estos campos están deshabitados —observó Augusto—. Es un desierto. . .

—Pero la presencia de animales indica que existe algún bebedero —replicó Julio sentenciosamente.

—Los animales pueden beber en el río —arguyó Augusto con desaliento—. Lo mejor es que hagamos lo mismo.

Pero, como no deseábamos perder la dirección tomada para alcanzar la costa, continuamos avanzando intrépidamente. Guardábamos silencio, rumiando, a solas, temores y esperanzas. Augusto nos llevaba gran delantera. Si no hubiera sido por las huellas de sus pies en el terreno arenoso, posiblemente nos habríamos extraviado. El sol nos fustigaba sin piedad. Julio sudaba copiosamente. Se volvió a mí, mostrando sus colmillos en ancha sonrisa, y observó:

—Dicen que durante las marchas por el desierto en la Guerra del Pacífico, los soldados bebían sus propios orines...

Me eché a reír. En medio del quebranto, me hizo gracia aquella medrosa observación.

—¿Te imaginas a Augusto Augustovich tomando orines?

A poco de andar escuchamos los gritos de Augusto que nos llamaba. Apresuramos la marcha, pero él venía ya a nuestro encuentro.

—¡Estamos salvados! —gritó desde lejos—. ¡Casas!... ¡Hay casas!

Cristóbal Colón anunciando ¡tierra! no habría demostrado mayor satisfacción. Efectivamente, a poco andar encontramos un rancho. Nos acercamos con precaución; más, con gran extrañeza nuestra, nadie salió a recibirnos. Ni gente, ni perros. En el patio escarbaban gallinas raquílicas. Era la única manifestación de vida. El rancho, mal seguro sobre sus postes, parecía inclinado hacia adelante; amenazaba derrumbarse con sus quinchas revocadas de barro. El techo, de totora ya envejecida, caía en crenchas despeinadas.

—¡Ah, de la casa! —gritó Augusto con sonora voz de explorador.

Pero nadie respondió. La puerta se hallaba abierta como bostezo petrificado. Una escoba de ramas junto a la pared, un banquito de madera tumbado con las patas en alto, daban la impresión de vida en suspenso.

Seguros de que la casa se hallaba abandonada, penetramos en ella en busca de algún cántaro. Nada. El miserable hogar, con sus camastros deshechos, la huella aún de cuerpos en los cueros de ovejas, la ceniza fría del fogón, nos indicaba la ausencia de todo ser humano.

—Las gentes deben haber salido a sus labores de cultivo —expliqué—. Seguramente no volverán hasta la noche.

Pero, ¿y el agua? La buscamos con ahinco. No había vestigios de vertiente ni de pozo. Desanimados, al fin, nos pusimos de nuevo en marcha. A poco andar, hallamos nuevas casuchas abandonadas. No parecía sino que un cataclismo desconocido hubiera hecho huir a todos los moradores de aquellos campos. En algunos patios había redes tendidas sobre cercos y empalizadas, lo que nos hizo comprender qué clase de moradores habitaban en el rancharío.

¿De dónde traían el agua? Seguramente del río, quizás no muy distante. Atenaceados por la sed, nos disponíamos a salir en su busca, cuando una ráfaga de viento nos trajo un ruido extraño. ¿Era el mar? Más bien parecía lejano coro religioso. La palpitación isócrona de un instrumento, sordo como tambor subterráneo, le prestaba raro misterio.

Se avecinaba el crepúsculo. Aves negras cruzaban el cielo empavonado. Fresco aire salino circulaba por el campo silencioso, triste, expectante.

Aunque la emoción medrosa comenzaba a invadir nuestro corazón, caminábamos como hipnotizados, sin proferir palabra, en la dirección en que nos parecía escuchar el ruido. Al cabo de poco tiempo, se fué haciendo más distinto. El tambor callaba por momentos, pero no cesaba la ruda crepitación de las voces.

De pronto percibimos muy próximo a nosotros un golpe como de cascos de caballos sobre la tierra y el quebrar de ramas secas. Escudriñamos en contorno y vimos, a cierta distancia, entre las ramas de los arbustos, un muchacho que

montaba un caballo de largas crines. Era como una visión de los viejos malones indígenas. Al acercarse, el caballo se encabritaba, piafante, con las narices y los ojos dilatados. El jinete, un niño casi desnudo, llevaba el moreno rostro cubierto por los hirsutos pelos de la cabeza. Los ojillos maliciosos nos atisbaban con desconfianza.

Le hicimos señas de que se acercara. El muchacho puso la cabalgadura al tranco y se aproximó con cautela.

—¿De dónde eres, niño? —preguntó Augusto.

El muchacho pareció no comprender. Continuaba observándonos.

—¿En dónde vives?

El chico, por toda respuesta, levantó el brazo y señaló hacia la lejanía.

—Debe ser un salvaje —concluyó a media voz Augusto.

Julio se acercó al niño, le mostró en la punta de los dedos una moneda de plata, y le dijo, con bondadoso acento:

—Tenemos sed. ¿No podrías decirnos en dónde hay agua?... ¡Toma!

Alargó la moneda, que el muchacho recogió con avidez. A su turno, el chico interrogó:

—¿No son na de la pulicía entonces?...

—¡De la policía! ¡No!... Somos gentes que vamos pasando...

—¿Faltas? —preguntó el muchacho, echando una mirada escudriñadora a nuestros paquetes.

—Sí. Faltas —afirmó Julio.

El rostro del muchacho se iluminó súbitamente. Al fin lograba clasificarnos.

—Vamos p'allá. Ahí están mi taita y toítos los demás...

Tomó la delantera abriéndose paso entre las matas de michai y de boldos enanos. Lo seguimos en silencio.

JUNTO AL MAR . . .

En una explanada, cerca de un rancho, un espeso grupo de hombres, montados en caballos semejantes a los que ya conocíamos, formaban batahola y se arremolinaban en grupos siniestros, gritando desaforadamente; se arremetían con furia junto a una vara de topear. Los espectadores animaban con gritos ásperos a los combatientes. Grandes vasos de licor circulaban en las manos de los que no tomaban parte en la refriega.

No eran las clásicas topeaduras en que dos rivales aquilatan su destreza y el empuje de sus caballos. Era, más bien, una desordenada batalla, ruda, confusa, bárbara. Un grupo de jinetes arremetía contra un grupo enemigo; estrellaba los caballos pecho a pecho, enredando los estribos y gritando como energúmenos. Uno de los jinetes se abalanzaba a todo correr y atropellaba a los demás.

—¡Cancha! . . .

—¡Allá va, allá va! . . .

—¡Nadien ataja a este pouco! . . .

De vez en cuando se alzaba un brazo armado de chicotera y se descargaba con ruido seco sobre una cabeza. Algunos de los combatientes tenían el rostro cubierto de sangre.

—¡Qué brutos! —murmuraba Julio, mitad indignado, mitad compadecido.

—¡Son salvajes, bandidos! —repetía Augusto en voz baja, acompañando la exclamación temerosa con un remilgo de la nariz.

—Tenemos que salir a toda costa de aquí —dije a mis compañeros—. Aunque no sean bandidos, es seguro que nos harán pasar un mal rato.

Al vernos, un grupo de siniestra catadura nos rodeó, y uno de ellos nos ofreció un gran vaso de vino turbio. Augusto lo tomó con la punta de los dedos, lo olió con gesto de repugnancia y lo devolvió desdeñosamente, sin decir palabra. Julio se disculpó explicando que no probaba jamás el licor; en cambio, les pidió un vaso de agua. Yo había observado el gesto iracundo de los hombres al ver que no se aceptaba la bebida. Cuando me alargaron el vaso, lo tomé y bebí algunos sorbos.

—¡Eso es de hombre! —exclamó el más estropajoso de nuestros invitantes.

—¡Los otros serán canutos! —añadió el segundo.

—¡Chas digo! ¡No vis que son "tuto a cuarenta"!

—¡Bueno! —dije yo, recogiendo nuestros bártulos con resolución—. ¡Ahora nos vamos! Queremos aprovechar la fresca para llegar hasta el pueblo más cercano.

—Es que... ¡no se van! —gritó uno de los individuos.

—¡No se van! —gritaron varios—. ¡Nos desprecian!

Nos rodearon hasta tocar sus cuerpos con los nuestros.

—¡Ya! ¡Basta de bromas! —dije con voz ronca y gesto enérgico.

Los hombres se retiraron a respetuosa distancia, sin abandonar su actitud amenazadora. Julio y Augusto se pusieron a mi lado, y como los otros no se retiraran para dejarnos pasar, extraje del bolsillo mi revólver. Repetí con voz resuelta:

—¡Paso! ¡Y al primero que se atreva, le meto cinco balas!

Los hombres se apartaron y abrieron hueco para dejarnos pasar. Con cautela, mirándolos fijamente, como si pretendiéramos hipnotizarlos, avanzamos por el patio hasta dejarlos atrás. Luego, nos dirigimos hacia los matorrales. Nadie nos siguió, pero vimos que los hombres se agrupaban y cambiaban ideas.

—¡Pssh!... ¡Si son jutres pobres! —oímos que decía alguno.

Una carcajada infamante nos siguió. Pero continuamos caminando, casi al trote, hasta poner distancia entre ellos y nosotros. A poco andar, nos alcanzó el muchachuelo de a caballo que encontráramos poco antes de nuestra llegada al rancho.

—¡Patroncitos! —dijo en tono plañidero—. ¡Una chouchita siquiera!

—Bien. Te daremos dos pesos, si nos llevas hasta la playa.

—Y'astá, patrón...

Se puso en camino delante de nosotros, manteniendo corta la rienda del caballo encabritado.

—¿Quiénes son éstos? —le pregunté.

—¿Qué, patrón?

—Los que están en la fiesta.

—¡Bandidos, qué otra cosa! —murmuró Augusto.

—No, patroncito, no son na gente mala. Están curaos, no más... Nosotros somos pescadores toítos... Gente de trabajo.

—¡Hum! —murmuró Augusto.

Mientras tanto, la noche había cerrado por completo. Una noche plácida, inmensa, con nubes y pocas estrellas. Cada vez soplaba con más fuerza el viento de la costa. No tardamos en sentir el rumor del mar, ronco, violento.

—Vuélvete —dijimos al muchacho—. Nos quedaremos aquí...

Recibió el niño su propina y volvió grupa con un "buenas noches, patroncitos". No tardamos en sentir entre los matorrales el golpear de un galope.

A poco andar, nos encontramos frente al océano. Era un mar agitado y negro. Lo vimos avanzar hacia nosotros en interminables escuadrones que se erguían con pavorosidad de espectros infernales, para caer en seguida en la playa con sordo estrépito. Fué una sensación tan brusca e imponente, que nos sentimos sobrecogidos de secreto pavor y nos hizo permanecer largo rato olvidados de nuestra reciente aventura. Fué como si de pronto hubiéramos sido trasladados a una región sobrenatural, acaso a la puerta inmensa de la eternidad. No nos hubiera causado extrañeza ver surgir en las sombras, sobre las negras olas, la barca de Caronte con su

impasible piloto, invitándonos al viaje sin retorno. El viento helado nos flagelaba el rostro, hacía flotar las melenas juveniles, movía como banderolas los extremos de nuestras ropas, ponía en las almas frío y espanto.

De pronto, Augusto, sintiéndose, acaso, actor de un drama no escrito aún, comenzó a declamar, con voz que dominaba el ruido de las olas y como si éstas lo acompañaran en ronca melopeya, versos de Isaías Gamboa:

*A mis ojos vacilantes, vagos, húmedos y tristes,
que reflejan tus destellos áureos, lívidos y rojos;
a mis ojos, bajo el cielo, contra el cual furioso insistes
con tu rabia de Satán,
otra vez en mi camino, cual te he visto tantas veces,
apareces, en mi ruta de cansado peregrino,
¡turbio mar!*

*Sobre el muelle tembloroso de tus olas incesantes
se retuercen, gimen, gritan,
y se agitan anhelantes de catástrofe fatal;
te contemplo, mar brumoso,
mar rugiente y espantoso, mar hirviente,
¡ronco mar!*

Julio y yo, silenciosos, mientras se deslizaban aquellas estrofas sonoras y pletóricas de dolor y resignación, inclinamos un minuto nuestra alma, sobrecogidos como ante un rito sagrado.

Una vez más, Augusto oficiaba de sacerdote.

JUBILO DE AMANECER

Después de contemplar un instante la noche junto al mar helado y amenazador, tiritando y con el alma empavorecida, nos internamos de nuevo en busca de refugio entre los matorrales de la playa.

La campiña parecía acurrucarse medrosa bajo la comba negra del cielo, volviendo la espalda friolenta al viento y al ruido del mar. Muy lejos, vacilando entre las sombras, alumbraba a ratos una luz temblorosa. Era, sin duda, la fogata de los pescadores, y su existencia efímera nos servía a la vez de compañía y de amenaza.

—Hace frío —murmuró Julio—. Convendría prender fuego...

—¡Eso no!... Podrían descubrirnos los pescadores y caerían sobre nosotros —observé en voz baja.

A tientas, bajo un bosquecillo de matorrales, deshicimos nuestro equipaje y procuramos dar término al resto de las provisiones. Era grande el apetito, pero no pudiendo saciar la sed que nos devoraba desde la mañana, apenas probamos algunos bocados. ¡Agua! La proximidad del mar despertaba en nosotros impotente angustia. El mar evocaba fresca apaciguante, y detrás de nosotros parecía reír en sordina, ofreciéndonos el agua salobre que no podríamos beber.

—Hasta mi propia sangre bebería —murmuró Augusto, suspirando.

Julio y yo guardamos silencio. Imaginé que las palabras de Augusto eran de excesivo dramatismo, y una mueca irónica nació y murió en la oscuridad.

—Procuremos dormir. El sueño nos hará olvidar la sed. Extendimos mantas en el suelo arenoso, y ya nos disponíamos a sumirnos en el improvisado lecho, cuando sentimos en el follaje de los arbustos un suave rumor...

—¡Está lloviendo! —exclamó Julio.

En su voz palpitaba la esperanza. Poseídos los tres por una misma idea, nos levantamos de un salto y salimos a campo raso para ofrecer el rostro a la lluvia. Pero tuvimos nueva decepción. No era tan compacto el gotear como para que pudiese humedecer las gargantas, ni tan leve como para dejar de calarnos la ropa. Nos cobijamos de nuevo bajo el matorral y empleamos parte de las mantas en formar un pabellón que nos guareciera de la llovizna.

Antes de acostarnos, pusimos a la intemperie unos pequeños vasos que llevábamos por precaución y que hasta entonces no nos habían servido sino para el aseo de la boca. No tardó en vencernos el cansancio y vino un prolongado y profundo sueño a extender sobre nosotros sus alas apaciguantes.

Al despertarnos, ya el sol asomaba detrás de los cerros distantes. Era un sol que parecía tener la crujierte frescura de la hortaliza tierna y el dorado de los girasoles nuevos. Augusto se levantó, y, dirigiéndose hacia el oriente, hizo tres profundas inclinaciones con los brazos extendidos, mientras profería sus rituales palabras:

—¡Oh sol!... ¡Yo te saludo!

El campo entero chispeaba como si una mano pródiga lo hubiera sembrado de diamantes. Cada arbusto era un racimo de frutos cristalinos; entre ellos se tejían los hilos de luz de las telarañas mojadas por la lluvia. El regocijo parecía enloquecer a los pájaros, que cantaban todos a la vez, un concierto limpio, puro y diáfano como música ejecutada en copas de cristal.

—¡Agua! —gritó de pronto Julio, señalando el suelo.

En efecto, a pesar del terreno arenoso, apretado, quizás por las raicillas de pasto seco y por las hojas caídas de los arbustos, se formaron, durante la noche, diminutos charcos de agua clarísima, no más grandes que un plato extendido. Durante largo rato nos dedicamos a buscar estas pequeñas fuentes con la avidez de mineros que persiguieran vetas de metal precioso, y tan pronto como encontrábamos alguna nueva, nos tendíamos de bruces en el suelo y sorbíamos directa-

mente las pocas gotas reunidas. De este modo conseguimos apaciguar la sed. ¡Y qué agua más deliciosa! Nunca la habíamos bebido tan fresca, tan dulce, tan aromada. Yerbecillas y hojas secas de boldo y arrayán le prestaban un sabor de brebaje maravilloso. La sequedad de nuestra garganta las recibía como bálsamo destilado sobre cristales de hielo.

—¡Agua de San Francisco de Asís, humilde y olorosa! —rezaba Augusto con voz sacramental—. ¡Sólo eres digna de ser escanciada por las aves de Dios! —Y hundía su boca en las pequeñas fuentes vivas con la unción del que besa un cáliz con vino convertido en sangre divina.

Saciada nuestra sed, pensamos en el baño. A pocos pasos sentíamos la invitación ronca del mar que nos llamaba. Llamamos al equipaje y nos acercamos a la playa. El mar negro y hosco de la víspera se había transformado en inmensa planicie plateada, vagamente ruborosa, ceñida hacia el horizonte por nieblas tenues.

Reconfortados por el abrazo salobre, emprendimos de nuevo la marcha. Esta vez caminamos largo trecho sobre arena blanca, acechados por las olas que llegaban a mojarnos jugetonamente los pies. Vuelos de gaviotas doradas por la luz en el cielo jubiloso. Curiosidad de toninas o lobos de mar, que asomaban a la superficie, volteando como molinos de viento su dorso negro. Encontramos rocas cubiertas de algas chorreantes que seguían a la ola en su vaivén inacabable, y de vacíos caparazones de moluscos, pulidos por el rodar del agua verde, más puros que los ojos de las sirenas que habitan en las grutas del océano.

Fuimos felices durante algunas horas. Sin embargo, pronto sentimos de nuevo el cansancio de la marcha sobre el suelo arenoso y el azote del sol en nuestras espaldas. Después de una ligera merienda a la sombra de una roca, decidimos aprovechar la luz del día y buscar la línea férrea, que debía hallarse no muy lejos, y llegar, guiados por ella, hasta el pueblo más próximo.

ADIOS A LA FRONTERA

De nuevo nos internamos en los matorrales. Largo y tigo caminar. Sólo al caer la tarde, llegamos a un pueblo desconocido.

Ibamos sudorosos, desaliñados, cubiertos de barro hasta las rodillas. Junto con la fatiga, desapareció nuestro optimismo. ¿Cuándo terminaría aquella peregrinación?

—¡Mira! —me dijo Augusto, tomándome amistosamente del brazo—. Supongo que este pueblo será Arauco...

—¡Hombre..., no!... Estamos aún comenzando el viaje... No conozco este pueblo. Puede ser..., en fin. ¡No sé! Ya veremos. Pero, según mis recuerdos, deberemos pasar todavía por Lota, Coronel, Laraquete, Carampangue, y después, Arauco.

—Bien, sí —murmuró Augusto—. Pero...

Guardó largo silencio como si concentrara sus pensamientos o buscara palabras para expresarlos.

—Dime —dijo, al cabo—. ¿Estás seguro de que tus parientes nos recibirán bien?

—Son gentes bondadosas... Siempre me han demostrado cariño... Pero no los veo desde hace tiempo...

—¡Hum!

—Sí. Pueden haber cambiado. Posiblemente no quieran ayudarnos. Además, ¿cómo hacerles comprender el objeto de nuestra expedición? ¡Es algo tan raro para ellos! Era distinto entenderse con mi primo Ricardo... Para él significaba una bagatela la cesión de tierras sin valor comercial...

tierras vírgenes, en fin... Arauco es otra cosa... Allí la propiedad cultivada tiene alto precio. He aceptado el viaje a Arauco, después de rechazar los terrenos en la provincia de Valdivia, sólo por no contrariarte; pero ésta será una tentativa como cualquiera otra. Si no nos reciben, siempre nos quedará el recurso de continuar de nuevo el proyectado viaje a la Frontera... Atravesaremos Nahuelbuta...

Nada dijo Augusto, pero continuó el camino, caviloso. Caminamos por algunas calles del pueblecito y preguntamos al primer transeúnte por el mejor hotel. El mejor, así, sin atenuantes. Estábamos abrumados por nuestra apariencia de poquedad, por el recelo que manifestaban las gentes al ver nuestra figura y por sentirnos fuera del ambiente habitual en que vivimos anteriormente. Hoy no podría precisar cuál fué el pueblo a donde arribamos. Sólo puedo decir que nos conduxeron a un hotelito medianamente limpio, habitado por gentes de aspecto civilizado. Pedimos una pieza, deshicimos el equipaje, extrajimos de él ropa limpia y nos acicalamos lo mejor que pudimos. En seguida, en el comedor, pedimos una comida suculenta, sin que faltara el buen vino.

—¡A la salud de nuestra futura colonia! —exclamó Augusto, alzando la copa.

—¡Y que nos perdone León Nicolaievich Tolstoy por entregarnos a estos placeres viciosos! —agregó Ortiz de Zárate, echándose al cuerpo una copa llena.

Al final de la comida, el entusiasmo había subido algunos grados. Semejábamos escolares en vacaciones, felices de sentirnos, por un instante, lejos de la férula del maestro. Augusto sacó de no sé dónde un cigarro puro, y, como no teníamos más que ése, dimos chupetadas por turno. Reímos recordando nuestros apuros en presencia de los pescadores de San Pedro. Sólo entonces confesé a mis compañeros que el arma que nos salvó de caer en manos de aquellos bárbaros era sólo un inofensivo "matagatos". En el estado de exaltación en que nos hallábamos, mi confesión sólo contribuyó a aumentar la alegría.

Quizás ése era el momento que esperaba Augusto para insinuar un proyecto que, según él, bullía vagamente en su cerebro. Comenzó un largo preámbulo; nos habló de la abuelita, de su delicada salud y de la preocupación que venía

martirizándolo desde que saliéramos de la capital. Conocíamos la ternura de la abuela por el nieto y nos enternecemos pensando en el desamparo de la buena señora.

Luego nos habló del poeta Magallanes Moure. Tenía varias propiedades en San Bernardo, y, entre otras, un pequeño campo con su correspondiente vivienda. Antes de partir de la capital, lo había puesto a nuestra disposición.

—Sería maravilloso —expuso Augusto— que nos instaláramos en ese pueblecito. Tendríamos allí los recursos de la civilización, y, además, yo quedaría a un paso de mi familia para ir en su auxilio si ocurriese... ¡vamos!... una enfermedad, muerte, o lo que fuera... Cultivaríamos la tierra como son nuestros propósitos... Pondríamos escuela para niños pobres, la Escuela Yasnaia Poliana, y ejerceríamos el apostolado entre gentes más preparadas... Después... después quedaría tiempo para pensar en misiones lejanas...

A medida que nuestro compañero hablaba, yo sentía que una congoja aprisionaba mi garganta. Todos los sueños de silvestre libertad se venían por tierra. Todos mis proyectos de sacrificio, de lucha fiera contra los elementos de la naturaleza. ¡Bosques, indios, temporales apocalípticos!... ¡San Bernardo!... ¡un arrabal de Santiago!... Para eso no valía la pena haber tirado por la borda nuestro porvenir: estudios, pequeñas situaciones logradas, éxitos de otra índole...

Sin embargo, ¿qué responder a nuestro amigo? La abuelita... la abuelita...

—Está bien, Augusto. Mañana tomaremos el tren de regreso. Iremos a San Bernardo.

Y de este modo quedó decidida la instalación de la Colonia Tolstoyana en el pueblo que cobijaba a ese gran poeta que sería, más tarde, nuestro amigo y compañero.

EL REGRESO

Después de las peripecias sufridas en nuestro corto vagabundeo por Talcahuano, Concepción y playas de Arauco, el viaje de regreso no pareció tan penoso como el que hicimos desde Santiago a la Frontera. La íntima alegría de Thomson se manifestó en un discreto acercamiento a las clases populares que formaban la concurrencia abigarrada del vagón. Con sorpresa mía, lo vi fraternizar condescendentemente con una señora que ocupaba uno de los asientos próximos.

—¿Son tuyas también esas gallinas? —le preguntaba Augusto, señalando un saco por cuyos agujeros asomaban las atemorizadas cabezas de un pavo y otras aves de corral.

—Sí, señor —respondía la mujer—. Son cazuelitas que le llevo a mi comaire Rosalba, adonde voy a parar en Santiago. Hace hartazos años que no veo a mi comairita, desde que estuvimos juntas sirviendo en casa de don Almanzor Ureta... Usted lo ha de conocer, un caballero muy principal de Los Angeles; tenía varios fundos. Yo fuí nacía y criá en su misma casa, y le serví veinte años, hasta que murió el caballero, y también la señora. Yo era cocinera, y mi comairita Rosalba, niña de mano... Después se casó mi comaire con un maestro de carpintería y él la llevó p'al norte. Ahí está agora... El marío trabaja en la maestranza del Ejército..., y me escribieron que me tenían una colocación en casa de primera. Ellos viven en calle San Diego, cerca del Mataero. Por aquí traigo la direución, con el número y too...

Augusto escuchaba con sonrisa de complacencia mezclada con leve ironía. Acaso el novelista bosquejaba en su mente

algunas de esas producciones estilizadas, maravillosas de sensibilidad y delicadeza, que compondrían más tarde obritas seductoras, como "Mamá Dotea" y otras. El amor al pueblo, de escritores como Augusto, es casi siempre platónico y distante, porque su aristocracia espiritual impide la penetración cordial, como puede existir entre seres de una misma clase. No comuniqué mis reflexiones en aquella ocasión; pero muchas veces comentamos la oculta tragedia que debió experimentar León Tolstoy, refinado descendiente de grandes señores, al pretender identificarse con sus antiguos siervos. Su lucha para recuperar la simplicidad plebeya, perdida a lo largo de generaciones cultivadas, el esfuerzo desplegado para dar a su labor literaria una sencillez y claridad puestas al alcance de los cerebros rústicos, hacen aún más valedera su misión apostólica. Comenzaba a comprender vagamente que el impulso que nos hizo renunciar a los goces materiales y encaminar nuestros pasos hacia una vida ruda y ascética, tenía más de literario, superficial y vanidoso, que de convicción sincera y perseverante. Los escombros de un ilusionado castillo lloraban en mi alma su fracaso. No me atreví a comunicar mis reflexiones a Ortiz de Zárate, ni menos a Thomson, y este repliegue en mí mismo contribuyó a trizar la hermandad que tácitamente proyectáramos. Continuaba admirando en Thomson al artista, al espectacular portaestandarte de juventudes literarias; pero germinaba en mi interior la rebeldía, y hasta la inconfesada hostilidad, contra el apóstol claudicante. La buena mujer que caminaba en busca de ocupación en Santiago extrajo de uno de sus canastos una gallina, huevos duros y otros comistrajos; todo lo comimos en santa comunión, alabándole nosotros la buena idea de aprovisionarse para tan largo viaje.

—Coman, no más, niños —nos dijo—. Traigo también una botella de vino y otras de chicha de manzana... Lo que gusten. Ustedes, a lo que parece, traen hambres atrasadas...

No hicimos alarde de dignidad. La espontánea generosidad de la mujer, tan común en la gente de nuestro pueblo, sin teorías de apóstoles rusos ni pretensiones catequísticas, nos conquistaba sin preámbulos y nos daba una lección de llaneza, sinceridad y honda fraternización. Esa noche Augusto, agobiado por el sueño y el cansancio, se durmió profunda-

mente y buscó apoyo, sin darse cuenta, en el hombro blando y maternal de su vecina cocinera.

Al amanecer, molidos por la dureza de los asientos y las inverosímiles posturas que nos hiciera adoptar el deseo de reposo, vimos aparecer el sol a través de los empañados vidrios de las ventanillas. El paisaje del valle central, encrespado de colinas, congregadas al pie de la inmensa cordillera blanca, sublimada por rosados matices y transparentes velos de niebla, nos envolvió de súbito en atmósfera de sutilísima alegría. Nos acercábamos al final del viaje.

Como no habíamos avisado a Magallanes nuestra llegada, nadie nos esperaba en San Bernardo. Nos hallamos, de pronto, indecisos y desorientados en el andén de la modesta estación solitaria, sin encontrar siquiera a quién pedir noticias de algún albergue que conviniese a nuestro escuálido bolsillo. Nos echamos a caminar por las semidormidas calles del pueblo, anchas y acogedoras, con sus árboles frondosos y sus cantarinas acequias de agua que arrastraban hojas y flores silvestres. ¡Qué paz, qué perfume de jardín añejo y patriarcal, venido por encima de viejas tapias y de casas herméticas y pensativas! Era el manso corazón de las antiguas familias chilenas que se ocultaba en achatados caserones de adobe y teja, para convivir una vida quieta, plácida y sin complicaciones.

—¡Qué hermoso, qué hermoso! —exclamaba Augusto a cada paso—. ¿No les decía que aquí estaríamos mejor que en esa terrible Frontera? Esto tiene algo de convento y de casa señorial. Aquí podremos entregarnos a la meditación y al cultivo del espíritu.

—Así lo espero —murmuró Julio, con aire grave.

—Es un pueblecito hermoso —murmuré yo, seducido, a mi pesar, por el ambiente que nos rodeaba—. Ojalá nos sea posible radicarnos aquí. —Pero no pude menos que agregar algo que condensaba mi decepción y amargura—: Claro está que yo hubiera preferido la Frontera, con sus luchas y peligros... ¡Esa es tierra de hombres!

Augusto se volvió para mirarme con impertinente curiosidad. Pero nada dijo. Y su réplica quedó suspendida en el aire claro de la mañana.

SAN BERNARDO

No fué difícil encontrar un hotelito modesto que nos albergara, mientras nos poníamos en contacto con nuestro amigo Magallanes Moure. En realidad, el único que mantenía relaciones amistosas y de camaradería literaria con el poeta era Thomson. Nosotros no lo conocíamos ni de vista. A través de Augusto nos habíamos formado de Magallanes una imagen convencional, quizá más inquietante que apaciguadora. A pesar de todo, él era en aquellos momentos la esperanza y la Providencia: el mago y el gran señor que solucionaría nuestros problemas expedicionarios.

Decidimos que Augusto saliera esta vez en calidad de avanzada; después nos presentaríamos en casa del poeta con plena seguridad. Mientras tanto, ordenamos nuestro equipaje y fuimos a pedir, por telégrafo, que nos reintegraran a San Bernardo los colchones y ropas de cama que habíamos remitido, por carga de ferrocarril, a un pueblo de la Frontera.

A media tarde regresó Augusto, rebosante de satisfacción. Había almorzado en casa del poeta. La familia era encantadora; la acogida, soberbia. Esa noche cenaríamos todos con Magallanes para planear nuestra futura instalación. La noticia era de importancia, porque sabíamos que la esposa del poeta era la dueña de los terrenos de San Bernardo, y, sin su consentimiento, no podríamos disponer de nada.

El hogar de los Magallanes era, en realidad, blando, tibio y señorial. Poseía el llano encanto y la distinción indefinibles que fué patrimonio de las familias provincianas de

fortuna y abolengo. El gusto artístico del dueño de casa, junto con la arraigada tradición del resto de su familia, supieron prescindir de recientes modas importadas y conservar la sencillez de las antiguas costumbres. La casa misma, con su único piso y sus techos bajos, sus amplias salas y extensos corredores protegidos por cristales, sus gruesas murallas exteriores con ventanas enrejadas, se prestaba para recordar los solares de la Patria Vieja... Por las soleadas galerías, palpitantes de trinos, se divisaba el jardín recargado de plantas olorosas, mientras que por los caminitos enarenados se desperezaba un viejo mastín y caminaba a saltitos una pareja de queltehues vigilantes.

Esa noche nos recibió Manuel Magallanes Moure con esa su gentil llaneza que infundía, de inmediato, seguridad y confianza.

A pesar de su juventud, la renegrida barba y el invariable traje negro le daban aire majestuoso y patriarcal; pero, bien pronto, la corbata flotante y el flexible chambergo bastaban para insinuar un imperceptible santo y seña de despreocupación y de camaradería. Emanaban de su persona elasticidad y fuerza, atemperadas por un vaho de somnolencia felina que lo envolvía en sobria distinción y elegancia. Y, fuera de eso, asomaba el rostro pálido, ligeramente dorado por el sol, entre la fina enredadera sombría de la barba moruna, la sonrisa acogedora de los rientes ojos castaños, que hubieran sido placenteros por completo, si no burbujeara en ellos leve chispa de ironía.

¡Ah, pero este recuerdo del poeta sería incompleto si no mencionáramos la amplia y combada frente, desde la que el pensamiento saldría a explorar ilimitados horizontes! Pocas veces hemos encontrado en la vida persona que reuniera, como Magallanes, tanta armonía entre su obra artística y la severa gracia de su estampa.

—Buenas noches, Augusto. Buenas noches, amigos —dijo, al recibirnos de pie, bajo la araña de luces que colgaba en el centro del salón, estrechándonos cordialmente la mano.

E indicando un redondeado sillón con tapiz de reps ramado con flores pálidas, añadió:

—Asiento, Fernando.

Y luego, al observar mi vacilación, y recogiendo del asiento una muñeca de trapo y un biberón en frasco de cristal:

—¡Vaya!... Mi chica lo invade todo. Pronto la haré venir para que pida excusas.

En ese momento hacía su entrada en el salón una señora que llevaba en brazos una criaturita de pocos años.

—Aquí está la culpable —agregó, riendo, el poeta, a la vez que nos presentaba—: Amalia, mi mujer, y Amalita, mi heredera.

Amalia Vila no era quizás ni muy hermosa ni muy joven, pero su rostro ovalado y ligeramente moreno era simpático, vivaz y acogedor. Augusto nos había esbozado con anterioridad el curioso idilio de Magallanes. Cuando Amalia era niña de sociedad, y, por consiguiente, asistía a bailes, Manuel Magallanes Moure, su primo, no pasaba de ser un chicuelo de pantalones cortos. Pero ya entonces amaba a su prima. Una noche de baile en casa, desde una ventana del salón, la vio pasar en brazos de su pareja, entre otras danzantes envueltas en tules de color rosa o celeste, y su corazón ingenuo comenzó a palpar de amor y deseos, como si se hallara delante de una aparición sobrenatural.

La continuó adorando a lo largo de su adolescencia y de sus años mozos, hasta que logró desposarse con ella después de largo y contrariado asedio sentimental. Acaso fuera éste "el niño que enloqueció de amor", tan hermosamente interpretado por Eduardo Barrios.

La comida transcurrió en un ambiente amable y cordial. Augusto entretuvo a los concurrentes narrando nuestras aventuras en la pasada expedición. En su relato aparecían bandidos y salvajes antropófagos, paisajes de encanto y peligros quiméricos.

Mientras paladeábamos succulentos guisos y productos de las viñas circundantes al pueblo, reímos de buena gana, sin que faltara la conmovida atención que nos prestaban las damas presentes.

—¡Pobres niños! —exclamó Amalia al finalizar el relato—. No es posible que continúen tales aventuras... Son demasiado peligrosas. La colonia deberá fundarse aquí, en San Bernardo. Ya hemos decidido con Manuel entregarles un

terrenito para que inicien su ensayo. Es verdad que habrá que esperar algunos días hasta que se desocupen algunas de las habitaciones que tenemos arrendadas. Pero pueden contar con eso. Misia Juanita, la abuela de Augusto, se pondrá muy contenta al saber que su nieto no vivirá entre salvajes... ¿No ha ido a verla?

Pasamos de nuevo al salón y allí terminamos la velada escuchando versos de Magallanes Moure, bellamente recitados por Augusto, música de Mozart y de Beethoven, ejecutada al piano por Amalia, y delicados poemas de Maeterlinck, puestos en melopeya por Ortiz de Zárate.

¡Qué diferente era todo esto a la vida austera que nos habíamos propuesto!

EL CHURRASCO

Los primeros días transcurridos después de nuestra visita a Magallanes Moure fueron de angustia inactiva. Yo hubiera deseado realizar cualquier cosa: arar la tierra, cavar fosos, levantar casas. Como si innumerables generaciones de antepasados me rodeasen, apremiándome a la acción con gesto impaciente, caminaba por las calles, sin objetivo, o, sentado en la plaza, en la quietud mansa del pueblo, estrujaba nerviosamente las manos.

Augusto había partido a Santiago a visitar la familia. Julio respondía calmadamente a mis planes dinámicos. Su actitud me enervaba. Por momentos llegaba hasta sentir fastidio contra su sereno y fuerte equilibrio.

Respondía siempre con bondad, con rectitud. Pero en ciertos momentos hubiera deseado que me contradijera y se expresara con violencia.

—¿Quieres que preguntemos a Magallanes en dónde está el terreno que nos ofreció? —le proponía.

—Sería inútil. Ya nos dijo que el terreno estaba ocupado. Tendremos que esperar que lo deje el inquilino.

Mientras cumplía Magallanes su promesa, encontramos en los alrededores del pueblo un conventillo ocupado por familias obreras. Tenía al interior un patio común, plantado con árboles raquíticos. A la puerta de cada cuarto, las mujeres aderezaban la comida o lavaban ropa. Generalmente, durante el día, no se divisaba en el patio ningún hombre; supimos, más tarde, que salían al trabajo o dormían en sus camastros, mien-

tras las mujeres trabajaban y los chiquillos pululaban a su alrededor con bullicio de choroyes.

Con las camas devueltas por los Ferrocarriles, desde el sur, llegaron algunos utensilios de casa que nos sirvieron para improvisar un rudimentario menaje. Julio extrajo también, de uno de los colchones, un violín cuidadosamente envuelto en papeles y piezas de ropa. Estaba intacto. Con manifiesto júbilo lo limpió, lo acarició delicadamente, y, después de afinarlo, comenzó a extraer de la caja sonora, como un desahogo, un torrente de notas triunfales, jubilosas, cristalinas. Yo poco conocía de música, fuera de óperas en boga, escuchadas desde la galería del Municipal. Era ignorante absoluto en técnicas artísticas. Pero comprendí, no sin envidia, los ilimitados horizontes que posee el hombre que cultiva el arte como expresión y complemento de espíritu.

—Toca, Julio, sigue tocando... Me hace bien...

—¿Te gusta?

—¡Ya lo creo!... No sé... Me gustaría tocar como tú...

—Te puedo enseñar algo...

—¡Claro!... Siempre tuve deseos de estudiar violín.

Y Julio, que manejando el arco se manifestaba como hombre de espíritu delicado, extrajo de su instrumento una serie de sonatas y canciones del viejo repertorio de los maestros... Beethoven, Mozart, Schumann, Chopin desfilaron por nuestro cuarto destartelado, poblándolo con danza de espíritus luminosos, tenues, alados o melancólicos. Julio, recio y bien estructurado ingeniero de minas, se transfiguraba en esos momentos. Su rostro se cubría de suave rubor de fiebre y caía sobre su frente un mechón de cabellos rebeldes que le daban prestancia bohemia. Durante largo rato permanecemos como arrobados por la música. Julio seguía tocando, cada vez con mayor entusiasmo, y yo escuchaba con deleite. Sólo que, a media tarde, apareció en el umbral de la puerta una mujer. Venía acezando.

—¡Vecinos..., vecinos!...

—¿Qué hay? —preguntamos con alarma.

La mujer nos miraba con extrañeza, sin dejar de sonreír.

—¡La carne que dejaron al juego se les achicharró toíta!... ¡Es puro carbón!

Nos echamos a reír. Sólo entonces recordé que en el fogón que hicimos en el patio, con ladrillos y piedras dispersas, habíamos puesto a asar un trozo de carne atravesado en palo de coligüe.

—Son las tres de la tarde ya —insinuó la mujer—. Yo dije: los caballeritos no tendrán hambre... Pero diay me fijé que el churrasco estaba humeando... Entonces les vine a avisar.

—Caráspita —murmuré, rascándome la cabeza—. Tendremos que comprar carne de nuevo. Y el fuego está terminándose...

—Mejor será que yo les convide de mi comía... Mi hombre no vino na a almorzar hoy..., y yo le guardé una cazuelita...

No nos hicimos de rogar. La mujer trajo una mesa chica, extendió sobre ella un mantel y puso delante de nosotros una cazuela, acompañada de tortillas de rescoldo y un trozo de carne asada...

—Se ve que los jóvenes son poco baquianos p'hacer de comer —comentaba la mujer—. Los estuvimos mirando cómo se azariaban pa prender juego... Y a la carne no le pusieron na sal..., y luego, ¡bendito sea Dios!..., se les olvidó el churrasco en las brasas.

Avergonzados, comíamos en silencio. La mujer, de pie, nos miraba con simpatía, las manos enlazadas sobre su opulenta barriga proletaria.

Continuaba:

—Yo pensé: Serán músicos..., de los que tocan en los circos... Estarán ensayando la junción... ¡Pobres jovencitos!

VIDA CASERA

Augusto volvió de Santiago pletórico de entusiasmo. Era natural. Había pasado momentos de inefable vida hogareña en compañía de la abuela, que lo adoraba, y de las hermanas, que lo reverenciaban como a pequeño dios. Lo vimos llegar como si saliera de un baño saturado de aromas frescos. ¡Cómo envidiaba esa dicha que conocí hasta los ocho años de edad y que se esfumó en el espacio y en el tiempo!

Traía nuestro compañero un cargamento de paquetes. Cuadros, libros, una torta que las chicas enviaban para el "más joven de los colonos". Las hermanas de Augusto me conocían, pero habían olvidado mi nombre. Sin embargo, ese sustancioso recuerdo sirvió para que mi fantasía tejiera un mundo de acontecimientos familiares. Por otra parte, la abuelita enviaba a Julio una caja de té "Flor Fina", sin duda el más preciado regalo que pudo ofrecer la señora, hija de inglés y educada en colegios de Edimburgo.

Pero el aporte más preciado que Augusto traía de la ciudad eran ciertas novedades relacionadas con nuestra aventura. Los amigos escritores de la capital lo recibieron con entusiasmo. La Colonia Tolstoyana había sido motivo de comentarios favorables y fantasiosos. Casi todos reconocían que se trataba de un acontecimiento espiritual de reacción contra el practicismo reinante. Pezoa Véliz, Rafael Valdés, Pablo Burchard, José Backhaus y otros artistas conocidos, solicitaban ingresar a la colonia. Eran numerosos los que pedían datos sobre nuestra actuación y deseaban saber cómo podrían

ayudarnos o acompañarnos. El cable había transmitido informaciones, probablemente a título de curiosidad, a otros países de Sudamérica y llegaban consultas desde Argentina y Uruguay.

Compartí la alegría de mis compañeros, pero en algún repliegue de mi alma palpité levemente un sobresalto angustioso. ¿Cómo responder a esta actitud de aplauso y de confianza cuando nuestras fuerzas eran tan débiles y nuestra experiencia tan inconsistente? A pesar de mis dieciocho años ilusos y alocados, no dejaba de comprender que el interés demostrado hacia nuestro proyecto correspondía a una intensa aspiración hacia atmósfera más sana, consciente y profunda que la que imperaba en el mundo. Nuestro éxito o fracaso adquiriría insospechada importancia para la vida espiritual de la época. No comuniqué mis temores, pero desde ese momento comenzó a roerme un pensamiento de vago temor y de intermitente amargura.

Augusto traía, además, una pequeña suma de dinero para entonar nuestra exhausta caja. La casa fotográfica Spencer le pagaría cierta suma por colaborar en un álbum de vistas de Chile en preparación. Pero la noticia sensacional era la fundación de la revista "Zig-Zag", patrocinada por don Agustín Edwards, dueño de "El Mercurio" y de otras empresas considerables. Sería una revista al estilo de las europeas o norteamericanas. Ya se tenían listos las maquinarias, el local, los carteles de propaganda y parte del personal contratado en Chile y en el extranjero. Se hablaba de un tiraje superior a cien mil ejemplares, cosa nunca vista en el país.

Por lo que contaba Augusto, comprendimos el revuelo levantado en la pobre atmósfera artística de la capital. El descubrimiento de la Ciudad de los Césares, entrevista en tierra de los espejismos chilotes, no habría dado margen a tanto alborozo entre los escritores de aquel tiempo. Y para constancia, ahí estaba el ofrecimiento que se le hacía a Augusto: veinticinco pesos por cada colaboración semanal, lo suficiente para mantener una casa modesta y, por supuesto, la frugal Colonia Tolstoyana. Además contaríamos con la venta de cuadros de los colonos pintores que pronto vendrían a reunírseos.

Mientras recibíamos tan alentadoras noticias, yo salía de vez en cuando al patio para soplar el fuego rebelde y agregar algunos ingredientes a la cazuela que preparaba con la ayuda de la vecina Rosalía. Esta empleaba conmigo cierta familiaridad bonachona y protectora. Se acercaba continuamente a la olla para inspeccionar las complicadas operaciones culinarias que debía realizar durante mi actuación de semanero. Me había hecho saber, con cierta afectación solemne, que ella no era una cualquiera, pues en otro tiempo fué maestra de cocina en el restaurante "Los Patos", de la calle San Pablo abajo, y esto, naturalmente, le daba autoridad e importancia. Acezando y moviendo la leña para componer el fuego, me reprendía maternalmente.

—¡No, pues, hijito!... ¡No se apure tanto! Las papas se echan al último... Si no, se le van a recocer. Una cazuela debe llevar güenos aliños p'al gusto... Pimienta, comino, perejil y unas cucharadas de "color"... ¿A que se le olvidó comprar pimentón pa la grasa?

—Cierto... Pero..., mire, vecina. No somos partidarios de los aliños. Dicen que caen mal al estómago... Preferiríamos una comida vegetariana..., sin grasa, sin carne.

Doña Rosalía quedaba en suspenso, mirándome con asombro.

—¡Ah, ya comprendo!... Comida con pura hortaliza. ¿Pero no ve, mi alma, que se van a poner tísicos?... ¡Pa la sustancia hay que echarle carne! ¿Van a comer puro pasto?... ¿como los bueyes?... ¡Bien decía yo que a estos guainas les faltaba una chaveta!...

Fuimos interrumpidos en nuestra discusión por una risa de mujer que partió cerca de nosotros. Provenía de una señora joven que, sin que nos diéramos cuenta, vino a cobijarse a la sombra de uno de los pequeños árboles del patio. Trajo consigo una silla de paja y se reclinaba hacia atrás en el respaldo del asiento, que a su vez apoyaba en el tronco del árbol, y, en esta actitud indolente, las faldas se recogían hacia la parte superior, dejando ver unas contorneadas pantorrillas y un pie pequeño, bien calzado. El resto de la indumentaria correspondía a persona de situación mediana.

Quedé un momento perplejo observando a la intrusa que aún sonreía mostrando una hilera de dientes blancos,

mientras me miraba con los ojos entrecerrados. Estuve a punto de interrogarla acerca de lo que me parecía una impertinencia; pero su gesto era tan amistoso y cordial, que hube de sonreír también, mientras preguntaba por lo bajo a mi vecina:

—¿Quién es?

—Es una señora que me manda lavar ropa —respondió doña Rosalía con disimulado murmullo que apenas le hacía entreabrir los labios, mientras se inclinaba para probar la comida—. Viene siempre a verme y le ha despertado curiosidad la vida de ustedes..., y too lo que dicen por ahí... ¿Quiere que la llame, pa que la conozca?

—No, gracias —respondí, mientras tomaba la olla de la comida, ya lista.

Hice un ligero saludo reticente a la desconocida, más bien para examinarla mejor que para demostrarle complacencia. En seguida, partí con mi bazofia humeante para ofrecerla a mis hambreados compañeros.

SIRENAS EN FUGA

Uno de los aspectos no bien dilucidados en nuestras charlas tolstoyanas fué la cuestión sexual. Era un problema delicado y escabroso. Como si temiéramos un désacuerdo y acaso un rompimiento, nunca nos detuvimos a examinar el pensamiento del apóstol de Yasnaia Poliana en lo que se refiere a relaciones entre hombre y mujer. Todos éramos jóvenes, lo que vale decir que nuestra sangre se hallaba en aquel punto de hervor que caracteriza al jugo de la uva exprimida en los lagares cuando comienza la fermentación. Todos, seguramente, habíamos tenido, desde la adolescencia, y, en especial, durante el período de la pubertad, esa indefinible inquietud que se traduce en un continuo soñar con muchachas en flor y en que se ama y se codicia, no sólo a una, sino a todas las mujeres que nos salen al paso, adornadas y exaltadas por la imaginación juvenil con todas las perfecciones. ¿Quién de nosotros no tuvo un primer amor tímido e irresoluto, febril y platónico? Y, más tarde, cuando la carne en madurez se estremeció con irresistibles impulsos, ¿quién no sintió la atracción, y, al mismo tiempo, el espanto y la angustia, ante el misterio de la primera caída, que viene repitiéndose desde los tiempos en que la pareja humana cedió al impulso de robar su secreto al árbol de la ciencia del bien y del mal?

Yo espiaba en mis compañeros la menor alusión, el más leve gesto que me diera la clave de lo que pensaban sobre el inquietante problema, pero, o fueron demasiado cautos,

o yo muy poco agudo para sorprender la intimidad de su alma. La verdad es que nunca pude obtener luz que me permitiera la certidumbre. Era de suponer que el autor de "Juana Lucero" tuviera experiencia personal de la vida que tan vigorosamente expuso en su obra aplaudida o vituperada por bandos opuestos; pero cuando se le hablaba de ella, Augusto se envolvía en pudorosa e inflexible reserva.

Parecía, sin embargo, que, por acuerdo tácito, se había eliminado en los planes de nuestra colonia toda relación con el sexo femenino, hasta para cuando fuese necesario valerse de los servicios de una mujer a cargo de esas labores que ellas ejercen preferentemente en la vida hogareña. No por eso dejaba de preocuparme la idea de lo que ocurriría en el futuro si se presentara el caso probable de que alguno de nosotros se enamorase y deseara contraer matrimonio. ¿Sería posible introducir en la intimidad de la colonia una compañera que compartiera nuestras tareas apostólicas? Porque Tolstoy no fué enemigo del amor, como tampoco eran celibatarios en Rusia los sacerdotes de la iglesia griega ortodoxa. El maestro escarnecía el amor vicioso, la relación anormal y exaltada de los amantes, que, dentro o fuera del matrimonio, atribuyen mayor importancia al placer material que a la unión de los espíritus, convirtiendo el tálamo en trono de concupiscencia y de pasión enfermiza. Pero, ¿quién podría establecer un límite entre lo prohibido y lo permitido, entre lo sano y lo disoluto en las relaciones sexuales? El instinto, que obra en la naturaleza humana con la ingenua astucia del polen al caminar ciegamente en busca del pistilo floral, no puede ser vituperado de vicioso, y, sin embargo, recibe el choque inefable del espasmo con mayor o igual intensidad que el refinado sibarita que mezcla complicados elixires intelectuales para aumentar el placer de la lujuria.

Estas reflexiones, y otras más complejas, turbaban mi espíritu, mientras servía a mis compañeros la turbia bazofia que condimentara en compañía de mi buena vecina. Ellos la encontraron excelente y me felicitaron en términos demasiado calurosos para que yo los pudiera tomar en serio.

—¡Hombre, Fernandovich! —me dijo Julio—. Te estás convirtiendo en maestro del arte culinario. Creo que te cedemos para siempre el cucharón de hermano cocinero...

—No lo haría mejor el *chef* del Gage... —añadió Augusto con solemne tono abacial.

—Gracias, gracias —respondí, haciendo exageradas genuflexiones de artista que actúa en el momento de bajar el telón para recibir los aplausos de un público benévolo.

También, como un actor, revestido de falsa modestia, ejecutaba llamados en beneficio de los compañeros de segundo orden que esperaban junto a las bambalinas, a fin de que fuesen a compartir la ovación.

—Debo confesar que el éxito lo debo en parte a dos sirenas que me acompañaron gentilmente con sus consejos o con su compañía alentadora. Ahí están, en el patio —añadí, señalando hacia el exterior—, en espera de que las premie con su aplauso el respetable público...

—¿Sirenitas, eh? —exclamó Julio, maliciosamente.

—Sí —exclamé, continuando la broma—. Sirenas un poco estropeadas o de capa caída, pero sirenas al fin. Una podría llamarse doña Teresa Panza, esposa del buen Sancho, y la otra..., la otra..., no estaría mal en el papel de la sin par Dulcinea...

Inconscientemente había empleado el tono liviano que acostumbrara en otros tiempos cuando alternaba con camaradas de jolgorio. Me alegraba, y casi podía añadir que me confortaba, usar ese tono que me hacía recordar antiguos condiscípulos y una época gozosa y despreocupada, llena de ardientes confidencias y absurdas travesuras. Acaso echara de menos en mis compañeros de hoy esas charlas, quizás superficiales, de mis amigos de otros tiempos, pero en las que palpataba, sin embargo, confiada hermandad de sentimientos, aspiraciones sencillas y pueriles, al referirse a muchachas conocidas, rubias o morenás, bravías o románticas. La diferencia de años que me separaba de Julio y de Augusto que, con ser corta, no medía menos de la tercera parte de mi edad, sin duda eliminaba la espontaneidad en el trato. Me hubiera gustado charlar con mis nuevos amigos, como lo hice antaño, de chicas que fueron novias de algunos días, o de algunos meses, y que se sucedieron en el imperio del corazón andariego, como fugaces visiones de cinematógrafo. Pero ellos habían traspasado ya esa etapa y no concordaban con mis há-

bitos de muchacho, ni yo comprendía su reserva de jóvenes graves o circunspectos.

Hube de suspender mi intento de hablar livianamente de mujeres, aunque fuese en broma. Augusto se levantó con violencia de la mesa, dió unos pasos hasta la puerta, echó una mirada hacia el exterior, y, al ver, seguramente, a mis vecinas que charlaban aún en el patio, hizo un gesto como el que se realiza al espantar moscas importunas, dió un fuerte portazo y regresó a su asiento sin decir palabra. Afuera resonó una risa...

—¡Impertinentes! —murmuró Augusto con fastidio—. ¡Intrusas!... ¡Espías, quizás!...

—¡Hombre! —murmuré con cierto despecho—. No creí que merecieran tanto honor mis... sirenas...

Augusto pareció no haber escuchado.

—Mira, Julio —continuó, volviendo a una conversación sostenida, probablemente con anterioridad a mi importuna interrupción—. Creo que Ibsen es el más gran dramaturgo que haya penetrado en las regiones del misterio...

OFICIOS HUMILDES

Augusto se reunía diariamente con Magallanes Moure y muchas veces quedábase a comer en su casa, pero no nos traía la esperada noticia sobre el terreno prometido. Cada vez que Julio y yo encontrábamos al poeta en la calle, lo que no era difícil en un pueblo pequeño como San Bernardo, él se detenía a charlar amablemente; pero, a nuestros requerimientos, sólo respondía con su buena sonrisa de amistad.

—Hay que esperar —decía—. El inquilino aún no se retira.

A través de sus párpados entornados con somnolencia musulmana, sonreían sus ojos color café, y entre su larga barba negra brillaba su dentadura con no sé qué fina ironía... Alguien nos había comunicado que Magallanes poseía también una pequeña población de renta, no muy distante de la plaza del pueblo, y que una de esas casitas se hallaba en la actualidad desocupada.

—Podría arrendarnos, mientras tanto, esa casita —le dije.

Magallanes se disculpó:

—No me hubiera atrevido a ofrecérselas, porque está en estado deplorable. Muy sucia... Pero si gustan...

—En cualquier parte estaremos mejor que en donde estamos... Si no tiene inconveniente, podríamos verla en el acto...

Después de ligera vacilación, se decidió Magallanes a acompañarnos. En realidad, la casita desocupada se hallaba en

tan mal estado, que merecía mejor el nombre de pocilga. Estaba compuesta de dos piezas con puerta y ventana a la calle, de una mediagua y un pequeño patio rodeado por cerco de tablas viejas. En el fondo se levantaba una horrible casucha de latas mohosas que servía para ocultar uno de esos pozos que sólo se encuentran en los arrabales de pueblos sin alcantarillado. Un espeso enjambre de moscas revoloteaba sobre el basural.

El poeta nos observaba con timidez. Comprendimos que se avergonzaba de mantener en tal estado una habitación destinada a seres humanos.

—Ya ven —nos dijo—. Esto no es para ustedes... Sabía, por el cobrador de los arriendos, que las casas se hallaban mal, pero nunca creí que...

Seguramente decía la verdad. A Manuel, con esa despreocupación por los negocios propia de los artistas, jamás se le ocurrió indagar el origen de su renta, y con ello no hacía más que seguir el ejemplo de innumerables hombres de situación económica y social.

—El estado en que se halla la casa no tiene importancia —le dije—. La culpa no es de usted, sino de los arrendatarios. De todos modos, creo que nos conviene... Si nos facilitara herramientas, le aseguro que, dentro de poco, esto cambiará. ¿No es cierto, Julio? —pregunté a mi compañero.

—Claro. ¡Claro!... —murmuró Ortiz, sin gran entusiasmo.

Le expliqué a Magallanes que yo había sido alumno de la Escuela de Artes y Oficios, y que estaba habituado a toda clase de trabajos.

—¿Y cuánto vale el arriendo? —pregunté.

—¡No, no, no!... —protestó Magallanes. Su rostro pálido enrojeció levemente, como si le hiciéramos una proposición vergonzosa—. ¡Esto va a cuenta de la colonia!...

Comunicamos a Augusto nuestra decisión y lo llevamos a conocer la casa. Naturalmente, para evitar que el espectáculo de miseria de la vivienda le produjera irreparable desaliento, fuimos explicándole, por el camino, nuestro proyecto y las ventajas que obtendríamos. Augusto se limitaba a escuchar. Sólo respondía a las argumentaciones con una especie de gruñido caviloso y concentrado: "¡hum!" Yo com-

prendí que no estaba de acuerdo con nosotros y que preparaba una de las suyas...

Una vez frente a la casa, abrimos la puerta y lo invitamos a pasar; pero Augusto, sin decir palabra, adelantó la cabeza y esbozó un gesto de desagrado que trajo a mi recuerdo uno igual que viera continuamente en el rostro de una larga, pulcra y pudibunda profesora que tuve hacía muchos años en el Instituto Inglés de Viña del Mar: Miss Robertson. Era un gesto de retraimiento y asco invencibles, en que tomaban parte la nariz y la boca, en despectiva contracción, junto con una sola palabra emitida con sonido gutural: "*dirty!*" Yo me sentía tan humillado en ese momento por la muda expresión de Augusto, como cuando en otro tiempo la angulosa dama reprobaba nuestro descuido de colegiales, poniendo entre ella y nosotros —entre indígenas y civilizados— una valla inconmensurable. En vano quise protestar:

—Pero, ¡hombre!... Si esto...

Augusto había vuelto ya las espaldas y caminaba por la acera como si huyera de una visión terrorífica. Apenas lo pudimos seguir. Avanzaba en voluntariosa embestida, moviendo en quebrados movimientos sus largas zancas, agitando al aire, rítmicamente, su bastón de cerezo, vaga evocación de una espada combativa.

No por eso nos desanimamos. Al día siguiente lo convencimos de que debía pasar el día en casa de Magallanes, y, aperados de utensilios de limpieza, nos dirigimos a nuestra futura vivienda. Una sana exaltación nos daba alas. Por primera vez, se nos presentaba la ocasión de realizar nuestros planes de trabajo, abandonando la inactividad corrosiva, y dedicarnos a una obra útil. Debo explicar, en desmedro de mi exaltación en el sacrificio, que esta clase de impulsos debían atribuirse, en lo que a mí se refiere, a un defecto nervioso. No podía presenciar un espectáculo anormal o desagradable sin sentir el deseo de corregirlo o enderezarlo. Si hubiera sido posible, habría zambullido en un estanque a mendigos y vagabundos zaparrastrosos hasta dejarlos limpios, remendados. Cuando era niño de pocos años, descubrí cierta vez en casa ajena un desván abandonado, repleto por un hacinamiento de muebles y utensilios rotos, cubiertos de polvo. Una invencible intranquilidad se apoderó de mi espíritu,

hasta que pude escaparme y emprender a hurtadillas la tarea de poner en orden los cachivaches, asearlos y repararlos. Una tina de baño rellena con escombros de tierra y ladrillos hasta los bordes, me dió trabajo para varios días. Pero, después de finalizar la silenciosa y paciente tarea, ¡qué satisfacción al contemplar aquel mundo inútil reestructurado a costa de tantos sacrificios!

Al comenzar el trabajo, en compañía de Julio, cambiamos alegremente nuestros vestidos de diario por los trajes de mezclilla azul que usara yo en la escuela para trajinar entre máquinas y herramientas pringadas de aceite. Iniciamos la tarea quemando azufre, a fin de destruir insectos y microbios adheridos a las murallas. Nos trepamos enseguida a las vigas ennegrecidas por las suciedades de moscas y el humo de fogones. Con agua y soda fregamos, una y otra vez, la inmundada superficie, hasta dejar en descubierto la madera pulida; lavamos ventanas y vidrios; repusimos el piso de ladrillos; enjalbegamos de cal las paredes; enderezamos y parchamos ventanas y puertas torcidas... Con los pies descalzos, arremangados los brazos, ¡con qué impulso alegre realizamos el trabajo!

Sin interrumpir la tarea, discurríamos con Julio sobre la inhumana condición en que vive nuestro pueblo, en parte por culpa de los propietarios, y, también, por falta de cultura de los propios interesados. Nos proponíamos, una vez organizada la colonia, emprender una campaña de educación popular. Visitaríamos los conventillos de la ciudad y las viviendas campesinas de los alrededores. Las limpiaríamos y adornaríamos por nuestra cuenta, y prácticamente haríamos ver a los moradores la manera de hacer más agradable la vida humilde.

Después de terminar el aseo de los cuartos, seguimos con el patio. La limpieza del pozo excusado fué labor engorrosa, no sólo por el trabajo mecánico, sino también por el vencimiento que debíamos emplear sobre el olfato y sobre nuestro orgullo de muchachos educados en ambiente burgués. Sabido es cuán profundamente se desprecia a los que desempeñan el oficio de limpiadores de acequias, letrinas o alcantarillas.

—¡Ánimo, Fernando Fernandovich! —gritaba Julio, al verme salir a la calle empujando la carretilla de basura y detritos humanos, que debíamos arrojar en un canal de las inmediaciones. Reíamos, mientras las muchachas y mujeres de la vecindad se agrupaban en las puertas burlescamente, para vernos pasar. . .

El orgullo, asegura Tolstoy, es el peor enemigo que necesitamos vencer, antes de alcanzar el perfeccionamiento moral.

EL HOGAR DE LOS COLONOS

El primer impulso constructivo del ser viviente está encaminado, sin duda, hacia el hogar. Lo requiere el hombre primitivo al formar su covacha en la caverna, y lo busca la fiera en el árbol hueco de la montaña. Abrigo y defensa. Punto de partida para emprender la conquista del alimento, nido para recuperar fuerzas después de ruda lucha contra la naturaleza hostil, cuna de hijos y apacible lugar de meditación.

Ya que no fué posible labrarnos la casa en la montaña, a la manera de Robinson Crusoe, como hubiera sido mi deseo, nos sentimos contentos de la casita obtenida por la generosidad de Magallanes Moure y por el diligente trabajo realizado por nuestras manos.

Nos costó esfuerzo conducir a Augusto a la nueva vivienda. No creía en milagros. Fué necesario que aprovecháramos su ausencia para sacar furtivamente del conventillo el modesto menaje y cargarlo en un carretón.

—¿Se van, vecinitos? —nos dijo doña Rosalía cuando fuimos a entregar las llaves del cuarto vacío.

—Sí, señora. Y venimos a darle las gracias por la ayuda que nos prestó. . .

Doña Rosalía se llevó la punta del delantal al rabillo del ojo, y nos dijo con pena sincera:

—Harto lo siento, vecinos. . . Yo me había acostumbrado con ustedes. . . Continás que mi hombre está cada día más borracho y me deja sola too el tiempo. . . ¿Y quién les va a

lavar la ropa ahora? ¿Me dejarán su dirección para irlos a ver?

—¡Claro, doña Rosalía!... Las buenas amistades hay que conservarlas. ¿Quiere decirle a Augusto que lo esperamos en la otra casa?

—¡Cómo no, vecinos!

Y de este modo, casi enternecidos también, nos despedimos de la vecina Rosalía, que, acaso, llegó a considerarnos con un poco del cariño destinado a los hijos que no tuvo en su matrimonio.

Al finalizar la tarde, llegó Augusto al nuevo domicilio. No dijo palabra. Recorrió la casita a trancos largos, mientras nosotros le observábamos con satisfacción y un poquillo de ironía. Al fin, exclamó:

—Está bien... ¡Está bien!... Han realizado un milagro. Les aseguro que estaba dispuesto a no venir a esta casa.

—Te olvidabas, Augusto —le dijo Julio, sonriendo maliciosamente—, que somos tolstoyanos.

—Sí, pero Tolstoy no es enemigo de la dignidad humana. Tal como estaba esto, sólo podían habitarlo los chanchos. Reconozco que ustedes fueron más valientes que yo. Mañana comenzaremos a hermostrar estos cuartos, y, realmente, gracias al trabajo de ustedes, ésta será una morada agradable...

En mi interior criticaba muchas de las actitudes de Augusto, y por momentos sentía contra él el sordo descontento; pero al día siguiente, al verle salir del lecho con el ánimo alegre y, sin abandonar su largo camisón de dormir y sus pantuflas, dedicarse a desembalar libros, ropas y telas de pintura, colocando en cada rincón de la habitación una nota de armonía y de buen gusto, comprendí que nuestro compañero era, ante todo, artista y nada más que artista. Si Tolstoy había penetrado en su espíritu, no fué, seguramente, por teorías morales, sino por el camino encantado del arte. "Ana Karenina", "La Guerra y la Paz" y quizás "Resurrección", habían hecho en él mayor mella que las austeras disquisiciones religiosas y filosóficas. "El arte es amor —sóla repetir Augusto—. Nos acercamos a nuestros semejantes por el mejor punto de contacto: la belleza."

Fueron colocados en las paredes cuadros que le obsequiaron en otro tiempo sus amigos pintores. Una telita de Juan

Francisco González, admirable de colorido; apuntes a pluma del pintor Molina; el retrato de su abuela, por Manuel Thomson, primo suyo; un estudio de animales, por Rafael Correa; la reproducción al óleo de un paisaje de Corot, copiada por Backhaus en el Louvre... Fotografías. La foto de Hortensia Lucero, modelo de la protagonista de la primera novela de Augusto, tal como fué en vida, hermosa y suave, envuelta en halo de luna. Un retrato de Daudet en su sala de trabajo. Otro de Lord Byron. Y junto a esas manifestaciones de arte pictórico, trapos de armónicos colores, un cerrojo de portón colonial matizado con rojos de herrumbe y verdes de óxido cobreño... ¿Dónde coleccionó aquellas baratijas exquisitas?

También dispuso Augusto el lugar de nuestras camas, arregladas con tablas y cajones, es verdad, pero disimuladas en forma de divanes cubiertos por telas de colores. Julio y Augusto quedarían en uno de los cuartos; yo, en el otro, solo, en una pieza que, por quedar en ella la puerta de calle, servía de zaguán.

Fué preciso construirle a Augusto un rústico escritorio de pared, sostenido con escuadras de madera, semejante a los que emplean los contadores para colocar sus libretos de partida doble. Nos explicó que era su costumbre escribir de pie. Lo estimaba más higiénico. ¡Allá él! Yo lucí en esta ocasión mis conocimientos de carpintería, y el escritor, al parecer, quedó contento.

¡Qué conjunto de agrado y hasta de refinamiento adquirieron aquellos cuartos que fueron una pocilga y que el mismo Augusto había desdeñado con asco! Tenían algo de pajarera y no poco de buhardilla bohemia, según la imagináramos por las descripciones de Murger.

Yo estaba satisfecho. La colonia comenzaba a tomar forma. Mientras Augusto adornaba las habitaciones, Julio y yo construíamos un hornillo de ladrillos sobre base de piedras, bajo la mediagua que servía de corredor, y también un horno para el pan. Era, por fin, la vida activa, de sano y sencillo trabajo material, entreverada con horas de estudio y descanso...

ERA UN PUEBLECITO CASTO Y PERFUMADO

Cuando me correspondía el turno de cocinero, debía levantarme temprano. El turno lo repartíamos entre Julio y yo, pues habíamos convenido que este oficio humilde e indispensable para vivir, recaería sólo en nosotros. Reconocimos tácitamente que Augusto ocupaba un rango superior, y, hasta cierto punto, aristocrático, como el de prior de monjes encaustrados. Nosotros seríamos simples "hermanos" y Augusto oficiaría en el altar inmaculado del Arte, ganando para la comunidad el pan espiritual, tan grato a los ojos de Dios. Augusto tuvo el buen acierto de leernos el pasaje bíblico de Marta y María, las hermanas que se disputaron el amor de Cristo por diferentes caminos. Además, nos reconfortamos escuchando un relato de la vida de San Francisco, el pobrecito que amaba todo lo creado, desde los pajarillos hasta las pequeñas ratas de los campos.

Mi primera tarea en los quehaceres domésticos era el desayuno. Mientras hervía la tetera en el hornillo, adelantaba tiempo barriendo el patio, aseando mi pieza, extrayendo las basuras del día anterior. Luego, había que preparar el té, para lo cual debíamos someternos a un rito explicado por la abuelita de Augusto en una de sus cartas: "Lavar la tetera con agua hirviendo, colocar las hojitas en el fondo, vaciar agua caliente sobre ellas, arropar en seguida la tetera a fin de que no perdiera calor". La leche la obteníamos "al pie de la vaca" en un establo vecino y debía calentarse solamente "hasta que soltara el primer hervor".

Augusto tomaba el desayuno en cama y era muy grato para él acompañarlo de tostadas con mantequilla, lo que se hacía cuando el estado de caja era floreciente. Después de efectuado este refrigerio matinal, me echaba a la calle con un bolsón de cuero destinado a las provisiones. Iba al mercado.

Constituía esta salida a la ciudad uno de los momentos más agradables de mi nueva vida. Calzado de alpargatas y vestido de mezclilla, sentía una sensación de libertad y de limpieza espiritual que sólo podía compararse con el fresco aire mañanero saturado de perfumes agrestes. La pequeña ciudad proyectaba, hacia el firmamento pálido y velado de brumas sutiles, su aliento de flores y frutas maduras. Los gorriones formaban en los árboles conciertos de cristal. El agua clara de las acequias, junto a la acera, cabrilleaba con brillo de plata y diamantes. Ninguna nubecilla cruzaba ni por mi alma ni por el cielo inmóvil. Ni odios ni rencores. Ciertamente la felicidad debe de encontrarse en un cuerpo sano y en una conciencia libre de pasiones deprimentes. La misma pobreza de mi vestuario me situaba al margen de rivalidades vanidosas y de ambiciones imposibles. Era un número en el concierto de seres humanos, una cifra anónima que se perdía como gota solitaria en la inmensidad del mar.

En el pueblo radicaba la Escuela de Clases de Infantería, donde se formaban los suboficiales del ejército. Al pasar por el cuartel, los alumnos presentaban armas frente al portón y se escuchaban, en el interior, voces de mando y clarinadas marciales. En ciertos días de la semana, la banda del regimiento tocaba en el quiosco de la plaza. La juventud paseaba por las avenidas laterales bajo la luz violeta de los faroles. Caía sobre la sonambulesca comparsa de muchachos y muchachas leve lluvia de pétalos de acacia, densa de efluvios sensuales. Fué en esa atmósfera magnética donde vimos pasar por primera vez, caminando al compás de una marcha militar, un grupo de jovencitas esbeltas, cuyos rostros, erguidos con aristocrático desdén, tenían palidez lunar. Una de ellas, especialmente, llamaba la atención. Era alta. Sus tacones se asentaban en el suelo con imperiosa seguridad; su busto opulento iba envuelto en sedas claras y flexibles. ¿Por qué la designamos con el nombre de "Principessa"? Acaso evocaba la figura

de esas damas italianas del Renacimiento, glorificadas por los artistas del pincel o por alguna leyenda de puñales y venenos.

Volví a encontrarla cuando regresaba del mercado con mi bolsón rebosante de frutas y hortalizas. En uno de los balcones de la calle, apoyada con desgano en la baranda, se hallaba nuestra admirada "Principessa". ¡Qué hermosa aparecía en la claridad matinal! Mi primer movimiento fué de confusión. Hubiera deseado hallarme a mil leguas para evitar que me viera en figura tan desmedrada; pero luego, al ver que detenía en mí sus grandes ojos aterciopelados, con la fijeza distante de quien examina una brizna de paja que vuela en el espacio, recordé que no era el niño burgués cuyos padres y parientes pertenecían a su misma clase social. Pude, entonces, acercarme a ella sin embarazo y contemplarla con detención.

—¡Verduras, señorita! —le dije—. ¿Compra verduras?

Me miró en calma, y, sin salir de su actitud, movió negativamente la cabeza. ¡Qué distante se hallaba, tan distante e inaccesible como una de las estrellas que llenan el espacio por las noches con su titilar sereno! Y fué ésa una situación de alegría para mí. Podía contemplarla de cerca sin temor de que naciera entre nosotros esa chispa de atracción o repulsión que inquieta y desazona. Eramos libres ella y yo. Podría admirarla con la casta inocencia con que se contempla un trozo de naturaleza, sin que ella siquiera se percatara de mi admiración.

Y sentía, en ese instante, que el pueblo de San Bernardo era como un inmenso cesto lleno hasta los bordes de frutas y flores que exhalaban intenso perfume en ofrenda a los corazones simplificados por ausencia de vanidad y por sana alegría de vivir.

CURIOSIDADES INDISCRETAS

Como buen descendiente de sajones, Thomson ponía especial cuidado con sus abluciones matinales. Julio y yo lo acompañábamos con gusto, y aun las repetíamos en la tarde, ya que nuestro trabajo muscular y el calor de la estación nos obligaban a mayor aseo. Como no teníamos cuarto de baño, ni siquiera una menguada lluvia, nos colocábamos en el patio sobre una palangana de latón y vaciábamos jarros de agua fría sobre la cabeza. Resultaba agradable y confortante. Sólo que no nos dimos cuenta de que las divisiones medianeras del patio eran simples tablas viejas que sobrepasaban, apenas, la altura de un hombre. Un día en que nos dábamos el acostumbrado baño, notamos ciertos ruidos y risas sofocadas al otro lado de la tapia. Por fin, parte del cerco crujió y vino por tierra. Sólo entonces nos dimos cuenta de que nuestros vecinos, hombres, mujeres y niños, se agrupaban a presenciar nuestras abluciones, como si se tratara de un espectáculo raro y digno de conjeturas. La caída del cerco fué acompañada de risas y rechiflas de los descubiertos mirones, mientras el autor de la catástrofe, un muchacho gordiflón, se levantaba de entre los escombros, confundido y lloroso. El pobre había pretendido encaramarse por uno de los postes podridos, pero el peso de su cuerpo dió por tierra con el cerco y su humanidad.

Augusto se mostró indignado. Apenas cubierto por una toalla, increpó a los curiosos con palabras duras, incluso a las mujeres, a quienes llamó deshonestas y desvergonzadas.

Los hombres respondieron con algunas cuchufletas y todos emprendieron la retirada, riendo solapadamente y sin dar mucha importancia al suceso. No había odio para nosotros, ni siquiera molestia. Nos consideraban, más bien, personas extravagantes y risibles. Cuando nuestro pueblo no comprende a una persona, a causa de sus costumbres y psicologías diferentes, adopta una actitud de sorna o de ironía protectora. Entre las frases con que respondieron a Augusto escuchamos la palabra "gringos", o sea, extranjeros. Pero el extranjero no es para ellos, necesariamente, un enemigo, y aun puede ser un hermano de miserias. Otra cosa habría sido si nos hubiesen llamado "jutres". Eso significa separación de castas, odio y rencor para hombres que los explotaron y menospreciaron.

En el resto de la población de San Bernardo se nos miraba con benévola curiosidad. Las publicaciones de los diarios de la capital habían contribuido a que se conociera nuestra aventura; los comentarios pueblerinos nos pusieron de actualidad. Pero éramos jóvenes, vestíamos con limpieza y demostrábamos respeto por todos. Gran parte de los pobladores eran personas pudientes de Santiago, que hacían su aparición en las viejas quintas en la época veraniega. San Bernardo debió de ser, en un tiempo, como alguno de esos pueblecitos costeros o rurales a donde las familias buscaban paz y descanso, tales como Algarrobo, residencia veraniega de presidentes de la nación; Quillota o Limache, refugio de comerciantes del Puerto.

No era raro encontrar, en las sombreadas calles, ricos atalajes que pertenecían a familias históricas, como los Balmaceda o los Errázuriz, o más recientes, como los Ortúzar, García de la Huerta, Pinto Agüero u Olgúin. La mayor parte eran dueños de casonas en la ciudad o en los alrededores, con fundos y viñedos.

Formaban una sociedad aislada y tranquila, entregada al dulce saboreo de los placeres agrarios. Ellos nos miraban pasar con discreta o desdeñosa curiosidad, pero nunca con impertinencia.

Quienes se mostraban más audaces, y no siempre respetuosos, eran los de alcurnia mediana, radicados en el pueblo durante todo el año. Familias de marinos o militares en retiro, jefes y oficiales de la guarnición, pequeños propieta-

rios de viviendas y quintas modestas. En la misma calle en que vivíamos, tenía su casa un médico veterinario del ejército, hombre corpulento y de rostro congestionado, cuya familia la componían su mujer, hermosa dama de suaves redondeces; dos ancianas enjutas y tres chicas que fluctuaban entre los quince y los dieciocho años, adorables locuelas de ojos profundos, color topacio oscuro, suaves como crepúsculos de primavera. Apenas nos veían, formaban grupo en la ventana o en la calle y cuchicheaban maliciosamente, posando sobre nosotros sus miradas de andaluzas o de orientales. Muy bajito, como un susurro, dejaban caer palabras que manifestaban el deseo de hacernos saber que conocían nuestras aventuras: "Tolstoy"... , "tolstoyanos"... Y nada más. Si había un poco de impertinencias en ellas, era más bien la de inocente y bullidora juventud, sin propósito de molestarnos.

Otras gentes adoptaban actitud zumbona. Tal era la de nuestra vecina de enfrente, una sólida moza de anchas caderas y cintura ajustada por el corsé. Sus padres y parientes debían ser campesinos acomodados que criaron consentida y regalona a la hija única. Desde el interior de su casa escuchábamos sus tonadas criollas gritadas como viento de tempestad al pasar entre los árboles. Desde temprano abría con estrépito la ventana y la veíamos asomarse a curiosear lo que pasaba en la calle. Discutía con los vendedores ambulantes, entablaba conversación con las criadas de las vecindades y las interrogaba sobre la intimidad de sus patrones. Era, sin duda, un modo de llenar su vida ociosa. Pero nada le atraía más que nuestra casa y todo lo que en ella ocurría.

—¡Buenos días, vecino! —gritaba.

—¡Buenos días, señorita!

—¿Hizo ya el aseo?... Ahora irá al mercado...

—Así es; voy al mercado.

—¡Qué raros son ustedes!

—Es cierto. Somos raros.

Todo esto a gritos, desde un lado a otro de la calle.

Augusto sintió por ella ojeriza desde el primer día. Generalmente, al verla, cerraba su ventana con violencia y murmuraba palabras despectivas. En voz baja la llamaba "la huasa". Pero nuestra vecina tenía la epidermis endurecida

por el viento campestre y parecía no darse cuenta de la hostilidad de nuestro abad. Irritaba a Augusto no poder abrir la ventana junto a su escritorio. En las tardes de primavera hacía calor, y era grata la visita de la brisa cargada con el aroma de eucaliptos que discurría por la calle. Augusto permanecía durante el día vestido solo con su camisón de dormir, lo que le daba cierta semejanza a joven faquir musulmán.

En esa misma mañana del incidente con los vecinos del patio, Augusto se caló su camisa, como de costumbre, y abrió la ventana a fin de dar aire a su fastidio. Una burlona risa respondió al brusco sonido de los maderos. Era nuestra vecina del frente. Augusto clavó en ella una mirada furibunda.

—¿Qué le pasa, vecino? ¿Está enojado?

Augusto no respondió, pero, bruscamente, volvió la espalda, levantó la camisa de dormir hasta la cintura e hizo una violenta flexión que dejó en descubierto sus descarnadas posaderas.

Esta vez fué la ventana del frente la que se cerró con brusquedad. Y, desde entonces, no se volvió a abrir...

EXPERIENCIA AGRARIA

En uno de los viajes de Augusto a Santiago, trajo, al regreso, la noticia de que dentro de pocos días llegarían nuevos colonos. Además, vendría a visitarnos un grupo de artistas.

El primero fué José Backhaus. Se hizo preceder por el equipaje y luego apareció en persona con su caja de pinturas, su caballete y un grueso rollo de cartones preparados. Probablemente tenía la misma edad de Augusto, pero representaba mucho más con su corta y bifurcada perilla, que le daba cierto parecido a esas imágenes de Cristo litografiadas en cuadros y estampas religiosos. Era alto y esbelto, fino y obsequioso; sus azules ojos "escuchaban" con atención, dispuestos siempre a contemporizar, más por desdén o indiferencia que por acatamiento zalamero. Dentro del bulto de cama traía un lote de libros que manifestaban sus gustos y predilecciones literarias: obras de Juan María Guyau, de Nietzsche y Schopenhauer. Nada de Tolstoy. Discurría con facilidad y sin apasionamiento, en tono suave y rápido, como si les diera poca importancia a sus palabras, interrumpiéndose a menudo por una risita afable o ligeramente irónica que parecía pedir la aprobación de su interlocutor.

Comprendí que no tendríamos en el nuevo compañero un auxiliar en nuestras labores domésticas o campesinas. Backhaus era, antes que nada, un intelectual que concentraba su vida en el arte. Siempre estaba en completo acuerdo con Augusto, a quien demostraba incondicional adhesión. Ni

siquiera pensamos en proponerle que nos acompañara en el turno de cocina; tampoco lo invitamos a participar en los trabajos agrícolas. A la mañana siguiente de su llegada, muy temprano, se caló el sombrero de tela blanca con anchas alas, puso bajo el brazo caballete y caja de pinturas, y salió a explorar el campo de las vecindades. A la hora de almuerzo, regresó con un pequeño apunte al óleo, que inmediatamente clavó en la pared a fin de que le diéramos nuestra opinión. Era un estudio de color en que tomaban parte las cordilleras como fondo blanco, sonrosadas de aurora, y grupos de árboles en primer término, con sus verdes y grises mañaneros. Volvió a salir en la tarde, después del reposo de la siesta, y regresó cerca de la noche con un nuevo apunte de cordilleras y nubes blancas sobre el cielo azul; esta vez los árboles lejanos y los faldeos de cerros se teñían de morados y azules.

Y así continuó en los días siguientes su labor este artista tesonero y sufrido, realizando grandes caminatas, observando obstinadamente la naturaleza a diferentes horas del día, acumulando notas de color y dibujos minuciosos de árboles, peñascos y figuras, en preparación de futuros cuadros. Al poco tiempo, tenía un buen espacio de pared cubierto de estampas que sonreían como un tapiz de variados colores.

Por esos días, Ortiz de Zárate y yo emprendimos la tarea de realizar nuestro programa agrario. A fuerza de entrevistar y majaderear a Manuel Magallanes, y después de perder la esperanza de que nos entregara la parcela prometida, a pesar de sus buenos deseos, conseguimos que nos cediera, en cambio, un sitio eriazo dentro del pueblo mismo. Era un pequeño terreno que no medía más de un cuarto de hectárea, abierto a la calle por dos costados, porque ocupaba esquina de manzana, pero de tamaño suficiente para iniciar un experimento de cultivo. Fué tarea larga y penosa conseguir una yunta de bueyes. Por fin, cierto inquilino, Zuaznábar, de un fundo próximo al pueblo, ofreció arrendarnos a buen precio todo lo que necesitábamos, encargándose de llevar los bueyes hasta el terreno mismo.

Me hallaba en un estado de sobreexcitación extraordinaria, y supongo que Julio estaría en igual situación, a pesar de que no lo demostrara. Aquel primer ensayo era la realización suprema del ideal tolstoyano. La tierra debía ser el com-

plemento de la vida humana; el hombre adquiere derecho a su posesión desde el momento de nacer, lo mismo que del aire, la luz y el agua. Según Tolstoy, basado seguramente en las teorías de Henry George y de economistas de su época, la tierra es patrimonio de la humanidad, y cada hombre debe poseer un mínimo de ella, que le asegure alimentación, abrigo e independencia. Todo el problema social encontraría fácil solución si se consiguiera entregar a cada individuo la tierra que puede cultivar personalmente.

Augusto compartía, por el momento, estas ideas, y, al observar nuestros preparativos, decidió acompañarnos. Con sorpresa, lo vimos calarse los guantes, escoger algunos libros que puso bajo el brazo, sin olvidar su inseparable bastón de cerezo.

El dueño de los bueyes nos esperaba en el terreno desde temprano. Tenía los animalitos atados a un árbol del centro del sitio y fumaba un cigarrillo, cachazudamente, junto a los aperos esparcidos a su alrededor.

—Buenos días, patroncitos —nos dijo, al vernos—. Aquí les tengo too listito pa que principien a trabajar... Los bueicitos son nuevos, pero están bien amansaos... Personas baquianas como sus mercedes, harán lo que quieran con ellos... ¡Ah, no se les olvide darles aguá a la hora de siesta!

Y sin añadir más, se quitó la vieja chupalla con exagerado respeto y se marchó, no sin echarnos de reojo una zumbona mirada de viejo zorro.

Por un momento permanecimos perplejos. Había que enyugar; pero ninguno de nosotros sabía hacerlo y no confesaba su inexperiencia. Resueltamente, desaté las coyundas y dejé los bueyes en libertad, dispuesto a poner en práctica las complicadas operaciones que había visto realizar en el fundo de mi padre. En ese momento, Julio se inclinaba al suelo para recoger el yugo; uno de los animales volvió el anca y lanzó violentamente una patada sobre mi compañero.

—¡Cuidado, Julio! —advertí—. ¡Es buey mañoso!...

—¡Ya lo veo!... Ha sido una suerte que no me alcanzara a pegar...

Augusto observaba a distancia la escena.

—¡Hombre! —exclamó—. ¡Ese animal es una fiera!

—No tanto —repliqué con aire de hombre experimentado, tratando de colocar el yugo sobre el testuz. Pero, en ese instante, el otro buey dió un resoplido sobre el arado, como si manifestara su horror por aquel instrumento de suplicio, y echó a correr hacia la calle dando saltos, con el lomo arqueado y la cola en alto como látigo amenazador.

—¡Ataja, Augusto! —le gritamos. Pero Augusto pareció no comprender. Se limitó a exclamar, con los ojos desorbitados:

—¡Estos bichos son toros de Miura!... ¡Vale más que los dejemos escapar!

El otro novillo siguió a su compañero y nosotros tras ellos por las calles del pueblo, en larga y tesonera persecución. Varios chicos nos acompañaron pidiendo ayuda a los transeúntes. Salían hombres y mujeres de las casas, armados de palos, y, en conjunto, formamos una batahola tan estruendosa, que, a poco, atrajo la atención de los guardianes del orden, quienes procuraron sofocar aquella algarada que iba adquiriendo aspecto de motín. Un vientecillo porfiado que levantaba a nuestro alrededor nubes de polvo, aumentaba la confusión.

Por fortuna, un par de jinetes campesinos, venidos de no sé dónde, se pusieron de parte nuestra, persiguieron briosamente a los novillos, les pusieron el lazo y los arrastraron "a peñal" hasta nuestra presencia. Los animales traían los ojos inyectados, babeante la lengua, encorvado el lomo, por el esfuerzo que hacían para escapar.

Explicamos lo sucedido. Uno de los hombres, echándose a reír, preguntó:

—¿Quién les arrendó los novillos?... ¿Sería Zuaznábar, el de los Quillayes?

—El mismo.

—¡Pero, señor!... ¡Si esos animales son "caitas" argentinos, traídos para la matanza, y no los amansa ni el diablo! ¡Si no los conociera yo!

Una carcajada general coreó estas palabras. Todos rieron, menos nosotros. Hubimos de pagar a los huasos, que mantenían a duras penas a los inquietos animales, a fin de que los devolvieran a su dueño. Regresamos en busca de los aperos

de labranza que dejamos en el lugar de nuestra primera experiencia agrícola. Allí estaba todavía Augusto, sentado sobre una piedra.

—¡Bien decía yo que esos animales tenían mala entraña! —exclamó al escuchar el relato de nuestra persecución.

TIERRA MULLIDA Y FRAGANTE

Más precavidos, después del experimento con los novillos bravos que arrendamos al huaso ladino, nos dedicamos durante varios días a buscar una yunta de bueyes mansos. Como para consolarnos por el fracaso, Manuel Magallanes nos leyó una poesía de Carducci dedicada a estos pacientes compañeros del hombre, y él mismo escribió otra en que describía su nostálgico renunciamiento a los placeres del amor.

Encontramos, por fin, lo que deseábamos. Eran bueyes viejos y se hallaban en un estado de flacura extrema; pero eran tranquilos y nos miraban con la desencantada y filosófica expresión que suelen tener los hombres de larga experiencia. Para mayor seguridad, el mismo dueño nos dió lecciones para enyugarlos, y nos dispusimos a emprender nuevo ensayo.

Esta vez Augusto tomó mayores precauciones. Se colocó a buena distancia, en un extremo del sitio, y buscó la protección de un tronco de árbol. Desde allí nos advirtió:

—¡Cuidado con las patadas!

Pero los animales no tenían la menor intención de rebelarse. Se dejaron uncir al yugo, colocáronse delante del arado, y a la primera insinuación de Julio, echaron a caminar dócilmente. Para mayor seguridad, me coloqué delante de ellos armado de "picana", aunque no había necesidad de guía, porque eran ellos los que nos guiaban. Julio empuñó la mancera e hincó el arado en las hierbecillas cubiertas de rocío. ¡Qué emoción! Al ponerse en marcha los bueyes, se es-

parció en la mañana clara un saludable olor a tierra removida que llenó nuestro espíritu de contento.

—¡Hurra! —grité.

—¡En nombre de Dios! —exclamó Julio con unción,

Eramos ya labradores, auténticos hijos de la tierra. Cientos de generaciones elevaban en nuestra sangre la canción del trabajo agrario, bendito y aspergeado por el sudor de los hombres. Trazamos el primer surco. Los bueyes seguían el camino recto, nuestra inexperiencia los torcía un poco; pero juntos abríamos el corazón de la tierra mullida y fragante.

Los mejores momentos de felicidad son los que provienen del cumplimiento de un anhelo largamente incubado. Hubiéramos deseado expresar nuestro júbilo en forma exaltada. Tirar los sombreros al aire. En ese instante, nuestros cuerpos pesaban menos que la atmósfera y subían como alegres vaporcillos a incorporarse a las nubes plácidas que cruzaban el cielo.

—¡"Clavel"!... ¡"Jazmín"! —azuzaba Julio.

Al terminar el primer surco, los sabios animalitos de larga cornamenta se detuvieron para realizar, con pausada precisión, la maniobra de retorno. No tuvimos más que cambiar de sitio la reja de "vuelta y vuelta", para comenzar el nuevo surco.

Después de comprobar que los bueyes eran realmente inofensivos, Augusto se acercó a nosotros, y declaró sentenciosamente:

—¡Parece que esta vez la hemos acertado!...

Confieso que en ese instante la importancia que concedíamos a nuestro abad disminuyó mucho.

Es que se hallaba fuera del medio intelectual. Sólo allí se movía con la aparatosa desenvoltura de un pontífice. Caminó algunos minutos junto a nosotros, tropezó en una piedra. Su cuidada indumentaria se descompuso. Estornudó. Extrajo del bolsillo un pañuelo y se sonó con estrépito. Sin duda, él mismo sentíase en situación desmedrada y discurría interiormente en qué forma podría recuperar su aplomo.

Aves silvestres comenzaron a congregarse sobre la parda tierra esponjosa. Acudían de todas partes, chillando y piando, como si campanitas imperceptibles las llamasen a una fiesta. Dos gorriones traviosos se disputaban una lombriz. Los tiu-

ques aleteaban sobre nosotros o se abalanzaban sobre carnosos gusanos blancos.

—¡"Jazmín"! —cantaba la voz de Julio.

Deseando Augusto cooperar en la sagrada tarea del cultivo, y no hallando otra manera de hacerlo, extrajo del bolsillo una pequeña Biblia. Sin dejar de caminar a nuestra vera, hojeó las páginas del libro santo y nos advirtió:

—Ved qué hermoso es esto...

Y empezó la lectura en voz alta, con su hermoso timbre de voz, sonoro y musical:

—*Oíd: he aquí el sembrador que salió a sembrar.*

"Y sembrando, parte de la simiente cayó al camino; y vieron las aves y la comieron.

"Y parte cayó en pedregales, donde no tenía mucha tierra; y nació luego, porque no tenía profundidad de tierra:

"Mas en saliendo el sol, se quemó; y secóse, porque no tenía raíz.

"Y parte cayó en espinas; y las espinas crecieron, y la abogaron.

"Y parte cayó en buena tierra.

—¡"Jazmín"!... ¡"Clavel"! —gritaba Julio.

—¡Hombre, te vas torciendo a la derecha! —advertía yo. Mientras tanto, Augusto, trastabillando sobre los terrores, continuaba su lectura:

—... *Y dió fruto, subió y creció; y cual llegó uno a dar treinta, y otro sesenta, y otro ciento...* (Mateo-13).

Los pájaros formaban algarabía en el aire, como respuesta bulliciosa a aquellas sentenciosas parábolas del Nazareno. Los bueyes parecían aprobar con movimientos pausados de cabeza, meditando con resignada filosofía.

Esa tarde quedó el trabajo a punto de terminar. Devolvimos los bueyes y aperos a su dueño y regresamos a casa agotados por el trabajo, pero con el ánimo rebosante de satisfacción. Nuestra vida adquiriría prestigio y solidez. Dejábamos de ser niños ilusos que salían a cosechar quiméricos rayos de luna; éramos ya hombres de acción. Comenzaba a realizarse nuestro programa.

La tarde, iluminada por el resplandor de un sol oculto detrás de las montañas, parecía emitir, junto con nosotros, un profundo suspiro de alivio.

Con razón Augusto, al llegar a casa, pudo exclamar, arrojando bastón, libros y sombrero, mientras secaba el sudor de su frente:

—¡Esta ha sido una ruda y bella jornada!...

TRAPOS SUCIOS

No fueron muchos, ni tan inmediatos, los beneficios obtenidos con la iniciación de trabajos agrícolas en el sitio cedido por Magallanes Moure. Antes bien, fué necesario incurrir en gastos y emprender obras que nos preocuparon durante algunos días. Hubo que comprar maderas para cercar "el fundo", como lo llamábamos humorísticamente. Decidimos que estos gastos se harían por nuestra cuenta a fin de compensar a nuestro amigo de los servicios prestados.

Cuando Julio y yo nos hallábamos atareados en cavar hoyos, plantar estacas y clavar tablas para levantar el cerco, se aproximó a nosotros el hombre que nos arrendara los bueyes.

—Buenos días, patroncitos...

—Buenos días, don Casimiro...

—¡Me gustan los "huainas", por lo alentaos!... Yo icía cuando los veía arando estos pelaeros: "¿Y no le irán a poner cerco a los sembraos? Porque por aquí hay un trajín de nunca acabar. Y como por la calle andan sueltos los perros, los chanchos y hasta las bestias mayores, no van a ver ni luces de lo que siembren"... ¿Y qué semillas piensan tirar sus mercés?

No supimos qué responder. En realidad, lo único que habíamos pensado era una cosa: sembrar. El fin práctico para nosotros tenía sólo importancia secundaria. Sembrar: he ahí todo. ¿Cereales? ¿Hortalizas? ¿Papas? Daba lo mismo.

—Bien podríamos ponerle trigo —respondió Julio, por decir algo.

Rió Casimiro bajo sus bigotes.

—¿Trigo?... ¿Pa cosechar en verde?... ¿Sus mercés tendrán cría de conejos, asiguro?... ¿O de gallinas?... ¡En este caso, más mejor sería que le pusieran avena!

Sólo al escuchar el tono en que fueron hechas las averiguaciones pensé en lo absurdo de sembrar trigo a fines de primavera, cuando los frutos estaban ya en pleno crecimiento y los cosechadores se aprestan a guardar su grano en bodega.

—No tome en serio las palabras de mi amigo —respondió a don Casimiro—. Es muy bromista. Creo que sembraremos hortalizas...

—¡En fin, eso! —exclamó don Casimiro, mirándonos compasivamente—. Pueen sembrar zanorias, lechugas, rabanitos... La tierra es bien güena pa too... Pero, digo yo, ¡con estas calores!... Van a necesitar harta agua. Y aquí no llega la potable... ¿Han conseguido turno pa la acequia?

—¿Turno?

—¡Pus claro!... Hay que peírle turno al fuez de aguas...

Inclinamos la cabeza sobre nuestro trabajo para disimular la confusión. Tampoco habíamos pensado en eso. ¿De qué modo regaríamos las semillas sembradas? Don Casimiro, con su oportuna malicia, nos hacía comprender lo distante que se hallaba el sueño de ía realidad. Labrar la tierra. Vivir una vida sencilla, en comunión con la naturaleza, sin recurrir a los complicados manejos de la civilización. No utilizar la domesticidad de otros seres humanos en beneficio propio...

Ya tuvimos que confesar nuestra impotencia cuando procuramos confeccionar el pan en la propia casa. El horno de ladrillos que construyéramos en el patio bajo cobertizo, nos trajo sinsabores y ninguna utilidad. Nunca pudimos amasar un pan aceptable. O resultaba crudo por falta de calor, o se nos "arrebataba" y se convertía en carbón. El mejor de todos se endureció a tal punto que no pudimos hincarle el diente. ¡Buenas bromas se hicieron a nuestra costa! Cierta vez que invitáramos a Magallanes Moure, el poeta trajo un hachita de mano para partir el pan. Augusto decidió que los panecillos reemplazarían a unos pedruscos que nos servían para acuñar las ventanas. También se guardó una cantidad para defendernos de los vecinos importunos. Fuera de eso, sufrimos el ataque de perros y ratas. En varias ocasiones pene-

traron en el cajón de las provisiones y asaltaron la bolsa de harina. Decididamente, los industriales de la ciudad fabricaban pan mejor y más barato que nosotros, y el horno, tan orgullosamente construido, pasó a convertirse en superchería que se mostraba a los visitantes para realzar nuestra actividad tolstoyana.

Otro fracaso resultó el lavado de ropa. Hubo ocasiones en que el olor a jabón en las piezas ya lavadas y planchadas era tan fuerte, que Augusto no lo pudo resistir. Según él, olíamos a aceite de ballena. Le fué necesario cambiar la ropa puesta por otra sin uso, después de someterse a prolijo baño, previamente perfumado con agua de Colonia. Como nosotros, por espíritu de sacrificio, nos empeñáramos en continuar usándola, prohibió que nos acercásemos a él a menos de tres pasos. Alguien nos aconsejó que, durante el lavado, enjuagáramos varias veces la ropa en agua pura y la escobilláramos con fuerza. Tanta fuerza pusimos, que varias camisas quedaron reducidas a jirones. Pero todo parecía subsanable, menos el color barroso que fué tomando la ropa blanca. En balde la refregábamos, la apaleábamos, la escobillábamos. Aquel color se acentuaba de lavado en lavado. ¡Y la plancha! ¡Cuántas piezas se nos chamuscaron lamentablemente!

Después de una borrascosa sesión, en que se discutieron los asuntos de lavandería, quedó decidido que pediríamos la ayuda de alguna mujer que se encargara de aquella difícil tarea. Yo recordé el ofrecimiento de la vecina que tuvimos cuando estábamos recién llegados al pueblo y salí en su busca.

Hallé a doña Rosalía llorosa y acongojada. Sin embargo, entre lágrimas, tuvo el valor de demostrar su complacencia.

—¿Qué le pasa, vecina?

—¡Qué me va a pasar, señor, por Dios!... ¡Que a mi hombre lo metieron preso, y ahí está el pobrecito convertido en santo Cristo crucificado! Muerto de hambre, lleno de piojos, durmiendo en una cama de trapos sucios. Con los paños que le dieron estos pacos murientes, con perdón de su mercé, me lo dejaron apulmonao...

—¿Y por qué le pegaron?

—Por puro gusto, no más... Estaban varios amigos divirtiéndose en una cantina y se armó una trifulca. Puñetazos van y palos vienen; algunos quedaron tendidos en el suelo. Toos arrancaron y mi marío estaba entre ellos. Dicen que uno de los que cayeron apareció muerto y que le robaron la plata y un reloj de níquel, y tamién la ropa que llevaba puesta. Al día siguiente vinieron los pacos y se llevaron a mi marío...

—¡Qué mala suerte!

—Así es, señor, pura mala suerte... ¿Y a qué debo el gusto de verlo?

Le expliqué el objeto de mi visita.

—¡Claro! —me dijo—. Yo siempre me acordaba de los caballeritos. Varias veces estuve por ir a verlos, pero me daba vergüenza. La señora Hortensia siempre me preguntaba por ustedes... Por usted, mejor dicho. ¿Qué le dió su mercé a esa pobre niña que parece que le hubieran hecho "daño"?... Hasta ha llorado contándome sus penas. Dice que usted la encontró en la recova, que pasó al lado de ella, la miró, ¡y como si no la hubiera visto nunca!... Me pedía a cada rato que juera a verlo y que le llevara una carta. Yo no me atreví, de puro mieo que le tengo a su amigo... ¿cómo se llama? ¡El más largo de todos, pues!... ¡Es tan guapazo el caballero!

—Bueno, doña Rosalía, yo quisiera saber si...

—¡Claro que les lavo la ropa!... Continás que tengo necesidad de trabajar pa mantenerme y llevarle comía a mi marío. ¡Por precio no hemos de quear!... Mañana mismo voy a buscar la ropa.

Me despedí de doña Rosalía y me alejé preocupado.

"¡Aquella mujer! —me decía—. Se llamaba Hortensia. Era cierto que la encontré repetidas veces y evité saludarla. Pero... ¡No, no fué mi ánimo hacerle un desaire!... Es simpática... tiene bonitos dientes. ¿Por qué no la saludé?... Quizá porque sentía su atracción... Pudo ser miedo de complicar la vida... De extraviar la ruta. Tampoco era eso... Si en lugar de ella, hubiera sido la "Principessa"... En fin más tarde definiremos mi estado de conciencia!"

EMBAJADA ARTISTICA

Un grupo de amigos artistas anunció a Thomson que vendría a pasar en San Bernardo el primer día de fiesta. Los acompañaban Pablo Burchard y Rafael Valdés, quienes enviaron con anticipación sus equipajes, a fin de incorporarse a nuestra colonia.

Fué para nosotros motivo de alegres trajines y de nuevos proyectos. La pequeña casa se iba haciendo estrecha para recibir a los nuevos colonos. Augusto dispuso que en el cuarto más amplio se colocaran las camas de Ortiz de Zárate, Backhaus, Burchard, Valdés y la suya. Los cinco lechos, uno junto al otro, daban la impresión de abigarrado cuarto de hospital. Yo debí quedar aparte en el cuartito que servía de pasadizo. A todas luces, mi situación resultábame incómoda. Solitario, no podría intervenir en la tertulia literaria que, seguramente, organizarían mis compañeros, ni me sería posible estrechar una amistad muy anhelada por mí y poco apreciada por ellos. No me quedó otro remedio que resignarme tolstoyanamente.

Yo esperaba con temor la llegada de los nuevos colonos. Si resultaban como Augusto y Backhaus, brillantes intelectuales pero mediocres hombres de acción, el porvenir de la colonia se vería en peligro. Necesitábamos camaradas que compartieran el trabajo vulgar de la vida hogareña y la ruda labor de la lucha campesina. El arte debería ser complemento y coronación, no objetivo esencial.

En cuanto al resto de los visitantes, como no disponíamos de recursos para recibirlos en nuestra pequeña casa, resolvimos encargar un almuerzo en el modesto restaurante

de una quinta vecina. Allí tendríamos ambiente campesino, siempre grato para los que viven en la ciudad.

Cuando llegó la comparsa en el tren de la mañana, yo puse todos mis sentidos en acción para observar a los visitantes y comprenderlos. Manuel Magallanes se unió a nosotros en la recepción, y aún propuso llevarnos a todos a su casa; pero, a ruego nuestro, se decidió que agasajaríamos a los forasteros en el mencionado restaurante.

Entre los visitantes estaba Baldomero Lillo. La extraordinaria sonoridad de prensa que acogió su primera obra lo hacía aparecer, ante quien no lo conocía personalmente, como un tipo formidable: recio, severo, gallardo. Pero, en la realidad, no era joven ni muy apuesto; antes bien, tenía aspecto enfermizo con su flacura y sus pasos desmadrados e inseguros. Su sombrero hongo y el traje negro no le daban apariencia de artista, sino de sencillo burgués, abatido por los contratiempos. Podría calcularse unos cuarenta y cinco años. Probablemente en los primeros momentos no aparecía acogedor; sin embargo, sus ojos oscuros brillaban con intermitente chispa acariciadora y bondadosa.

Caminaba a su lado Luis Ross, verdadera antítesis de Baldomero. Era éste, física y moralmente, una figura romántica. Enjuto de carnes, esbelto, nervioso, ágil. Los negros ojos inquietos escrutaban como incansables proyectores de luz. Todos sus movimientos parecían impulsados por enorme vida interior. Su rasurado rostro pálido, de tez mate, conservaba la sombra azulosa de los hombres morenos de barba potente, y este rasgo imprimía viril carácter a su fisonomía.

Aquel día, Ross se había convertido en el inseparable acompañante del autor de "Sub-Terra". Es posible que se hallara aún bajo la impresión de una reciente lectura del admirable libro y no desperdiciaba oportunidad para demostrar su calurosa admiración. Y como las manifestaciones de Ross no podían ser sino integrales y revestidas de virginidad espiritual, procuraba que todos compartiéramos su entusiasmo. Suponía, acaso, que la figura apagada de Baldomero no despertaría la consideración a que tenía derecho su obra, y se propuso exaltarla, a pesar de la voluntad del beneficiado, quien, con la modestia del verdadero mérito, procuraba ocultarse y evadirse. Así, pues, apenas se detuvo el tren en la

estación y los pasajeros no concluían aún de bajar la escalerilla del vagón, Luis Ross, desde la plataforma, ante la extrañeza de los indiferentes que llenaban el andén, advirtió en sonora y alegre voz:

—¡Aquí viene!... ¡Baldomero Lillo!... ¡Autor de "Sub-Terra"!...

Baldomero inclinaba la cabeza y procuraba sonreír. Con gesto suyo característico, se daba con el dedo ligeros golpes en el extremo de la afilada nariz. Todos saludamos con aclamación a Baldomero y a los que lo acompañaban. Ahí estaba Valentín Brandau, con su rostro rubio de sol naciente; Pablo Burchard, vestido de blanco desde los zapatos hasta el sombrero, con su perfil de rabino joven y su recortada barba de ascua viva... Rafael Valdés, menudo, pulcro, de oscura barba moruna, caballeroso, sonriendo con sus dientes largos y sus grandes y desorbitados ojos de agua verde. Venían otros, aunque no puedo recordarlos con precisión por serme desconocidos en aquel momento, y que pudieron ser: Samuel Lillo, Carlos Mondaca, Víctor Domingo Silva.

Echamos a andar por las calles del pueblo en grupo compacto, charlando y riendo, como jóvenes que éramos, quizás más bulliciosos que de costumbre a causa de la novedad y alegría de la reunión. Yo marchaba en pos de ellos, y escuchaba ávidamente. Sentíame ufano de caminar junto a tantos hombres que admiré en las páginas de la prensa. Pero, al mismo tiempo, sentíame apocado al pensar que era yo un muchacho desconocido y sin merecimientos entre hombres de tan extraordinario valer. Procuraba, pues, hacerme invisible para evitar que me expulsaran del sagrado cenáculo, lo que me habría impedido continuar escuchándolos. Era tanto mi deslumbramiento, que si alguno de ellos me hubiera dirigido la palabra, no habría podido emitir la voz y mis pensamientos se habrían embrollado en forma ridícula.

Las calles del pueblo acogían a los visitantes con la sombra fresca de sus acacias y la caricia de sus perfumes florales. Las viejas mansiones y las tapias, rebosantes de árboles, asumían una actitud complaciente, como de personas sensatas que observaran el paso de un desfile exótico.

Delante marchaban Ross y Baldomero. No cesaba, el primero, de encomiar la obra del escritor y las excelencias

del amigo. Baldomero procuraba distraer la conversación hacia otros temas. Inclina la cabeza y sacudía con la mano una imaginaria mosca que se posara en la parte posterior de su cuello. Pero Ross parecía embriagado por el viaje y por su propia exaltación. Continuaba su tarea, implacable, satisfecho de tener oportunidad para exhibir los méritos de Baldomero, y, seguramente, pareciéndole poco numeroso el auditorio, se dirigía también a los desconocidos. Como viera a uno que caminaba en dirección contraria a nuestro grupo, lo detuvo para decirle:

—¿No conoce a Baldomero Lillo?... Aquí está... Es el autor de "Sub-Terra"...

El caballero supuso que se trataba de una broma, y, gentilmente, sin detenerse ni pronunciar palabra, sonrió y esbozó un saludo.

Esta vez Baldomero se dirigió a Ross con voz fastidiada:

—Bueno, Luis... ¡Basta de bromas!... Va a cansar a nuestros amigos...

Ross quedó suspenso un momento. Luego su rostro pálido enrojeció levemente. Por sus ojos pasó una sombra de tristeza, como de niño confundido ante inesperada reprimenda. En seguida se excusó en voz baja pero clara:

—Perdóneme, Baldomero... No se trata de una broma..., aunque pudo parecerlo... La verdad es que lo admiro sinceramente.

Baldomero respondió con risita cascada:

—¡Si no estoy enojado, Ross!... Sólo que...

Y como, probablemente, no encontrara las palabras adecuadas para expresarse, abrió los brazos y palmoteó con ellos la espalda del amigo. Nosotros, que con anterioridad habíamos coreado discretamente lo que creíamos salidas de buen humor de Luis Ross, esta vez sonreíamos con emoción. Augusto Thomson creyó oportuno terminar el incidente en cualquiera forma y nos dijo:

—Bueno, amigos... La comedia *é finita*. Aplausos para los actores. Y ahora entremos a celebrar el éxito de Luis Ross y de nuestro Baldomero Lillo con una sabrosa cazuela en la quinta "Las Azucenas".

EL MISTERIO EN EL ARTE

En el ángulo de una ancha galería con vista al jardín, se había dispuesto una mesa adornada con flores. Desde allí, mientras charlábamos, la vista descansaba en la claridad verde tamizada por las hojas de un viejo parrón. Luis Ross, ya olvidado del incidente, manifestó su júbilo con esa espontaneidad de niño que lo caracterizaba en momentos de complacencia:

—¡Qué lindo!... ¡Se siente la impresión de estar en el fondo de un acuario!... ¡Y aquella tinaja de greda rojiza!

Bajo el prestigio antiguo de la casa de adobones, la tosca vajilla de loza y las copas de vidrio indígena, el blanco mantel y los ingenuos grabados de litografía daban la sensación de un remoto hogar campesino suspendido en la época colonial.

Alguien hizo mención del último cuento de Thomson aparecido en "Zig-Zag". Se refería, seguramente, a "Coilipo", "Alma" o "Mamá Dotea". Todos los presentes estuvieron de acuerdo en que eran pequeñas obras maestras, de alada naturalidad, con sabor a terruño distinguido y sabroso. Augusto, con tacto de anfitrión diplomático, llevó la charla hacia otros temas. Puso de relieve la fuerza dramática de las narraciones mineras de Baldomero y el aliento humano de sus personajes. Yo sabía que Augusto no estaba de acuerdo con el estilo del autor de "Sub-Terra". Consideraba que su ex-

presión artística era rudimentaria y con excesivo apego a la gramática y composición *oficinescas*; pero supo eludir el escollo alabando únicamente lo esencial de su literatura. Hasta recordó de memoria extensos párrafos de "Sub-Terra".

Luego rodó la conversación sobre novedades literarias. Se habló del misterio en el arte y de la subjetividad especial de ciertos autores nuevos. Desfilaron sobre el mantel, y por encima de las viandas succulentas, las sombras admiradas de Edgar Poe, Mallarmé, Verlaine, Ibsen, Maeterlinck. De este examen de valores literarios, no resultaban muy bien parados los españoles y algunos franceses contemporáneos. Con fastidio escuché palabras desdeñosas para Galdós, Pereda y la Pardo Bazán, ídolos de mi etapa estudiantil. Como yo esbozara con voz apagada una defensa de mis autores, recibí una mirada de soslayo de Backhaus, tan olímpica y llena de asombro, que no pude continuar, aunque mi corazón palpitate de exaltación. Hubiera deseado hablar de la claridad expresiva de nuestra raza y de la obligación de que fuéramos consecuentes con ella. Recordaba las críticas implacables de Tolstoy para el arte oscuro y de sugerencias ambiguas. Tolstoy no perdonaba siquiera a Verlaine, ni a Ibsen, ni a otras celebridades de última moda exaltadas por la crítica mundial. Condenaba a Shakespeare por ampuloso y amanerado, se burlaba cruelmente de Wagner, y apenas se dignaba aceptar una parte de la obra de Beethoven... ¿Entonces se hallaba equivocado el maestro de Yasnaia Poliana? Yo creía ver en el entusiasmo de los comensales, al elogiar la obra que Tolstoy reprobaba, algo así como una velada traición a los ideales del maestro...

León Nicolaievich manifestaba que el arte no debe ser patrimonio exclusivo de ciertas clases privilegiadas por la fortuna, la educación y el refinamiento creado por una vida ociosa.

Seguramente Luis Ross compartía el modo de pensar de Tolstoy y quizás lo conocía más profundamente que los allí reunidos, porque intervino en la conversación y precisó sus ideas sin eufemismos.

—El misterio en el arte es una faz interesante del problema —expresó, después de escuchar a Thomson en silencio—. Pero el misterio no implica oscuridad. La esencia mis-

ma de la vida es misteriosa y los seres simples sienten el misterio probablemente con mayor intensidad que los hombres refinados. El artista debe transmitir claramente ese sentimiento. ¿Por qué ha de expresarse el escritor en términos oscuros y poco accesibles al común de los mortales?

Yo hubiera deseado reforzar las palabras de Ross, pero, obligado por incurable timidez, tan en desacuerdo con mi físico abundante, me limité a seguir escuchando.

Thomson y Backhaus opinaban que la escuela moderna hacía bien al recurrir a sutilezas de expresión poco accesibles al vulgo. Baldomero callaba y parecía ensimismado en su meditación. Valdés, Ortiz de Zárate y Magallanes Moure se inclinaban en favor de Thomson. Para precisar mejor su pensamiento, pidieron a Magallanes que recitara versos de Maeterlinck citados por Tolstoy, muy en boga entre los aficionados de esa época. Magallanes lo hizo en el idioma original.

*Quand il est sorti
(J'entendis la porte)*

Quand il est sorti

Elle avait souri

Mais quand il entra

(J'entendis la lampe)

Mais quand il entra

Un autre était là...

Et je vis la mort

(J'entendis son âme)

Et j'ai vu la mort

Qui l'attend encore.

.....

El poemita es largo. Y si estas primeras estrofas dejan sin respuesta las interrogaciones de Tolstoy: ¿quién "salió"?, ¿quién "entró"?, ¿quién "habla"?, ¿quién "ha sonreído"?, las últimas complican más aún la vaguedad y el misterio. Cuando leí estos versos, pasé varios días procurando interpretarlos y al fin creí dar con la clave; sin embargo, un amigo obtuvo una solución diferente.

—¿Qué dicen ustedes después de escuchar estos versos?
—exclamó Thomson, paseando una mirada en torno.

Todos estuvieron de acuerdo en que allí se encerraba una delicada hermosura y que transmitía el misterio en forma inefable. Pero...

—Sí —expresó Ross—. Estoy de acuerdo que en estos últimos versos hay belleza y que por ellos pasa un soplo de otro mundo. Pero también confieso que la manera de expresarlo se presta para ambigüedades, y que es necesario un esfuerzo imaginativo para comprender el pensamiento del poeta. Esto en cuanto a nosotros... ¿Qué entenderá un alma sencilla que escuche este poema?

—¡Pero...!, no ha sido escrito para almas sencillas! —exclamó Magallanes.

—Bien —dijo Ross—. Yo comprendo que Tolstoy, al criticar con dureza esta clase de obras artísticas, piensa que el arte debe buscar recursos que estén al alcance del mayor número, y no de intelectuales escogidos. Las personas que se llaman así misma refinadas han llegado a ese estado a fuerza de buscar modos de expresión convencionales... ¿Por qué no buscar una convención expresiva más sencilla, más universal, que alcance también hasta el corazón de las clases iletradas?... Comprendo que resulta más fácil buscar nuevas convenciones de lenguaje, como si el convencionalismo del idioma vulgar no fuera ya demasiado. ¿Qué cosa no se expresa en el Poema del Cid? Y todo es obra de cantores y juglares de extracción plebeya y en un idioma que apenas comenzaba a formarse... ¡Pero, señores! Para qué citar poemas antiguos, cuando aquí tenemos a Baldomero Lillo, a Augusto Thomson, a Magallanes Moure. ¿Cuál de ellos necesita recurrir a extrañas o extravagantes formas para comunicarnos sus más delicados o más fuertes sentimientos?

Un murmullo de aprobación coronó estas palabras de Ross. No sé si todos se hallaban tan convencidos como yo; pero, seguramente, habían sido arrastrados por la vehemencia y sinceridad de su tono. Por mi parte, hubiera deseado premiar su argumentación con un abrazo. ¡Qué excelente tolstoyano habría sido Ross!

Pero la cazuela de ave y el asado de cordero nos atraían con su poderoso embrujo criollo, y la charla, vaporizada por un chacolí que olía a cepas verdes, se hizo chispeante y

superficial. Menudearon los chistes ingeniosos y hasta salió por allí algún chascarro zandunguero.

Preocupado por las actitudes de Ross, aproveché la primera oportunidad para interrogar a Rafael Valdés, que se hallaba a mi lado.

—¿Quién es Ross? . . . ¿Lo conoce usted de cerca? . . . Me dicen que fué expulsado de la Marina por haber sublevado la tropa de su barco . . .

—No —me respondió Valdés en tono confidencial—. En eso hay un poco de fábula. Yo también fuí alumno de la Escuela Naval. No fuí propiamente condiscípulo de Ross, porque él estaba en cursos superiores, pero todos lo admirábamos. Era considerado por alumnos y profesores como un fenómeno . . . Con decirle que obtuvo el mayor número de premios desde que la escuela existe. Nadie ha podido superarlo . . . Sí, no cabe duda, es un caso excepcional de inteligencia, de hidalguía, de corrección . . . Voy a contarle cuál fué la verdadera causa de su retiro de la Marina. Cuando hizo su viaje de instrucción en la "Baquedano", en un puerto del norte bajó a tierra en compañía de varios oficiales . . . Fué entonces cuando ocurrió un incidente penoso. Un oficial interrogó a uno de los grumetes. ¿Qué pasó? Seguramente la respuesta no fué del agrado del oficial. Quizá fué demasiado seca y no se ajustó al formulismo de la gente de a bordo. Pero es el caso que el superior castigó instantáneamente al subordinado con una expresión insultante y luego le dió un revés que le ensangrentó la cara. ¿Absurdo y brutal? Seguramente, pero estas cosas suelen ocurrir. Al regresar a la nave, no conforme el oficial con el castigo impuesto, acusó al marinero de indisciplina. Se formó sumario y el pobre diablo fué condenado a recibir veinticinco azotes . . . El día de la ejecución de la pena, como es de rigor, se reunió en cubierta el personal completo del barco. Todos acudieron, menos Ross. El capitán envió a buscarlo con un oficial amigo. Respondió que no asistiría al acto por considerar el castigo injusto e infamante. Según él, quien merecía el castigo era el oficial acusador y no el marinero. Fueron otros oficiales al camarote de Ross a rogarle que cediera, recordándole las consecuencias que podría tener su negativa. Por último acu-

dió el capitán en persona, que también era muy amigo suyo. La respuesta de Ross fué invariable.

"Este es el motivo por el cual Luis Ross fué echado al calabozo y luego procesado. Al llegar a la isla de Pascua, se le hizo descender a tierra, con orden de que se le devolviese a Valparaíso. Ross aprovechó la estadía en Pascua para estudiar el idioma indígena. Meses más tarde, un barquito que pasó por la isla lo condujo al continente. Para terminar, le diré que el tribunal decidió separarlo de la Armada como perturbado mental. . . Era la única forma de salvarlo de pena mayor, de la muerte quizá. . . , según los reglamentos del anticuado Código Militar para casos de insubordinación.

Escuché el relato de Valdés con profunda atención.

—¡Qué carácter! —dije, emocionado.

—¡Así es!

—¿Y a qué se dedica en la actualidad?

—Con sus estudios de la Escuela Naval, le fué fácil dar exámenes para obtener el título de ingeniero civil. Actualmente es secretario de "El Diario Ilustrado". . .

En ese momento los comensales se levantaban de la mesa, formando coro de carcajadas alrededor de Baldomero Lillo, quien —¿podría creerse?— les había contado una serie de historietas chistosas.

Yo me dirigí hacia Luis Ross, y, sin decir palabra, estreché fuertemente su mano. El me miró con extrañeza. Pero, desde ese instante, fuí su admirador y amigo invariable.

CORDILLERA SAGRADA

Después de la sobremesa alegre, nos dirigimos a nuestro hogar tolstoyano. Había curiosidad entre los visitantes por conocer el desarrollo de nuestras actividades, sistema de vida, la intimidad menuda de la existencia cotidiana. Entre veras y bromas, comentábamos cada una de las incidencias de la aventura tolstoyana. Cuando llegó el turno de contar el modo cómo nos instalamos en la casita que Magallanes nos cediera para vivir, Augusto describió, con sombrías tintas, el estado calamitoso en que nos fué entregada. De común acuerdo, se decidió que presentaríamos una solicitud a la ilustre corporación edilicia de San Bernardo, de la cual el poeta era alcalde, pidiendo que se demolieran las viviendas de su propiedad, por insalubres, antiestéticas y atentatorias a la moral pública. Se dió encargo a Baldomero Lillo para que redactara el documento y describiera, más tarde, en un libro, con realista pluma vindicatoria, los horrores que debían sobrellevar los inquilinos del poeta. La nueva obra fué bautizada de antemano por Augusto con el nombre de "Sub-Sole". Años más tarde, Baldomero aprovechó el título para uno de sus libros.

El primero en celebrar estas ocurrencias fué el propio Magallanes. Con una mano en el bolsillo, sosteniendo en la otra su inseparable cigarrillo, reía sosegadamente, con leve temblor de sus barbas nazarenas. Como única respuesta, exclamó:

—De malagradecidos está empedrado el infierno... Pido que Augusto recite la fábula del campesino que desentumeció

en su pecho una víbora helada... Por mi parte, presentaré querrela criminal por el diente que perdí comiendo el pan de los tolstoyanos.

Mientras tanto, Luis Ross reportaba a Julio en un ángulo del patio, asaeteándolo con sus ojos inquisitivos:

—¿Y ustedes mismos extrajeron las inmundicias?... ¿Y fabricaron el pan personalmente?... ¿Y cultivaron la tierra?

Después de escuchar la respuesta, se restregaba las manos y repetía:

—¡Qué bien!... ¡Qué bien!... ¡Soberbio!

Un grupo de visitantes se detuvo ante los apuntes y cuadros de Backhaus, que ya comenzaban a desbordar desde el interior del cuarto a las paredes de la mediagua. Por primera vez noté que Pablo Burchard vibraba de entusiasmo. Miraba las telas a distancia; las observaba, en seguida, de cerca, con los ojos entrecerrados; emitía ligeras exclamaciones que hubieran podido tomarse por síntomas de satisfacción, o dejaba escapar extraños y leves bufidos, que es posible significaran un reproche para el autor de los cuadros.

—Miren, miren —observaba Valdés, riéndose bondadosamente ante la mímica silenciosa de Burchard—. Ya está el nibelungo haciéndose pasar por civilizado. ¡Habla, hombre!... Explícanos si te gustan o no los apuntes de Backhaus... Ya sabemos que Dios se olvidó de dotarte de la sagrada chispa del pensamiento; pero no podrá negarse que eres pintor y artista hasta los tuétanos...

Burchard, en realidad, era eso: un pintor. Nada le interesaba ni procuraba comprender, sino la pintura, propia y ajena, el color, la forma, el dibujo. Cuando quería hablar de algo que no fuera el arte de su especialidad, se quedaba a la puerta de todos los temas. Olvidaba los asuntos de mayor importancia y aun aquéllos de extraordinario interés para el éxito de su vida. Fué así como quedó, durante sus mejores años, al margen de los vicios, odios y amores, aislado en una especie de virginidad física y espiritual, candoroso y egoísta como un niño, solitario como un árbol disgregado del bosque.

Desde el primer momento comprendí que Pablo no era ni sería buen tolstoyano. En cambio, aprovecharía su perma-

nencia entre nosotros para intensificar su eterno y exclusivo aprendizaje artístico. Rafael Valdés, mucho más joven, lo miraba con el espíritu protector de padre a hijo; se regocijaba con su amistad ingenua y refrescante.

Valdés era otra cosa. Sensible, refinado por naturaleza, acaso por herencia. Quiero decir que Valdés, posiblemente, pertenecía a una familia de estirpe rancia. Nunca se lo pregunté; pero su físico, sus costumbres y hasta su manera de pensar tenían puntos comunes con miembros de familias que llevaban su mismo apellido o con otras que pertenecían a un determinado grupo social. Es natural que estas personas posean cualidades y defectos comunes. Así como árboles provenientes de un mismo vástago y crecidos en la misma región, adquieren indiscutible semejanza y pueden determinarse por sus rasgos externos, del mismo modo también podía apreciarse, aproximadamente, la calidad de espíritu de Rafael Valdés. Yo había tenido ocasión de conocer de cerca, en mi infancia, a los Valdés Cuevas, a los Valdés Freire y otros, casi todos de rasgos parecidos: ojos clarísimos, de iris verde pálido, como cilíndricas gemas engastadas en cuenca generosamente abierta hacia el exterior; rostro de óvalo alargado. Pero, además, esas personas poseían bondad, sencillez de maneras, candor de alma, alegría y afectuosidad en el trato.

Es probable que tales antecedentes influyeran en mí para sentir especial aprecio por Rafael. Comprendí que el nuevo compañero aportaría a la colonia un espíritu recto, sincero, aunque no muy eficiente en la vida material. Su exceso de ductilidad social y su refinamiento de costumbres lo inutilizarían para la ruda labor que nos proponíamos realizar.

Esa tarde tomamos once en casa. Como me hallaba de turno en la cocina, puse a prueba mis conocimientos y preparé el té según las prescripciones rituales enviadas por la abuelita de Thomson. Obtuve éxito clamoroso, quizá por benevolencia de los invitados, o porque, en realidad, había conseguido asimilar los sabios consejos de la ancianita.

Augusto no quedó tranquilo hasta que pudo asombrar a los visitantes con nuestros tesoros y con los del pueblo de San Bernardo. Fuimos, pues, a visitar el "fundo". Grandes exclamaciones de elogio. Habíamos mullido la tierra de la proyectada siembra, a pala, rastra y azadón. En parte tenía-

mos terminados los camellones para los almácigos. Lo que callamos, y que constituía amarga fuente de cavilaciones para Julio y para mí, es que no había sido posible conseguir agua de regadío, pese a las gestiones que hicimos para doblegar la voluntad de las autoridades y de los propietarios de canales. Si no lográbamos conseguirla, la siembra quedaría paralizada.

Terminamos el resto de tarde, hasta la hora de llegada del tren que habría de conducir a nuestros amigos a Santiago, visitando los alrededores, especialmente la "colina sagrada", como la llamara Augusto. En verdad era admirable el panorama que se dominaba desde allí. Levantábanse al fondo, en toda su grandeza, los cerros de Chena, y la cordillera de los Andes, vivificada en amplia sonrisa por los últimos resplandores solares. Veíanse, también, la negra cordillera de la costa y el extenso valle de Santiago con sus cerros y montículos formando un océano de grandes olas petrificadas. Allí acostumbraba Augusto desarrollar una especie de rito pagano. Se quitaba el sombrero y despedía los últimos rayos con solemnes frases y posturas de veneración pagana. Otras veces declamaba poesías de algún maestro contemporáneo. Su voz adquiría entonaciones magníficas, severas y armoniosas. Nosotros, esta vez, como otras muchas, lo escuchamos en silencio y cambiamos en voz baja impresiones sobre la belleza del paisaje, sobrecogidos de respeto y admiración ante la silueta del artista-pontífice engrandecido por el silencio, la majestad de las sombras y los tenues resplandores de la hora.

—¡Oh sol! . . . ¡Bajo tus caricias maduran las mieses y los sueños! ¡Desde lo alto de la montaña, envíanos tu bendición, señor de la tierra y de los mares!

Ante el mágico conjuro panteísta, nuestra alma postrábase y esperaba a cabeza descubierta la hostia ofrecida por nuestro sacerdote de belleza.

CONDENADO A SOLEDAD

Valdés resultó ser un compañero agradable. Poseía espontánea alegría, discreta e inteligente, que se desgranaba en bromas saturadas de jovialidad. El objeto de ellas continuaba siendo Burchard, quizá por ser su amigo de mayor confianza. Pero bajo la sonrisa superficial era fácil descubrir el gesto humano y consciente, dispuesto a prodigarse en generosa actividad. Desde el primer momento pidió que se le diera lugar en nuestras ocupaciones domésticas, y, a la mañana siguiente a su llegada, tomó la escoba y cooperó a la limpieza. Tampoco tuvo escrúpulos en tomar la bolsa de las provisiones y salir de compras, en mi compañía, a la recova y a los almacenes.

Sin embargo, no me satisfacía el giro que iba tomando la colonia. Todos gravitaban alrededor de la dominante personalidad de Thomson, y como Augusto era artista antes que nada, todas las actividades fueron dirigidas hacia el arte y no al cumplimiento de nuestro programa social y religioso. Desde la mañana a la noche, no se hablaba más que de cuadros, de novelas, de música, de filosofía. El mismo Julio Ortiz de Zárate, que siempre me acompañó en los proyectos de vida tolstoyana, sentíase arrastrado por la corriente. Yo también amaba el arte. Más de una vez en mi vida de estudiante me propuse cultivar mis aficiones literarias y realicé ensayos que encontraron eco estimulante en mis condiscípulos y profesores. Pero antes que el arte están la vida, las convicciones morales y religiosas que nos dan la forma y el sentido de la

existencia. Aun más, debe ser pospuesto el arte al amor de la pareja humana, esencia del hogar y de la perpetuación de la especie. Cada vez que pretendí defender estas ideas, encontré en mis compañeros un silencio evasivo, cuando no indiferente u hostil. Se me dejaba de lado. Se formaba el vacío a mi alrededor.

Comenzó a crecer la rebeldía en mi espíritu. ¡Cómo! ¿Habíamos abandonado los estudios, junto con la esperanza de obtener una carrera profesional, solamente para venir a discutir vagas teorías artísticas y a lucir fáciles actitudes apostólicas? El arte se puede ejercer en cualquier lugar: en la agitación mundana o al margen de una vida de trabajo. Si habíamos abandonado aspiraciones anteriores, fué sólo para sustituirlas por otras más grandes y sagradas, cuya realización requería consagración preferente.

Al manifestar mis opiniones, Augusto no ocultó su desagrado. Sólo Julio me apoyó débilmente. Los demás callaron o echaron mis palabras a broma.

—No hay que enojarse —expresó Backhaus—. La belleza constituye también una religión... Nuestro amigo es descendiente de españoles, y eso lo explica todo. En España, todos son toreros o frailes...

Una carcajada general dió aprobación a este pretendido axioma.

—¡Y también hay en España artistas, sabios y hombres de acción! —repliqué con vehemencia—. ¿No fué artista Cervantes? ¿No es la pintura española digna de competir con la de otros países? Goya, Murillo, Velázquez, ¿no fueron españoles?

—¡Esa cabeza! —me dijo Backhaus entre veras y bromas, tomando mi frente entre sus manos—. Si sólo su forma lo está indicando: ¡español... y testarudo!

—Lo mismo podría decir de ti, Backhaus... ¡Eres teutón puro!

Este fué el primer paso de una etapa nueva para mí. Poco a poco fuí perdiendo la timidez. Comencé a expresar teorías, a formular críticas, a citar autores. Mi fuerte era Tolstoy. Si no lo conocía a fondo, por lo menos había leído

y meditado, más que todos ellos, la profusa obra del atormentado apóstol de Yasnaia Poliana.

Estas discusiones, que a veces terminaban en forma desapacible, provocaron una marcada separación entre los colonos. Thomson comenzó a mirarme con prevención, quizá con fastidio, y los demás lo siguieron.

Nuestro proyecto de cultivar la tierra pudo considerarse fracasado. Imposible obtener agua de riego. El juez decidió que no podía concederla hasta el próximo año, época en que se disponía el reparto general. Un vecino que prometió cedernos parte de sus derechos, mediante el pago de cierta cantidad, cumplió lo ofrecido dos o tres veces; luego, con el pretexto de que la sequía reinante aumentaba la necesidad de sus riegos, no continuó cumpliendo lo prometido.

Profunda amargura comenzó a apoderarse de mi ánimo. Hasta Julio, tan animoso, parecía vacilar. Habíamos sembrado almácigos y dispuesto planteles con matitas compradas en una quinta. Cuando cesó el riego, las plantas se marchitaron bajo el fuerte sol de verano. Al cabo de algunos días, tuvimos la pesadumbre de verlas convertidas en pequeñas hojas achicharradas que se confundían con el color de la tierra...

Los pintores pasaban la mayor parte del tiempo en el campo. Sólo llegaban a casa a la hora de almuerzo, comían apresuradamente y partían de nuevo a sus interminables excursiones. Cuando Valdés no estaba de turno en la cocina, marchábase también con ellos. Augusto escribía desde temprano y no interrumpía su trabajo hasta la hora de once. Después del té, partía a reunirse con los excursionistas o nos convidaba a Julio y a mí a vagabundear por los caminos de la región. Generalmente nos sentábamos a la sombra de un árbol frondoso, junto a un estero, y Augusto leía, en voz alta, algún libro interesante. En un principio, estas lecturas me proporcionaron delicado goce. Augusto sabía darles tanta vida, que los pensamientos adquirían extraordinario relieve y la comprensión resultaba fácil, amena. Pero, desde que comencé a rebelarme contra las costumbres implantadas en nuestra colonia y a criticar el abandono de los ideales que nos habíamos propuesto, Augusto no perdía ocasión para demostrarme su fastidio. Leía exclusivamente para Julio, como

si yo no me hallase presente; los comentarios eran sólo para él; apenas se dignaba dirigirme la palabra. Como este procedimiento se repitiera, comprendí que había caído en desgracia ante nuestro abad, y en adelante evité acompañarlo. Me quedaba en casa, leyendo, o salía a excursionar por mi cuenta.

EN BUSCA DE REGAZO

—¿Seis docenas y media?

—Justo. Seis docenas y media...

—Veamos el detalle. Camisas, cuatro; toallas, tres; puños, cuellos, sábanas...

Yo leía e iba comprobando en la ropa limpia, que se hallaba esparcida y clasificada sobre una de las camas, con la libreta en una mano y lápiz en la otra. Doña Rosalía escuchaba con atención y me ayudaba a separar las piezas.

—Bien, la cuenta está exacta —le dije—. Y aquí tenemos también la toalla que no vino en el otro lavado. Conforme. Con éste, completa el mes... Y como ahora somos seis, le debo, entonces, dieciocho pesos... Las buenas cuentas hacen los buenos amigos.

—Cierto, señor. Pero yo quería pedirle que me aumentara el sueldo... La vía está recara...

—¡Doña Rosalía, por Dios!... ¡En Santiago yo tenía una lavandera que me lavaba por dos pesos cincuenta al mes!

—No le digo que no, pero... el material está por las nubes. Y, además, los caballeros exigen hartoo..., sobre tooo en las camisas y en los cuellos. Y ahora que estoy sola...

—Está bien, doña Rosalía. Lo consultaré con mis compañeros. Creo que no habrá inconveniente... ¿Así es que su marido...?

—Sigue preso... Le va a salir por cinco años, dicen... Ahora lo quieren llevar p'al presidio de Santiago. Lé echan la culpa, al pobrecito, de... ¡de lo que no ha hecho!...

Doña Rosalía, al llegar a este punto, no puede contenerse por más tiempo. Llora. Llora con la espontaneidad de un niño a quien se castiga. Ella no sabe componer el rostro como las señoras educadas. Llora con su corazón, con toda su carne. Ya no recuerda las palizas que recibiría con regularidad inalterable de su verdugo inconsciente. Ha perdonado sus infidelidades y borracheras. Sólo sabe que era su hombre, su compañero de miseria. En la imaginación agranda una que otra caricia tirada al desgaire por el tunante del marido. Y lo añora... Doña Rosalía me da un ejemplo de conformidad cristiana, de lealtad y abnegación. Nosotros, no. Somos rebeldes...

—No se aflija, vecina —le digo con dulzura—. Al final todo va a salir bien y le devolverán a su marido, bien ordenadito...

—¡Esos perros! —exclama—. ¡Habría que ordenarlos a ellos!...

Mientras charlamos, ella de pie en medio de la habitación, yo sentado en una caja, me rebulle en la mente una idea extraña. En otras ocasiones doña Rosalía me daba noticias, sin que se las pidiera, de la joven señora viuda que la visitara con frecuencia cuando éramos vecinos. Me traía recados, insinuaciones... Procuraba, por todos los medios, acercarme a ella y conseguir un entendimiento entre nosotros. Siempre me molestó la intervención de doña Rosalía y sentía un poco de desprecio por el ingenuo y quizá desinteresado celestinaje de la buena mujer. Y ahora, ¡cosa extraña!, ahora que ella no me habla de la joven viuda, siento como si doña Rosalía me defraudase. Deseo con vehemencia que la recuerde.

Están abiertas las ventanas del cuarto que dan a la calle solitaria. Bocanadas de perfumes agrestes, cálidos, traen el mensaje melancólico de una jornada que declina. Voces lejanas de niños forman música de cristal. Mis compañeros están más allá de esas voces y acaso se agitan en laboriosa búsqueda de belleza. Se consultan, cambian impresiones, agrúpanse en amistosa charla. Una charla en la que no puedo tomar parte. Calla el vocerío de niños y pienso en cristales rotos. ¿Por qué me invade una sensación de cansancio, de soledad, y siento fuerte impulso de extender los brazos en

solicitud de un regazo cobijante? Sin mayores preámbulos, enrojeciendo hasta las orejas, pregunto a doña Rosalía:

—¿Y Hortensia? ¿Qué es de ella?... Hace tiempo que no me habla de su amiga.

—¡Ay, señor! —me respondió con voz condolida—. Ha tenido desgracias... Un niño enfermo... Ahora está como apensioná... A veces llora sin asunto... Y se lo pasa metía en la iglesia... ¿Por qué no la va a ver?... Sería obra de caridad...

—Si supiera dónde vive...

—No hay dónde perderse. Al lao de l'iglesia está la casa del cura... La que sigue, una casita chica, es la d'ella. Pa más señas, hay en las ventanas unos figurines, porque la señora Hortensita le hace también a los trapos... Too el día está en su casa. Sólo en la noche tranca su puerta y entonces no le abre a naide... ¡Vaya al tiritito y con seguridá que la encuentra!

Dicho esto con viva inquietud, doña Rosalía toma en sus brazos el voluminoso saco de ropa, lo apoya en las caderas y se despide, no sin advertirme por última vez:

—¡Ande! ¡Vaya a verla! ¡No se arrepienta!...

Al quedar solo, me siento súbitamente poseído de extraordinaria excitación. El impulso que me domina es el de salir de carrera a casa de Hortensia, a pesar del sentimiento de vergüenza que me retiene. Con manos trémulas, me quito el traje de mezclilla que llevo en casa. En seguida, me lo vuelvo a poner, para quitármelo otra vez. Busco algo en la caja de mi ropa... ¿Qué?... Se me ha olvidado, mientras revuelvo todo con manos febriles. Me domina la impresión de que, si no me apresuro, me ocurrirá una desgracia. Salgo a la calle. Allí me doy cuenta de que no llevo sombrero. Regreso a casa para buscarlo y no lo encuentro en ninguna parte. Recorro los cuartos, dos, tres veces. Por fin lo veo colgado en la pared, junto a mi cama. Sin embargo, había pasado repetidamente por allí.

Una vez en la calle, me digo en voz alta:

"Es absurdo... ¡absurdo!"

Procuro moderar mis pasos. En ese momento, lentas campanadas caen desde la torre de la iglesia y llenan mi espíritu de ansiedad. ¿Llegaré a tiempo?... Pero ya estoy frente a

la casita que me ha indicado doña Rosalía. La puerta está cerrada. Golpeo nerviosamente.

“Es absurdo —repito con voz trémula—. Sí, es tan absurdo que ni siquiera sé por qué estoy aquí, ni qué le diré a la dueña de casa, ni me doy cuenta de si lo que me está ocurriendo es sueño o realidad.”

Pero se oyen pasos. La puerta se abre y aparece en el hueco Hortensia en persona.

—¡Ah!... ¡Usted! —exclama en voz baja.

—Yo, sí... Supe que pasaba por una época de... ¿Su niño sigue mal?... Quizá pueda yo servirle en algo... Yo... también sufro...

Ella escudriña mi rostro. Luego sonrío sin pronunciar palabra.

—¿La contraría mi presencia ?

—¡No, no!

Todo su ser está iluminado por suave irradiación interior.

—¡Entre!... ¡Pase! —me dice en voz baja y precipitada.

No es la Hortensia que vi alguna vez en casa de doña Rosalía. Ni la que me imaginaba al recordarla. Esta es una mujer en traje de casa, con el cabello partido en dos haces, atados en la nuca. No hay en su actitud provocación ni donosa desenvoltura femenina. Su gesto es, más bien, sumiso y cohibido, a pesar de la ávida y esperanzada luz que lo inunda.

—¡Entre!... ¡Pase, por favor! —repito con voz de súplica.

Toma mis dos manos y me atrae suavemente hacia el interior. En seguida, cierra la puerta a mi espalda.

LA SENSUALIDAD ENEMIGA

Según las teorías de Augusto, el artista debería permanecer célibe toda la vida. Aun más, no debería mantener contacto con el otro sexo. El matrimonio trae consigo deberes ineludibles que distraen al artista de sus lucubraciones mentales, empequeñece el espíritu, coloca al hombre en contacto con la vulgaridad mínima de la vida. Citaba a menudo Augusto el ditirambo de un escritor que fué gran amador y que perdió sus facultades mentales a temprana edad, como consecuencia de excesos venusinos: Maupassant. Decía el gran autor de "Bola de Sebo": "El matrimonio es un intercambio de malos humores en el día y de malos olores en la noche". Frase cruel, vulgar y grosera, que, posiblemente, no pronunció jamás el gran novelista; pero se la imputan con insistencia. Así se hace la historia. Repetía también Augusto una frase que se atribuye a Schopenhauer, muy conocida entre los maridos: "Si vas con mujer, no olvides el látigo".

Naturalmente, Augusto hacía excepciones, entre las que se encontraban su abuela Juana, su madre, su hermana Elena y algunas pocas más. Es posible que tuviera un concepto extremoso del ideal femenino, tan fino y elevado, que la mayoría de las mujeres, si no todas, quedaban por debajo de él. Así lo deja entender en su cuento "Luminarias", uno de los mejores que escribió en su vida. La misma o parecida idea desarrolla en "Los Sentimentales". Allí, el artista, que

se desahoga en una confidencia, exclama: "Ahí verá usted, yo tan refractario al matrimonio, yo que pienso que un artista debe ser libre como un pájaro, me habría casado en un entonces, ¡se lo juro!" Como que este cuento tiene su clave, lo mismo que la mayoría de las obras novelescas de los escritores. El artista sería él, Thomson, y ella, la hija del pintor Valenzuela Puelma, María Eugenia, si mal no recuerdo. Ideas parecidas se desarrollan en "El Ideal" y en varias otras de sus narraciones sentimentales.

Pero más que por fracasos amorosos, imagino que Augusto llegó a convertirse en despreocupado del amor, como consecuencia del decisivo influjo de su primo Manuel Thomson, conocido pintor de su tiempo. Manuel lo sobrepasaba en edad y alcanzó cierto prestigio artístico mucho antes de que Augusto naciera a la vida literaria. Este mismo Manuel fué quien influyó para que abandonara sus pretensiones a la vida teatral. Lo convenció de que su verdadera vocación era la de las letras, lo que, sin duda, era cierto. También le predicó con insistencia la idea de que el artista debe abandonar todo trato con mujer, a fin de conservar intactas las fuerzas intelectuales. El artista debía parecerse, en ese punto, a los monjes. Y de este modo se explica, en parte, su adhesión a las ideas de Tolstoy, quien, en la última parte de su vida, realizó verdadera cruzada contra la sensualidad y los placeres viciosos.

Yo discutí brevemente con Augusto sobre este punto. Tolstoy, según mi opinión, fué enemigo de la lujuria, pero no del amor. Desgraciadamente el maestro de Yasnaia Poliana poseyó un temperamento poderoso y sensual. Su contextura física de campesino era de potencia extraordinaria. En su juventud cometió excesos de toda clase. Se entregó al juego, mantuvo fuertes pasiones carnales hasta muy entrado en años con una sierva de sus posesiones. Su propia mujer confiesa en sus "Memorias", con un candor inefable, que su "Lev" o "Leo", "León", a la edad de sesenta y cinco años hizo, en cierta ocasión, una jornada de a caballo de más de cien verstas, y al llegar de vuelta a casa, muy entrada la noche, comió y ejecutó música. Aún le sobraron fuerzas para requerir virilmente a su apasionada mujercita...

¡Terrible conflicto para el tremendo detractor de las pa-

iones sensuales! De este modo lo vemos escribir su "Padre Sergio", una de sus obras póstumas, protagonizado por aquel asceta que tiene gran parecido con él mismo, y que lucha denodadamente contra el orgullo enraizado en su organismo de viejo noble atrabiliario, y, por fin, en un momento en que se halla a punto de sucumbir ante los atractivos femeninos de una de sus neófitas, ¡se mutila cruelmente en presencia de la joven seductora!

Tolstoy no proscribe el matrimonio, ni la amistad de hombre y mujer. Solamente procura combatir el sensualismo y el placer vicioso. En su vida artística tuvo a su mujer por colaboradora. La joven condesa, recién casada, copió siete veces aquella extensa obra llamada "Ana Karenina" y otro tanto hizo con "La Guerra y la Paz", a fin de que su marido borrarera sus interminables correcciones. Aunque un poco celosa, y acaso con sistema nervioso algo desequilibrado, fué, sin embargo, delicada compañera y confidente de los proyectos artísticos de su marido. Si en los últimos años de su vida hubo disensiones en el matrimonio, fué por causas ajenas al amor o, quizás, por consecuencias de otra clase de amor, concentrado en los hijos y en sus intereses.

Y ese hombre, marido octogenario, fué gran artista, inimitable artista, que, en sus últimos años, escribió "Resurrección", "Hadji Mourad", "La Muerte de Iván Ilich" y otras novelas de mérito indiscutible.

No lograba yo, por supuesto, convencer a Augusto, pero cada uno de mis argumentos estaba organizado en defensa de mis propias dudas y cavilaciones. Yo había sucumbido débilmente ante las seducciones del amor. ¿Del amor? Ni siquiera eso. Fuí dominado por un movimiento de egoísta defensa contra la tortura de la soledad y el desamparo. ¿Hasta qué punto me impulsaron el ciego instinto genésico y la incontrolada sensualidad de la pubescencia?

Yo comenzaba a sentir el vago deseo de realizar obra de arte.

¿Sería posible que mis ciegos impulsos me alejaran de la divina creación, quizá para siempre? Y, por otra parte, ¿dónde quedaban mis propósitos de austeridad tolstoyana, religiosa y moral?

Pero a pesar de mis reflexiones, llegada la hora, corría a reunirme con mi amiga. Comenzábamos a salir por los alrededores del pueblo en busca de la soledad y la frescura de las campiñas y los cerros. Gustábamos los placeres pueriles y encantadores de todo amor naciente, con su desgranar de margaritas y sus balbuceos desarticulados y absurdos...

A M A R G U R A

Si es verdad que Hortensia trajo a mi vida evidente consuelo, en cambio me proporcionó la certidumbre de un fracaso. ¿A dónde fué aventado el maravilloso programa de vida casta y de sacrificio en favor de nuestros semejantes?

Cada una de las ilusiones forjadas en un momento de entusiasmo fué deshojándose sin piedad. La vida ruda y heroica que debimos llevar en los bosques del sur, se cambió por la plácida estadía en los alrededores de la capital, amparados por la sombra de parientes y amigos. Las costumbres austeras que fraternalmente debimos compartir en la casa ofrecida por Magallanes Moure, se convirtieron, poco a poco, en perpetua e insustancial academia de agudezas literarias, en estéril torneo de sutiles ocurrencias y de amables chanzas. Es verdad que en un principio se debatían ideas y se comentaban libros en común; pero, quizá por cansancio de discusiones fatigosas, se fué trasformando este interesante ejercicio en charla ligera que se desvanecía en el aire como burbuja de champaña. Más parecíamos escolares en vacaciones que ascéticos monjes laicos.

El proyecto de labrar la tierra fué desechado en definitiva. Habría que esperar un nuevo año agrícola para iniciar siembras formales, bien abastecidos de agua, abonos y útiles de labranza. Con profunda vergüenza pasé un día, acompañado de Hortensia, frente al terreno que cultivamos en compañía de Julio. Las soñadas hortalizas se habían convertido en leves pavesas; sobre la tierra reseca, el vientecillo de

la tarde levantaba nubes de polvo; sobre los camellones removidos por la pala y el azadón, pequeños remolinos vagaban en la superficie del suelo como almitas en pena. Augusto escribía tesoneramente, ya hermosos cuentos que enviaba a revistas, ya artículos de crítica literaria y de pintura, o delicados poemas en prosa. Por la noche, cuando nos hallábamos reunidos alrededor de una lámpara de querosén, leía sus producciones con armoniosa y bien estudiada voz. Era imposible sustraerse a la magia de su dicción. Y yo, que me había distanciado de él, no podía menos que unir mi voz al coro de alabanzas.

Los pintores también producían con ardor. Rafael Valdés había concluido por sentirse arrastrado por el ejemplo de sus compañeros. Burchard luchaba bravamente con la técnica a fin de dar expresión a ideas que se ahincaban en su mente. Una de ellas era un "Nocturno" que elaboró con paciencia y que rehizo varias veces. Se trataba de una callejuela oscura alumbrada por un farol que esparcía una claridad amarillenta y verdosa llena de sugerencias.

—Ya está bueno, Pablo —le decía Valdés—; con tu empecinamiento vas a concluir por echarlo a perder...

—¿Está bueno?... ¿Te parece bien?

—¡Sí, hombre! Si continúas dando vuelta al tema, te vas a convertir en burro de noria...

Burchard reía, lanzaba algunos bufidos, miraba el cuadro desde diversos ángulos y continuaba retocando.

Julio Ortiz de Zárate concluyó también por sufrir la atracción del ambiente. Había decidido convertirse en músico. Aspiraba, quizás, a seguir la huella de su padre, compositor que escribió óperas como "Floristas de Lugano", "Lautaro" y numerosa música de cámara. Nos leía largas cartas enviadas por su padre desde París. Eran pequeñas esquelas impregnadas con fuerte perfume de verbena. Hablábale de sus esperanzas, de su reciente amistad con el célebre Massenet. Julio tomaba entonces su violín y estudiaba durante horas. Otras veces escribía poemitas dialogados a la manera de Maeterlinck o se ensayaba en pequeñas manchas de acuarela. Augusto le elogiaba con ardor.

Yo era el único que, fuera de mis prosaicos menesteres domésticos, nada hacía, nada emprendía, nada que me elevara espiritualmente a la altura de mis compañeros. Quise que Julio me diera lecciones de violín; pero fueron tan despacibles, tan estridentes los rasguídos del arco sobre las cuerdas, que Augusto salió del cuarto en que escribía y me increpó con tono dramático a fin de que no continuara martirizando sus oídos. No solamente le encontré razón, sino que, desde entonces, cada vez que escucho música y recuerdo mi ensayo, siento tan grande sensación de inferioridad, que me ruborizo interiormente...

Yo había escrito algunos cuentos y composiciones en prosa elogiados por mis condiscípulos, y aun por los profesores; pero cada vez que intenté leer algo a Augusto o a Julio, ellos me miraron con tal asombro y manifestaron tan poco interés, que decidí guardarlos en lo más profundo del baúl. Sin embargo, ocultamente continué borroneando cuartillas, con la vaga esperanza de que alguna vez podría realizar cualquiera cosa que mereciera la atención de mis amigos.

Amargado por el fracaso de los proyectos tolstoyanos, y por la incapacidad para ponerme a tono con el grupo de artistas que me rodeaba, procuré sondear el pensamiento de Julio.

—Creo —le dije— que esto ha terminado y que yo estoy aquí de más. Si tú, al menos, me acompañases, procuraría realizar alguno de nuestros antiguos propósitos. ¿Recuerdas que proyectamos visitar en sus casas a las gentes humildes, a fin de modificar sus hábitos de higiene y enseñarles a vivir mejor? Comenzaríamos por ganarnos su confianza hasta que nos consideraran amigos. Luego, poco a poco, tomaríamos a cargo la limpieza de las viviendas. Les ayudaríamos en el cultivo de las huertas, lo que nos serviría de práctica y aprendizaje... Construiríamos muebles sencillos... ¿No te parece —le dije, por fin— que esta vida que estamos llevando es absurda?

Julio me escuchó con profunda atención, mirándome con ojos cristalizados por el esfuerzo. Sin embargo, nada respondió. Estuve a punto de ampliar mis confidencias y hablarle de mi desmoralización, de mi aislamiento y de mis ocultos renunciamientos a una vida pura y sencilla.

—Dime algo —le apremié—. ¡Aconséjame!...

Enrojeció, hizo un desmañado esfuerzo para sonreír, y continuó guardando silencio. Por fin, alzando los hombros, dió media vuelta y se alejó sin decir palabra. No podría asegurarlo, pero creo que, al volver la espalda, se llevaba la mano a los ojos...

¡QUE BELLO CREPUSCULO!

Dos pequeños acontecimientos vinieron a poner mayor distancia entre mis compañeros y yo. Voy a referirme a ellos, casi en contra de mi voluntad, sólo para explicar la profunda diferencia que me separó de Augusto, a pesar de todo lo que hicimos más tarde para acercarnos mutuamente. Estoy convencido de que, con los otros colonos, nunca hubiera tenido motivos de discordia, a pesar de mi temperamento inconformista. Eran buenos muchachos, aunque de personalidad menos fuerte que la de Augusto. El joven autor de "Juana Lucero" era dominante y poseía extraordinaria fuerza de carácter. Todo le ayudaba a sobresalir, desde su figura hasta su calculada actitud de actor. No era de extrañar que Pezoa Véliz, agudo observador, anhelante también de predominio, procurase imitar lo que él llamaba las "tácticas" de Augusto. Todos sus compañeros de generación sufrieron, en mayor o menor grado, el influjo de Augusto Thomson. Y Augusto no ignoraba su poder. Lo conocía y lo acrecentaba por todos los medios a su alcance, como lo hizo más tarde estudiando a los faquires de la India y realizando pruebas de hipnotismo entre sus amistades.

Pues bien, nunca he podido ser un médium sensible. Contra mi impermeabilidad, nada han podido los mejores magos de esa misteriosa rama de la ciencia. En vano he querido anular mi voluntad y penetrar las sombras de lo desconocido. Siempre nació en el fondo de mi espíritu una resistencia espontánea que me lo impedía.

A propósito del dominio de Augusto sobre nuestros compañeros, tuve con ellos agrias discusiones. No podía conformarme que ejerciera sobre nosotros dictadura uno de los nuestros, ni aun cuando le reconociera superioridad.

—Eres muy poco tolstoyano —arguyó Julio Ortiz en una ocasión—. El espíritu de Cristo fué de mansedumbre... Era Hijo de Dios y se dejó arrastrar al patíbulo. Recuerda que Tolstoy, como cristiano, predicó la irresistencia al mal...

Estos argumentos me hacían cavilar.

—Es verdad que me dejo dominar fácilmente por el orgullo —replicaba, procurando dulcificar la voz—. Eso lo debo a herencias ancestrales. Pero recuerden, también, que Cristo no se opuso a la fuerza material sino para demostrar que nada se puede contra el espíritu. Fué crucificado, pero no renegó de su doctrina; ésta resucitó, más poderosa que nunca, después de su muerte, y ha llegado hasta nosotros a través de veinte siglos... Tolstoy predica la irresistencia al mal; pero, ¿a qué mal?... Al de la fuerza bruta, a la triste fuerza de los ejércitos y a la de los amos del dinero. Ese es el principio de los brazos caídos que hoy llaman huelga. Los huelguistas no combaten contra la fuerza policial; pero si lo hacen espiritualmente, a costa del martirio del hambre, logran lo que desean... Vean en qué forma Gandhi, discípulo de Tolstoy, lucha por la libertad de su patria... ¿Creen ustedes que algún día no vencerá, mejor que si lo apoyaran ejércitos poderosos?

Y hablaba también de mis experiencias en la Escuela de Artes y Oficios, y de cómo logré que mis compañeros se impusieran sobre la voluntad de superiores despóticos, solamente utilizando la dulzura, la pasividad y la justicia. Y concluía diciéndoles:

—En cambio, ustedes, mis amigos, no se oponen contra la fuerza bruta, puesto que Augusto no la posee. Ustedes están fascinados por el brillo espectacular de nuestro abad. Se dejan dominar por él ciegamente porque lo admiran como artista o por cualquier otro motivo. No lo discuten. Si él les dice que soy díscolo, rebelde, inadaptable, ustedes lo creen y lo acompañan en su malquerencia... Eso se llama debilidad de carácter, indiferencia moral.

—¡Este Fernandovich!... —exclamaba Julio, echando a broma mis palabras—. Es un perfecto revolucionario. Sería

mejor que saliera a predicar junto a doña Belén de Sárraga...

Se refería a una conferenciante española que recorriera los países de América, incluso Chile, hablando contra el clero católico y sus métodos.

—No podría hacerlo —replicaba yo—, porque respeto todas las creencias. Además, tengo espíritu religioso. Por eso estoy aquí, en compañía de ustedes. En estos momentos me rebelo contra el abandono que hacen de sus propósitos. Se puede ser artista sin abandonar la misión de apostolado que nos propusimos. Tanto peor si esta actitud la toman ustedes, no por voluntad propia, seguramente, sino para halagar a Thomson. Esto se llama debilidad, indecisión, carneraje...

—No ofendas, hombre, no ofendas —aconsejábame Backhaus—. Si te llamo español testarudo, es porque embistes como toro bravo...

—Prefiero eso a...

Pero me contenía en homenaje a las doctrinas de Tolstoy, el cristiano, y me alejaba del grupo murmurando entre dientes, seguido por el látigo de sus carcajadas.

Era costumbre de mis compañeros reunirse en casa al caer la tarde. Generalmente se bañaban, para combatir el calor, duchándose con sendos jarros de agua. Luego salían en compañía de Augusto a despedir el sol en la cumbre del montículo "sagrado". Esta ceremonia, a fuerza de repetirse cotidianamente, concluyó por hastiarme. Pero, más que eso, llegó a producirme irritación la teatralidad siempre renovada de Augusto y el servilismo con que lo seguían los colonos. La despedida al sol llegó a convertírseme en símbolo de lo superficial, de lo amanerado, de lo sincero... Prefería salir en busca de Hortensia. Acompañábala en casa o salía con ella a caminar por lugares poco frecuentados. Pero un día, probablemente empujado por demonio oculto, a regañadientes, los seguí. Esta vez no faltaba ninguno en la cumbre del cerro. Allí estaban Augusto, Magallanes Moure, Backhaus, Valdés, Ortiz de Zárate, Burchard...

—¡Qué hermoso crepúsculo!

—¡Mira, mira!... ¡Aquellas sombras violetas!...

—¡Y aquellos grises dorados!...

Augusto se quitó el sombrero. Los otros acompañaron su gesto y guardaron silencio. El pontífice empezó:

—¡Qué hermoso crepúsculo!... ¡Oh sol!...

En ese instante se apoderó de mí un acceso de ira incontenible. No podía creer en la sinceridad de aquella pantomima. Hubiera deseado apostrofarlos, escupirles mi descontento. Fué cosa de un instante. Ahora me avergüenzo, pero debo confesar la verdad... Me oculté detrás de unos matojos, al pie del grupo que formaban mis compañeros, y, bajándome los pantalones y adoptando la clásica actitud de los que dan expansión a las más repugnantes de las necesidades orgánicas, entre pujos y sonidos explosivos, exclamé en alta voz:

—¡Qué bello crepúsculo!... ¡Qué hermoso crepúsculo!

Un coro de voces me acribilló con palabras hirientes. Pero pudo más en ellos la pulcritud y el olfato herido. No me golpearon como deberían haberlo hecho. Antes bien, se alejaron cerro abajo, como pájaros dispersados por el tiro del cazador, murmurando expresiones que no alcancé a escuchar bien, pero que se parecían a "chancho", "roto", "grosero"... o algo por el estilo.

Yo, mientras tanto, exhalé un profundo suspiro de alivio. Aunque en forma torpe, deleznable, había expresado, por fin, toda mi contenida irritación.

LA OTRA COLONIA

De más está decir que la grosería cometida con mis compañeros hizo recaer sobre mi persona una lápida de frialdad y menosprecio. Se me habría perdonado cualquiera apostasía, menos aquélla cometida contra la belleza de un panorama romántico. Tácitamente se me condenó, por unanimidad, a mortificante ostracismo. No se me hablaba sino las palabras necesarias y no se me exigió explicación o arrepentimiento. Desde ese instante, me convertí para ellos en una especie de mueble despreciable. Tenían razón. Yo había procedido como un hombre de las cavernas. Yo mismo me despreciaba. No tuve más recurso que aislarme cada vez más y reconcentrarme en minuciosas introspecciones. Mi primer impulso fué liar mis bártulos y abandonar la colonia. Pero, ¿adónde ir? Había tirado por la borda la ocupación que me diera un lejano pariente. Con ello comprendí que no debía pensar en nuevo apoyo de mi familia, por lo menos en Santiago y sus alrededores. Además, deshacer camino y regresar derrotado, escarnecido por mis propios compañeros, era, en realidad, trago demasiado amargo. Dirigirme al sur del país, en donde poseía amigos y parientes que, seguramente, me habrían acogido con benevolencia, no era camino que me sedujera, pues el porvenir de un muchacho apto para reanudar estudios universitarios sólo se encuentra en la capital.

En estas cavilaciones me hallaba, cuando supe que vendría a visitarnos una delegación de cierta colonia comunista que existía en Santiago. No había tenido tanta resonancia como la nuestra, seguramente, porque no exhibía en su seno

hombres de las condiciones espectaculares de Thomson, pero, en cambio, todos sus miembros eran personas que habían sobrepasado la etapa de la adolescencia, turbulenta e indeterminada, como eran los componentes de la nuestra. Leyendo obras revolucionarias, habían llegado a la conclusión de que la sociedad se hallaba mal construída y de que debían llevar a la práctica nuevos métodos de vida. Aceptaban como biblia las teorías del príncipe Kropotkin, condensadas en "La Conquista del Pan", libro realista y de formidable lógica. Eliseo Reclus, hombre de ciencia, geógrafo y explorador, era otro de los autores que influyeron en la formación de aquella juventud. Por otra parte, se admiraba también a Tolstoy, a Engels y a Carlos Marx.

Los colonos anarquistas o comunistas, como los designaba la gente, arrendaron un caserón antiguo que abarcaba media cuadra de extensión. Se hallaba situado en la calle Pío IX, al pie del cerro San Cristóbal. La mayor parte de los colonos eran obreros ilustrados y muy distinguidos en su profesión. No faltaban tampoco artistas, como Benito Rebolledo Correa y Julio Fossa Calderón, quienes, con el tiempo, llegaron a ser respetados en el país y en el extranjero. Había también periodistas, y la mayor parte cultivaban la oratoria. Entre los primeros figuraba Alejandro Escobar y Carvallo, redactor de un pequeño periódico sostenido por los colonos: "La Protesta Humana". También protegían esta publicación algunos hombres tan cultos como los hermanos Kenette, merceros franceses, y el escritor millonario don Carlos Newmann, de Quillota.

Alrededor de los colonos anarquistas, como de los tolstoyanos, se tejió una fábula truculenta. Se dijo que llevaban vida corrompida y que practicaban la comunidad de techo, muebles y mujeres. La verdad era muy diversa. Formaban un grupo de hombres selectos por la pureza de costumbres y por el misticismo revolucionario que ardía en sus espíritus. Eran ilusos, tolerantes y bondadosos. Amaban sinceramente al humilde y soñaban con la redención de la humanidad. ¿Cómo es posible que de estos hombres que execraban el alcohol, el tabaco, y que sólo se alimentaban de verduras para no incurrir en el "asesinato" de seres vivos, se pudieran decir tantas atrocidades?

En una tarde calurosa, llegó a San Bernardo la anunciada comisión. Era día de fiesta. Nuestros pintores descansaban tendidos en sus lechos, mientras Augusto circulaba entre ellos, cubierto, como de costumbre, solamente por su largo camisón de dormir. Yo reposaba en la pieza contigua. De pronto sentimos fuertes golpes en la puerta de calle.

—¿Quién es el salvaje que viene a interrumpir la meditación de estos sagrados monjes? —exclamó Augusto en tono humorístico.

Como yo me encontraba cerca de la puerta, fui quien se encargó de abrirla. Afuera esperaba un grupo de cuatro o cinco hombres. Venían cubiertos de polvo, en mangas de camisa y los vestones al hombro. Uno de ellos llevaba colgado al brazo un juego de guantes de box.

—Somos compañeros de ideas —habló uno de ellos con naturalidad—. Venimos a visitarlos.

En el cuarto vecino se oyeron risas sofocadas. Por la puerta entreabierta, vi que Augusto me hacía signos indicándome que no los recibiera.

Pero ya los visitantes estaban dentro del cuarto-pasadizo y se limpiaban el sudor que les inundaba la frente.

—Nos vinimos a pie desde Santiago para hacer ejercicio —explicó uno de ellos—. Pero hace un calor de los diablos...

—Es verdad —dije—; es una tarde como para pasarla en el agua.

No tenía asiento que ofrecerles, fuera de mi cama, y no me atrevía tampoco a invitarlos a pasar al cuarto de los otros. Afortunadamente, apareció en ese momento Augusto. No se había quitado la camisa de dormir y arrastraba sobre el piso de ladrillos las babuchas de levantarse. Una forzada sonrisa de cortesía colocaba un paréntesis a ambos lados de la boca y mostraba su larga dentadura. En seguida tendió a los recién llegados la punta de los dedos.

—¡Ah!... ¿Son ustedes?

—Sí —respondió el que parecía hacer de jefe—. Somos compañeros de la otra colonia... Venimos a saludarlos y a cambiar ideas...

El aspecto de todos ellos era de franqueza y de efusiva cordialidad. Esperaban, sin duda, un abrazo fraternal. Yo

sentía que la vergüenza subía en oleadas rojas a mi rostro. Augusto paseó su mirada por el cuarto y exclamó, como si se disculpara:

—¡Hombres! No tengo asiento que ofrecerles, ya ven... Vivimos en pobreza franciscana... ¡Pero, pasen, pasen al patio!...

Los condujo al patiezuelo, cogió una larga banca de madera que nos servía de asiento en el comedor, caminó con ella hasta el fondo, y allí la colocó, al pie de la casita del retrete.

Los visitantes, extrañados, vacilaron un segundo; luego, quizá obligados por el cansancio, optaron por sentarse en el tosco mueble, haciendo equilibrios para no caer. Formaban un cuadro lastimoso. No sólo sus rostros, sino también sus cuerpos, sus camisas polvorientas, emanaban nubecillas de vapor. No se me ocurrió nada mejor que buscar una jofaina, un jarro de agua fresca y vasos. Ellos bebieron con avidez. Alguno se lavó la cara.

Augusto había desaparecido. Seguramente fué a reunirse con los amigos que "capeaban el calor", según expresaba Augusto, aficionado a los términos náuticos. No volvió a presentarse en el patio. Es posible, aunque no lo recuerdo, que Julio y Valdés vinieran a hacernos compañía un momento. Yo interrogué a los visitantes sobre sus actividades en Santiago. Respondieron con sencillez y dieron detalles. A su vez, inquirieron sobre nuestra vida tolstoyana. Con no poca vergüenza, me vi obligado a mentir... y hablé de trabajos realizados, de proyectos por realizar. Al cabo de algunos minutos, comprendiendo que Augusto y los otros no se harían presentes, se despidieron sin decir palabra. ¡El amor al pueblo!... ¡La confraternidad humana!... ¿Era eso lo que deseábamos realizar en nuestra colonia?

SOLICITACIONES EROTICAS

Me encontré de improviso acuciado por el problema sexual. Ya hablé en otras páginas de mis primeros pasos en la vida amorosa cuando aún no contaba diez años, de los malos ejemplos que recibí entre muchachos mayores, groseramente impelidos por apetitos biológicos; de mis aventurillas galantes anteriores a la pubertad, aromadas de cándidos ensueños; de mis primeras y acres escaramuzas venusianas; de cómo fuí defraudado en mis ilusiones por la cruda realidad del sexo complementario, torpemente elegido al azar...

Esta vez el impulso ciego que me guiara hacia Hortensia no me defraudó. La joven viuda era suave y sumisa. "Carne de esclava" la habría llamado Augusto en algún libro del tiempo de "La Lucero". No sentía por ella, quizá, esa ilusión que me despertaran la "Principessa" y otras muchachas de mi edad; pero me sedujo su actitud de súplica y de mansedumbre, su adhesión ardiente e incondicional. La misma fe que ofrecía a su Virgen y a sus santos, la volcaba a mis pies como humilde ofrenda de su ser. No analizaba ella sus impulsos, ni tampoco los sentimientos que pudiera albergar mi alma. Le bastaba saber que me quería y se entregaba plenamente en mis manos. Acaso la diferencia de edad —yo apenas lindaba en los dieciocho años, mientras ella se acercaba a los treinta— agregaba a su cariño de hembra una fuerte afección maternal, dulce y protectora.

Intuitivamente comprendí que aquella mujer era la amiga que supliría la amistad que me negaban los compañeros

de colonia y fui a posar mi cabeza afiebraba en su regazo acogedor. Pero había algo más. Me hallaba en la edad intermedia de la adolescencia y la varonía definitiva. Una pubertad precoz, exacerbada por lecturas estimulantes y por vicios escolares perniciosos para la normalidad sexual, me habían convertido en fragua de lucubraciones eróticas. El instinto genésico me impulsaba con violencia en busca de la mujer, de la eterna mujer que apaga las ansias materiales. Todas las tentaciones de San Antonio y algunas más acechaban en la sombra para torturarme con delirantes avideces.

Comenzó para nosotros una era de plácida tranquilidad. Como mis compañeros de colonia salían desde temprano y se despreocupaban por completo de mí, cumplía apresuradamente los quehaceres que tenía a mi cargo e iba a reunirme con Hortensia. Me esperaba en su casa a la hora de siesta. Tenía tres hijos, el mayor contaba nueve a diez años, y el menor, no más de seis. El niño de más edad, Andrés, era muy parecido a su madre. Poseía dulces ojos claros y un rostro ovalado, de facciones correctas, con todo el tipo español de las clases seleccionadas. Tanto este niño como los menores, desde el primer momento me demostraron gran apego. Cuando la madre tenía una labor de costura que realizar, me sentaba junto a ella y charlaba con los chicos como lo hice en un tiempo con mis hermanos. La más pequeña trepaba a mis rodillas, me enlazaba el cuello con sus bracitos y me acariciaba con ternura. Andrés se colocaba de pie cerca de mí y me escuchaba sonriendo. Estaba siempre alerta y se complacía en atender mis deseos. Traíame agua fresca, colócbame un almohadón en el asiento, colgaba mi sombrero en la percha. Noté que cuando me despreocupaba de su presencia, él me observaba larga y meditativamente, como si procurase descubrir un misterio en mi alma y en mi actitud. Cuando en esos momentos detenía mis ojos en su rostro, esquivaba los suyos y se sonrojaba...

El ambiente de aquel hogar era agradable, a pesar de su pobreza. Hortensia usaba cortinas en las ventanas y los cuartos se mantenían en fresca penumbra, aun cuando afuera el sol abrasara el pavimento. Los gruesos muros de adobe y el techo de tejas eran la mejor valla para el calor. El pavimento de ladrillos estaba siempre limpio y los modestos

muebles se mantenían en pulcra compostura. Sobre la vieja cómoda, una vela apagada, en su palmatoria, permanecía lista para encenderse a los pies de una Virgen de Lourdes, blanca y celeste. En los muros encalados había ingenuas estampas de litografía, imágenes de santos y retratos de amigos y personas de la familia. Hortensia tuvo la delicadeza de ocultar el retrato de su marido difunto.

Mientras se inclinaba sobre su máquina de coser, pedaleando con suavidad, me contaba sus cuitas o me informaba de su vida.

—Cuando murió mi marido —me dijo una vez—, tuve que pasar grandes penurias. El me doblaba en edad; yo lo respetaba como a un padre. Era empleado en la Empresa de Ferrocarriles y ganaba lo suficiente para mantener la casa. En su enfermedad gastamos los pocos ahorros que teníamos. A su muerte quedamos en la miseria... Los muebles fueron desfilando uno a uno a la "ágenca". Luego siguieron las joyas. ¡Hasta mi compromiso y el anillo del finado! Salía en busca de trabajo y no encontraba nada, ni siquiera de empleada doméstica: mis niños estaban muy chicos. Los parientes eran pobres. En un principio nos socorrieron con algunas limosnas; después, poco a poco, nos fueron cerrando las puertas. No teníamos qué comer. Los niños lloraban... Muchas veces pensé en locuras...

Hortensia detiene en ese instante el pedaleo en la máquina y levanta su obra de costura al nivel del rostro. Se me imaginaba que lo hacía para ocultar su emoción. Sentía deseos de tomar sus manos, prodigarle palabras agradables, acariciarla; pero, ahí estaban los niños...

—Vine a ver un día al párroco de este pueblo, pariente lejano de mi marido. Me recibió con bondad. Precisamente poco tiempo antes había muerto su madre, que le servía, también, de empleada, y me ofreció que la reemplazara. Acepté con júbilo. Me entregó esta casita junto a la parroquia y me hice cargo de los quehaceres de su casa. Desde entonces tenemos lo indispensable para vivir. Mi niño mayor pudo ir a la escuela... Don Policarpo, el señor cura, es muy bueno. Si no me da más, es porque no tiene. Con mis costuras yo me ayudo como puedo y así mantengo la decencia... ¡Dios me ha tenido lástima!

Sin poder contener más tiempo mi deseo de hablar a solas con ella, me dirijo al niño mayor:

—Andrés, anda a comprar una botella de limonada... Compra también caramelos para tus hermanitos... Ellos te pueden acompañar.

Andrés recibe las monedas, titubea y mira a su madre.

—Anda no más —le dice ella—, y luego pueden jugar un rato en la plaza...

Tan pronto han salido los chicos, me acerco a ella. Mis labios se adhieren a los suyos.

—¡Hortensia..., mi Hortensia!...

EL ENTIERRO

Así fué transcurriendo el verano. El aire parecía detenido en el extenso valle y hasta las aves libres cruzaban el cielo como abatidas por la modorra. La alta muralla cordillerana había arrojado su blanco manto bordado y aparecía, al fondo del paisaje, calcinada de rojo, como extática aparición cavilosa. Se retostaban las yerbecitas de los campos; los árboles inclinaban sus ramas en actitud de brazos caídos. Habían huído los frescos airecillos juguetones cargados de sutiles esencias; sólo quedaba junto a nosotros la atmósfera pesada que nos obligaba a la inactividad.

En una de estas siestas bochornosas, yo reposaba en mi lecho de tablas, revolcando en desesperación mis pensamientos, cuando sentí que pasaba por la calle polvorienta un monótono tropel de gentes, acompañado de murmullo de rezos y vagos gemidos. En la pieza contigua trabajaba Thomson; los otros habían salido.

—¡Toma! . . . ¡Un entierro! —escuché que exclamaba Augusto.

Luego lo sentí trajinar apresuradamente en el cuarto, y, después de algunos momentos, apareció completamente vestido, con su inseparable bastón de guindo en la mano . . .

—Esto no hay que perderlo —murmuraba como hablando para sí mismo. Y se lanzó a la calle pasando a dos pasos de mi cabeza.

Era, en realidad, un entierro campesino. Cuando salí a la puerta, vi al grupo, ya muy distante, envuelto en la do-

rada polvareda de la calle. Augusto trotaba cerca de ellos, moviendo los brazos con rítmico movimiento.

¿Por qué recuerdo esta escena que más tarde D'Halmar recogió en uno de sus libros? ¿Por qué la tengo tan grabada en la imaginación? Acaso porque concuerda con uno de los momentos más penosos que sufrí en aquella época. Después de las incidencias provocadas "por mi mal carácter", los compañeros se reunieron para decidir si me expulsarían o no de la colonia. Augusto fué quien presidió el cónclave, y a él asistieron, además, Manuel Magallanes Moure y uno de los miembros de la "otra colonia", Alejandro Escobar y Carvalho, quien, desde hacía algún tiempo, vivía también en San Bernardo. Por él conocí, después, algunas de las incidencias de aquella reunión. Ni por un momento se pensó en escuchar al culpable. De antemano había acuerdo en que se trataba de un individuo peligroso para la hermandad de la colonia. Díscolo, murmurador, subversivo. Tenía el prurito de escudriñar en el espíritu de los demás y de formular juicios temerarios. Y, por último, era un tipo molesto, y eso bastaba. Ellos estaban allí para trabajar en su profesión y sobrellevar la vida en la forma más intensa o agradable posible. ¿A santo de que se debía soportar a un criticón, agriado sabe Dios por cuáles anormalidades del cuerpo o del alma? Se había tenido, es verdad, el propósito de llevar en la colonia una vida de sacrificio y de realizaciones apostólicas; pero, en la práctica, se comprobó que ésas sólo eran utopías. Resultaba estúpido empecinarse contra la realidad. Naturalmente, Augusto actuó como fiscal en la acusación. Lo secundó con entusiasmo Backhaus. Manuel Magallanes se limitó a reír, pareciéndole divertidas las genialidades de ese Fernandovich, tan empecinado en sus teorías apostólicas y, al mismo tiempo, tan rudo en sus manifestaciones de descontento. Habría que castigarlo, por lo menos, a que continuara trabajando en el hoyo de los detritos. Julio Ortiz de Zárate intentó mi defensa.

—Se trata de un niño —dijo— de especial contextura moral y religiosa, parecida, quizás, a la de Savonarola o a la del mismo Tolstoy; pero se siente defraudado y desambientado entre nosotros.

—Sería hacerle demasiado honor juzgarlo como tú —exclamó Augusto con pulcro ademán de persona que teme mancharse en sucios contactos—. Es un puerco, y nada más...

—Quizá esté arrepentido —agregó Julio—. Es niño de impulsos..., pero no le falta sensibilidad. Cavila demasiado. ¿No han visto en qué forma ha enflaquecido? Está pálido, falta de apetito. Bien podría estar enfermo...

Esta idea pareció echar raíces en el ánimo de mis acusadores. Fué mi salvación. Intervino en el conciliábulo Alejandro Escobar y Carvallo, quien, además de sociólogo, se dedicaba al estudio de la medicina. Ejerció en Santiago de médico homeópata y naturista, con lo cual se ganaba la vida. Era hombre de regular estatura, de cuerpo erguido, delgado y ágil. Hablaba con gran facilidad y corrección, pronunciando las palabras con exagerada escrupulosidad. Después de haber formado parte de la "otra colonia", logró introducirse en nuestro círculo y mantener cordiales relaciones con Augusto, a quien demostraba admiración y respeto.

Alejandro Escobar opinó que, indudablemente, yo debía hallarme enfermo. Ese continuo cavilar, esa actitud sombría y descontentadiza, no eran actitudes normales en la juventud; sólo era frecuente hallarla en adolescentes que se entregan al onanismo. El se comprometía a observarme, y aseguró a los colonos que curaría mi enfermedad. Después de breve discusión, se llegó al acuerdo de que, por el momento, no se me expulsaría, en espera de los resultados del tratamiento a que sería sometido por Alejandro Escobar. "Después de todo, somos tolstoyanos", expresó Augusto.

Yo no me di cuenta de esta debatida sesión. Es posible que aconteciera durante alguna de mis ausencias, cada día más frecuentes a causa de la honda divergencia que venía separándonos.

Noté que Alejandro Escobar buscaba mi compañía y procuraba intimar conmigo. Como era agradable su trato y yo deseaba expansionarme con alguien, no lo rehuía. Le pedí noticias sobre la otra colonia de calle Pío IX y supe de sus labios que había terminado bruscamente por falta de recursos para sostenerla y por la incansable persecución de la policía. El, en cambio, inquiría datos sobre mi estado de espíritu y sobre las causas de mi descontento. Me invitaba con fre-

cuencia a su casa. Vivía a pocas cuadras de la nuestra, en una habitación pequeña y vieja, que tenía al fondo un extenso huerto frutal. Lo acompañaban su mujer y una cuñada. La mujer era una niña del pueblo, pero de tez blanca y fina. Bajita, de curvas redondeadas, pie muy pequeño. Observando su hermoso rostro ovalado y sus almendrados ojos color café, se pensaba inconscientemente en serrallos orientales. A pesar de su frente estrechísima, era inteligente. Reía por cualquier motivo. Sus modales, su lenguaje, su manera de estirar la última sílaba de las palabras finales en canturreo suave, felino y procaz, recordaban la picaresca expresión del pilluelo santiaguino.

En casa de Escobar fuí conociendo a varios de los que formaron la otra colonia. Casi todos eran interesantes y originales. El más joven, casi de mi edad, de apellido Lemire, chapurreaba apenas el castellano; simpatizó mucho conmigo. Le ayudé a buscar habitación y la encontramos en las inmediaciones de la nuestra. Le agradaba mucho San Bernardo, y a este propósito, decía que era *un bel pays*. Por lo demás —declaraba—, nunca dejaría de *trabacar pour l'idée*.

Casi todos estos hombres eran de una bondad rayana en la ingenuidad. Cultos, sencillos, generosos. Al poco tiempo de tratarlos, comencé a sentirme entre ellos mucho mejor que en compañía de mis cofrades tolstoyanos.

REVOLUCIONARIOS

A principios del siglo, no existía en Chile el comunismo. Por lo menos, sus miembros no estaban agrupados en partido político, ni poseían programa definido, ni obedecían a normas de organización internacional. Pudiera ser que algunos pocos llegaran a formar grupos dignos de consideración; pero su alcance social se limitaba a una acción de montoneras dispersas que, esporádicamente, se agrupaban para alcanzar objetivos determinados. Había, sí, revolucionarios anarquistas a quienes se les solía llamar comunistas, aunque, en realidad, no lo fueran.

Si se analizaran las teorías de los anarquistas que actuaron en los primeros años de este siglo en Europa, se vería que eran hombres dotados de sensibilidad, que dedicaron sus energías a predicar el mejoramiento material de los asalariados. Nuestro Señor Jesucristo no lo habría hecho con mayor dulzura que Eliseo Reclus y que Pedro Kropotkin. Fueron ilusos creyentes en la bondad innata del ser humano. Pretendían que el hombre "pasara de un estado menos feliz a otro un poco más feliz". Su optimismo no llegaba a imaginar que pudiera obtenerse la felicidad completa. Kropotkin no fué prosélito de Carlos Marx. Tampoco lo fueron Bakunin y otros anarquistas, quienes a veces combatieron a los marxistas con mayor violencia que a sus enemigos capitalistas. Eran antipolíticos. Aunque parezca extraño, podría considerárseles liberales manchesterianos que llevaban la libertad a un extremo utópico. Como creían en la bondad innata del ser humano, imaginaban que, suprimiendo cárceles, autoridades

y todo régimen que disminuyera la libertad individual, se conseguiría establecer una sociedad lozana, alegre y bondadosa, así como al dársele libertad al horrible pie de las mujeres chinas, se lograría embellecerlo inmediatamente. Para la organización del trabajo, los hombres deberían agruparse en comunidades de tendencias afines, parecidas, quizás, a los actuales gremios, viviendo en general armonía, intercambiando productos sin limitaciones egoístas. Como autoridad coordinadora sólo admitían una especie de corporaciones con alguna semejanza a los municipios, que actuarían para interesar a las comunidades en la construcción de obras de interés público: carreteras, ferrocarriles, monumentos, paseos. El anarquista no admitía la división de trabajadores manuales e intelectuales. Debían ser las dos cosas a la vez. Tampoco admitían el trabajo forzado. Creían que el hombre sano no puede ser flojo, ni disipador, ni explotador del prójimo. Por tal razón, el niño, el decrepito, debían ser cuidados, medicados y alimentados por la comunidad.

¿Ilusos? En todo caso no eran malos. El pobrecito de Asís no hubiera sido más indulgente para considerar al prójimo. Sin embargo, se les tuvo por demoleedores. Probablemente se les confundió con los terroristas, quienes imaginaban que sólo se puede construir una sociedad mejor destruyendo la actual, comenzando por los gobernantes y los dueños de la riqueza. Hubo también idealistas que predicaron la revolución social mantenida por el pueblo, a semejanza de la que se realizó en Francia el año 1789. Entre éstos se hallaban los comunistas del tipo Lenin, Stalin y otros, discípulos de Marx y Engels, fundadores de la Primera Internacional y del comunismo científico.

Pero los anarquistas que formaron la colonia de la calle Pío IX, en Santiago, nada o muy poco sabían de Carlos Marx y sus continuadores. Más bien eran revolucionarios románticos como Fourier, vulgarizado por Emilio Zola; como Saint-Simon, Owen y otros. Este último, Owen, fué un industrial inglés que, después de haber amasado una fortuna en rudo trabajo, la gastó íntegramente en experimentos socialistas que culminaron en Norteamérica con la fundación de la Colonia Armonía. En ella pretendió establecer, prácticamente, entre otras ideas, la libertad en amor, por no decir

el amor libre, a pesar de haber sido muy feliz en su viejo matrimonio. Todos estos innovadores sociales fueron hombres buenos como el pan y claros como el agua pura, que sintieron honradamente el malestar social de su época y que procuraron remediarlo a costa de su propia tranquilidad. Acaso fueron demasiado buenos. No vacilaron en soportar el ridículo, la humillación y las persecuciones, para establecer el reinado del amor y de la paz. Pudiera ser predecesor de ellos el canciller del reino británico Tomás Moro, canonizado hace poco por la Iglesia Católica. Moro no vaciló en declarar que los humildes labradores tenían derecho a la posesión de la tierra para evitar la miseria y las plagas sociales. "Se castiga a los ladrones con penas espantosas —decía—, cuando, al revés, debieran darles posibilidades de ganarse la vida, a fin de que nadie tuviese necesidad de robar, por lo pronto, y de morir ahorcado, después."

De esta clase de idealistas eran los colonos de la calle Pío IX. No estoy seguro de si conocieron las teorías de Henry George, pero, si así hubiera sido, seguramente las habrían respetado, como respetaban las enseñanzas de Tolstoy.

En casa de Alejandro Escobar encontré por primera vez a Tomasso Peppi, italiano de origen. Saludaba a gritos, con sonora voz de barítono, y, apenas presentado, palmoteaba la espalda de sus oyentes y los trataba como si fueran amigos de muchos años. Era alto y fornido, de ademanes desenvueltos. Vestía pulcramente y sin afectación. Aunque simpatizó siempre con la colonia de Pío IX y con la nuestra, jamás quiso pertenecer a ninguna. "El hombre debe ser libre —decía—, tan libre que jamás debe casarse o vivir amancebado." Su afán de libertad era tan riguroso, que ni siquiera aceptaba invitación a beber ni a comer, aunque fuese un vaso de limonada o un trozo de sandía.

Cuando Alejandro Escobar lo invitaba a comer, rehuía alegremente:

—*Non posso accettare.* Si comiera vuestro pan, ya no podría hablar con franqueza. Tendría que adular para no pasar como desagradecido.

—Así es que si nosotros vamos a tu casa —replicaba Escobar, con fingida indignación—, ¿serías capaz de dejarnos sin comer?

—Ah, ¡eso no!... Soy un hombre *perfetto*. Cuando yo obsequio algo, *tutto il mondo* queda desligado de compromiso. Cuando yo doy, lo hago por mi propia *felicità*. Ustedes continúan siendo libres... Pueden insultarme, si lo desean...

Alejandro continuaba zahiriéndolo:

—Yo creo que si no admites que te conviden es de puro cicatero: para no devolver la mano... Tampoco te casas, por no verte obligado a darle mantención a tu mujer...

—¡Ah, eso no!... ¡Con perdón de las *donnas!*... Yo quiero mucho a las mujeres... Pero libres, libres los dos... Cada uno por su lado... No puedo ir por el mundo con un parche poroso a la espalda... ¿Imaginas al Cristo con una cataplasma en el lomo y predicando el Evangelio?... ¿Y, luego, arrastrado a la *croce* del martirio con una mujer colgada al cuello y dando gritos, llorando y chillando?... *Per la Madonna!*... ¡Qué escándalo *brutale* para el *povero* rebelde del Nazaret!... ¡Nosotros debemos *morire con dignità*, sin *chistare!*...

Era un revolucionario alegre. Cuando se pasaba frente a su tenducho de la calle Bandera, aquella vieja calle de Bandera, estrecha y de edificios semirruinosos, que conocimos en la juventud, podía escucharse, desde lejos, una hermosa voz varonil que cantaba trozos de ópera en boga:

*La donna è mobile
cual piuma al ventoooo...*

Trabajaba sin operarios en su oficio de sombrerero, el cual, decía, daba completa libertad, porque permitía trasladarse de un país a otro con todo el taller metido en un maletín. Lo mismo era considerado por los anarquistas el oficio de zapatero.

SOSLAYANDO LO ESCABROSO

No deberían escribirse "Memorias" si no pudieran ser absolutamente sinceras, aun cuando tuvieran que referirse a hechos que empequeñecieran y ridiculizaran al propio memorialista. La "Memoria" es una confesión íntima, una introversión a los profundos repliegues del ser. Su objeto principal es mostrar la naturaleza humana, en su verdad tan misteriosa como desconcertante. Los hombres actúan, bien o mal, pero, a su alrededor, sus amigos contemporáneos, y también las personas indiferentes y lejanas, van interpretando actos, torciéndolos a su antojo, a imagen de su propia textura física o moral. De ese modo se va formando alrededor de cada ser una leyenda, a manera de espejo deformado, que alarga o empequeñece su figura, la engorda o contorsiona a medida de sus concavidades o convexidades.

Por otra parte, es difícil decir la verdad sobre uno mismo, aunque se ponga el mejor empeño. La natural tendencia del individuo es justificar hasta sus acciones abominables. Mantenemos en el fondo del ser un abogado sutil, condescendiente y combativo, siempre alerta para defendernos de las más absurdas y bajas posturas de la vida. De este modo, el espejo del memorialista suele ser de tal naturaleza que permite reflejar la imagen y colorearla con matices de extraordinaria simpatía y al gusto del espectador. Hacer justicia plena a uno mismo y a los demás es problema insoluble. Pero, en fin, en lo que a nosotros concierne, baste a nuestra conciencia la intención de proceder con valiente e inquebrantable veracidad al referirnos a nosotros mismos y a los

que nos rodean. Es la única manera de ofrecer un documento humano digno de consideración.

Ya he dicho que desde que estuvo a punto de realizarse mi expulsión del grupo tolstoyano, me vi cercado por la asidua persecución amistosa de Escobar y Carvallo. Aunque no me di cuenta de sus verdaderos propósitos sino mucho después, su compañía fué para mí de incalculable consuelo y utilidad. Con delicadeza procuró alejarme de cavilaciones sombrías y evitarme el trato directo con mis cofrades tolstoyanos. Con frecuencia me invitaba a comer a su casa. Sentábamonos ante una pequeña mesa, situada bajo la sombra de un árbol, y allí, ante una variadísima exhibición de platos vegetarianos, agrupados sobre blanco mantel, desarrollaba Alejandro interesantes disertaciones. Como no tenía servidumbre, ni lo permitían sus teorías sociales, atendían la mesa su mujer y la cuñada. Ellas nos servían sabrosas ensaladas de cebollas y tomates, jugos de frutas, duraznos, sandías, melones. No faltaban, a veces, sopas de hortalizas y legumbres, con perfumes de campo chileno.

—Sírvese, compañero —me decía Escobar—. A usted no le extrañarán estas comidas naturistas. No le ofrezco pan. Lo hemos eliminado como perjudicial a la salud; provoca fermentaciones pútridas en el intestino... Por si le gusta, le tendré, para otra vez "pan completo", es decir, sin levadura y con harina en grano, sin desperdiciar el afrecho, afrechillo y demás componentes... ¿No lo ha comido nunca? Es sabroso, nutritivo y no tiene el inconveniente del pan común... Tampoco usamos la manteca ni la mantequilla... Producen recargos morbosos que perturban la circulación de la sangre... Usamos aceite crudo...

Las comidas de Escobar me parecían exquisitas, y notaba que, después de ellas, me sentía con el cuerpo liviano y el espíritu alegre. Alejandro disertaba con facilidad sobre los temas más variados y abstrusos. Economía política, psicología y psiquiatría, literatura, medicina. Leía mucho y asimilaba con facilidad. Pero aún le sobraba tiempo para escribir versos. Recuerdo unos que tenían la particularidad de estar escritos en renglones muy largos, mezclados violentamente con otros muy cortos, de modo que en la página formaban figuras de extraños contornos geométricos, semejantes a los

que, más tarde, utilizó Vicente Huidobro. Como nunca he entendido demasiado en esta rama literaria, me limitaba a admirar la forma tipográfica. Pero cuando Escobar escribía con intensa emoción, olvidaba la forma externa y componía como el resto de los poetas. Sufrió, en aquella época, un trastorno al conocer la forma en que fué sofocada una huelga de obreros en el Norte. Pronunció fogosos discursos en reuniones de plazas y teatros. Y recuerdo aún unos versos desafiantes que dedicó a las autoridades de la época: don Pedro Montt y el general Silva Renard.

*Pedro Montt, tirano aleve,
falso mentor de multitud ignata,
yo te maldigo en nombre de la plebe
tantas veces cuantas lágrimas llorara.
Que tu mujer sufra de alguna entraña
que le impida comer y deleitarse,
y en su dolor sea una alimaña
que te impida dormir sin lamentarse.
Y tus compañeros de forma idiota,
odiados por los hombres de trabajo,
han de caer con las cabezas rotas
y los vientres abiertos por un tajo.*

Al general Ledesma y a Silva Renard les llamaba "chacales", "bestial ralea" y otros epítetos semejantes... Después de estos desahogos poéticos, en la colonia de la calle Pío IX se esperó el apresamiento en masa y el martirio en común. Pero, con sorpresa de los colonos, no fueron molestados. Furiosos por esta forma de desprecio manifestada por las autoridades policiales, Alejandro Escobar y otro compañero fueron en persona a visitar a Eugenio Castro, en aquella época Director General de Investigaciones, y le entregaron aquellos versos de dinamita. Tampoco les ocurrió nada...

En las disertaciones médico-psicológicas con que me regalaba Escobar, insistía especialmente en los peligros de la castidad. No concebía que hombres jóvenes y vigorosos pudieran vivir sin contacto con mujeres. Según aseguraba, la ciencia preveía los peligros a que se exponen aquellos que contravienen las leyes naturales. Hablábame del onanismo, de homo-

sexualidad, de deformidades sexuales, de vicios crueles como el sadismo y de otras perturbaciones, cuyo origen él atribuía a la castidad forzada. Yo le escuchaba con cierta extrañeza. Intuitivamente presentía que aquellos sabios análisis eran solo un anzuelo destinado a pescar mis ideas recónditas y conocer mi vida íntima. Llegué a suponer que Escobar conocía mis aventuras amorosas. Era posible, y muy probable, que él, o alguien de su familia, me hubiera sorprendido en compañía de Hortensia durante nuestros vagabundeos por los alrededores del pueblo. Y como yo me sentía culpable ante mis compañeros, por lo menos de disimulo y reserva, cada vez que Escobar dirigía la conversación a tema tan peligroso, procuraba mantener el rostro impenetrable. Sólo mucho más tarde pude darme cuenta de cuáles eran sus verdaderos propósitos.

Le hice ver que los colonos no habíamos establecido normas de conducta sexual y que, tácitamente, conservábamos libertad de acción en esa materia. Fuera de algunas manifestaciones vagas de Augusto contra la mujer, nunca establecimos en nuestra colonia un código para determinar las relaciones entre sexos diferentes. Y si Augusto, con su ejemplo, nos inducía a la abstinencia sexual, suponíamos que lo haría sólo con el propósito de contribuir al mejor éxito de su carrera artística.

Pero todas las consideraciones que hice presente a Escobar no me valieron para que cambiara de tema. Me escuchaba con atención e insistía majaderamente sobre los inconvenientes desastrosos de la falta de relaciones sexuales.

En cuanto a la práctica del onanismo, convinimos en que era un mal generalizado entre los niños, especialmente en los internados. Hícele confidencias de lo que me había sido posible observar en esta clase de establecimientos, tales como el Instituto Nacional y otros. En cambio, en la Escuela de Artes y Oficios no se conocían sino como excepción los vicios sexuales, probablemente debido al cansancio físico producido por el trabajo rudo de los talleres. A esto había que agregar que los niños artesanos provenían de los campos en su mayor parte, en donde se develan desde la infancia los misterios del sexo y se pierde, de este modo, el encanto y atracción de lo prohibido. La conjunción instintiva entre

macho y hembra se practica allí en forma natural y desembosada. Convinimos en que la mejor manera de extirpar el onanismo de los niños sería hacerles conocer sus funestas consecuencias, y luego, facilitarles, en época oportuna, el conocimiento íntimo de personas del otro sexo.

Alejandro Escobar quedaba, por momentos, meditabundo y me observaba con los ojos entrecerrados. Comprendía yo que no quedaba satisfecho y que esperaba otra clase de revelaciones.

—Exacto... exacto —murmuraba distraídamente—; es la única manera...

TENTACIONES DE SAN ANTONIO

Me sentía presa de profundo malestar físico, que atribuía al calor extraordinario de los últimos días de febrero. Hasta los pintores habían resuelto suspender sus excursiones, abatidos por la onda flamígera que cruzaba el valle de San Bernardo. Yo me había concertado con el francesito Lemire para pasar las horas de siesta a orillas de un canal que corría al oriente del pueblo y que llegaba, con sus aguas murmurantes, hasta la presa del molino. Allí establecimos nuestro balneario. Bajo los sauces que se despeinaban sobre el canal y que proporcionaban sombra propicia, permanecíamos durante las horas de calor, ya sumidos en el agua ensayando nuestras aptitudes para la natación o tendidos a la larga sobre el pasto verde de la ribera. Nos acompañaba la mujer de Lemire, quien compartía nuestros juegos de escolares en vacaciones. En la tarde, cuando disminuía el calor, regresábamos a la ciudad.

Pero aquella tarde no tuve ánimo de acompañar a mis amigos y me dirigí a casa de Alejandro Escobar, con la intención de consultarlo sobre mi extraño decaimiento.

—Sí, sí —me dijo Escobar distraídamente, y se engolfó en una erudita disertación sobre métodos curativos.

Me palpitaban con fuerza las sienas y me dolía la cabeza. Vagamente recuerdo que se refirió a las "sangrías" y a las "fuentes de salud" a que recurrían con frecuencia los médicos de otros tiempos. Pero no parecía preocuparse de mi mal. Ya pensaba dirigirme a la farmacia en busca de algún calmante, cuando Alejandro se acercó y me observó el rostro.

—Recargos morbosos —dijo—. Tómese el jugo de un limón con un poco de agua... , sin azúcar... A ver, Rosa... ¡Rosaaa!...

Acercóse la mujer con movimientos ondulantes de mujer oriental.

—Tráele al amigo un jugo de limón...

Mientras la joven se alejaba, me dijo:

—A propósito..., ¿sabe?... Necesito pedirle un favor...

—Tendré mucho gusto —le respondí.

—Esta tarde saldré para Santiago. Iré mañana a Valparaíso, de donde me llaman con urgencia. Pero las compañeras, mi mujer y mi cuñada, son miedosas y temen quedarse solas... He tratado de convencerlas de que éste es un pueblo tranquilo; pero ellas se consideran amenazadas por grandes peligros. Querían seguirme a Santiago... ¿No podría, mi amigo, venir a acompañarlas por las noches mientras dura mi ausencia?

—No tengo inconveniente —le dije.

En ese momento volvía Rosa con el jugo de limón.

—Convenido, entonces... Fíjate, Rosa..., el amigo Santiviáñez puede venir a acompañarlas por las noches. ¿Hay ropa para una cama?

Rosa posó en mí sus entrecerrados ojos, y creí percibir en sus labios una fugitiva sonrisa.

—¡Claro que sí! Le podemos arreglar... A menos que no quiera dormir con nosotras. ¡Tiene cara de niño tan bueno!

Se aplaudió ella misma con alegre carcajada, mostrando sus pequeños dientes y las rojas encías. La broma me pareció un poco audaz, y procuré observar la impresión que causaba en Alejandro. Pero mi amigo permaneció serio y afable, iluminado por su habitual sonrisa bonachona.

Me despedí. Mis dolores se habían calmado un poco con el jugo de limón. Al caer la tarde, regresé a casa de Escobar. El ya había partido y me esperaban sólo las jóvenes con una agradable cena de frutas y verduras. Estaban muy avispadas, compuestas con cierta coquetería. La hermana de Rosa no era bonita, ni poseía el atractivo sensual de la otra... Mucho más delgada, de rostro vulgar, boca ancha y ojos saltones. Se ma-

nifestaba muy bien dispuesta en mi favor. Parecía considerarme, no sé por qué, persona sobre la cual se tienen derechos adquiridos. Me trataba con familiaridad y con cierta actitud de sobona complacencia que tenía la facultad de irritarme. Con todo, y a pesar de mi malestar físico, que no lograba vencer, chancamos durante la comida como si nos halláramos en plena aventura picaresca. Ambas me designaban por el diminutivo de mi nombre. Rosa anudó la servilleta a mi cuello recomendándome que fuera niño bueno y no manchara mi traje. Yo, a pesar del respeto que me inspiraba la mujer del amigo, a la cual nunca me hubiera permitido mirar con ojos concupiscentes, aproveché ese movimiento para oprimir su mano entre el hombro y mi cuello, en involuntaria caricia. Debo de haberme puesto rojo, porque ella exclamó:

—¡Y por tan poco se achola el lindo!... Acuértese que soy su mamita...

De este modo continuamos durante la comida en franca y, al parecer, sana camaradería, hasta el punto que olvidé mis dolores y me comporté como lo que era en verdad: un chiquillo. Ellas no tenían muchos años más que yo, y sabida es la facilidad con que se entienden las personas jóvenes. Ese día contravinimos varias de las normas dietéticas del vegetarianismo. Nos servimos café, y después de esta contravención al sistema natural que nos convertía en cómplices, una de ellas propuso:

—¿Y si tomáramos un "bajativo"? Queda un resto desde cuando tuvimos una visita "carnívora".

Nos servimos varias copas de "Guindado Letelier". Desde ese momento perdí gran parte de mi alegría. Me sentí francamente mal.

—Por favor —les dije—, arréglenme luego la cama. Quiero acostarme...

Cambiaron miradas picarescas.

—¿Le agarró? —dijo una de ellas.

—Va a tener que dormir con nosotras —dijo Rosa—, porque no tenemos otra pieza...

—¿Cómo?...

—La casa tiene sólo tres cuartos. Uno es la cocina. El otro sirve de leñera y gallinero. Así es que tendrá que dormir con nosotras...

No me hubiera extrañado que me hicieran dormir en cuarto común, porque conocía la costumbre de los campesinos modestos, pero me llamó la atención el aire de confabulación con que me lo proponían. No quise hacer alarde de pudor. Me hubiera parecido indigno de mi hombría y de los revolucionarios conceptos de sexualidad que seguramente tendrían mis compañeras anarquistas. Sólo sentía un invencible deseo de hallarme en posición horizontal, descansar... , descansar... , dormir... , como si la tierra me atrajese con imán poderoso. Sentía el cuerpo quebrantado como después de un apaleamiento. Sentía la sensación de que la caja de mi cráneo estaba a punto de estallar.

Observé como en pesadilla los aprestos y trajines de las jóvenes mientras arréglaban mi lecho. Parpadeaba sobre el velador una vela encendida. Un catre de bronce que podría cobijar a toda una familia, ocupaba casi todo el cuarto. Dispusieron mi cama a los pies, en un angosto diván.

—¡Aquí va a dormir como un bendito! —decía una de ellas—. ¡Mucho cuidado, amiguito! ¡No se le vaya a ocurrir botarse a sonámbulo!...

—¿Y qué más se haría? —replicó la otra—. En la cama grande cabemos los tres. Y a usted con una le bastaría... , ¿no es cierto?

—¡No, señora! —gritó Rosa, haciendo alusión a un cuento popular—. ¡Aquí no se libra nadie! ¡El salteo es salteo!...

Volvieron a reír. Yo las escuchaba sentado en la cama y procuraba ponerme a tono con el ambiente en que se situaban mis compañeras. Pero, apenas concluyeron de arreglar el diván, me arrojé sobre él con ansias de descanso. No supe cómo me desvestí. Después...

Después penetré en un país extraño y sobrenatural. Me pareció que descendía en un submarino de fuego a varios metros bajo tierra. Sobre mi cabeza circulaban Rosa y su hermana. Las veía moverse a través de una masa de cristal que les daba contornos irisados. Se desprendieron lentamente de cada una de sus prendas de vestir hasta quedar sólo cubiertas con nieblas ondulantes que flotaban a su alrededor. "¡El baño de vapor!", pensé, y sentí extraordinaria angustia. Además, ¿cómo salir de aquel hoyo en que me encontraba? Quise mo-

ver un brazo. Mi cuerpo era una masa de plomo. Oí que Rosa decía:

—Voy a tomar mi baño de asiento... , puede ser que...

Vi cómo las jóvenes arrastraban una bañera pequeña y la colocaban a los pies de mi cama... Rosa se sentó en el agua. Veía su dorso semidesnudo, los muslos blancos y el rostro inclinado. Brusca excitación se apoderó de mí. Pero me hallaba atado a mi lecho de tierra por fuertes lazos de hierro; me era imposible acercarme. Tampoco pude articular palabra. Después de un rato, la mujer se levantó de su asiento, se inclinó sobre mi cabeza, me observó durante algunos segundos y exclamó:

—¡El pobrecito está pa nunca!... Yo creo que...

Cuchichearon un instante y luego se echaron a reír. Momentos después sentí como jugaban sobre el lecho grande con alborozo de animalitos jóvenes. Sus movimientos provocadores me producían indefinible angustia. Una de ellas decía:

—Se pasa de tonto si no aprovecha...

¡Qué triste, que absurda aventura! Ahora sentía una ráfaga de aire candente que pasaba sobre mi cuerpo y al mismo tiempo veía moverse una ondulante hilera de bichos negros que bajaban por la sucia pared. Vaga y angustiosamente recordé la noche pasada en un oscuro burdel de Concepción en compañía de Julio y Augusto. ¡Estaba destinado a morir devorado por aquellos seres diminutos! Menudeaban las picaduras. ¡Y sin poder levantarme, defenderme, huir!... Si quiera me hubiera sido posible gritar para que acudieran las muchachas en mi defensa...

Cayó un manto pesado sobre mi cabeza. Me ahogaba... , moría... , volvía a renacer... Acaso me quedé dormido...

Al amanecer sentí que cantaban los pájaros en el exterior. Moví un brazo. Luego me senté sobre la cama. Mis compañeras dormían plácidamente. Con sigilo de ladrón, busqué mis ropas dispersas alrededor de la cama y comencé a vestirme.

Momentos después me encontraba en la calle, aspirando el aire fresco. Pero mi cabeza era como un trozo de piedra. Sólo aspiraba a una cosa: ¡Descansar... , descansar... , dormir!... Al llegar a casa, ¡con qué gusto volví a ocupar mi cama, mi propia cama!

APRENDIZ DE ZAPATERO

Mi aventura en casa de Escobar fué el comienzo de una fiebre que hizo peligrar mi vida. Mi cuerpo ardía en agotador incendio. Sed insaciable me hacía pedir con desesperación cualquiera bebida refrescante. Por momentos, deliraba. Durante los primeros días sólo vi a mi alrededor bultos y rostros preocupados, que se acercaban a mi lecho y me observaban. Más tarde pude reconocer a personas determinadas. Vi desfilar a mis compañeros: Ortiz de Zárate, Valdés, D'Halmar, Backhaus y Burchard.

También compareció nuestra lavandera, doña Rosalía, quien me trajo una ollita de mote con huesillos y un jarro de agua de culén azucarada. Se empeñaba en que me dieran cazuela de ave y unas empanaditas fritas, porque, según ella, mi enfermedad provenía de la falta de alimentos.

—Miren que vivir estos pobrecitos comiendo sólo yerbas... ¡Ejante no han muerto de inanición! —exclamaba, secándose el rostro sudoroso con su pañuelo de yerbas.

Junto a doña Rosalía entró, también, Hortensia. Desgraciadamente, la pobre no pudo ocultar su estado de ánimo, y, con gran asombro de todos, se echó a llorar... En un momento de descuido de los que me rodeaban, me tomó una mano, y acercando su rostro al mío, murmuró:

—¡M'hijito, m'hijito!... ¡Cómo pudiera estar a su lado para cuidarlo!

También fueron a verme Rosa, su hermana y Alejandro Escobar. Alejandro me recetó baños y envolturas de agua fría. Como alimento: sólo jugo de frutas. A Augusto le pa-

recieron absurdas las prescripciones del médico naturista, e hizo venir a un doctor que veraneaba en San Bernardo. No faltaron a mi lado Lemire y su mujer, *tout pour l'idée*, y varios otros franceses anarquistas que me prodigaron sus atenciones. Vino a visitarnos Tomasso Peppi y un propagandista, Lombardosi, que se hallaba de paso en Santiago.

Comencé a sentirme importante. No estoy seguro de si fué entonces cuando vino a visitarme por primera vez Benito Rebolledo Correa, con quien, más tarde, habría de ser tan amigo.

En aquellos momentos de pavor entre los que me rodeaban, pude comprender que no era tan odiado como imaginaba, y que, por el contrario, había conseguido formar alrededor de mi persona una cadena de simpatías. Fué un descubrimiento reconfortante. Se olvidaban mis asperezas, se perdonaban mis salidas de tono. Se me llegó a considerar chico bueno y de grandes condiciones de carácter. Es más: personas de mi proximidad, que antes se manifestaron entre ellas antipatía, se toleraron alrededor de mi lecho y posiblemente continuaron estimándose en el futuro. De este modo ocurrió que la vecina del frente, a quien Augusto consideraba insoportable, acudió a ofrecer su ayuda y confraternizó con mis compañeros.

No dejó de llamar la atención la heterogeneidad de mis visitantes. Allí se reunieron mujeres del pueblo, como doña Rosalía; ácratas, como mis amigos franceses y Alejandro Escobar; gentes de la clase media, como Hortensia y la vecina del frente, y refinados, como Magallanes Moure, Rafael Valdés, y otros de mis compañeros de colonia. Ello me hizo pensar que no es imposible que las diferentes clases sociales puedan armonizar y convivir ante una impresión común que les sirva de nexo: enfermedades, cataclismo, guerras.

Mi convalecencia fué como un dulce sueño de recuperación. Concluyeron mis tormentos y vi la posibilidad de que mi vida tomara nuevo rumbo. Desde luego, comenzó a bullir en mi ánimo un vehemente deseo de expresar por escrito mis pensamientos. Acudieron a mi mente recuerdos, sonidos, frases, construcciones novelescas. De preferencia, mis lucubraciones se agrupaban en forma de narraciones cortas y pequeñas novelas. Con premura, en las horas de soledad, comencé a borrar cuartillas y a tomar apuntes.

En cuanto a mis proyectos de carácter social, me resigné con dar por fracasada y terminada nuestra aventura tolstoyana. Era absurdo empecinarse en algo que no tenía base, que acaso no la tuvo nunca. Ninguno de nosotros estaba maduro para realizar experimentos como los que nos habíamos propuesto. No se podía culpar a nadie del fracaso. El mismo D'Halmar, sin duda, creyó sinceramente en la posibilidad de un apostolado. No midió sus fuerzas; no hizo labor de introspección.

Sin embargo, sentí como un desgarramiento el día en que Julio Ortiz de Zárate vino a anunciarme su próxima partida.

—¡Cómo! . . . ¿Es posible? . . . ¡Tú, el más fuerte! . . . ¡Voy a quedar solo!

Julio inclinó la cabeza, como si procurase ocultar su vergüenza. Más que vergüenza, dolor . . .

—Así es, Fernandovich . . . Una ilusión menos . . . Habrá que buscar otros caminos . . .

—¿A dónde piensas ir?

—A Santiago, por ahora . . . Después, veremos. ¿Y tú?

—Me quedaré aquí un tiempo más, mientras encuentre ocupación. Si es posible, reanudaré mis estudios en el Pedagógico.

Esta breve despedida fué el epitafio de la Colonia Tolstoyana.

Aquí deberían terminar estas "Memorias". Sin embargo, continuaré escribiendo algunas páginas. Es que en la vida todo se enlaza, nada concluye, ni aun con la muerte. Las consecuencias de esta aventura juvenil acaso fueron para mí de mayor trascendencia que la aventura misma.

Tan pronto como me sentí con fuerza para levantarme, fuí a visitar a Lemire.

—Vengo a pedirle que trabajemos juntos . . .

—¿Trabacar *pour l'idée*? . . . *Magnifique!* . . . Yo soy siempre dispuesto! . . .

—No es precisamente trabajar por la idea lo que deseo . . ., aunque alguna relación pueda tener con eso . . . Quiero aprender el oficio de zapatero. Tienen ustedes razón: es un trabajo que proporciona libertad . . .

—*Bien, très bien!* . . . ¿Cuándo quiere *comancer*?

—Mañana mismo, si no tiene inconveniente . . .

Y tal como lo convinimos, inicié mi trabajo al siguiente día. Dije a mis compañeros de colonia que seguiría durmiendo en casa, porque Lemire sólo tenía un cuarto redondo.

Ellos utilizarían los servicios de nuestra lavandera Rosalía para los menesteres de casa.

Lemire era alegre. Cantaba tonadillas francesas durante el trabajo, en voz bajita pero agradable. Comenzábamos nuestra tarea muy temprano. A la hora del calor, íbamos a solazarnos en el canal del molino. Su mujercita, cuando no se ocupaba de la cocina, servía de "aparadora" del calzado. Vivían con mucha limpieza. Sobre la pequeña mesa del comedor había siempre flores, y la cristalería, en su alacena, brillaba como recién salida del almacén.

Pronto me di cuenta de que Lemire ganaba salarios mucho más altos que los mejores obreros chilenos. Era un artista en su profesión. Trabajaba en la tienda de Monsieur Pepay, en aquel tiempo la mejor en su ramo en Santiago. Allí se confeccionaban botas de montar y fino calzado para los "ricos imbechiles", como decía Lemire. El día sábado, los obreros libres entregaban el trabajo de la semana, recibían su pago y regresaban a casa con el material para nuevas obras.

Comencé mi trabajo preparando la pita encerada de las suelas. Luego aprendí a usar la lezna curva para efectuar los diminutos agujeros que sirven para coser la suela al cuero de la caña, después de "aparado" . . . Enseguida, hube de hacerme práctico en pasar el hilo por los agujerillos y efectuar la costura con rítmicos movimientos de extensión lateral de los brazos.

—*Ab, très bien!* —me decía Lemire—. Usted será luego un zapatero *esplendid* . . .

Me entretenía aquel trabajo. Además, me consolaba de los fallidos propósitos de nuestra Colonia Tolstoyana: practicar el trabajo manual como base de vida saludable e igualitaria.

¡Y eran tan cordiales mis nuevos compañeros! . . . Compartían conmigo el pan sin mezquindad y jugábamos como niños en las horas de descanso. Mi amigo Lemire adoraba a su compañera, mujer de la clase social humilde y bien chilena, pero sin que les faltara distinción a sus modales. Poseía

en su espíritu y en su carne blandura de almohadón. Su voz no tenía vibraciones agudas; era cariciosa, como sus manos. Alguien me dijo que Lemire la había conocido en un lenocinio; es posible; pero se comportaba con esa sencillez desprovista de arrogancia que, generalmente, poseen las verdaderas damas de cepa. Con su marido era dulce y sumisa. El le prodigaba caricias; pero en sus juegos se comportaba como esos perros nuevos de patas grandotas que rompen las muñecas de los niños. Le proporcionaba palmazos crueles, la arrojaba sobre el lecho con brusquedad y solía mordisquearla sádicamente. Ella lloraba de dolor, y, entonces..., la amorosa lucha concluía en ternuras que me obligaban a salir discretamente al patio...

—¡Apaches! —les decía, cariñosamente.

No tardé en presentarles a Hortensia. Formamos, en adelante, dos parejas unidas por sincera amistad. Cuando Lemire se dió cuenta de que mis relaciones con la joven viuda eran antiguas, no pudo ocultar su asombro.

—¡Oh! —me dijo—, entonces Escobar era *trompé*...

—¿Equivocado?...

—Eso es. *Equivocat*... El creía que usted sería *malade* por falta de *femme*..., compañera... ¡Ah, ah!... *Bon ami* Escobar... El quiso *vous médiciner*... ¡Ah, ah!... Yo no sería tanto... *Grand cœur* Escobar...

Quedé sobrecogido. Mis vagas sospechas encontraban comprobación. Sentí que la figura de Escobar se agrandaba a mis ojos. Hay cosas que sólo pueden realizarlas o un libertino depravado o un hombre extraordinario. Esto, dentro de nuestras costumbres occidentales, era una loca temeridad.

—Sí —murmuré—, un gran corazón, un espíritu que se eleva por encima de la moral corriente. El mundo podrá darle cualquier calificativo. Yo... ¡lo respeto!

EL DESBANDE

Después de la marcha de Julio, el desbando continuó. A los días de sol y de calor tropical sucedieron días templados por vientos de la costa. De los grandes árboles que sombreaban las calles del pueblo, comenzaron a desprenderse hojas doradas. Una que otra, al principio; más tarde, con profusión, hasta formar blandos tapices en calles y aceras. Al par que las hojas, comenzaron los veraneantes a abandonar la ciudad. En nuestra colonia, el primero en seguirlos fué Rafael Valdés. Pocos días más tarde partió Pablo Burchar. Sólo quedamos en la casita, Backhaus, Augusto y yo. Fué entonces cuando, recordando una novela de Loti, Augusto bautizó nuestra morada con el nombre de la "Casbah", y nosotros pasamos a ser "los tres señores de la Casbah".

Veíamos poco a Backhaus. Vivía en perpetua fiebre de producción. El paisaje de los alrededores iba adquiriendo tintas nuevas. El artista partía todas las mañanas como un minero que, de improviso, hiciera el hallazgo de nuevas vetas preñadas de metales. Las viñas comenzaban a teñirse de colores de hierro oxidado, y los sarmientos, sin su follaje de verano, retorciéndose como torturados brazos. En las lejanías, el paisaje se dulcificaba. Alamedas de oro líquido, sumergidas en brumas azuladas, emprendían marcha hacia países de ensueño. En la atmósfera diáfana temblaban las hojas de los árboles; las nubes, besadas por el sol de otoño, cruzaban el azul como barquichuelos en lago transparente. Más lejos, aparecían las montañas, de líneas tan borrosas y suaves que parecían fundirse en el cielo empalidecido. Backhaus cose-

chaba sus vinos dorados. Todas las tardes traía nuevos apuntes, impresiones de color, dibujos de árboles esqueléticos, que aprovecharía más tarde en sus meditadas lucubraciones de taller.

Después de mi enfermedad, D'Halmar y el resto de los colonos comenzaron a tratarme con afabilidad. Hasta Backhaus, que tanto criticaba lo que él llamaba mis fanáticas actitudes de español testarudo, me dirigía la palabra con cierta condescendiente dulzura. En una ocasión, me regaló algunos de sus apuntes y una copia suya de un D'Harpignies del Louvre.

Backhaus era inteligente y fino. Más cerebral que sensitivo, realizaba sus producciones mediante cuidadosa preparación; si no resultaban espontáneas, tenían, en cambio, sabiduría poética que las hacía gratas a los intelectuales.

Cierto día de fiesta, apacible y beatífico, con lejanos sonidos de campanas y teñido de pálido sol otoñal, me atreví a presentar a Augusto una de mis producciones literarias. Debe de haber sido un cuentecillo sentimental, aliñado con recuerdos de la infancia. Augusto tomó el manuscrito, lo dió vueltas en sus manos y me miró con sus profundos ojos inquisitivos.

—¿Y esto?...

—Es un ensayo que deseo conozcas..., y corrija..., si vale la pena...

Mis palabras salieron con esfuerzo; se ahogaban en mi garganta, como si una extraña fuerza las devolviera hacia el interior.

—Entonces..., ¿tú también escribes? —me interrogó con asombro.

Yo me hallaba sofocado, confundido. Incliné la cabeza con el rostro convertido en brasa.

—Sí..., es decir..., trato de escribir. En un tiempo recibí palabras de estímulo... Nunca ha leído mis cosas un escritor como tú...

Backhaus se acercó. Su rostro expresaba benevolencia, pero, también, incredulidad.

—¡Hombre, hombre! —exclamó regocijadamente—. Sería curioso que Santiváñez nos resultara escritor... ¿Y dices que has hecho algo más..., fuera de eso?

—¡Es claro! —respondí con la afectada entereza de los tímidos—. He escrito cuentos y artículos... Y han sido publicados en "La Discusión", de Chillán...

Backhaus rió con su fina risa de intelectual.

Mientras tanto, yo observaba a Augusto con rápidas miradas de reojo. Leía mi trabajo con atención. De vez en cuando dejaba escapar leves interjecciones, que tanto podrían ser de aprobación como de repudio:

—¡Hum!..., ¡hum!...

Por fin, concluida la lectura, me devolvió los papeles.

—Está bien... Tienes sensibilidad... Naturalmente, falta la experiencia. Necesitas pulimento...

Y añadió:

—Me encargaré de eso... Desde luego, esto es mejor que muchos cuentos publicados en "Zig-Zag". Hablaré con Díaz Garcés para que te admitan colaboraciones...

En seguida volvió a tomar los papeles, tarjó algunas palabras, añadió otras y dijo a Backhaus, que observaba estupefacto:

—Escucha, José... Voy a leerte el trabajo de Fernando.

Y leyó, en efecto. Leyó, como Thomson sabía hacerlo. Fuí yo el que recibió la mayor sorpresa. Mi cuentecillo adquirió en sus labios sonoridad musical, matices suaves, amplitud de velamen desplegado al viento, delicadeza de pequeña obra maestra... ¿Era yo quien había escrito eso?... Sentía deseos de reír y de llorar y una sensación parecida a la que se experimenta en sueños, cuando, por movimiento rápido de los pies, se asciende en el espacio y se va dejando la tierra muy abajo y se va aproximando cada vez más a las estrellas...

—Pero..., ¡qué bien!..., ¡qué bien!... —repetía Backhaus, abriendo sus grandes ojos azules y acariciando su barbilla rubia—. ¡Este Fernandovich nos va resultando el patito feo de Andersen!... ¡Quién iba a creer que...!

Pocas veces en mi vida he sido tan feliz como en ese momento. Tenía tanta fe en la capacidad crítica y artística de Thomson, que, con sólo su aprobación, ya me sentía consagrado escritor. Y, en realidad, aquélla era una consagración. El cuentecillo fué leído por Augusto a Manuel Magallanes Moure, a Díaz Garcés, a Samuel Lillo y a otros escritores,

cuya aprobación significaba ser admitido en las mejores revistas del país en calidad de colaborador y que se me invitara a participar en las veladas del Ateneo, mantenido por la admirable constancia de Samuel.

Avanzaba el otoño. Pasaban por los caminos de los alrededores de San Bernardo carros cargados de uvas negras o doradas. Se escuchaban las risas de las vendimiadoras, y, en las bodegas, el jadear de los hombres que bailaban en las zarandas, exprimiendo el jugo azucarado de los racimos. La atmósfera se hacía cada vez más sutil y el viejo pueblo tomaba nuevos y más profundos atractivos. La soledad comenzaba a invadir sus calles cobijadas por el varillaje descarnado de los árboles. Cerrábanse las pesadas puertas de las casonas y volvía a escucharse, al borde de las aceras, la canción delgada de las acequias cristalinas.

También los amigos anarquistas emigraron. Primero fué Escobar y Carvallo con su familia. Nos despedimos con emoción, prometiendo encontrarnos más tarde en la capital.

—¡Adiós, chiquillo! —me dijo Rosa con su cadenciosa y suave voz de pilluelo santiaguino—. Si te pilló otra vez, no te escaparás ni aunque estés boquiando... ¡Chas con el santito!

Más tarde le llegó el turno a Lemire.

—Yo soy todo de usted allá en Santiago... Hay que trabacar, ahora, por *la vie*... Usted será buen zapatero... También trabacaremos *pour l'idée*...

No tardó Backhaus en seguir a los demás. Llevó consigo dos cajones repletos de apuntes: acuarelas, impresiones al óleo. Fué su mejor cosecha del año.

Quedamos solos Augusto y yo.

TERCERA PARTE

Hogar de Artistas

NUEVA FAMILIA

Augusto comenzó a realizar con mayor frecuencia sus viajes a Santiago. Comprendí que deseaba volver definitivamente a su casa y que yo debería marcharme también, pues en San Bernardo no me sería posible hallar ocupación. Resultaba para mí bastante duro recurrir a mi lejano pariente y protector, que en aquel tiempo ocupaba el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores. Yo había sido expulsado del Instituto Nacional y de la Escuela de Artes y Oficios, mientras él me sirvió de apoderado, y, más tarde, abandoné sin motivo, y sin darle aviso, el puesto que me dió en la Librería Miranda, cómoda ocupación que me permitió obtener gratuitamente buena lectura y asistir sin apremio a mis clases del Pedagógico. Yo suponía que debió recibir informaciones sobre mi aventura en la Colonia Tolstoyana; seguramente debía considerarme loco de remate.

—Prefiero cualquier cosa antes que pedirle ayuda nuevamente —le dije a Augusto—. Es cuestión de dignidad. Me he portado mal; debo sufrir las consecuencias... Si vuelvo a Santiago, prefiero trabajar con Lemire. El ha prometido darme pensión en pago de mi ayuda y, cuando conozca bien el oficio, podrá sacar obra para mí en el almacén en que trabaja.

—Hombre —me dijo Augusto—. No hay que tomar las cosas tan a lo trágico. Estoy seguro de que don Federico te perdonará. Es persona muy inteligente, fina y comprensiva. Después de todo, es de tu raza... Tuvo especial estimación por tu madre y fué amigo de tu padre...

—Es verdad... Pero, por eso mismo... Además, quiero demostrar que soy capaz de bastarme solo... Tengo dieciocho años; pronto cumpliré diecinueve...

De vuelta de uno de sus viajes a Santiago, Augusto me dijo:

—He decidido continuar viviendo en San Bernardo. Es un ambiente admirable para un escritor. He decidido, además, que mi familia venga a vivir conmigo. Mi viejecita necesita descanso, buen aire y cuidados especiales. Conseguí una ocupación en las oficinas de ferrocarriles. Con eso, y con lo que obtenga de mis colaboraciones en diarios y revistas, podremos vivir...

Augusto era propenso a realizar anticipadamente y con relieve extraordinario el futuro de su vida, lo que, por lo demás, no es raro, porque todos hacemos lo mismo. Sólo que él prescindía fácilmente de la realidad y de la lógica de los acontecimientos y les daba una fisonomía egocéntrica, adaptaba a sus gustos, predilecciones y concepciones personales. En igual forma procedía en la creación de sus personajes novelescos, a quienes infundía su propio espíritu o el espíritu eventual extraído de lecturas y meditaciones.

En aquella época tuvo la concepción de una vida hogareña apacible y dedicada al arte. El ambiente de San Bernardo lo hizo pensar en una casa antigua, alhajada con muebles coloniales y recuerdos del pasado. Su abuela sería el hada de este castillo artístico. Sus hermanas, las hidalgas doncellas que le rendirían homenaje y acatamiento. Y yo... Acaso tuve parte también en el cuadro concebido por su imaginación. Yo sería el amigo, el discípulo, el reverente protegido.

Desde que se dió cuenta de que era yo uno de los suyos, es decir, alguien que poseía algunas aptitudes literarias, cambió substancialmente su modo de tratarme. Me honraba con sus confidencias, me hacía compartir sus lecturas, procuraba, en suma, adaptar mi espíritu al suyo. Cada vez que componía un nuevo poema en prosa o un cuento, lo leía y exigía mi opinión. De este modo, vine a reemplazar a Julio, a quien quiso convertir en otro tiempo en amigo y discípulo.

El espíritu de Augusto era absorbente, pero no desprovisto de ternura. Acaso la tuvo en demasía. Más tarde, cuando

conocí a su familia, comprendí que le agradaba disponer como soberano de seres y cosas que lo rodeaban. En la Colonia Tolstoyana fué mi amigo mientras le rendí acatamiento; cuando tuve la audacia de contradecirlo, me arrojó de su lado como una basura.

Si durante la colonia no pude entenderme con Augusto en cuestiones morales o sociales, en cambio en cuanto a escritor nunca dejé de considerarlo como un maestro admirado, lo cual no lo satisfacía, pues a lo que él aspiraba era un vasallaje absoluto y total. Indudablemente sufrió respecto a mí una confusión que debería traer lamentables consecuencias para ambos.

—Quiero que conozcas a los míos —me dijo un día—. Es posible que tú y mi familia puedan llegar a estimarse. En ese caso, podríamos vivir juntos.

Para comenzar, me rogó le ayudara a buscar casa en San Bernardo. Cumplí su encargo; visité numerosas quintas desocupadas y un día cualquiera invitó a su familia para que juntos las visitáramos. Fué un largo deambular por calles y casas, vacías de habitantes en la estación otoñal. Elegimos, al fin, por acuerdo unánime, una vieja casa situada a pocas cuadras de la línea del ferrocarril. Tenía jardín y espacioso huerto frutal. Había en ella paz y soledad. El frente daba a una de las sombreadas calles del pueblo; pero uno de sus costados miraba por sus ventanas, enrejadas de hierro, hacia los potreros deshabitados de una posesión rural.

La abuela de Augusto era una ancianita encantadora. Como muchas viudas antiguas, vestía siempre de negro; era sencilla y pulcra. Toda su persona emanaba dulzura y bondad. Poseía voz suave y ademanes señoriales. Sus ojos de azul purísimo y el rostro muy blanco le habrían dado aspecto de tímida virgen si no tuviera ya los cabellos encanecidos por completo.

—¿Qué te parece, viejecita? —le preguntó Augusto, después de recorrer la casa.

Ella respondió con evasiva mirada:

—¿Y cuándo he pensado de diverso modo que tú?

Su modo de pronunciar las palabras la hacía adorablemente sumisa.

—¡Pero, Juanita Cross! —exclamó Augusto, entre burión y enternecido—. Tu opinión tiene gran importancia. Un cambio de pueblo y de casa es algo trascendental, y no quería que después te sintieras incómoda...

—En cualquier parte estaré bien..., si puedo tenerte a mi lado... Es verdad que echaré de menos a mis alumnas; estoy acostumbrada al trabajo, pero... ya buscaré en qué pasar el tiempo...

—Entonces, ¿conformes?... —concluyó Augusto.

Las hermanas se mostraron encantadas de la casa y del pueblo.

Espontánea simpatía nació entre las hermanas de Augusto y yo. Elena era de mi edad, silenciosa y risueña. Llevaba el cabello corto y le caía hasta el cuello en rizados bucles castaños. Al reír, mostraba sus pequeños dientes engastados en rojas encías.

—¿Por qué se ha cortado el pelo? —la interrogué atondradamente a fin de iniciar la conversación.

Ella se echó a reír y no respondió. Su hermana explicó por ella:

—No crea que Elena lo ha hecho por coquetería. Se lo cortaron durante una enfermedad de tifo.

—Comprendo... ¡Y le sienta muy bien!

—No tanto —replicó Elena, confusa ante el requiebro inesperado.

Era alta, de hermosas facciones finas; emanaban de su persona salud y alegría. En cambio, su hermana Estela no era bonita. Cumplía apenas los quince años. Ambas tenían tipo sajón, pero en Estela se marcaba este origen más que en su hermana: parecía una inglesita espigada, ligeramente pecosa y de corta nariz. Controlaba sus gestos y se expresaba con dicción fácil, mientras los ojos, bellos y brillantes, permanecían velados por largas pestañas, lo que daba a su rostro una expresión de misterio y de ensueño que parecía evadirse hacia parajes distantes.

Ese mismo día convinimos en que viviría con ellos tan pronto como la familia se trasladara a San Bernardo. Augusto dispuso, desde luego, de las piezas de la casa: el cuarto grande de la esquina sería salón y taller; este otro, habitación de la abuela; el de más allá, cuarto de las chicas; el

que se halla junto al pasadizo, para nosotros los hombres; aquí, el comedor.

De ese modo quedé incorporado a la familia. Cuando acompañamos a las damas a la estación, todos parecíamos alegres y charlábamos como viejos amigos. Sólo la abuelita parecía ausente, guardaba silencio y caminaba con pasos inseguros.

R U P T U R A

Llevaba una herida en el pecho que no me permitía disfrutar de mi nueva situación gozosa de escritor novel. Esta herida era Hortensia; el recuerdo de Hortensia, que se había convertido en sombra huidiza, enigma y obsesión. Fueron muchos los viajes que realicé hasta su casa. Nunca la encontré. Los chicos salían a recibirme, como siempre, con sus caritas llenas de alegría y sus pequeñas almas rebosantes de afecto. Los acariciaba, repartía algunos regalos e inquiría noticias de la madre.

—Mamá está enferma —me dijo el mayorcito con voz llorosa—. Fué donde el médico y la encontró mal.

—¿Qué tiene?

—Algo al pulmón... , anemia —respondió con vaguedad el chico.

Confirmó también algo que ya conocía por doña Rosalía:

—Se lo pasa en la iglesia, y, cuando vuelve a casa, cierra las puertas y ventanas. Nos tiene dicho que no abramos a nadie.

—¿Ni a mí tampoco?

El niño calló. Comprendí que no deseaba herirme.

—Dile a tu mamá que esa orden no puede valer para mí... Yo soy como de la familia... Uno de sus hijos o su hermano.

El niño bajó los ojos y enrojeció como si realizara un esfuerzo físico o mental. Procuraba comprender... O comprendía demasiado.

—Adiós, mi hijito...

Cada uno de los chicos ofreció su carita para que los besara.

—¡No te vayas! —me dijo la más pequeña, abrazándome las piernas.

Me alejé profundamente conmovido. Al sentir a mi espalda el ruido de la puerta al cerrarse, me pareció escuchar una queja lastimera. Me apenaba no sólo el rechazo de Hortensia, sino también el desamparo en que se hallaban los chicos, que era la medida del estado moral de la madre, tan hacendosa y preocupada de ellos. Sus caritas sucias, sus trajes desgarrados, hablaban con elocuencia del dolor de la madre y de su despreocupación de las cosas materiales.

No cedí en mi empeño de verme con Hortensia. La esperé varios días en las proximidades de su casa y en la puerta de la iglesia. Pero Hortensia se esfumaba a pesar de haberla visto poco antes arrodillada en las losas del templo. No tardé en darme cuenta de que la joven se escabullía por alguna comunicación interior desde la iglesia a la casa del señor cura, y de ahí, a la suya.

Recurrí, entonces, a los buenos oficios de Rosalía. Le expliqué mis andanzas en seguimiento de Hortensia y los temores que me afligían. Ella me escuchó en silencio, lo que no era normal dentro de su carácter expansivo. Seguramente se hallaba tan preocupada como yo.

—Misia Hortensita s'está matando —me dijo, con voz grave—. Dios l'ha tocao la conciencia. Como es tan pechoña, cree qu'está condená por quererlo a usté. Yo creo que ni toma los remedios que le da el meico... Tampoco ha querío irse al campo pa poderse aliviar... El señor cura quería tomarle una reemplazante y qu'ella se juera con los niños a pasar una temporá onde un pariente d'él, que tiene jundo por esos laos de Colchagua... No ha querío moverse... ¡Pobrecita!... ¡Yo no sé qué le va a pasar!...

—Estoy seguro, doña Rosalía —le dije—, que si yo hablara con ella, la convencería de muchas cosas... Es necesario que la vea... Le ruego que la busque y le diga que necesito una entrevista... La última... si ella lo dispone así... Dígale que no podemos separarnos sin una explicación...

como si fuéramos enemigos. Si tiene alguna queja en mi contra... , o si ha dejado de quererme...

—No —protestó doña Rosalía—. ¡Eso no!... Ya me lo habría dicho... Yo pienso decirle que usted está enfermo... ¡Verá cómo viene al tiritito!

No sé cómo se las arregló doña Rosalía para hablar con Hortensia; pero es lo cierto que esa misma tarde me trajo una respuesta:

—Mañana vendrá a verlo...

Convínimos en que Hortensia vendría a mi casa en la mañana. A esa hora yo quedaba solo; Augusto iba a su ocupación diariamente y se marchaba a Santiago en el primer tren.

A pesar de que estaba convencido de que podría doblegar la voluntad de Hortensia y de que nuestras relaciones volverían a la antigua cordialidad, nunca esperé una hora de cita con mayor ansiedad. Me proponía expresarle mi ternura, aumentada por la separación, y, sobre todo, la convencería de la necesidad de que se pusiera en curación y que abandonara el tétrico pesimismo en que se hallaba sumergida.

Esa mañana, tan pronto se marchó Augusto, me dediqué a asear y embellecer el cuarto. Puse en los floreros grandes ramos de juncos y violetas, que exhalaban el alma viva de los jardines de San Bernardo en la estación otoñal. Como ya comenzaba el tiempo frío, me preocupé de temperar el ambiente con una braserada de carbón y de evitar los gases arrojando al fuego yerbas de romero y alhucema.

Cuando Hortensia apareció en el umbral —después de haber penetrado silenciosamente por la puerta de calle que, por antiguo acuerdo, siempre dejábamos entornada discretamente—, permanecemos un instante mudos, de pie uno frente al otro. Hortensia, vestida de negro, con la cabeza cubierta por el denso manto de seda que usaban las damas para asistir a misa, dejaba ver sólo parte de su rostro, enflaquecido y pálido. Sus ojos afiebrados fosforecían; oscuras ojeras acentuaban su expresión austera y dolorida.

—Lo creía a usted enfermo —murmuró, como si vacilara entre seguir avanzando o retroceder.

Yo alargué mis manos con ademán afectuoso.

—Y estoy enfermo de verdad, Hortensia. Y tú eres la causa... Tú, que me tratas como si no me hubieras visto nunca... ¡Ni siquiera me tuteas!... ¡Entra, pues!

Hortensia, cohibida, avanzó un paso y extendió la mano tímidamente. Yo me limité a estrecharla con obligada parsimonia.

—Toma asiento, Hortensia... No tengas ningún recelo. Si, como veo, quieres considerarme como a simple forastero, me resignaré... Pero necesito que hablemos.

Hortensia se sentó en la silla que se hallaba más distante de mí, extrajo de su bolso un pañuelito y lo llevó a las narices delicadamente.

—Creí que estaba enfermo —volvió a repetir en voz baja—. Por eso vine...

—Ya lo sé, Hortensia... Y venías a cuidarme. Te lo agradezco. Eso me indica que no me consideras extraño del todo. Pero si me ves en pie, y no postrado en cama, no quiere decir que me encuentre sano... Estoy, en realidad, trastornado, herido, y sufro mucho... ¿No es como si estuviera enfermo?

Me había sentado en uno de los divanes, lejos de ella, y permanecí todo el tiempo con la cabeza inclinada, sin mirarla. Comprendí que debería adoptar una actitud pasiva para no alarmar su enfermizo estado de escrúpulos morales, que la mantenían dispuesta a huir al menor intento de asedio amoroso.

—Yo no quiero que sufra —me dijo, con voz casi imperceptible—. Desearía para usted todo lo mejor...

—Pero si me tratas como a un extraño, me haces sufrir en forma cruel. Hace poco, era yo parte de tu vida... Así me lo decías. Hoy, bruscamente, sin que yo te dé motivo alguno, soy menos aún que cualquiera de la calle... ¡Es horrible, Hortensia, horrible!... ¿No lo comprendes así?

—Si lo considerara un extraño —me dijo, como si hiciera un esfuerzo para expresarse—, no estaría aquí...

—Pero...

—No quiero que volvamos a ser lo que fuimos antes... ¡Eso... no estaba bien!

—Si me quitas algo que me pertenecía y que tú misma me diste, ¿cómo no sentirme robado, burlado?... ¿Y por qué no está bien?... ¿Es un crimen quererse como nos que-

ríamos?... ¿No somos libres tú y yo?... Yo estaba solo, abatido, sufriente... Te busqué, presintiendo que me amarías y que me prestarías auxilio: acompañándome, sirviéndome de refugio... Me acogiste como una hermana..., curaste mis heridas..., me diste ánimo y fe... Fuiste inmensamente buena... ¿Había algo de malo en eso?

Hortensia bajó la cabeza y no respondió. Me puse de pie y di algunos pasos por el cuarto, como si mi inquietud espiritual necesitase aire y movimiento. Continué hablando, sin dejar de pasearme:

—De pronto, sin una advertencia, sin una explicación..., me vuelves la espalda... Me quitas esa compañía cariñosa... ¿Es posible?... ¡Y quieres que no sufra!... Imaginas que sigo viviendo feliz... ¿Cómo puedes pensar eso?... ¿O crees que no te he querido, que no te quiero..., y que soy como una piedra del camino que se puede arrojar con el pie como un estorbo?

—¡Eso no!... ¡Eso no! —sollozó ahogadamente.

—¡Hortensia!... ¡Hortensia! —le dije, con voz trémula de emoción, deteniéndome delante de ella—. ¡Yo no quiero forzar tu voluntad! ¡Si has dejado de quererme, debes darme el castigo!... Sufiré como si me echaras al infierno; pero lo soportaré con valentía... Sólo te pido que si no puedes darme el cariño de amante, me consideres siquiera como un amigo... ¡Abreme tu alma!... ¡Cuéntame tus penas!... ¡Ayudémonos!... ¿Qué te pasa, mi Hortensia?... ¿Por qué huyes de mí?... ¡Mírame! ¡Déjame mirar tus ojos!

Comprendí que mis palabras, sinceras, fervorosas, encontraban eco en Hortensia y que su resistencia disminuía. Tómeme, entonces, sus manos, e hice que se pusiera de pie para mirarla de cerca.

—¡Has adelgazado, pobrecita mía! —le dije con voz cariñosa—. Con tus cavilaciones y el género de vida que llevas, te estás matando... No tienes derecho para eso, Hortensia... No puedes disponer de tu vida como si fuera solamente de tu propiedad... Tú no te pertenesces... Te debes a tus hijos y a... los que necesitan de tu cariño para vivir. ¿Qué será de nosotros si nos abandonas?... Dios puede castigar o enviar la muerte cuando lo crea conveniente... ¡Es el Supremo Juez!... Pero nosotros no tenemos derecho para

reemplazarlo, ni de juzgar sus intenciones, que son inescrutables...

—¡Es que soy muy mala! —exclamó con incontenible sollozo, humillando el rostro anegado en lágrimas—. He vivido en pecado... He sentido alegría y orgullo de mi maldad, en vez de humillarme y avergonzarme... ¡Debo pagar mi culpa!

Tomóse el rostro con las manos desesperadamente, y las lágrimas corrieron entre sus dedos. Yo la enlacé por el busto con delicadeza, envolviéndola en un abrazo que expresara mi ternura y deseo de protección.

—¡Vivías en pecado!... ¡No te comprendo! ¿Quién te ha dicho eso?... ¿Llamas maldad el haberme dado consuelo, cuidados, cariño generoso?... ¿Puedes arrepentirte de haberme hecho feliz y de sacarme de la desesperación y abandono en que me hallaba? Quieres, sin duda, decirme que este cariño nuestro no ha sido sancionado aún por las leyes humanas o divinas... Pero, Hortensia, eso tiene remedio... El día que tú quieras, nos casaremos... ¡Nada hay que lo impida!...

—¡Eso nunca! —exclamó Hortensia, desprendiéndose de mí con gesto rápido e irguiéndose con energía.

—¿Por qué, mi hijita, por qué?... ¿No nos queremos? ¿No me quieres? ¿No somos libres?

—¡Sí, porque te quiero, no cometeré jamás esa locura!... ¡Sería un crimen!...

—¡No comprendo, Hortensia!... Dices que me quieres y que consideras nuestro cariño un pecado..., ¡y no quieres legitimarlo!...

Secóse rápidamente las lágrimas y con voz entera, firme, dijo:

—¡Eres un niño!... Nada conoces de la vida... Yo soy una mujer con experiencia y debo velar por ti y por mí... Podría ser tu madre, por la edad, y si tomara en consideración lo que he sufrido, dos veces tu madre... Tengo hijos, y apenas puedo mantenerlos con mi trabajo. Tú no podrías ayudarme en eso... O deberías sacrificar por nosotros juventud y justas ambiciones. Además...

—¡Calla, calla! —le dije con arrebató—. Soy ya un hombre. ¡Puedo trabajar!

—No lo dudo. Pero pasaría el tiempo... Tengo, por lo menos, diez años más que tú... Envejeceré..., perderé el escaso atractivo que me queda...

—¡Qué importa!... ¡No son bellezas materiales las que busco en ti!

—Sigues hablando como un niño. Pero yo sé que llegaría un momento en que sería una carga tremenda para ti... Entonces, quizá me culparías..., me aborrecerías...

—¡Nunca, nunca!

—¡Pobrecito!... Eso crees ahora...

—¡Te quiero, Hortensia! —dije enlazándola con violencia y estrujándola apasionadamente. Ella palpitaba entera y me transmitía el calor de su cuerpo blando y tibio.

—¡Déjame, por favor!... Además, óyelo bien... Estoy enferma..., condenada a morir...

—¡Sanarás! ¡Yo te cuidaré!

—No, no... No seas loco... Eres bueno; pero no tienes experiencia... Te contagiaría. Morirías tú también... Tú debes vivir. Eres joven, ilustrado, de buena familia... Eres inteligente... Debes vivir, hijito... ¡Y Dios premiará tus buenas intenciones!...

La acaricié con efusión, llené su rostro de besos, y busqué sus labios afanosamente hasta conseguir que se unieran a los míos. La pasión de otras horas renacía con la fuerza incontenible de la juventud y el cariño.

—¡Hortensia!... ¡Amor!...

—Mi hijito..., mi hijito...

Y nos abrazamos y nos volvíamos a abrazar, unidos en una sola palpitación. Nuestros labios se bebían con ansia que parecía no saciarse jamás. Sin darnos cuenta, nos sentamos en el lecho; luego, enlazados, rodamos en él, perdida la noción de lugar y tiempo, estrujándonos como si quisiéramos formar un solo cuerpo. Yo sólo veía confusamente su rostro bellamente desencajado por la pasión y sus ojos entreabiertos y ausentes... Era la locura que llegaba.

—oOo—

¿En qué momento penetró en la pieza sin que nos diéramos cuenta?... Recuerdo que sentí abrirse la puerta de calle y que se volvía a cerrar "¡Es el viento!", pensé.

Pero de pronto se irguió ante mí una sombra de gigante que parecía llenaba todo el marco de la puerta de comunicación con la pieza vecina.

—¡Augusto! . . .

Eché él una mirada inquisitiva al lecho en que estábamos enlazados. Su rostro no demostraba sorpresa ni cólera. Acaso, un poco de curiosidad. Fué una mirada rápida. Luego Augusto dió media vuelta y sentí sus pasos que atravesaban la pieza vecina, en dirección al patio. Yo no hice el menor movimiento, ni de alarma ni de terror. Sentía en ese momento una gran conformidad. Me hallaba resuelto a cualquiera cosa que pudiera sobrevenir.

En cambio, Hortensia se levantó de un salto. Nerviosamente comenzó a ordenar sus vestidos junto a la cama. Su rostro estaba pálido, desencajado.

—¡Castigo de Dios! —murmuró ahogadamente, y salió del cuarto sin mirar siquiera una vez hacia atrás. . . Después sentí el golpe de la puerta de calle al cerrarse.

Permanecí algunos minutos sin movimiento. Luego me levanté y comencé a pasearme, esperando el regreso de Augusto. ¿Se produciría entre nosotros una escena violenta? . . . Por respuesta a esta interrogación, me limité a encogerme de hombros.

Sólo algún tiempo después apareció Augusto en el cuarto. ¿Qué me iría a decir? . . . Me miró. En sus ojos no había agresividad ni reproche. Denotaba, más bien, tranquilidad.

—Perdí el tren —me dijo con tono de voz natural—. Pasé donde Magallanes, y nos convidó a almorzar. ¿Quieres acompañarme?

—Mejor será que vayas solo. Yo me quedaré.

Fué toda nuestra explicación. Tomó su sombrero y se despidió afablemente, como si nada hubiera sucedido.

CABEZA DE FAMILIA

En el momento en que fuí sorprendido en compañía de Hortensia, se produjo en mi espíritu un fenómeno que se ha repetido en los momentos culminantes de mi vida: terremotos, fallecimientos, incendios, pérdidas súbitas de fortuna o de afectos. Todo, en fin, lo que significa catástrofe material o moral. Insisto en recordarlo, porque esto me ha preocupado más de una vez. En esos momentos me sobrevénía algo que era como la ausencia o paralización de sensaciones. ¿Existe alguna ley que permita al espíritu conservar su equilibrio ante los acontecimientos catastróficos? Emerson habla de la ley de las compensaciones. Sería una explicación. Sin ello el corazón estallaría de dolor, como una granada.

Al salir Hortensia del cuarto, tuve la certeza de que la perdía para siempre. Este era, para mí, el cataclismo. Lo demás tenía importancia secundaria. Algo definitivo se había realizado. Sin embargo, a pesar de la extraordinaria excitación nerviosa en que me hallaba, invadióme gran serenidad. No era resignación, ni otro sentimiento depresivo, sino una especie de alejamiento súbito de este mundo para ser trasladado a una estrella lejana. . . Allí no existiría dolor ni felicidad.

Cuando Augusto regresó de casa de Magallanes, no demostró contrariedad alguna. ¿En dónde quedaban su fobia contra el sexo femenino y sus teorías de prescindencia de la mujer, perturbadora de la potencia creadora del artista? Si su actitud se debió a prudencia, de todos modos debí agradecerlo, pues no era él persona acostumbrada a callar sus

impresiones; por el contrario, las expresaba con energía y gustaba imponerlas.

Pero lo que me extrañó más fué que no renunciara a sus propósitos de introducirme en su grupo familiar. Al fin, mis relaciones con cualquiera mujer eran asuntos de mi exclusiva incumbencia; pero no era lo mismo el ingreso mío — una persona contaminada por la concupiscencia — en el círculo íntimo de los suyos. Pensando en esto, yo había resuelto abandonar el pueblo e irme a Santiago.

—Creo —me dijo Augusto, al referirse a sus proyectos— que todo va resultando a medida de nuestros deseos... Te traigo una buena noticia... Encontré en el correo una carta del caballero de quien te hablé... Me comunica que te dará el puesto que le hemos solicitado. Es un abogado muy culto y que siente simpatía por el arte y los artistas... Creo que te entenderás con él... El sueldo es bueno. Sólo exige que te perfecciones en la dactilografía. Como te harás cargo del puesto en la próxima semana, mientras tanto puedes practicar... Ya arreglaremos eso...

Agregó que, de este modo, yo contribuiría con mi sueldo a los gastos de casa y desaparecería el último escrúpulo que me detenía para vivir en casa de su familia.

La actitud de Augusto me pareció extrañamente generosa. Era indudable que perdonaba mis flaquezas o las consideró desde tanta altura, que ni siquiera quiso hablar de ellas. En vez de adoptar un temperamento agresivo, como yo esperaba, su posición fué fraternal, desprejuiciada y humana. Eso me hizo olvidar los últimos reparos que tenía en su contra y pude considerarlo de nuevo, como al comienzo de nuestro conocimiento: como maestro y amigo.

—Está bien —le dije—. Espero que, en adelante, continuaremos estimándonos cada vez más.

No por eso dejé de pensar en los últimos acontecimientos, tratando de explicármelos y comprenderlos. ¿Poseía Augusto un espíritu paradójal y contradictorio? Posiblemente no. Debía reconocer que era egocentrista, y, además, psicólogo de mediana clarividencia. Se inclinaba siempre a las generalizaciones, por palpito, por intuición —como él decía—, y, como es natural, con base tan vaga, las generalizaciones le resultaban siempre mal. Proclamaba que todas las mujeres

eran falsas, perversas, dañinas para la salud del hombre. Sólo se exceptuaban las que entraban en la órbita de sus afectos: su madre, la abuelita, su hermana Elena y las almas infantiles que aún no habían sido contaminadas por el apestoso espíritu del mundo femenino. Es probable que mi hermana Ascensión, por ser aún muy niña, y porque imaginó le sería fácil ejercer dominio sobre ella, también formó, durante algún tiempo, en el círculo de excepciones. Desde que lo conocí, yo fui colocado en diferentes clasificaciones, según fuese mi actitud respecto a él. Malvado y torpe, el tiempo que duró la colonia; bondadoso e inteligente, un poco después. Por eso es que, más tarde, al hablar de mí, creyó salir del caos en que él mismo se había metido, diciendo que yo poseía un espíritu "que cristalizaba a veces, y que otras se transformaba en escoria"... Cuando sorprendió mis relaciones con Hortensia, yo me encontraba, respecto a él, en época de prianza. Por lo tanto, debía poseer ante sus ojos el máximo de buenas cualidades y mis defectos reducidos al *mínimum*, o bien, perdonados. ¿Mis aventuras amorosas con ésta u otra mujer? ¡Pequeños deslices provocados, seguramente, por el hastío o la ociosidad! ¡Otra cosa sería cuando me hiciera cargo de obligaciones y me abocara al matrimonio y al mantenimiento de un hogar!...

Comencé a viajar con regularidad a Santiago. Muy temprano desayunábamos en la "Casbah", como llamaba Augusto la casita en que vivíamos, y a las nueve tomábamos el primer tren. Como lo habíamos proyectado, practiqué dactilografía en la Universidad. Samuel Lillo, su pro-rector, me dió facilidades. Allí me fué posible conocer a varios escritores: Eduardo Barrios, Carlos Mondaca, Max Jara y, muy en especial, a Baldomero Lillo, a cuya oficina asistí para mi aprendizaje. Todos me trataron como a viejo camarada. Desde entonces iniciamos una amistad que no se turbó sino por la muerte de alguno de ellos. Todos se comportaron en forma sencilla, cordial, exceptuando a Jara, con quien, no sé por qué, nunca logramos estrechar amistad.

Poco después, la familia de Augusto se trasladó a San Bernardo. Desde entonces, nuestra vida adquirió ritmo tranquilo, burgués, burocrático. Se estableció entre nosotros sana armonía.

Las hermanas de Augusto se repartían los quehaceres domésticos, ayudadas a ratos por una pequeña criada; la abuelita leía o se ejercitaba en el piano. Nosotros, al regreso de la ocupación, nos dedicábamos al trabajo literario. Durante las primeras horas de la noche, reunidos en el salón, se charlaba, se hacía música. Otras veces realizábamos pequeñas excursiones en el pueblo y sus alrededores. En suma, vida afanosa y agradable. Era de esperar que también sería fructífera.

Tan pronto me sentí afianzado en la nueva ocupación, pedí permiso para ausentarme durante algunos días, y realicé un viaje a Arauco. A mi regreso, traje conmigo a mi hermana, como lo habíamos proyectado.

Ascensión fué recibida cariñosamente por la familia de Augusto, en especial por Estela, que tenía su misma edad.

Augusto se manifestaba satisfecho. Sus planes adquirían forma.

Sentíase "cabeza de familia", jefe de un hogar en donde todos sus miembros lo consideraban como árbitro supremo. Realizaba su obra literaria. ¿Qué más podía esperar?

ABOLENGOS

Los muertos mandan. Es el título de una novela de Vicente Blasco Ibáñez. Seguramente Emilio Zola influyó en las teorías biológicas de don Vicente, y él, a su vez, las recibió de otros autores. La herencia se cierne sobre cada ser como nube fantasma que cubre el cielo y emite su efluvio infatigable y tiránico sobre la vida. Somos lo que fueron los ascendientes y los hijos llevarán la marca de fuego de nuestro espíritu. Ellos no conocerán el porqué de sus melancolías, de sus ambiciones, de sus ensueños y de sus ansias. Irán tejiendo sus propias vidas con el hilo invisible heredado de abuelos remotos.

El conocimiento de la familia de Augusto y la historia de sus padres y antecesores, me dieron mayores noticias de su espíritu que todas las confidencias que él mismo pudo entregarme en momentos de sinceridad. Desde que quedamos solos en San Bernardo, después de la dispersión de nuestros compañeros de colonia, se produjo entre nosotros un acercamiento cada vez mayor, que llegó a su culminación con el proyecto de reunir, en un sólo haz, los restos de nuestras familias naufragas. No sólo me iría yo a vivir a casa de su abuela materna y de sus hermanas, sino que llevaría conmigo a una hermana, que, desde la muerte de mi padre, había sido acogida cariñosamente en casa de parientes de Arauco.

No tardó Augusto en conseguir para mí un puesto en el estudio de un eminente abogado de Santiago. Reuniendo nuestros sueldos, podríamos mantener holgadamente el nuevo hogar. Con alegría comenzamos a acumular los materiales:

muebles, cuadros, utensilios. La abuelita poseía un viejo piano de noble fábrica, y él pasó a ocupar el puesto de honor en la sala-taller. En ese tiempo, la familia Cross recibió una parte de herencia quedada a la muerte de los padres de la abuelita. Esta contribución inesperada permitió completar el arreglo de la casa, y, a mí, conocer detalles interesantes de los antepasados de Augusto. En la herencia de los Cross se incluía una casa en Edimburgo que fué vendida para facilitar el reparto. El edificio era valioso, pero los herederos eran tantos, diseminados en todo el mundo, que la cuota que correspondió a la abuelita fué insignificante. Siquiera en Chile, la familia de don Alejandro Cross se subdividió en no menos de cinco o seis ramas, que correspondían a los hijos que tuvo el bisabuelo escocés en su matrimonio con una señora Prieto de Valparaíso. Entre estas familias, recuerdo a la de don Alejandro Cross Prieto, hermano de la abuelita de D'Halmar, y a la de los Mackenna Cross, Greeck Cross, García Cross, formadas por alianza de las bellas hijas del fundador.

Para los que se preocupan de genealogía, es preciso advertir que los Prieto de Valparaíso nada tienen que ver con los de Concepción, que tuvieron su más alto representante en el general don Joaquín Prieto, vencedor de Lircay y Presidente de Chile. Los Prieto de Valparaíso proceden del español José Prieto Spriella, llegado a estas tierras el año 1766, progenitor de los Prieto Romero, entre los cuales descuella el general Ignacio José Prieto, combatiente en el Perú durante la campaña del general Bulnes, en el sitio de La Serena y en la batalla de Los Loros, contra los Gallo, patriarcas venerados de un partido histórico.

Hija de un hermano del general don Ignacio José Prieto fué la bella porteña que cautivó al comerciante escocés don Alejandro Cross. Este don Alejandro es digno de párrafo aparte. Recorría el mundo visitando las factorías de su casa central de Inglaterra, situadas en puertos tan distantes entre sí, como Valparaíso, Liverpool, Cádiz, Calcuta, Shangai y Hongkong. El negocio principal de la casa Cross era la importación y exportación de ese precioso vegetal exótico que ha constituido la delicia de los ingleses y que nosotros acogemos con igual beneplácito: el té. En una de sus visitas a la sucursal de Valparaíso, don Alejandro conoció a la fa-

milia Prieto y se enamoró de una de las niñas. ¡Cómo! —dijeron los Prieto—. ¿Un extranjero, venido de tierras lejanas, por añadidura rival de la Madre Patria, pretendía llevarse a una de las más bellas jóvenes de Valparaíso? Hubo conciliábulos de familia, protestas, llantos y desmayos. Y, sólo después de largo parlamentar con el pretendiente, con quien era necesario entenderse por gestos y mal chapurreadas frases en inglés, se llegó a un acuerdo de transacción. La elegida aceptaría entregar su mano al extranjero a condición de que la desposada no saliera de Chile...

Lo que se convino se realizó. El testarudo escocés celebró fastuosamente su matrimonio en Valparaíso, y, después de su luna de miel, obligado por los negocios, partió a recorrer sus diversas sucursales.

Regresó después de un año, a fin de pasar una temporada en compañía de su esposa y a conocer al hijo que ésta tuvo en su ausencia. En seguida volvió a emprender viaje para regresar de nuevo al cabo de largo vagabundeo por el mundo. En una de sus estadas en Valparaíso, se encariñó especialmente con uno de sus retoños: la grácil Juanita, una de las mayores de sus hijas, y, después de largo regateo, consiguió que la madre se la confiara. Don Alejandro Cross quería darle educación, de acuerdo con sus gustos, en uno de los mejores colegios de Edimburgo.

De este modo, Juanita estuvo ausente muchos años de su patria. Fué mimada por la familia escocesa. En alguna de sus vacaciones, don Alejandro la hizo viajar por países europeos y orientales. Recibió educación de princesa. Apenas salida de la adolescencia, asistió a bailes y fiestas de la mejor sociedad. Los más hábiles maestros de música hicieron de ella una virtuosa del piano. Seguramente estaba destinada —por su hermosura, por su gracia leve, por la elegancia proporcionada por la fortuna de su padre— a convertirse en la compañera de algún miembro escogido de la sociedad edimburguesa. Sin embargo, no fué así. Su madre la reclamó con insistencia. Y como ya su educación había terminado, y no existía ningún pretexto para que permaneciera lejos del hogar, el empecinado escocés tuvo que devolverla a su madre y a su país.

¡Pobre Juanita! Pasó a ser una extranjera en su propio hogar. Hasta sus hermanas, y su misma madre, no la nombraban sino "La Gringa". Es verdad que habiendo salido muy niña de su tierra, olvidó el idioma nativo y debió iniciar de nuevo su aprendizaje. No le interesaban las costumbres lugareñas de Valparaíso. No sabía confeccionar una torta, ni tejer miriñaques, ni bajar púdicamente la vista cuando le dirigía la palabra un galán, ni mantener cándidos chismorreos a propósito del próximo sarao o de las prédicas dominicales de algún famoso sacerdote.

Juanita bostezaba. No le quedó otro recurso, para distraer sus ocios, que el repaso de sus álbumes de música y la lectura de alguna novela inglesa conseguida entre sus amistades del Cerro Alegre, en donde se iba formando una nueva Albión con el concurso de comerciantes venidos de allende los mares. Mientras repasaba su Mozart o su Beethoven, escuchó muchas veces las risas sofocadas de sus hermanas, que hubieran preferido valeses y cuadrillas, más de moda en aquellos tiempos.

A pesar de todo, no le faltaron entusiastas pretendientes. Era linda la inglesita, con su boca menuda y su balbucear de avecilla musical. La rodeaban en los bailes, la asediaban en los paseos y a la salida de misa. Sólo que a ella le parecían torpes y rudos aquellos muchachos, más adiestrados en las lides del deporte que en el arte y el amor. Hasta que un día se encontró, en una fiesta, con un extraño galán: Juan Jacobo Thomson. Desde el primer instante la trató con la naturalidad del varón dominante que transita por ciudad conquistada. No era buen mozo, ni mucho menos un petimetre; pero sabía hablar con desparpajo y sin petulancia, tan sin afectación como el que se encuentra rodeado de los suyos en la intimidad del hogar.

—Juanita... Vamos a tocar juntos. Usted en el piano y yo en el violín...

Y tocaron. Y se entendieron en el mundo irreal del arte. Pronto olvidaron a los que los rodeaban. Habríase dicho que habían ensayado largamente juntos. La frase comenzada por uno de ellos era terminada por el otro, sin que se notaran trizaduras ni vacilaciones. El entendimiento fué tan perfecto, y pusieron tanta emoción en lo que interpretaban, que aquel

mundo trivial que los escuchó distraídamente en un comienzo, fué sintiéndose cogido por la garra impalpable del arte, hasta el punto de que se hizo el silencio en torno de ellos, y, al finalizar la pieza, fueron aclamados con aplauso unánime. Aquella noche fué la pareja de moda y continuó siéndolo en otras veladas memorables y en otras de intimidad en los hogares del mundo porteño. Estaban predestinados al matrimonio.

Juan Jacobo Thomson Porto Mariño fué hermano de aquel gallardo capitán de mar que nació enfermo de gloria y que sólo pudo obtenerla a costa de la vida, a bordo del "Huáscar", partido en dos por una bala de quinientas libras lanzada en la bahía de Arica por los buques peruanos. Quiso igualar a Prat, y lo obtuvo a medias. Manuel Thomson tenía el brillo y la hermosura varonil que no poseía su hermano Juan Jacobo.

—Cuando Manuel llega a una fiesta —decía el gracioso bizco—, todas las chiquillas lo rodean. Pero comienzo a hablar, y todas se vienen a mi lado.

Estos Thomson eran hijos de don Joaquín, marino sueco que prestó servicios en el Ejército Libertador del Perú en tiempos de la Independencia. Su apellido era Thomson, y no Thompson, con "p", como lo escriben algunos historiadores, convirtiéndolo en nombre inglés. En realidad, debiera ser Thomsen, a la manera de Suecia y Noruega.

De modo que este don Juan Jacobo Thomson, hijo del sueco don Joaquín y de la saladísima e inteligente criolla de cepa doña Manuela Porto Mariño, casó con doña Juanita Cross Prieto, y formaron la pareja que dió vida a la madre de Augusto: Manuela Thomson Cross. Pero ésta es otra historia.

LA ABUELA JUANITA

Es indudable que Augusto extrajo de los antepasados gran parte de sus cualidades, gustos y aficiones. Sonaba aún en sus oídos la caracola marina que guardó en sus espirales el rumor de olas de todos los mares que cruzó su bisabuelo Alejandro en busca de las especias de Oriente. El gran océano fué para él una obsesión cuando lo había visto apenas. D'Halmar me hablaba de Valparaíso, acaso el único mar que conociera en su infancia, como de un sitio mitológico, poblado de tritones y sirenas, de cuevas nocturnas de marineros y de fascinantes historias de terror y misterio. Yo, que había nacido junto a una costa de azul y plata, y que había trajinado mi infancia en las rocas de Miramar y Las Salinas, que conocía palmo a palmo los escondrijos de casi todos los cerros del vecino puerto y que permanecí horas inacabables junto a los malecones bajo la verde fascinación de las aguas prisioneras de la bahía, no podía menos que compartir las nostalgias aventureras de mi nuevo amigo. Paseando por las solitarias calles de San Bernardo, comentábamos nuestros recuerdos y tejíamos nuevos proyectos.

—En cuanto reunamos algunos pesos, iremos a pasar una temporada en Valparaíso —me comunicó Augusto, en su calidad de hermano mayor y jefe de familia. . .

Me lo dijo con la sonrisa cómplice y jubilosa que emplearía un abuelo al prometer a los chicos un árbol de Pascua.

Por lo que Augusto contaba, habría nacido en Valparaíso. Sin embargo, el lugar de su cuna fué Santiago, y sólo

su amor marino lo hizo preferir aquella ciudad. Sus hermanas, que seguramente lo supieron por la abuelita, afirmaban que nació el 23 de abril de 1882 en la calle Catedral, en el viejo barrio cercano a la Quinta. Pero Augusto pretendió desde niño que la leyenda es siempre más verdadera que la historia, en lo cual, posiblemente, tuvo razón.

De aquel otro bisabuelo venido de los fiordos de Suecia, Joaquín Thomson, Augusto tenía menos noticias que de don Alejandro Cross, el bisabuelo escocés; pero, por eso mismo, su imaginación divagó más a sus anchas. Debió de ser marino de amplias aventuras, para que llegase a enrolarse en la Expedición Libertadora del Perú, salida de Chile bajo el mando de Cochrane y San Martín. ¿En qué mares o en qué tierras blandió su espada de recio hombre de los mares glaciales? Sólo se sabe que dejó una viuda chilena, gran dama, pobre e ingeniosa, la que supo dar educación y abrigo a sus dos hijos huérfanos. Doña Manuela Porto Mariño conoció desde su infancia a los hombres de gobierno que mantuvieron amistad con su marido, y consiguió de ellos una pensión para mantener su prole. Educó en el Seminario Conciliar a uno de sus hijos: aquel que, por mal nombre, tenía el de un hereje, según la señora, y que no dejó barrabasada que cometer en su infancia y en sus años pueriles.

Cuentan que un día Juan Jacobo acompañó a su madre de compras en la ciudad. Como era un chico de cinco o seis años, los dependientes no pusieron cuidado en su persona, y Juan Jacobo pudo trajinar libremente en la tienda. De vuelta a casa, su madre notó que su hijo había engordado en pocos minutos.

—¿Qué te pasa? —le interrogó, desabrochándole la pequeña capa.

—Nada —respondió el chico.

—¡Cómo nada!... ¿Y esto?

Y la señora extrajo un enorme acordeón que Juan Jacobo había hurtado con miras a iniciar su aprendizaje de música. La indignada doña Manuela, que era viva de genio, llegó con su hijo colgado de una oreja hasta el almacén en que había realizado el pillaje. A no dudar —comentaba ella después—, su padre gringo debió de ser corsario, porque de los Porto Mariño no pudo sacar aquellas costumbres.

A pesar de sus estudios religiosos (su madre lo destinaba al sacerdocio), Juan Jacobo resultó descreído, para hacer honor a su nombre. Menos mal que tenía verdadera alma de artista y llegó a ser eximio ejecutante y un precursor entre los compositores chilenos.

De la vida que Juan Jacobo dió a su mujer, doña Juanita Cross, no se tienen muchas noticias. La buena y delicada niña debió de ser, en sus manos, blanda arcilla que se plegara dócilmente a sus fantasías y a su vida pintoresca. Ya le llenaba la casa de amigos y atorrantes para formar orquesta, ya la paseaba por los salones aristocráticos, en donde era codiciado por su buen humor y su arte generoso. Doña Juanita lo seguía, dulcemente embriagada por su genio turbulento. Era su contraste, pero lo completaba. Si de los bisabuelos Alejandro Cross y Joaquín Thomson extrajo Augusto su nostálgica fantasía por expediciones marinas en lejanos países de fábula y exotismo, de sus abuelos Juan Jacobo y Juanita Cross heredó el gusto musical que, si no lo hizo artista del pentagrama, lo convirtió, al menos, en prosador escogido del lenguaje rítmico y armonioso.

No es de extrañar que las predilecciones de Augusto estuviesen en artistas del norte: Ibsen, Grieg, Andersen, Dickens. La ruda fantasmagoría de los nórdicos encontró en Augusto un campo ávido para recibir su herencia intelectual. Llevaba también en la sangre su velada y salvaje pasión.

Hay modalidades en la vida escandinava o sajona que los meridionales no asimilamos con facilidad, y que en Chile nos causan extrañeza. Ya he dicho que, al comenzar la instalación de la casa de San Bernardo, la familia de Augusto recibió una suma proveniente de un inmueble heredado de los parientes de Escocia. La familia Cross de Chile, sin duda recibió con extrañeza las extensas comunicaciones del liquidador de una herencia lejana y desconocida. Nunca pidió cuentas ni se interesó por el monto de los bienes legados. Sin embargo, allá en los dominios de la poderosa Albión funcionaba una complicada y honesta maquinaria, que se encargó de buscar a los herederos, a través del mundo, por medio de consulados, legaciones y gobiernos, hasta dar con ellos, ya se encontrasen en Calcuta, Pekín o Santiago de Chile. ¡Y qué de trámites y comprobantes, de firmas y documentos para

que el último mísero centavo llegase a manos de quienes tenían derecho a él!

Fuera de los antepasados Cross, en casa de Augusto se cuchicheaban noticias de una misteriosa "tía sueca". No podría precisar qué grado de parentesco tenía aquella señora con el bisabuelo Joaquín. Probablemente fué su hermana. Pero lo cierto es que periódicamente llegaban de Suecia pequeñas encomiendas postales con las más extrañas baratijas: un cubierto de plata, un anillo de oro, un viejo chal de seda, una pipa de fumar... Eran repartos de pequeños recuerdos hereditarios que realizaba espontáneamente aquella dama antigua, soltera y distante...

En los álbumes de familia conocí la fotografía de aquella legendaria tía nórdica. Aparecía extraña, con sus rudas facciones encallecidas por los vientos árticos, junto a las delicadas y bellas Cross Prieto, de elegantes figuras, que hacían pensar en las esbelteces y donaires de la emperatriz Eugenia o en la arrogancia criolla de Josefina, la repudiada. ¡Pero qué energía sana y honrada se transparentaba en sus ojos y en sus manos hábiles en labores de casa o de campo! "Yo soy la señora Thomson o Thomsen —parecía decir—, hija, nieta y bisnieta de los Thomsen de Estocolmo, que en su virginidad no conoció el contacto ni la protección de hombres, y que supo bastarse sin recurrir a ellos." ¡Cuántas veces me pareció ver en el refinado Augusto, aunque en forma fugaz, la terca y agreste actitud de aquella tía sueca, solterona y enemiga del sexo opuesto!

Doña Juanita Cross fué feliz con su terrible Juan Jacobo. Seguramente no escasearon las penurias materiales que debió de pasar el matrimonio; pero ella sonreía, ¡y todas las tosquedades de la vida se iluminaban de suave matiz dorado! Nada podían los feroces mandobles de la suerte contra su levedad y su no resistencia al mal. ¿De qué valdría acuchillar las nieblas diáfanas que acarician la tierra en ciertas mañanas de verano?

La joven delicada, que fué como una flor de albura en el búcaro que labró el amor de su padre, empleó heroicamente sus conocimientos musicales para cooperar, junto con su marido, a las atenciones del hogar. Lo hizo como jugando. Sus discípulos fueron sus propios amigos y parientes. En los

hogares santiaguinos se la recibía con demostraciones de júbilo, como a visita privilegiada. ¡Juanita Cross! ¡Llegó Juanita Cross! Y más de una vez la clase de piano o de idiomas se transformaba en charla alegre de jovencitas comadres que comentaban la última fiesta social.

Cuando murió aquel despreocupado artista que fué don Juan Jacobo Thomson, dejó a Juanita Cross en la pobreza y con una sola hija: Manuela Thomson Cross. Esta fué toda la fortuna de la viuda, hasta que llegó el nieto, Augusto, que más adelante adoptó voluntariosamente el seudónimo D'Halmar, en recuerdo de su bisabuelo Joaquín, barón de ese apellido, según él.

LA FUENTE

Después de la penosa confidencia, guardamos silencio. Yo esperaba nuevas palabras de Augusto, esas palabras suyas engranadas por hilo sutil de sentimiento, pronunciadas a media voz, con pausas, a ratos trémulas de lágrimas o roncadas de cólera contenida. Yo estaba profundamente conmovido. Conmovido no tanto por la confesión misma, sino por el dolor que significaba para el orgullo de un hombre joven, consciente de sus fuerzas y de su talento, exponer hechos y humillaciones, imaginarias o verdaderas, ante un extraño que no se sabía cómo habría de recibirlas.

—Augusto... Te ruego que... No sé si alegrarme o si... No tengo palabras para expresarte lo que siento.

Hubiera deseado poseer en ese instante la extraordinaria facilidad expresiva de Augusto, tan llena de matices y contrastes de finísima estructura, para demostrarle mi agradecimiento por la dolorosa prueba de confianza de que me hacía objeto. El Augusto altivo que yo había visto pasear por las calles de la capital, erguida la cabeza y los labios entreabiertos por leve sonrisa irónica o desdeñosa; aquel Augusto que sabía responder a una frase malévola con un sarcasmo elegante; el escritor que dominaba los públicos desde las páginas de la prensa o desde la tribuna del Ateneo; el compañero de aventuras moralizantes que me hizo pasar malos ratos con sus veleidades artísticas después de haber torcido el curso de mi vida, a quien admiré desde lejos, en otro tiempo; el mismo Augusto Thomson, estaba ahora junto a mí, humillado, empequeñecido, titubeante, en espera de un juicio mío, benévolo o cruel.

Guardamos de nuevo silencio. Nos hallábamos sentados en un escaño de la plaza del pueblo, en fría noche de otoño. Había allí una vieja fontana de piedra; alrededor de ella se elevaban grandes árboles umbrosos. La rodeaba, además, un camino enarenado que servía de encrucijada a los anchos senderos que partían hacia los vértices extremos del paseo. Nadie transitaba a esa hora. La sombra de los árboles y el medroso reflejo de las aguas, débilmente iluminadas, ahuyentaba durante las noches a los transeúntes del pueblo.

Como una tercera voz musical de nuestra charla, compuesta de palabras y silencios, intervenía el murmullo de la fuente. Era una voz delgada, purísima e interminable. Hablaba de lejanías y de lágrimas de cristal. Eran como suspiros de un alma adolescente que sufre y vacila, que protesta y solloza. Yo imaginaba en esos momentos la figura candorosa, apasionada y sensitiva de aquella joven madre que había evocado Augusto en su relato. Ella era la que hablaba por boca de la fuente y nos mostraba su blanco seno, herido por dardos de amor.

—Augusto —le dije, prosiguiendo mi empezada réplica—, comprendí tu pena, pero no la justifico. Hubiese preferido que no me hablaras de estas cosas... No tenemos derecho para penetrar en el misterio de las alcobas de nuestros progenitores. Te has creído en la obligación de informarme de intimidades de hogar en vista, sin duda, de nuestros proyectos matrimoniales... ¡Vamos, Augusto!... No era necesario, créemelo. A pesar de mi juventud, sé lo que significa la malevolencia... ¿Te consideras manchado por las debilidades de tus padres?... ¿Cómo es posible que raciocines de ese modo?... ¡No!... Esos prejuicios no se avienen contigo... Sabes que los que hacen aspavientos son, nada más, comadres de barrio, haraganes de familias que fueron laboriosas en un tiempo, pobres de espíritu... ¡Oh, con cuánto orgullo levantan la cabeza para proclamar la legitimidad de su raza!... No se enorgullecen de haber escrito libros o de haber actuado como guerreros, ni de haber sobresalido en política. Sólo les halaga poseer ascendientes que pertenecieron a la nobleza de casta y se vanaglorian de su legitimidad consagrada por las leyes. Esa clase de incapaces son siempre los que lanzan escupitajos envenenados desde lo alto de su

"pureza de sangre" sobre hombres eminentes. Es la única ventaja que pueden exhibir... Y la hacen valer. ¿Y en qué familia no se encuentran sombras que enturbian esos vanos orgullos? Acaso podría contar algo, también, de la mía...

Callé por un instante. Me sentía descontento de mí mismo. Hubiera deseado pronunciar palabras más cordiales, más íntimas y contundentes. No las encontraba. En cambio, la canción mística y pura del surtidor inmediato desgranaba frases que me enternecían y acariciaban con dulcísima ilusión. La luz de luna formaba arabescos temblorosos sobre la superficie de la fuente. Si las almas poseen algún modo de expresarse, seguramente lo hacían en aquel instante por medio de las diamantinas gotas que se desgranaban sobre el amplio tazón. La ligera brisa que movía las copas del ramaje alejaba o atenuaba por momentos la inefable voz del agua, como si quisiera acentuar con un suspiro la voz de los espíritus. Luego cobraba nuevamente bríos y la voz parecía enronquecer.

Imaginaba yo a la madre de Augusto, cándida adolescente en el bosque de Caperucita, acechada por el lobo. Y aquella abuelita lilial, incapaz de defender la carne de su carne, como que era más débil que su hija.

La historia era simple. A la muerte del marido artista y bohemio, Juan Jacobo Thomson, aquella Juanita Cross de ensueño y espuma debió enfrentar la vida y educar la hija única. De hecho, fué la hija de su hija. La niña tenía carácter y decisión; mientras, doña Juanita era frágil e indecisa. Sin embargo, protegida por las circunstancias, pudo ganar la subsistencia de ambas, como lo hiciera en otro tiempo en ayuda del marido despreocupado. Cuando la hija, Manuelita Thomson, cumplió los quince años, era una joven alta y delicada; pero sus ojos, protegidos por largas pestañas, semejabán brasas que ardieran tras enrejado colonial. Soñaba —como sueñan los adolescentes—, hasta que se presentó el doncel con arrestos de don Juan y gallardías de pirata. Provenía el novio de Francia, cuna de fina sensualidad y de tradicional sibaritismo. Se llamaba Augusto Goemine. Tenía la hermosura de los niños engraidos cuyas madres creen que el hijo es un sol y el mundo su satélite. El matri-

monio de Manuelita y Augusto Goemine fué concertado con aquiescencia de padres y parientes.

Como el novio era muy joven y no tenía aún fortuna para sostener un hogar, se convino en que debía trabajar algún tiempo antes de realizarse el matrimonio. La misma doña Juanita Cross puso a contribución a sus amigos para conseguirle un puesto en la Marina Mercante. Y el flamante novio fué despedido, en Valparaíso, por las familias de los prometidos que le deseaban buena suerte y pronto regreso. Cuando el barco se perdió en el horizonte, la única que no lloraba era la novia. Se limitaba a seguir la estela del barco con sus ojos de ensueño ardiente. Y continuó mirando largo rato ese mar azul que se dijera había tragado su secreto junto con el doncel que sembrara en su vientre el sueño de todas las futuras madres de la tierra. Fué la última vez que lo viera.

—¡Miserable! —exclamó la joven al convencerse, meses después, de la felonía de su amado—. ¡Siquiera hubiera tenido la piadosa delicadeza de engañarme con algunas letras mentirosas! ¡Ni una línea!... Y él sabía... ¡No!... Este hombre no puede ser bueno. ¡Es un pillete! Nunca podría ser feliz junto a él, aunque regresara, algún día, a implorar perdón...

Se trasladó desde Santiago a Valparaíso con el hijo recién nacido. Su madre, doña Juanita, la acompañó. Desde lo alto de un cerro poblado de casas humildes, la ultrajada avizoró durante mucho tiempo el mar, rumiando su odio... o su amor...

Y para impedir una reconciliación tardía, después del ultraje, decidió casarse con el primer hombre que pidiera su mano. Había que colocar un muro infranqueable entre ella y el fugitivo.

(La voz de la fontana enronqueció un momento. El follaje de los árboles exhaló un gemido. La confidencia se trocaba sollozo. Airada como una llama, subía recto hacia lo alto.)

...Sobrevinieron días de miseria vergonzante. Madre e hija vivieron ocultas. La abuela Juana dió clases de música entre la gente modesta de los cerros, ya que no podía descubrirse ante su parentela aristocrática. El recién nacido fué bautizado con el nombre del padre. ¡Del padre! Pero crecería para honrar el apellido ilustre de su madre, el mismo que

llevó el abuelo marino Joaquín, y el de aquel otro que hizo flamear su corazón como una enseña roja, a bordo del "Huáscar", frente al Morro...

(El gémido de la fuente adquirió en ese momento sonoridad airada: ¡Castigo! ¡Castigo! ¡Castigo para el traidor!) Continuaba el relato:

...La pobrecita descendía una noche por la tortuosa callejuela del cerro, en compañía de su madre. Eran duros los escalones de piedra. Llevaba de la mano a su hijito de pocos años. En las casas del vecindario brillaban luces de hogares satisfechos... En uno de ellos, la familia se hallaba en fiesta. Del interior de la casa salía a la calle atmósfera caldeada, música de piano barato y rasguear de vihuela democrática. La madre y el niño se detuvieron ante la ventana y vieron en el centro del salón a un hombre rubio que bailaba con una mujer de airoso busto. Acaso fueran novios. La joven madre fijó en la pareja una mirada quemante. "Ese hombre no me desagrada —exclamó—. ¡Me casaré con él!"

Y, efectivamente, meses después, Manuelita Thomson Cross se unió en matrimonio con aquel desconocido de aspecto viril, alegre, provisto de todas las cualidades y defectos del chileno de la clase media. Ahora le sería posible regresar a Santiago, bajo la protección de un brazo modesto, pero valiente, leal... ¡Eso sí..., leal!...

Nacieron dos hijas del matrimonio de Manuela Thomson y Ernesto González: Elena y Estela. Lena y Tela. Después, "la vida..., nada más que la vida"...

(La fontana recobraba su cristalina voz monótona. Se quebraba, a ratos, en un trémolo desfalleciente. Proseguía, después, con fino brío de alma resignada y fuerte.)

—Y eso es todo —murmuró Augusto, con voz cansada.

—Gracias, Augusto... Me has dado lo mejor de tu alma: me diste tu íntima humillación... Eso que no se da a nadie. Considérame tu amigo. ¡Ahora... estoy más cerca de ti que nunca! Espero que pronto seremos hermanos...

En la sombra proyectada sobre nosotros, mi mano se unió a la del amigo. El la estrechó nerviosamente, agradecido y angustiado. En su rostro se marcaban ojeras y sombras de fiebre, mientras en la fontana se escuchaba una canción regocijada y triunfal...

PREPARACION DE NOVELAS

La vida hogareña en el pueblo de San Bernardo continuó desarrollándose en forma apacible. Como siempre, Augusto la moldeaba a su antojo, con la inflexible voluntad empleada en todos sus propósitos. Del mismo modo dirigió en otros tiempos la vida de la abuelita, de las hermanas y de su padrastro. Posiblemente no hubiera ocurrido igual con su madre. Esta poseyó temperamento decidido y ardiente; pero doña Manuelita Thomson abandonó la vida cuando Augusto era muy niño y no alcanzó a ejercer en su hijo la autoridad que se necesitaba para dirigir un carácter voluntarioso. ¿Fue para mejor? ¿O para peor? No cabe duda de que la falta de intervención familiar sirvió al libre desarrollo del artista, que pudo desplegar libremente las alas de su fantasía creadora. Si a alguien pudo perjudicar la falta de influencias educativas, fue sólo al futuro hombre situado en la brega mundana, quien necesitaría controlar sus deseos, emociones y palabras para evitarse quebrantos. Augusto asistió en sus primeros años al colegio de Santo Tomás de Aquino. Allí pudo conocer la mano recia de los educadores católicos; pero, ya en el segundo año de humanidades, decidió emanciparse de tutela sistemática, y, como en su casa no había quien lo contradijera, abandonó lo que él estimaba odiosa atmósfera escolar. En adelante fue autodidacto. Solamente puso interés en los conocimientos que le placieron, sin otro método que sus gustos y preferencias.

Después de la muerte de la madre, el niño se convirtió, de hecho, en jefe del hogar. La abuelita, tan suave y que-

rendona, pasó a ser su hija mayor. Augusto decidía de su modesto peculio, imponía las viviendas que deberían ocupar, los empleos que a él como a la abuela convendrían. Bastaba una leve contrariedad con sus hermanas para que el pequeño jefe dispusiera trasladar a las niñas a casa de la abuela paterna o a la del padre, Ernesto González, que residía en Valparaíso. Con la misma facilidad, y sólo por motivos de añoranzas fraternales, disponía que regresaran a convivir con él y la abuelita Juana. De este modo, las chiquillas, en perpetua incertidumbre, vivieron sin saber nunca cuánto duraría su alegría o su desventura. No es de extrañar que su educación sufriera graves contratiempos.

No por eso fué Augusto un "cabeza de familia" desocupado. Imaginaba programas y establecía normas severas a fin de educar a sus hermanas. Ya dijimos anteriormente de qué modo el pequeño jefe de hogar impuso cierta vez a su gente un idioma inventado por él. Sólo que el autor olvidó pronto vocabulario y reglas gramaticales, mientras las hermanas los conservaron con respeto, de modo que a su vez debieron enseñárselos al profesor para entenderse.

—Era malo, era malo —me dijo Estela, en una de sus confidencias, sonriendo rencorosamente al recordar aquella época de su vida—. Cuando vivíamos en la calle Libertad, consideró que perdíamos demasiado tiempo jugando con las chicas vecinas. Dispuso entonces que vistiéramos durante el día únicamente con las camisas de dormir y guardó bajo llaves el resto de la ropa... Como la abuelita y él debían pasar el día fuera, teníamos que permanecer encerradas en casa, vagando tristemente por las habitaciones. Ni siquiera podíamos jugar en el patio, porque temíamos la burla o la compasión de los vecinos. Nos sentíamos profundamente humilladas. Nosotras mismas debíamos hacer el aseo y preparar la comida, lo que no era sacrificio, pues nos servía de entretenimiento... ¡Pero, cuidadito con que no cumpliéramos las órdenes que nos dejara nuestro tirano!... Quizás Augusto no realizaba estos programas por crueldad. Quería educarnos. Aunque abuelita ganaba lo suficiente para alquilar una muchacha, dispuso que permaneciéramos solas, a fin de que adquiésemos conocimientos de dueñas de casa. Mi hermana era dócil... Yo, en cambio, me rebelaba... ¡Cuántos azotes de-

bía recibir por mis rebeldías! Lena, en cambio, por su mansedumbre, se llevaba todo su cariño...

Después de estas confidencias, comencé a sentir compasión por Estela. Desde que conocí a sus hermanas proyectó Augusto que yo debería casarme con una de ellas. ¿Cuál? Elena, la mayor, era activa y afectuosa. Se demostraba silenciosamente, riendo con sana y natural jovialidad. Favorecíame con calladas y oportunas demostraciones: un ramo de flores colocado en el velador de mi cuarto, la ejecución al piano de una pieza elegida por mí.

Nuestros proyectos matrimoniales habían sido elaborados sin tomar en cuenta mi parecer ni el de las jóvenes. Es de suponer que Augusto me destinaba a Elena, con lo cual no hacía más que darme una demostración, porque para él Elena era el tipo de mujer perfecta. Según he relatado anteriormente, realicé el viaje a Arauco en busca de mi hermana Ascensión, que, según lo convenido, debería casarse con Augusto. A nuestro regreso, las tres jóvenes formaron un ramillete fraternal. Tampoco Augusto, por timidez o prudencia, había consultado la voluntad de su presunta novia, de modo que cualquier día, tanto él como yo, podríamos sufrir una sorpresa. Además, Augusto contaba para la realización de sus proyectos hogareños con que la abuelita viviría eternamente, o, al menos, tanto como nosotros. ¡Qué hogar más feliz! Juanita Cross presidiría nuestra ventura. ¡Sus alas angélicas se extenderían sobre sus nietos y bisnietos y pondría en sus almas inefable armonía musical!

No me detendría en estos detalles íntimos si no fuera por la repercusión que deberían tener en la vida y en la obra artística de Augusto.

Quienes conozcan "La Lámpara en el Molino", deberán reconocer en nuestra vida el mineral de donde extrajo el autor los materiales para su trabajo. El "discípulo", Germana, el molino, Cristián se incubaron a costa nuestra, mecidos y zarrandeados por sus sueños de poeta, para quien la vida no tenía mayor importancia que unas cuantas piedras de colores con las que se podían construir esbeltos castillos.

Fuí conociendo los procedimientos de Augusto en la elaboración de sus trabajos literarios. En una ocasión nos ex-

trañó su afán de recoger en el campo manojos de vilanos o plumillas de cardo. Las recaudaba por cantidades y las iba depositando en un jarrón del escritorio. Todos los días, con gran protesta de las hermanas, encargadas del aseo, se entretenía en echarlas a volar en el interior de la casa o en el patio, siguiendo con interés sus evoluciones a impulso de la brisa o del viento. Entonces resumía su impresión en frases literarias y observaciones que, más tarde, deberían ser aprovechadas en su magnífico cuento "A Rodar Tierras".

¡Con qué ligereza e irresponsabilidad afrontábamos la vida en aquella época de la adolescencia y de la primera juventud!... Constituir un hogar, aprisionar la existencia con lazo indisoluble, echar hijos al mundo... Todo nos parecía uno de tantos juegos a que se entregan los jóvenes de nuestra edad. ¿Cuál de las dos hermanas sería mi elegida?... No lo sabía. Lo esencial, según mi maestro, debía ser el hogar soñado. ¿Amor? ¡Eso no tenía importancia! Sólo deberíamos pensar en la formación de un hogar de artistas, base de futura producción literaria...

Estela, ya lo he dicho, no era hermosa. No salía aún del estado larvario de los años adolescentes. Pero me atraía su carácter indisciplinado, voluntarioso. Además, se presentaba a mis ojos como un ser oprimido y vejado. El romanticismo de la edad me empujaba hacia ella. Siempre tuve debilidad por aquella parte de la humanidad que sufre y desespera. Estela era coqueta, a pesar de su extrema juventud. Por supuesto coqueta sin saberlo. A mis vagas insinuaciones galantes, seguramente lanzadas con liviandad, respondía ella con desdenes que herían mi amor propio. De este modo se fué creando entre nosotros una lucha curiosa, en que yo ejercía el papel de cazador, y ella el de ave juguetona que incitaba con sus movimientos y luego huía. Además, me interesaban sus confidencias. Por ella fuí conociendo la vida íntima de Augusto y su familia: la abuelita, su padre, la abuela paterna. Estela poseía un temperamento fogoso, de seguro heredado de la madre, con cuyo retrato físico tenía semejanza. Los mismos ojos de largas pestañas, el mismo mirar de intensidad apasionada y de ensoñación ardiente. Poco a poco sus confidencias fueron adquiriendo audacia. Un día, por fin, al referirse a Augusto, exhibió su alma al desnudo:

—¡Lo odio!... ¡Lo odio! —me dijo, empuñando las manos—. Y él también me odia. ¡Si yo pudiera!... ¡Me iría lejos!... ¡No imaginas lo que sufro! ¡Es un tirano!... Elena lo quiere, y lo soporta. ¡Y eso mismo hace que él me desprecie y me humille con mayor crueldad! Quiero contártelo todo... todo! Me inspiras confianza. Pero prométeme que no repetirás a nadie lo que te diga...

Y Estela elevaba al cielo sus delgados brazos, mientras sus ojos fosforecían.

NOSTALGIAS DE MAR

Yo escuchaba a Estela con cierta reserva; acaso, después de oírla, sentía remordimiento de haberlo hecho. No dudaba de que las afirmaciones apasionadas de la chiquilla eran verdaderas, y pude comprobar, además, que sus juicios coincidían con los que me formé durante la Colonia Tolstoyana... Era verdad; Augusto se comportaba arbitrario y obcecado con los que se oponían a su voluntad, aunque reaccionaba cuando a sus violencias se oponía pasividad.

Lena asistía generalmente a las charlas que yo mantenía con su hermana menor. No negaba ninguna de sus afirmaciones. Antes bien, solía confirmarlas, pero lo hacía sonriendo, con claro espíritu perdonador.

Cuando Augusto, en una íntima charla junto a la fuente de la plaza, me confió su martirio obsesivo, volví a sentir por él esa admiración que me poseyera antes de conocerlo y en los comienzos de nuestra aventura tolstoyana. Su espíritu aparecía, ahora, desnudo e indefenso; oleadas de ternura protectora partían de mi alma y me aproximaban a la suya. Me sentía orgulloso, además, de haber vencido el despego y hasta la hostilidad desdeñosa que en otro tiempo demostró por mi persona, y que ahora reemplazaba, con interés creciente, por un fervor fraternal de indudable veracidad. Augusto me consultaba tanto en los negocios más importantes como en los nimios menesteres de la vida. Ya he dicho que no escribía una línea sin consultármela, como tampoco adquiría el más insignificante objeto sin pedirme el parecer... Tanta delicadeza, ofrecida con actitudes casi femeninas, sin que me

diera cuenta por qué, me producían malestar, y yo procuraba evitar esas efusiones.

—Perdóneme, Augusto —le dije un día—, fui educado en una escuela ruda... Mi padre solía expresarme su cariño a latigazos. Los varones de mi raza se avergüenzan en su trato mutuo de las suaves maneras, como de una debilidad... Los perfumes, las flores y las delicadezas inefables, los dejamos solamente para la mujer...

Augusto nada dijo, pero días después me leyó algunos cuentos recién escritos: "Ternura" y otros. Era una manera de explicar su pensamiento.

En nuestras conversaciones de aquella época, uno de los deseos más ardientes expresados por Augusto era el de visitar a Valparaíso y de recorrer en mi compañía el escenario de su martirio y de sus primeros goces de infancia. Yo también anhelaba revivir esas impresiones de niño. Yo había conocido, en mis andanzas, el embrujo del oscuro mar cautivo de los malecones, la majestad de las tempestades, la hechicería de luces multicolores de los cerros y del cielo fosforescente de estrellas, proyectadas sobre la bahía cubierta de mástiles. Conocía, además, los misterios de cerros y quebradas, de playas rocosas o alfombradas de arena, los baños soleados de Viña y Población Vergara, los arrecifes y cuevas de Las Salinas y Concón. ¡En el panteón de Viña reposaba mi madre!...

Nuestros primeros ahorros fueron destinados a realizar el viaje. ¡Con qué alegría partimos cualquier día, dispuestos a revivir una vida maravillosa! Pero, desgraciadamente, el paseo proyectado resultó un fracaso. La realidad suele a veces traicionarnos.

La falta de recursos nos obligó a caer en alojamientos sucios y deleznable, en restaurantes de marineros camorristas, soeces, y en bares subterráneos de asquerosa prostitución. Nos conformamos pensando en que aquello era vida, y yo no dejé de recogerla con avidez y deslumbrado asombro; pero Augusto sufrió ante lo inesperado, como le ocurriría siempre en el curso de su existencia, pese a su testaruda voluntad de crear sucesos a medida de su imaginación.

Terminó nuestro breve viaje con la visita a su amigo Isamitt, comerciante en licores, quien, no sé por qué circunstancias, no pudo atendernos personalmente e hizo encargo

a su empleado para que nos festejara con esplendidez. Sólo que el pérfido muchacho, vividor empedernido, se propuso divertirse a nuestra costa, y nos brindó opípara comida en un restaurante de lujo, regada con licores exóticos, vinos franceses, ron de Jamaica y absintio verlainiano. Al final de aquella noche de francachela, vimos levantarse el sol sobre los cerros circundantes, y nos sorprendimos a nosotros mismos filosofando con extraordinaria clarividencia, estimulados por el exquisito veneno verde de los bohemios, mientras nos perseguía un incomprensivo policía porteño:

—¡Andando, rotosos!... ¡Ya explicarán al oficial de guardia si son turistas o pungas conocidos!...

BRASA ESCONDIDA

Por primera vez en su vida Estela encontró alguien que la escuchara con atención, y aquella almita altiva, apasionada, desbordó su oculto sufrimiento con salvaje espontaneidad. A través de sus relatos, que, aunque sinceros, seguramente eran arbitrarios, pude ir desentrañando la vida íntima de aquella familia que tanto me interesaba. Vida real, vida vulgar, que es muy diversa de la que se compone con la ayuda de la fantasía, pero que posee enorme fuerza de dolor, de alegría, de humanidad.

Comprendí, escuchando a Estela, y después de conocer la ascendencia familiar de los Thomson, por qué causa Augusto no pudo ser verdadero discípulo de Tolstoy. Traía en su sangre el prejuicio de razas burguesas y de hombres que se habituaron a mirar lo plebeyo como representación de lo abyecto. Los ascendientes pudieron ser comerciantes, aventureros distinguidos o señores que calzaron espuela; ninguno tuvo ocasión de convivir con la gran masa amorfa, humillada, sin personalidad espectacular.

No se le podía pedir más a Augusto. El mismo Tolstoy jamás consiguió extirpar, a pesar de sus esfuerzos, los malos hábitos contraídos en su cuna, ni su zarpa de hombre de presa voluntariamente mutilada.

Es por eso también que en la obra de Thomson no existen manifestaciones de comprensión y simpatía para el hombre del pueblo. A lo más, expresa ternura por algunos "servidores" a quienes consideró, no por sus virtudes intrínsecas, sino por el avasallamiento que sintieron por el señor auténtico o

figurado que se consideraba él. No se habría detenido a recordarlos sin esta especial condición. En sus cuentos "Coilipo", "Mamá Dotea", "Gatita" y otros, observa con asombrada curiosidad las buenas cualidades de personas que pertenecieron al gremio de criados. Para él, esos seres fueron un poco más que "Selika", un animalito que le fué adicto y al que dedica páginas emocionadas.

Esta inclinación hacia el aristocratismo, que lo hace mirar con nostálgica complacencia la vida de su bisabuelo Joaquín Thomson, a quien él agrega, con razón o sin ella, el título de barón D'Halmar, y que lo vincula estrechamente a su abuela Juanita Cross, en cambio lo obliga a repudiar a parientes que no poseían distinción racial.

—Mi abuela Juana es mi mejor escudo heráldico —solía decir, refiriéndose a la belleza y natural elegancia de la anciana.

Pero no amó a su padrastro Ernesto, hombre bonísimo que sentía adoración por él y que, en su primera edad, lo cuidó con abnegación. El marido de su madre fué hombre despreocupado y sin ambición, un poco bohemio, de origen y carácter que lo vincularon a lo popular, con muchas de las cualidades y defectos del criollo aventurero. El exceso de generosidad le hizo descuidar su fortuna, lo que contribuyó a hacerlo descender algunos peldaños más en la escala social. Siendo niño, hizo la campaña del Perú y obtuvo, por su valor, los galones de oficial. Con su figura y la fortuna de su padre adoptivo, le hubiera sido posible realizar buena boda y obtener una situación próspera; prefirió unirse por amor a Manuelita Thomson, una niña en desgracia. A pesar de este gesto hidalgo, Augusto no le perdonaba su descuido en el vestir, ni sus bromas picantes, ni su fraternidad con gentes humildes, ni sus deslices en cantinas y casas de diversión. Nunca me habló de él. Sólo supe de su existencia por las hermanas de Augusto.

—Yo adoro a papá —me dijo Estela, hablando de él—. Me gustaría vivir a su lado. En "esta casa" no le quieren. Lo desprecian, lo humillan... El pobre ha sufrido mucho. Fué bueno con mi madre y quiere a Augusto más que a nosotras. Pero mi hermano no puede perdonarle que viva de su oficio de obrero y que mantenga en su casa una mujer de clase

inferior. Sí. Después de muerta mi madre, ¿qué podía hacer? Necesitaba de alguien que lo atendiera y le ofreciese cariño. Augusto se enfurece porque lo defiende... ¡No importa! ¡Lo defenderé hasta la muerte!... Cuando éramos muy niños, yo solía llorar recordando a mi padre. Sólo por eso, Augusto nos golpeaba y nos arrojaba de casa. Entonces nos embarcaba a Valparaíso. Otras veces íbamos a parar a casa de la otra abuela, la madre de mi papá... Esa..., en fin..., era una vieja mala... En su casa lo pasábamos muy mal... Cuando nos enviaban a Valparaíso, mi papá se alegraba mucho y nos llenaba de agasajos; pero el pobre ganaba poco, vivía muy mal, y en su compañía pasábamos escaseces... Además, bebía mucho, y entonces perdía la cabeza... Cuando ya no podíamos soportar más, Elena escribía a la abuelita Juana y ella conseguía con Augusto que nos permitiera regresar de nuevo a casa... No le perdonaré nunca a mi hermano los desaires que hacía a mi papá... En cierta ocasión, hace años, Augusto fué invitado a Valparaíso para dar unas conferencias. Sus amigos le prepararon un buen recibimiento. Mi padre supo por los diarios la llegada de Augusto, y fué a recibirlo a la estación. Le llevaba un regalito, que, seguramente, compró con sacrificio. Cuando mi papá vió a Augusto que bajaba del tren, abrió los brazos gritando: ¡Augustito!... Así lo llamaba... Pero mi hermano le volvió la espalda, como si no lo conociera... Se dedicó a repartir abrazos y apretones de mano a sus amigos. El pobre viejo tuvo que regresar a casa con su regalo... Yo lo vi llorar... ¿Comprendes?

Los ojos de Estela fulguraban de indignación. Yo recordaba, al escuchar su relato, la forma en que recibió Augusto a la comisión de obreros de "la otra colonia". Sí, seguramente Augusto llevaba en su ser un doloroso complejo. Actuaban en esos momentos los antepasados que le transmitieron su desdén por la miseria popular. El había llegado a convertirse en artista refinado, aristócrata del espíritu. No comprendía ni sentía el dolor del pueblo. Verdad es que en "Juana Lucero" escribió con emoción sobre las mujeres que caen víctimas de la lujuria de los poderosos, quienes en seguida las abandonan al torrente de un mundo corrompido. Pero fué una excepción que es preciso atribuir a la pasajera influencia de Zola. Poco

más tarde, Augusto se avergonzó de su primera obra y hablaba de ella como de un ensayo grosero. Sin embargo, creo que en ninguna otra se pueden encontrar trazos más vigorosos de observador y de analista. Llevaba, además, una llaga en su pecho: la injuria inferida a su madre por un advenedizo. Necesitaba sublimarse, hacer olvidar hasta el último rastro de la mancha traidora impresa en su sangre. ¿Cómo obtenerlo? Su timidez le impediría esgrimir la espada; tampoco su temperamento se avenía con las crudas luchas políticas ni con los negocios... Sería artista, aristócrata del espíritu, como lo era por su ancestro. Inscibiría su nombre en los anales literarios de este país. Desde entonces, apretando los dientes y empuñando las manos, arremetió contra los obstáculos que se le pusieron en el camino. Ocultó su timidez con máscara desdeñosa, sacrificó su sentimentalismo amoroso o sus instintivos impulsos de sensualidad. Todo lo puso al servicio del triunfo.

Cuando Augusto se propuso crear un hogar que sería como un bastión defensivo contra las importunidades del mundo, pensó que mi hermana sería una colaboradora en las molestas preocupaciones hogareñas, como Elena y su abuelita. Juntos podríamos asaltar el ansiado triunfo. Yo sería su colaborador, su amigo, acaso su apoyo moral.

En un momento pudimos creer que la vida se doblegaba sumisa ante nuestros deseos. Ascensión escuchaba complacientemente a Augusto y pareció dispuesta a secundar sus planes de matrimonio.

En San Bernardo llevábamos, en realidad, vida sana y agradable. La abuelita y sus nietas se preocupaban de la casa. Por las noches ejecutaban música escogida. Charlábamos de actualidad literaria. Cuando el tiempo era favorable, realizábamos excursiones, a las que Augusto era muy aficionado. En nuestra casa sólo se oían voces de chiquillas, risas y aleteos de pájaros.

Sin embargo, se fraguaba en la sombra una atmósfera alarmante. Mis charlas con Estela me aproximaban cada vez más a ella. Su pasión, su expresiva franqueza, comenzaron a obsesionarme como brasa colocada en las entrañas y ejercieron, a pesar de que me creía solidario de los proyectos de Augusto, una influencia disgregadora y fatal. Otro tanto debía de ocu-

rrirle a mi hermana, con quien Estela vivía en constante comunicación.

—Estela —le dije un día, mirándola a los ojos—, ¿sabes que eres encantadora?

—No quiero que te burles de mí. Bien sé que eso es mentira. Los encantos se los llevó todos Elena... Ella sí es buena moza, buena, trabajadora... Así lo piensa Augusto... ¡Yo desentonaría en "el hogar feliz"!...

—No pienso como tú —le dije—. Eres inteligente y..., y... me atraes..., no sé por qué...

Estela hizo un mohín de desprecio y se alejó precipitadamente.

LA REBELDE

Sí, ¿qué es amor?... Acaso fué amor el que tuve por Hortensia, tan humilde y abnegada. Pudo ser también el que sentí por la "Principessa", estrella radiante y lejana... Acaso lo fuera aquella niña adolescente que conocí en tierras del sur, hermana menor de mi madrastra, cuando mis sentidos comenzaban apenas a despertar.

Pero ahora... Había sólo un vago proyecto de Augusto. Sabía que a él le habría gustado verme casado con Elena.

Es verdad que Lena era fresca y sana, afectuosa y diligente, y me demostraba gran simpatía. Poseía una jovialidad práctica y sencilla; conocía la vida por su lado más duro. Silenciosa, sonriente, desde el amanecer ponía orden en la casa, sin demostrar disgusto ni cansancio. Ella disponía las comidas, se preocupaba de la ropa, llevaba las cuentas del carnicero y del almacenero, discutía con la lavandera. Todo lo realizaba sin aspavientos, con la seguridad de persona que conoce bien sus obligaciones. Lo hizo desde niña. Jamás la abuelita se preocupó de menesteres hogareños. Cuando apenas Lena tenía ocho años, era ya una personita importante en la casa. Mientras Estela protestaba por las tareas que se le encomendaban, y que, generalmente, realizaba mal y con atraso, Lena se desempeñaba con destreza y rapidez.

¡Buena muchacha Lena! Desde el primer momento nos tratamos como si nos conociéramos desde niños. Con sencillez y camaradería.

—Lena, acuérdate de que estamos convidados a comer... Mi terno de parada...

Lena nada prometía. Se limitaba a reír. Pero al día siguiente encontraba limpia mi ropa al pie de la cama; mis zapatos, resplandecientes.

—Augusto nos ha considerado siempre como sirvientas y no como hermanas —decíame Estela—. En una ocasión Augusto me pidió que le planchara las camisas. Entonces vivíamos en la calle Portales y Augusto se relacionaba con las familias del barrio. Tenía sus amigos de colegio y otros que se había buscado en sus correrías por la Plaza Yungay, centro de juegos y pololeos. Lo tenía loco una chiquilla... Resultó que, por más esfuerzos que hice, los cuellos de las camisas no quedaron bien... De balde me ayudó Lena y puse todo mi empeño. Me quemé los dedos, transpiré. Aquello resultó sólo a medias. Pero, en fin, era una prenda de vestir limpia que no habrían despreciado los compañeros de Augusto... A pesar de todo, fué tal la rabia de mi hermano cuando vió la camisa, que se quedó mudo. En seguida me insultó, me golpeó, me tiró al suelo... Como Lena quisiera interceder en mi favor, arremetió también contra ella... Nos llenó de insultos, amenazó con marcarnos con fierros calientes. Creímos que se había vuelto loco. Aterrorizadas, huímos a la calle... ¡Mejor no lo hubiéramos hecho!... Nuestro hermano nos cerró la puerta. Suplicamos, lloramos. Después de un rato, al ver que no nos abría, avergonzadas ante los que se acercaban a preguntar la causa de nuestro llanto, echamos a caminar a la ventura... Esa tarde fuimos a parar donde la abuela paterna, que siempre también nos recibía con insultos y golpes...

—¡Pobre chiquilla! —exclamaba yo al escuchar tales confidencias. Tomando sus manos las acariciaba suavemente. Inmensa compasión me invadía.

—No me gusta que me compadezcan —dijo Estela, evadiéndome con brusquedad—. Querría ser hombre para abofetear a los que me humillan.

—¡Eres orgullosa, niña! —le dije—. Me agrada que seas así. Probablemente mi actitud no sea la corriente. No lo puedo remediar. En el colegio siempre me puse de parte de los chicos golpeados por los grandes. Los abusos me sacan de quicio. Créo que fácilmente me convertiría en revolucionario si viviéramos en un régimen de tiranía. Lo llevo en la sangre.

Ya en una ocasión me puse en contra de tu hermano. Si ahora nos entendemos, es porque él ha cambiado. Así como soy rebelde, soy también agradecido... No creo que Augusto sea malo, como tú crees. Si tiene rarezas, es porque sufre. También es un rebelde. Quiere vengarse de la vida, que ha sido injusta con él. Pero, Estela, ten por seguro que si en mi presencia Augusto fuera cruel contigo, siempre yo estaría de tu parte.

Estela alargó su mano y esta vez permitió que la acariciara.

—¡Niña! —le dije—. No es compasión... Es... afecto. ¿Siempre me contarás tus penas?... Quiero ser tu compañero...

Estela meditó un instante, observándome, y luego dijo:

—Me inspiras confianza. Te considero hombre. Prométeme que no le dirás a nadie lo que te he contado... Ni a Lena.

—¿Por qué a Lena?

—¡Porque... tú la quieres! ¡Mira! —agregó con viveza, acercándose a mí con los ojos fulgurantes—. Lena es bonita... Es buena... Lena tiene todas las preferencias de Augusto y de la abuela. Yo... ¡yo no tengo nada!... ¿Crees que ella es sincera al demostrar tanta abnegación con Augusto?... Yo creo que disimula su fastidio... ¡Acaso también lo odia como yo!

—No lo creo. Lena no es hipócrita. Sólo que no tiene tu carácter. También es posible que tenga menos sensibilidad. Su temperamento la pone a cubierto de reacciones violentas. Puede soportar...

—¿Así es que tú también crees que tengo mal carácter?

—¡No, no!... También dicen de mí que tengo mal carácter. A todo el que se defiende se le clasifica de mal carácter... Eres susceptible... Desconfías de mí y de todo el mundo. Es porque has sufrido y te sientes acorralada. Ten confianza, Estela... No te traicionaré... ¡Oyelo bien!... Serás mi hermana... mi verdadera hermana...

Y como estábamos muy juntos y yo mantenía su mano entre las mías, por un movimiento espontáneo la acerqué a mi cuerpo y la enlacé suavemente. Ella alzó la vista con ademán

desconfiado, casi de pavor. Ese gesto me provocó un movimiento de travesura. Y aprovechando la proximidad, puse mis labios en los suyos.

Estela dió un salto como si la hubiera picado una víbora. Retrocedió mirándome con espanto. Luego huyó hacia la puerta. Allí se detuvo, y, lanzando sobre mí una mirada ardiente, gritó:

—¡También eres falso!... ¡Canalla!... Estás prometido a otra y me besas como si fuera tu novia...

—¡Estela, escúchame!... ¡Espera!...

Pero Estela había dado ya media vuelta y salía corriendo hacia el jardín.

LA CAZA

"¿Qué es amor?", volvía a repetirme, procurando ahondar en mi alma.

Mis relaciones con Estela tomaron aspecto de persecución. Acaso el ancestro nos legó el instinto de la caza. En nuestra época de apariencia civilizada, los hombres no hacemos otra cosa que perseguir una pieza con la obstinación del hombre que maneja su fusil en la selva. En muchos casos, no importa que el objetivo sea mezquino. El cazador suele perder la mitad de un día persiguiendo un mísero zorzal, saltando cercos, desgarrándose el vestido, transpirando, bufando de rabia impotente y más empecinado mientras más travieso y esquivo es el pajarillo que se persigue. Así es.

En aquel tiempo, por el hecho de creerme ya artista, llegué a sobreestimarme en forma exagerada. Si me hubieran dado el espaldarazo de caballero y de príncipe, no me habría sentido tan orgulloso y satisfecho como de que se me considerara artista. En cambio, ¿quién era Estela en mi concepto?... Nada más que una pobre niña apaleada y menospreciada, a quien me dignaba tomar en cuenta y colocar bajo mi protección.

Pero, con gran sorpresa, la chiquilla no aceptaba el afecto que le ofrecía. A mi extrañeza siguió la curiosidad. Comencé a seguirla. Buscaba su compañía con cualquier pretexto... Cuando regustaba el sabor del beso robado, no podía dejar de mofarme de mí mismo, recordando su cuerpecillo entre mis brazos. ¡Pobre Estela! ¡Cuánto le faltaba aún para ser mujer de garra sensual, atrayente! Y, sin embargo...

Sin embargo, pensaba continuamente en ella. La rodeaba de atenciones. Vivía pendiente de sus gestos, ya sin cuidarme de Augusto, de Lena o de la abuelita. Llevábale grandes ramos de juncos y violetas, evocadoras de frescura otoñal y de suave intimidad de alcoba. Vaciaba sobre su cabeza lluvia de flores y frases apasionadas.

Estela recibía mis homenajes con displicencia. Sin embargo, el instinto me hizo comprobar que no le era indiferente. Sorprendía sus miradas que me acechaban, en momentos en que yo charlaba con otras personas. Comenzó a despertarse en ella la femineidad. Puso más esmero en el vestir y en el peinado. Se esponjaba como los retoños de árboles cuando la primavera está próxima. Estos síntomas me hicieron insistir. Mi propio fuego alimentaba y acrecía mi ardimiento pasional.

Noté que Estela aumentó en esos días su intimidad con mi hermana Ascensión. Dormían en la misma pieza, se acicalaban con parecidas prendas y paseaban juntas, amorosamente enlazadas del brazo; se aislaban del resto de la familia y mantenían conversaciones interminables.

Yo sabía que Estela siempre fué muy perezosa en el estudio de la música. Era uno de los motivos de reyerta entre ella, Augusto y la abuelita, quienes trataban de hacerla progresar. En cambio, Lena era dócil y la aventajaba en conocimientos. Continuamente yo rogaba a Lena que tocara alguna de mis piezas favoritas y en especial una sonata de Schubert, que yo prefería. Me extrañó escuchar todos los días a cierta hora la pieza solicitada. En un principio creí que era Lena quien procuraba complacerme. Pero, a pesar de mi escasez de conocimientos musicales, me di cuenta de que la ejecución era más imperfecta que la de Lena. Se detenía ante ciertas notas, vacilaba, volvía sobre ellas, como si se tratara de vencer tenazmente una dificultad. Un pensamiento cruzó por mi mente, oprimió mi corazón y me hizo penetrar con brusquedad en la sala. La solitaria estudiosa... ¡era Estela!

Tan pronto como se dió cuenta de mi presencia, dejó de tocar y se levantó bruscamente.

—¡Estela! —le dije—. ¿Eras tú?

—Sí... Y eso, ¿qué tiene de raro?

Me miró desafiante. Estaba roja como si la hubiera sorprendido en una falta.

—Me importa —le dije—, porque tocabas la sonata que me agrada...

—No sólo a ti te gusta...

Me acerqué con cautela.

—¿No tocabas entonces para mí?

—Eres demasiado presumido. Te crees buen mozo e inteligente. Imaginas que todas las mujeres se fijan en ti...

Me miraba con sus apasionados ojos entrecerrados, con expresión alternada de burla y de indignación.

—Te equivocas, Estela... No tengo pretensiones de don Juan. Sé que hay muchas mujeres a quienes no caigo bien... Especialmente a ti...

—No sé si me caes bien o mal... ¡Me eres indiferente!... Pero cuando veo que pretendes burlarte de mí, ¡siento una rabia!...

—Pero, hijita, ¿por qué puedes creer eso?

—No me digas "hijita". ¡Me tratas como a una chiquilla!

—Es una manera de expresar cariño...

Di un paso hacia ella. No se movió.

—Hay muchas maneras de querer —dijo—. ¡Me quieres como si me tuvieras lástima!

—Ya te he dicho, Estela, que no te quiero con piedad... Escúchame. Quizá, en un comienzo..., el primer movimiento que me acercó a ti fuera cierto impulso de... solidaridad... Te veía sufrir. Conocí algo de tu vida y quise acompañarte. Después..., probablemente porque rehusabas mi trato y desdenabas ese impulso... fraternal, comencé a sentir interés creciente... Ya vez que te hablo con sinceridad... Ahora, Estela, he comprendido que te quiero, que siento por ti una ternura inexplicable, que me atraes, no ya como a niña a quien se quiere acompañar en sus penas, sino como a mujer que se ama...

—¡Eres un farsante! ¡Conozco esa clase de hombres!... Se aprovechan de las muchachas y luego se van... Ponen el mar entre ellos y no regresan más... ¿Sabes que te pareces al padre de Augusto? Cuando pienso en esto..., ¡te odio!..., ¡te odio!

Enrojeció de indignación. Retorcó en sus manos un pañuelito. Secó una lágrima.

—¡Mi madre fué una santa!... ¡Yo habría muerto a ese hombre!... ¡Lo habría sacrificado a pausa, como a un animal dañino!... ¡Lo habría pisoteado como a un gusano!...

Se detuvo. Estaba sofocada. Contenía las lágrimas que, seguramente, acudían a sus ojos.

—¡Cálmate, Estela!... No me compares con ese hombre. Soy honrado... ¡Sincero!... Te lo juro por...

—¡No jures! —interrumpió con vehemencia—. Te dices bueno, y estás cometiendo una infamia... Me demuestras cariño y al mismo tiempo piensas casarte con mi hermana.

—No, Estela. ¡Escúchame!... Nunca he dicho que me casaré con tu hermana. Augusto ha arreglado las cosas a su antojo, y, naturalmente, como Lena es la hermana que más quiere, pensó en ella. Es probable que también yo lo pensara, pero necesitaba tiempo para decidirlo... Estos asuntos no son un juego de niños... Ahora me he convencido de que es a ti a quien quiero. Si tú me aceptaras, serías mi mujer. Y si te lo propongo no es para complacer a nadie, ni tampoco exclusivamente para formar un hogar... Sino porque te quiero... Deja hablar tu alma... Deseo saber si me puedes corresponder... ¡Eso es todo!

Me había acercado a ella. Estela, esta vez, no me rechazó.

—Estela —continuó, con acento de ruego, tomando una de sus manos—. Dime que también me quieres... Dime que esa pieza que tocabas la estabas ensayando para mí... ¡No seas orgullosa!...

Guardó silencio, pero no retiró su mano. Sus ojos miraban hacia adelante, muy lejos. Miraba ardorosamente. Yo la estreché en mis brazos, busqué sus labios. Esta vez no huyeron de los míos: ardían. Permanecimos un minuto juntos. De pronto se desprendió de mí, pero sólo para mirarme a los ojos inquisitivamente.

—Entonces... ¿no quieres a Lena? —dijo en voz muy baja.

Había recobrado su voz de chiquilla, clara, ingenua.

—La quiero, sí, como a una hermana...

Estela apoyó su cabeza en mi pecho. En ese instante ya no era una niña. Era mujer definitivamente.

EL COMPROMISO

Me sentí, de pronto, como si estuviera envuelto en túnica de pecado. Una brisa de esperanzas me había empujado hacia un país azulado de luna; mas, por el camino, había torcido hacia una región teñida de rojas pasiones. Debía una explicación a Augusto. Mi vida se perdía, vacilante, en un campo plagado de zarzamoras.

—Escucha. Quiero ser leal contigo —le dije—. Me introdujiste en tu hogar... Fui como un miembro más de tu familia... ¡No sabes, Augusto, cuánto te lo agradezco!... Si era huérfano, ahora tengo familia, hermano, hermanas... Pero no todo resulta a medida de nuestros deseos... Yo comprendía lo que tú deseabas. Era muy generoso de tu parte: en realidad me ofrecías lo mejor de tu casa... Yo también creo que Lena es una gran mujer... La admiro, la respeto, la quiero... Pero no contábamos con que el destino, que suele ser arbitrario o imperativo... Tú también crees en el destino...

Augusto, sentado en su cama, me escuchaba con la vista baja. Al oír el nombre de Lena, levantó la cabeza y me miró, interrogante. Luego me interrumpió:

—Nunca te he querido hacer una imposición...

—Es verdad. Pero yo he creído comprender tus deseos... Es la hermana que más quieres... A la otra casi no la tomas en cuenta...

Volvió a mirarme con leve ademán de protesta.

—No te culpo de nada —continué—. Sin que me lo propusiera, me he dado cuenta de tu vida familiar..., del pre-

sente y del pasado... Puede ser que tengas razón; puede ser, también, que te hayas equivocado...

Augusto había vuelto a inclinar la cabeza y me escuchaba en actitud de melancólica resignación. Continué hablando:

—Las circunstancias..., sí, fíjate bien, las circunstancias son siempre las que determinan nuestros actos, a pesar de la voluntad que ponemos en dirigirlos en cualquier sentido... Un hecho insignificante, una piedrecita, una ráfaga de viento, el tropiezo con una persona conocida, suele trastornar nuestra vida entera... Yo sé que todo habría marchado bien si hubiera seguido mi primer impulso. Habríamos formado una familia de artistas, unidos contra la adversidad. Pero..., es posible que todo se eche a perder. Tengo la obligación de decírtelo...

—¿Qué pasa, hijo?... ¡Me das miedo!

—Nada importante..., en apariencia, al menos. Pero, en el fondo, algo imprevisto y desconcertante. Te lo diré de una vez: me he enamorado de Estela.

Augusto levantó la cabeza como si escuchara una detonación.

—¿Qué dices?... Bromeas.

—Nada de bromas. No he sabido cómo he llegado a eso... Pero es así... Yo mismo me sorprendo... Comencé a acercarme a ella por un gesto de piedad. Luego, cierto impulso instintivo de hombre que desea vencer dificultades; más tarde... Pero, ¿a qué proseguir?... ¿Qué logramos con hacer análisis de almas y situaciones?... Son los hechos, los resultados los que interesan. Me siento profundamente atraído por Estela..., y te ruego..., quiero pedirte..., que consientas en que la continúe tratando como a novia...

Me había puesto de pie y comencé a pasearme a lo largo de la pieza. Permanecemos un momento en silencio, Augusto con los codos en las rodillas y el rostro hundido en las manos, yo paseándome agitadamente.

—Si tú quieres —le dije, deteniéndome cerca de él—, saldré de casa y vendré a visitarlos a ustedes cuando sea de rigor... Arreglaremos todo para que se realice un programa dentro de las formas convencionales... Trabajaré, procuraré instalar una casita y vendré a buscar a Estela cuando sea oportuno... Yo creo que si Lena hubiera sido mi prometida,

habríamos podido vivir juntos, pero con Estela las cosas cambian...

Augusto se levantó y me puso una mano en el hombro.

—Niño —dijo con acento paternal—. No eres más que un niño... Lo que me propones habrá que pensarlo con calma. Mientras tanto, continuemos viviendo como hasta aquí... Creo que puedes cambiar de parecer. Procura conocer bien a Estela. Con la facilidad que tienes para tratarla en la intimidad del hogar, eso no te será difícil... Sólo te pido que seas discreto y que no hagas sufrir a Lena, si es que ella pudo haberse formado algunas ilusiones respecto a ti. Es buena muchacha, y en todo caso será una buena hermana tuya. No le demos a tu noviazgo un carácter definitivo. Si persistes, si ves que puedes ser feliz con Estela, ya encontraremos medio para que realices tus propósitos...

Esta actitud de Augusto me conmovió. No esperaba tanta bondad ni tan sereno juicio. En ese momento tenía la apariencia, por el tono de su voz y sus gestos, de un patriarca bíblico. Hasta creí ver que envolvía su rostro lengua barba y que las manos que extendía estaban tatuadas por venerables arrugas.

Después de esta explicación provocada por mí, a fin de quedar en paz con mi conciencia, la vida en casa continuó su curso normal. Estela, al parecer, se sintió complacida al escuchar el relato de mi entrevista con su hermano. Adquirió mayor seguridad, fué más espontánea en sus manifestaciones y hasta pareció dulcificarse con los que la rodeaban. Cambió hasta en su aspecto externo. Diríase que su cuerpo creció y su envoltura fué adquiriendo redondeces y atractivos femeninos. Se preocupó con esmero de trajes, del cuidado de su rostro y de sus manos. Adquirió desenvoltura en el andar y en sus gestos. Se encerraba largas horas en su cuarto con mi hermana Ascensión; charlaban, discutían, paseaban juntas. Yo la llenaba de atenciones delicadas y procuraba, por todos los medios, realzar su personalidad ante Augusto y los de casa. Estela pasó a ser una personita importante, a la cual se le solía consultar y complacer. Se mezclaba en nuestras conversaciones, opinaba sobre música y literatura, disponía paseos y programas. El mismo hermano la escuchaba con disimulada sorpresa.

Me preocupaba mucho la actitud que podría adoptar Lena ante la creciente intimidad que yo iba adquiriendo con su hermana; pero, o no se dió cuenta, o lo disimuló con discreción. Continuó siendo la buena y sencilla camarada de siempre. Se preocupaba de mis pequeñas necesidades, y no faltaron sobre mi velador las flores frescas que siempre cortó para mí. Si algún cambio se operó en ella, fué en favor de sus quehaceres domésticos. Fregaba y barría los pisos con mayor escrupulosidad y se enfrascaba en sus cuentas de perfecta y hacendosa dueña de casa. Pero si la invitábamos a nuestras excursiones, siempre estaba lista para acompañarnos con fresca y cordial aquiescencia. Tenía Lena en su figura, y quizás en su espíritu, una imperturbabilidad y dignidad que yo siempre tuve como atributo exclusivo de los nobles ingleses, sonrientes e inmutables. ¿Qué pasaba, en realidad, en su alma? No podría asegurarlo; pero, al menos en apariencia, ella veía desfilar la vida y los seres humanos desde serena altura.

Lo que para mí empezó a constituir enigma fué la abuelita Juana. No había perdido su placidez ni la suave pasividad que constituía la esencia de su carácter. Pero si cuando la conocí era discretamente alegre y sus azules ojos sonreían con blanca travesura de niña, ahora se recogía en su vida interior y sus gestos se velaban a menudo de vaga melancolía. Ella, que durante su vida no hizo otra cosa que darse entera en beneficio de los que amaba: primero de su marido, enseguida de su hija y luego de sus nietos, como manso manantial generoso, ahora, que nada se le exigía, parecía hallarse perturbada por ansiedad inexpresable. ¡No tener a quién servir! ¡Modesta ruedecilla puesta en desuso! No hallaba qué hacer de sus manos y de su pensamiento. Ya no visitaba diariamente a sus parientes y alumnas, ya no escuchaba el bullir alegre o turbulento de otras vidas. Recluída en el pueblo silencioso y provinciano de San Bernardo, se entretenía apenas escuchando los proyectos y los afanes de su nieto predilecto, de los míos y los de mi hermana, seres extraños a su intimidad y que la trataban con respeto cortés y distante. Comenzó a levantarse cada día más tarde, dormía largas siestas y se recogía por las noches temprano. Llegamos, poco a poco, a olvidarnos de su existencia. Augusto la tra-

taba con distraída ternura, engolfado de continuo en sus proyectos literarios o en sus lecturas; su interés por ella, parecía, más que un acto intencionado, una ejecución mecánica.

—Viejecita, ¿cómo te sientes?... He traído para ti un libro de Byron, en inglés...

Y antes de que ella le respondiera, agradecida, ya Augusto se estaba dirigiendo a uno de nosotros para comunicarnos alguna noticia relacionada con sus preocupaciones habituales.

Sólo en Lena halló la abuelita el apoyo material y sentimental de otros tiempos. Ella la ayudaba a vestirse, la acompañaba en su aseo personal y se preocupaba de su alimentación reglamentaria. La abuela aprovechaba estas ocasiones para derramar su ternura en frases de cariño.

—¡Palomita..., florcita mía!... —murmuraba—. ¡Gracias, mi amor!...

Yo creí adivinar la silenciosa tragedia que se desarrollaba en el espíritu de este ser de selección y procuraba hacerme grato a sus ojos. Le prodigaba atenciones y traté de que me considerase uno más de sus nietos. Pero no fué posible. Siempre me encontré con su mirada evasiva y con su espíritu alerta, que, con suave obstinación, me colocaba a discreta distancia. Ascensión y yo éramos los forasteros, de hogar y de raza, que veníamos a hurtarle algo del cariño de sus nietos...

T O R M E N T A

No había vuelto a saber de Hortensia desde que Augusto nos sorprendiera enlazados, después de aquella entrevista que fué nuestra despedida dolorosa. Continuaba recordándola, pero como se recuerda el pasado lejano, con esa vaguedad de penumbra que convierte en suaves aun aquellos acontecimientos que fueron ácidos, cortantes. Quizá ella tuvo razón. ¿A dónde habríamos ido a parar con nuestro amor? Hortensia fué buena, sumisa, incondicionalmente amorosa, y yo no podía menos que sentir nostalgia de su ternura. Pero era necesario olvidarla, porque la vida así lo quería. Si hubiera sabido que ella ya no sufría, mi conformidad habría sido absoluta.

Cuando en casa necesitaron lavandera, recomendé a Rosalía. Ella, con su sola aparición, me hizo recordar intensamente a Hortensia. Convinimos en que Rosalía continuaría prestándonos sus servicios. Al verla, a pesar de las arrugas que no correspondían a sus años, no pude menos que compararla a aquella rozagante mujer que, cuando la conocimos, exudaba vida y optimismo. Había entristecido.

—¿Qué me cuenta, doña Rosalía? —la interrogué al verla llegar con su atado de ropa limpia—. ¿Ha sabido de su marido?

—¡Ay, sí, caayero! —me dijo con voz quebrada—. ¡Creo que no lo veré nunca más al pobrecito!... ¡Esos bandíos le aumentaron la condena otra vez!... Agora está por veinte años. ¿Cuándo hey de vivir tanto pa juntarme con él?

—¿Cómo es eso, doña Rosalía?

—Asina mismo no más es... Hubo trifulca en los patios... Salieron a relucir los fierros y el pobre tuvo que defenderse... El otro resultó muerto, y..., y...

Doña Rosalía se ahogaba en llanto. Procuré consolarla y pensé decirle que era preferible que lo tuvieran encerrado, porque cualquier día la habría matado a ella; pero comprendí que nada ganaría con despojarla de su ilusión.

—Lo llevaron al presidio de Santiago. Ahora me cuesta mucho verlo. ¡La pura desgracia, no más, señor!... Venimos al mundo sólo pa sufrir... Ya ve lo que le pasa a la señorita Hortensia. ¿No la ha visto?

—No. Una vez la encontré en la calle, pero me miró con tal cara de espanto, que me vi obligado a pasar junto a ella sin hablarle. Huyó como si la persiguiera el demonio. ¡Me dió pena, doña Rosalía, créamelo!

—A mí tamién me da pena —murmuró doña Rosalía—. No es ni sombra de lo qu'era antes... Tamién a mí me saca el cuerpo... No vive más qu'en la iglesia... Está como espiritá. Sus niños andan sueltos por ei y parecen puros pililos. ¡Pobrecitos! Un día que logré atraparla, me dijo que quería morir, que no le pedía otra cosa a Dios sino que se la llevara pronto, que era una gran pecaora, que ni siquiera tenía esperanza de pasar por el purgatorio, porque sus maldades la llevarían derechito al infierno... ¡Ya no es cara la que tiene, hijito de mi alma!

—¡Así es! —asentí, procurando contener mi emoción.

—Casi es de alegrarse que esté condená a morir pronto. Dicen qu'es tisis la que tiene...

Callamos. La imagen evocada era demasiado dolorosa.

—Si la encuentra alguna vez, doña Rosalía, dígale que deseo verla. Quisiera hacer algo por ella... ¡Quién sabe si yo sea el culpable de...!

—¡Ni lo piense, mi señor! ¡Qué va a ser usted el culpable!... ¿No lo sabré yo?... Fué la pura fatalidá... Lo mesmo le pasa a mi hombre... Nació destinao a ser un roto desgraciao... Ahí lo tiene usté... ¡Por más qu'el pobrecito es tan güeno!...

Doña Rosalía se llevó el pañuelo a los ojos y lloró silenciosamente. Iba a aproximarme a ella para prodigarle algún

consuelo, cuando vi aparecer a Estela en el extremo del corredor. La joven se acercó, mirándonos con extrañeza.

—¿Por qué llora? —me preguntó, señalando a la mujer—. ¿Qué le has hecho?

—¿Yo?... ¡Qué cosas tienes, Tela!... ¡Nada, niña!... Ella recordaba a su marido que está en la cárcel...

—¿Y por eso estás tan compungido?

—No sólo por eso... Hablábamos, también, de una señora amiga, que se halla muy enferma... ¡Ya te contaré!

Es posible que hubiera una vacilación en mi voz, porque Estela me miró con desconfianza.

—¡Qué raro me parece! —murmuró—. ¡No sé por qué me imagino que se trata de un embrollo tuyo!...

Mientras tanto, doña Rosalía había tomado su atado de ropa, lo compuso sobre la cadera, y atravesó el jardín para ir en busca de Lena. Yo tomé por un brazo a Estela y la conduje mimosamente hasta nuestra sala de trabajo.

—Te lo voy a contar todo —le dije con voz insegura—. Es una historia absurda y triste. Pero no deseo ocultarte nada... Desde que sé que vas a ser mi mujer, me hice el propósito de ser leal y sincero contigo. Creo que la sinceridad conserva el cariño, aunque aparentemente creamos que nos puede perjudicar. La sinceridad limpia como el agua pura. Debo confesarte que me siento turbado como si hubiera cometido un delito... Quizá se deba a que me escuchas con desconfianza... Pero la verdad es, Tela, que si pudiera colocar mi pasado y mi presente en tus manos, lo haría sin vacilar para que pudieras conocerlos hasta en los detalles más íntimos... Imagino que es la mejor manera de conseguir la unión perfecta entre personas que se aman... ¿No crees lo mismo?

—¡Claro! —exclamó, con voz apasionada—. Tú has visto que no oculto mis pensamientos...

—Es lo que más admiro en ti. Sólo temo que cierta falta de comprensión te impida perdonar los errores ajenos. ¡Todos necesitamos perdón!

—¡Yo no lo necesito! —interrumpió Estela, irguiéndose de su asiento—. Y no creas que es porque me crea buena...

—Está bien —le dije, en tono conciliador—. Sientes or-

gullo de asumir la responsabilidad de tus actos, buenos o malos. ¡Ojalá todos pudiéramos hacer lo mismo!...

A continuación conté a Estela la historia de mis pasadas relaciones con Hortensia, desde que la conociera en casa de doña Rosalía, hasta el día de nuestra ruptura. Recordé mi vacilación antes de acercarme a ella, hice un análisis de mi soledad entre mis compañeros de colonia, y, luego, el arrebato pasional que me arrojó en sus brazos... Todo se lo dije, velando sólo ciertos detalles crudos que pudieran herir su pudor. Estela me escuchó sin interrumpirme, con la vista baja, inmóvil, esforzándose por compenetrarse de mis palabras. Por momentos enrojecía y detenía sus ojos en mi rostro como si quisiera pesar mi pensamiento. Sin embargo, no perdía su expresión de niña voluntariosa. Por momentos procuraba adoptar actitud de indiferencia, como si mis palabras no le interesaran. Pero yo veía que, en su interior, se desarrollaba un trabajo laborioso. Cuando terminé de hablar, yo estaba fatigado, como después de una labor pesada. De pronto, chispeantes sus ojos, me interrogó:

—Dime. Y tú, ¿quisiste a esa señora?

Vacilé antes de contestar. Procuraba explicar claramente mi pensamiento.

—Hay muchas maneras de querer —dije al fin—. Fue buena conmigo y yo se lo agradecía. Era desgraciada, y eso me acercó a ella.

Estela esbozó un movimiento de impaciencia.

—Pero..., amor... ¡Amor!... ¿No sentiste por ella amor?

Respondí en forma vaga:

—No creo que eso precisamente el amor.

Estela meditó un momento. Luego volvió a interrogar:

—¿Te habrías casado con ella?

Yo repliqué, después de ligera vacilación:

—Sí. Le propuse que nos casáramos; ella no aceptó. Era demasiado modesta para eso. Me habría casado para librarla de sus tremendos escrúpulos religiosos. Yo quería protegerla y hacerla feliz...

—Y tú, ¿habrías sido dichoso?

—Posiblemente no me habría sentido cómodo a su lado. Había muchos pequeños detalles que nos separaban. Diferen-

cias de espíritu, de edad, de educación, de creencias. Pero también se puede sentir felicidad contribuyendo a la dicha de los demás. Es como una felicidad refleja...

—¿Así es que tú eres capaz de querer por... compasión?

—¿Por qué no? Y también me habría unido a ella para cumplir con ciertos deberes. Acuérdate de que fui, y, quién sabe, soy todavía, un discípulo de Tolstoy. Si ella se dió entera, era justo que...

—¡Eres admirable!... ¡Eres un hombre perfecto!... —dijo Estela en tono irónico—. Pero en lo que a mí se refiere, no querría que nadie me quisiera por compasión, ni por obligación. ¿Ves? ¿Ves?... ¡Esa es tu manera de quererme!...

—¡Estela!... ¡Te he dicho que...!

—Amiguito —me dijo con acento airado—. No acepto eso. Me has conocido como una muchacha medio abandonada dentro de la familia, y te dispusiste a defenderme... Dicen que don Quijote hizo cosas por el estilo. Puedo agradecer tu protección; pero no me siento querida por mí misma: por mis cualidades y por mis defectos. Necesito un hombre igual a mí. Si fuera inferior, quizás no podría quererlo. Pero tampoco acepto que sea más que yo.

—¡Estela, no desvaríes!... ¡Niña!... Te comportas como una chiquilla voluntariosa... Puede ser verdad que en mi cariño haya cierto espíritu protector. ¡Pero hay mucho más que eso!... En un comienzo, quizás, ese deseo de protección pudo ser un estimulante... ¡Pero, ahora!... Créeme, Estela: ¡estás equivocada!...

Di un paso y procuré enlazarla. Ella retrocedió decididamente y me rechazó como si se sintiera amenazada por contacto repugnante.

—¡No!... ¡No!... ¡No me toques!...

Dió media vuelta y huyó. Yo quedé en suspenso... ¿Tenía razón Estela? Me ardía la cabeza. Algo, en mi interior, se retorció dolorosamente. ¡Sí, la quería! ¡Con vehemencia, con plenitud! La deseaba con pasión. Sentía impulsos de estrujarla en mis brazos, prodigarle palabras tiernas, unir mis labios a los suyos.

Me dirigí a su cuarto y golpeé la puerta suavemente. Nadie respondió. Golpeé con mayor fuerza. Silencio.

—Estela. Necesito hablar contigo...

Esta vez se escuchó un ligero ruido en el interior. Enseguida pasos que se acercaban. Se entreabrió la puerta. Iba yo a lanzar una exclamación de regocijo, cuando sentí que caía algo a mis pies. Un pequeño paquete de manuscritos. ¡Eran mis cartas!

Luego la puerta se cerró con violencia.

SESION DE HIPNOTISMO

En esa vieja casa impregnada de primavera, junto con mi amor contrariado, comenzó a surgir de la tierra, de las paredes y hasta de las flores del jardín, un hálito inquietante. Augusto desenvolvía extrañas teorías cuya clasificación es difícil determinar. Es posible que fueran tomadas de diferentes creencias antiguas o modernas, o prácticas que tanto podían ser experiencias científicas como lucubraciones de astutos charlatanes. Siempre creyó en la magia de las palabras y en su influjo sobre la sensibilidad. También hablaba del sonido, que, como bien lo saben los maestros de la música, ejerce en los sentidos influencias secretas. No recuerdo si Augusto conocía los tratados de magos y alquimistas de la Edad Media, ni si tuvo noticias de las actuaciones de Cagliostro o de Alberto el Grande; sólo recuerdo que aludía constantemente al "misterio del arte", como de una realidad que era preciso desentrañar y practicar. El "Halvard Solness", de Ibsen, que a los ojos penetrantes e irrespetuosos de Tolstoy es una de las mayores majaderías dramáticas del pasado siglo, para Augusto significaba un abismo de sugerencias esotéricas y simbólicas como jamás se han escrito. Tampoco sé si conocía a Huysmans y sus tétricas descripciones de misas negras, y sus evocaciones de Pico de la Mirándola, pero puedo asegurar que sentía admiración por la vida y actuaciones de los sabios hindúes.

Frecuentaba la casa una tía de Augusto, hija del comandante y héroe nacional Manuel Thomson y de una señora Cousiño, muy bella en su tiempo. Tía Carmela era viuda.

Augusto sentía por ella gran cariño y tía Carmela se lo devolvía con adhesión admirativa incondicional. En cambio, abuelita y las niñas la recibían con recelo. Acaso hubiera en ellas un poco de celos, motivados por las preferencias de Augusto por su tía. A menudo consultaba con ella sus proyectos literarios, leíale sus trabajos y manifestaba franca alegría cada vez que llegaba a casa. Tía Carmela conservaba el vago resplandor de una hermosura pasada. Al parecer, estaba al corriente de los modernos acontecimientos artísticos. No creo que tuviera una educación sólida; pero no le faltaba cierta astucia femenina que le permitía asimilar y orientarse en toda clase de conocimientos, y, sobre todo, nunca estaba en desacuerdo con las opiniones de su sobrino. Era, pues, una excelente camarada para Augusto. ¿Cómo no iba a preferirla a una familia que se limitaba a escucharlo con admirativa complacencia y que nunca agregaría el más leve comentario a sus indiscutidas disquisiciones? No siempre agrada a los dioses una sumisión ciega y muda.

Aunque Estela hablaba ya muy poco conmigo, demostrándome su creciente desvío, un día me dirigió incidentalmente la palabra.

—Esta vieja —me dijo— se cree artista, muy fina y elegante. Fíjate cómo, a pesar de sus cuarenta años, adopta posturas de chiquilla. Habla de sus "manitos" y muestra unas uñas perfiladas. Dice: "yo con mis manitos tejí esta blusa"... Acaricia a Augusto y lo llama "su hijo"... Pero... ¿No crees que...?

No pude menos que sonreír. Ella continuó:

—Augusto la prefiere a nosotras en todo. Cuando llegan regalos y provisiones que mandan a la abuelita sus discípulas o parientes ricos, antes que nada, él separa la mejor parte para tía Carmela y sus hijas. ¡Y allá van los sacos de fréjoles o de trigo, los trajes usados, los zapatos y compotas!... ¡Claro, como la linda lo adula y lo lame como una gata!...

—¡No seas pelambreira, niña! —murmuré, sin dejar de reír.

—Fíjate bien. Ahora que Augusto está con sus ideas de misterios y brujerías, ella le lleva el amén y le sacude el incensario a dos manos.

—No son brujerías, Estela... Son... experimentos de magnetismo, hipnotismo, o lo que quieras!...

—¡También tú!... ¡Augustito va a concluir por trastornar a todos los de casa!... En fin, tú siquiera sabes discutirle a veces... Pero la abuelita y Lena... ¡para qué hablar de tía Carmela!..., lo siguen con la boca abierta. Sólo a mí y a Ascensión no nos interesan sus "sesiones" de espíritus...

—¡Ah cabecita!... ¡Siempre rebelde!

—¿Te has fijado en que la vieja no te mira con pizca de buena voluntad?... Te observa... Calla y suspira. Es que siente celos. Celos porque Augusto toma en cuenta tu opinión. Desearía ser su única confidente.

—¡Fantasías! —respondí.

—Bueno, hijito —me dijo, mostrando la lengua con enojo—, crea usted lo que le parezca, ¡pero que no cuenten conmigo para sus chifladuras!

Cierta noche, como de costumbre, nos reunimos en la sala Augusto, la abuelita, tía Carmela, Lena y yo. Estela y Ascensión se retiraron a su cuarto. Esa vez Augusto decidió comenzar conmigo sus experimentos de hipnotismo. Con anterioridad, preparó adecuadamente el escenario. Dejó el vasto salón en penumbras, formó un círculo con el sofá y los sillones, acomodó en ellos a los espectadores, y permaneció inmóvil en el centro durante algunos instantes, erguido, mudo, con las manos extendidas hacia adelante.

—A ver —me dijo con voz ahuecada y lenta—. ¡Relaja tu voluntad! ¡Pon los músculos en descanso!

A pesar de que nunca tuve condiciones de médium, no sé si por falta de sensibilidad o por incontrolable y oculta repugnancia a esa clase de representaciones, obedecí con la mejor intención.

Augusto me miró con fijeza a los ojos, con los suyos, oscuros y penetrantes, que enviaban sus dardos desde el fondo de las cuencas profundas. Extendió hacia mí las manos abiertas y ejecutó algunos movimientos breves y lentos. Yo me di por hipnotizado, deseoso de contribuir al éxito de la prueba; pero, a pesar de mi cooperación, pasaron algunos minutos sin que mi organismo sintiera nada extraordinario... Después de largo rato, durante el cual Augusto puso todo su empeño

para llevarme a la región del sueño, concluyó por desalentarse y dejó caer las manos.

—Eres más duro que un adoquín —me dijo con visible molestia, mientras se limpiaba la frente humedecida por gotitas de sudor.

Me sentí decepcionado, humillado. Hasta pensé que con aquella prueba quedaba demostrada mi incapacidad para cualquier trabajo, especialmente para el artístico. Pero, más que yo, sufría seguramente doña Juanita. Para su ternura de abuela no existía proeza de que su nieto no fuera capaz.

—Quizás yo te podría servir —insinuó tímidamente la anciana.

—¡No, viejecita! —exclamó Augusto sin ocultar su mal humor—. ¡Estás muy delicada y podría hacerte mal!... Lena... , posiblemente...

—Creo que es demasiado sana —murmuré a media voz—. Te aconsejaría, Augusto, que ensayaras con Carmela...

Me guardé de añadir que siempre la consideré como histérica y que yo suponía que esta clase de personas eran especialmente aptas para pruebas de hipnotismo.

Tía Carmela demostróse entusiasmada.

—¡Qué bueno!... ¡Qué bueno! exclamó, palmoteando y dando saltitos de niña—. ¡Me siento feliz de que Augustito me hipnotice!...

Avanzó hacia el centro del salón y se ofreció en actitud rendida; por su palidez y la tensión de sus facciones parecía hallarse ya en estado de trance. Augusto la miró un momento a los ojos con fijeza, y repitió las manipulaciones que poco antes había ejecutado conmigo. No tardó tía Carmela en dar señales de sueño hipnótico. Augusto la tomó entonces, e hizo que Lena le pinchara un brazo con un alfiler. La insensibilidad era perfecta.

—Está dormida —exclamó Augusto con satisfacción—. Ahora obedecerá lo que yo le ordene...

Se irguió en toda su estatura y le habló en tono solemne:

—Carmela, hija mía, vas a revelarnos algo que nos interesa saber. En esta casa reinó, hasta hace poco, una armonía perfecta... De improvisto todo ha cambiado. Las sombras invadieron nuestro hogar. Donde hubo confianza, existen recelo

y malestar... Vas a decirnos quién, sin quererlo, es el causante de este cambio. Hay aquí una persona que se halla en error. ¿Podrías señalarla?

Me di cuenta de que Augusto preparaba una de esas escenas que tanto le seducían. Debí demudarme. Un golpe a los centros nerviosos hizo que sintiera una angustiosa sensación en lo que llamamos vulgarmente "la boca del estómago", más bien llamado "plexo solar". Por todos estos síntomas, comprendí que en mi organismo se preparaba una de esas reacciones tempestuosas que a menudo me dejan a la deriva, perdido el timón. Augusto, sin duda, tenía su objetivo. Vi con claridad que su indiferencia por los acontecimientos sentimentales que se desarrollaban en nuestra casa era sólo disimulo y que ocultaba su descontento. La lucha comenzaba. Y bien, yo traducía al claro y vibrante idioma español el drama nórdico que Augusto representaba. Sin embargo, aún tuve un resto de dominio sobre mí mismo. Habría que esperar el desarrollo de la empezada sesión.

Tía Carmela demostraba dolor en la expresión. Se contrajeron sus facciones, abrió la boca con mueca amarga, se hizo aún más vago su mirar, y estrujó nerviosamente una mano con otra hasta hacer crujir sus huesos.

La voz de Augusto, ligeramente cavernosa y solemne, resonó de nuevo en la estancia:

—¡Abandona todo temor! ¡Deja obrar tu espíritu! ¡Señala a la persona que está equivocada, y que enturbia, sin querer, la atmósfera de esta casa! ¡Señala al que se encuentra en error, sea yo o cualquier otro! ¡Pon tu mano sobre su hombro!

Gran expectación se tradujo en el rostro y en las actitudes de los circunstantes. Hasta Lena, que nunca abandonaba su sonrisa despreocupada, en ese momento permanecía seria, mantenía los labios entreabiertos como persona que observa embobada el desarrollo de una prueba peligrosa. Abuelita Juana dejó escapar un casi imperceptible gemido y extendió los brazos en actitud de súplica.

Tía Carmela avanzó un paso hacia Augusto, retrocedió en seguida, giró en dirección a mi asiento, y, como si adquiriese repentino brío, caminó hasta colocar una mano sobre mi hombro. ¡Cosa extraña! En vez de sentir la esperada im-

presión de mordedura de víbora, que yo esperaba, me invadió una tranquilidad extraordinaria, sedante, como si me sumergiera, de pronto, en baño tibio. Me puse en pie, y me dirigí con lentitud hacia Augusto.

—Me alegro —le dije— que tú y Carmela... hayan definido con claridad mi situación entre ustedes. Sólo lamento que no lo hayan hecho antes. ¿Yo soy el que perturba la tranquilidad de tu casa? Bien. ¡Pero todo tiene remedio, Augusto!... Ten la seguridad de que muy pronto quedarán ustedes en paz...

Iba a continuar hablando para explicar mi actitud pasada, pero en ese instante ocurrió algo que a todos nos dejó perplejos. Se abrió la puerta del salón y apareció Estela en el umbral. ¿Fue ella la que encendió la luz? Se dirigió sin vacilar hacia Augusto y dijo con voz entera:

—He estado escuchando desde la pieza vecina. Sólo vengo a decirte que el culpable no es tu amigo. Soy yo. No quiero entrar en explicaciones. Pero si crees que interpongo mi deseo para desbaratar tus planes... de armonía..., estás en error. Yo no quiero a tu amigo. Mi cariño será para alguno elegido por mí. En cuanto a Ascensión, tampoco se casará contigo. Ha respondido ya a un antiguo pretendiente, y dentro de algunos días él vendrá del norte a pedir su mano...

Augusto avanzó hacia ella con las manos levantadas, trémulo de furor.

—¡No me toques!... —gritó Estela, sin retroceder—. Ya no tienes poder sobre mí!... He dejado de ser una niña. ¡Ojalá consigas que tu amigo forme el hogar que tú deseas!... Lena merece ser feliz...

—¡Fuera! —gritó Augusto con voz aullante—. ¡Fuera de aquí!

—Estoy en mi casa. ¡Y no me moveré! —gritó Estela, enrojeciendo a su vez.

—¡Augusto! —grité yo, procurando interponerme entre los hermanos.

—¡Augustito! ¡Augustito! ¡Por el amor de Dios! —chillaba dramáticamente tía Carmela, que, al parecer, no sé cuando, se había recobrado del trance hipnótico—. ¡Déjala, Augustito!... ¡Es una chiquilla insolente!... Por favor. ¡Por favor, hijo mío!..., ¡mi hijo!

—¡Hijo mío! —exclamó Estela con sarcasmo, mirándola de reojo—. ¡Usted, señora, sólo es una intrusa! ¡Intrigante!

—¡Fuera! —volvió a repetir Augusto con voz enronquecida, mientras tía Carmela y yo le sujetábamos los brazos.

Todos hablábamos y gritábamos a la vez, procurando alejar a los hermanos, que se miraban con ojos chispeantes de odio. En un momento intervino Lena para calmar a Estela, suplicándole en voz baja:

—¡Tela, por favor, piensa en la abuelita!

¡La abuelita! ¡La habíamos olvidado! ¿Quién fué el primero que reparó en ella? Cuando volvimos la vista, la vimos derrumbada sobre un sillón, rígida y pálida como mármol. ¡Había sufrido un síncope!

CLIMA ESOTERICO

Pocos días después —a pesar de las protestas de Augusto— me instalé en Santiago. No me fué difícil hallar una modesta casa de pensión, cerca de la oficina.

Convinimos que mi hermana permanecería en San Bernardo durante algún tiempo, y que yo iría a visitarlos los días festivos.

En esa época me acosaron grandes sufrimientos. Mis relaciones con Estela quedaron definitivamente rotas. La voluntariosa chiquilla pasaba gran parte del tiempo en su cuarto y, en compañía de mi hermana, se dedicaba a mantener correspondencia con sabe Dios qué personas.

Fruto de esa correspondencia fué la llegada a San Bernardo de un joven pretendiente de Ascensión a quien conoció en Victoria antes de la muerte de mi padre. Entonces ella era tan niña —trece años—, que hubo de responder negativamente. Pero él la hizo prometer que si pasado el tiempo se decidía a aceptarlo, le escribiría a cualquiera parte que se hallase; acudiría inmediatamente, y se casarían. Como consecuencia de los conciliábulos con Estela, Ascensión decidió escribir la prometida carta, y ahí teníamos al pretendiente venido desde Taltal, o de cualquier puerto del Norte. En vano procuré disuadirlo. A pesar de mis disidencias con Augusto, quise ser leal a nuestro compromiso y procuré convencer al recién llegado de que debía abandonar sus ilusiones. Pero él respondió que había venido a casarse y no se movería hasta obtener lo que deseaba, a menos que la misma interesada lo

despachase. No me quedó otro recurso, en calidad de hermano mayor, que dar mi consentimiento.

De este modo resultaban ciertas las afirmaciones que hizo Estela durante la borrascosa sesión de hipnotismo. En cuanto a ella, también mantenía correspondencia con un jovencito que conociera en un tranvía y de quien había recibido una significativa tarjeta postal. Lo supe por Lena, que había pasado a ser mi confidente y paño de lágrimas.

—Estela —le dije a la rebelde chiquilla en la primera ocasión que la tuve a mi alcance—, ¿cómo es posible que estés en relaciones con un muchacho a quien has conocido en la calle? ¿Sabes qué intenciones tiene? ¿Conoces su modo de pensar y de proceder? Al menos, debías comunicárselo a tu abuelita o a Augusto, y pedirles consentimiento para que visite la casa... Después decidirás...

—No seguiré tu consejo —replicó en forma airada—. Si él viniese a casa, ustedes procurarían humillarlo. Es un joven de familia modesta... No es tampoco un intelectual; pero es sencillo y es bueno. Me quiere por mí misma, sin considerarme su protegida... ¡Yo lo adoro!

—Está bien, Estela —repliqué con dulzura—. No te discuto eso. Puedes quererlo y casarte, si te place. Yo sé que tú y yo estamos desligados de todo compromiso... Pero no me puedes quitar el derecho de seguir interesándome por ti y de evitarte una contrariedad.

—¡Guarda tu cariño y tus consejos! —me replicó en tono violento—. No los necesito... ¡Arreglaré mi vida a mi gusto, aunque después me pese!

Mi vida en Santiago transcurría penosamente. Me sentía huérfano y añoraba el calor de familia creado en San Bernardo. Como compensación, tuve un trabajo abrumador. Un cliente ingeniero e industrial mantenía un pleito en los Estados Unidos, y como yo aún no había olvidado del todo el inglés aprendido en la infancia, debí encargarme de atender una larga y fatigosa correspondencia y excederme en el trabajo a deshoras, lo que me valió el beneplácito de mi jefe y generosas propinas del agradecido cliente.

En los días de fiesta iba a San Bernardo. Como mis relaciones con Augusto continuaban muy tirantes, apenas cruzábamos palabra. Generalmente él se reunía con Magallanes

Moure y pasaba el día en su casa. Ascensión y Estela se aislaban. La abuelita, enferma, no salía de su cuarto. De este modo, mi única compañera fué Elena, con quien, por lo demás, nos entendimos como buenos hermanos. Yo me quejaba de una incipiente enfermedad nerviosa. Inquietud, inestabilidad mental, ansiedad. Dormía poco, asediado por sobresaltos y pesadillas.

—¡Cuánto me gustaría tenerte aquí —me dijo Elena—. Debías ver médico...

—Tendré que hacerlo.

—Si te agravas, lo que espero no ha de suceder, podría ir yo a Santiago para cuidarte. Las hijas de tía Carmela me han invitado...

Estas sencillas palabras me conmovieron.

—Elena... ¡qué buena eres!

Como ella me veía pálido y enflaquecido, preparábame comidas especiales y me rodeaba de silenciosas atenciones.

—¡Los novios! —exclamaba Estela sarcásticamente al pasar.

Sin embargo, nunca en nuestros coloquios hubo palabras que pudieran interpretarse con intención amorosa. Nos bastaba una amistad fraternal y sencilla. Acaso valía más que la exaltada pasión.

En una de mis vistas a San Bernardo nos ocurrió algo que vacilo expresar, pero que no puedo eludir, pues servirá para comprender los sucesos que relataré más tarde.

Ya he dicho que mi sensibilidad para captar fenómenos anormales era muy limitada. Nunca, ni cuando niño, se me aparecieron fantasmas ni tuve manifestaciones de otro mundo. Mi superstición, muy acentuada, ajena al raciocinio y a mi voluntad, llegaba sólo hasta aceptar los augurios más sencillos y corrientes. El paso bajo una escala, la presencia de una lechuza, el número trece, y otros acontecimientos pueriles, podían impresionarme y hacerme esperar de ellos buena o mala fortuna.

Pero nunca me hicieron la menor impresión las pretendidas apariciones de espíritus, brujerías, pasos y golpes en las habitaciones desocupadas, puertas y ventanas que se abren y cierran sin motivo. Para todo eso mis conocimientos científicos, por exiguos que fueran, siempre encontraron una ex-

plicación racional. Lo cierto es que nunca me ocurrieron cosas extraordinarias, ni yo creí en ellas.

Pues bien, voy a contar algo que en mi vida es una excepción. Los que me lean pueden creerme o no, y extraer de mi relato las consecuencias que les parezca.

He aquí cómo ocurrieron las cosas. En uno de mis viajes a San Bernardo, comí en compañía de la familia, y luego me despedí para tomar el tren a Santiago, que pasaba a las diez de la noche. Augusto se quedó ese día a comer con nosotros, y, como de costumbre, cambiamos pocas palabras. Cuando me despedía, me dijo:

—Te acompañaré. Necesito tomar aire.

Esta escena ocurrió en verano. La noche estaba en perfecta calma. Ni un soplo de aire movía las hojas de los árboles. El cielo mostraba todas sus estrellas. La atmósfera parecía impregnada del perfume de las acacias y de las yerbas de campos vecinos.

Augusto y yo caminamos en silencio, abstraídos en nuestros pensamientos. La pequeña estación de San Bernardo se hallaba casi desierta, y, como no era aún hora de tren, decidimos pasearnos por uno de los andenes. Nuestros pasos acompañados nos llevaban, por un lado, hasta un bosquecillo de acacias, y hacia el otro nos enfrentaban con un viejo molino próximo a la estación, silencioso, oscuro, recortándose con su arquitectura desapareja en el cielo plateado por las estrellas. ¿Cuánto tiempo duró nuestro paseo? Seguramente más de un hora, porque el tren tardaba en llegar. Fui, entonces, a la oficina del jefe de estación a fin de indagar lo que pasaba. Me respondieron que el tren llegaría muy tarde, porque traía varias horas de retraso.

—Tendrás que quedarte —me dijo Augusto—. No creo que valga la pena seguir esperando. Volvamos a casa.

—Está bien, acepto tu invitación —le dije—. Podré irme mañana a primera hora.

Regresamos a casa por la calle que lindaba con el campo. Ni un alma transitaba por allí a esas horas. Paz de campiña, cercada por cerros centinelas. Sólo el ladrido de perros lejanos y el chillido de los grillos cortaban el silencio de la noche. ¿Para qué hablar? ¿Para qué turbar el silencio aquietador, sedante, infinito?

Muy próximos a la casa, en una esquina, había dos altos eucaliptos, a una distancia de cuatro a cinco metros uno de otro. Eran dos guardianes enormes, cavilosos, ensimismados. Sus troncos derechos y lisos, sólo exhibían en la parte superior un plumero de ramas desmadejadas. Ni una sola hoja se movía en la quietud estática de la naturaleza.

Pero, de pronto... ¿Fué realidad o fantasía?... Augusto y yo vimos claramente que los eucaliptos se encorvaron uno hacia el otro. Sin motivo, sin causa física aparente, juntaron sus ramas en la altura. Sacudieron sus melenas frenéticamente, como agitados por súbito huracán, mezclándolas con furia satánica. Después de este arrebató, los troncos recobraron su primitiva posición y los ramajes volvieron a su mansedumbre.

Mientras tanto, nada se había alterado a nuestro alrededor. Todo el paisaje permaneció apaciblemente quieto, como si sólo para los eucaliptos solitarios se hubiera creado la tempestad.

Augusto y yo nos habíamos detenido con los ojos muy abiertos y el espíritu interrogante. Nos miramos, pero sin pronunciar palabra. Luego reanudamos el camino con los mismos pasos acompasados que traíamos desde la estación. Indudablemente nos hallábamos sobrecogidos de extrañeza y pavor.

Al enfrentar la casa, pasamos junto al canal que caía en cascada ronca cerca de ella y que durante las noches murmuraba junto a nuestro cuarto sus historias trágicas o idílicas, dialogando con voces que correspondían a nuestro estado de ánimo; esta vez continuaba su música de imperturbable insistencia.

No sé por qué, y sin que nos pusiéramos de acuerdo, en vez de golpear en la ancha puerta principal, que daba frente al extremo de la calle de la ciudad, nos dirigimos a un portón de servicio que miraba hacia el campo. Generalmente esta puerta permanecía cerrada y la cruzaba un pesado cerrojo.

¿Por qué elegimos esta puerta y no la otra, como era lo natural? Nos detuvimos ante ella, tocándonos los codos, como si nos propusiéramos pronunciar un silencioso "Sésamo, ábrete"... Y la puerta se abrió. Sus dos batientes, al desplegarse,

golpearon violentamente en las paredes del pasillo, como si un viento huracanado, o una fuerte mano misteriosa, los hubiera empujado con violencia. Miramos ávidamente hacia el interior del zaguán. Nadie había en él. ¡Nadie!...

Volvimos a interrogarnos con la mirada. Cruzamos el umbral y cerramos por dentro el pesado cerrojo corredizo, que chirrió con estridencia de metal forzado...

Cerca del zaguán, tenían su cuarto Elena y Estela. ¿No estaba Ascensión en casa? No lo recuerdo, pero es posible que se hallase en Santiago, donde iba continuamente a donde una familia amiga. Al golpear la puerta del cuarto que ocupaban las hermanas, Estela respondió con voz exageradamente firme:

—¿Quién es?

—Somos nosotros —respondió Augusto.

Sólo entonces se abrió tímidamente la puerta y acudieron las dos hermanas.

—¡Dios mío! ¿Qué pasa? —fueron las amedrentadas interrogaciones de Elena y Estela.

—Nada —respondió Augusto—. Fernando no pudo irse a Santiago, a causa del descarrilamiento de un tren. Tendrá que alojar aquí. Habrá que arreglarle cama...

—¡Está lista!... —informó Elena—. No se ha tocado la suya desde que se trasladó a Santiago.

—Pero ¿qué pasa? —interrogó Estela de nuevo—. Desde que ustedes se fueron a la estación, hemos pasado en continuo sobresalto. Primero sentimos pasos en el corredor del jardín, frente a la puerta de esta pieza. No le dimos importancia, porque imaginamos eran ustedes que se paseaban, conversando. Los pasos se acercaban y se alejaban. Pero, como transcurría el tiempo y el paseo continuaba, salimos al corredor para advertirles que era hora de tren... ¡No había alma viviente en el corredor! Supusimos entonces que ustedes se habían marchado ya. Pero los paseos continuaron. Salimos varias veces, cada vez que los trancos se acercaban a nuestro cuarto. Pero, ¡nada!... El corredor, siempre solitario... Todo en silencio... Entonces se apoderó de nosotras el miedo, y atrancamos la puerta. Los pasos continuaron...

—¿Cómo eran los pasos? —interrogué—. ¿Pausados? ¿Rápidos?

—Tal como de personas que charlan reposadamente... Aunque no sentíamos las voces. Así, en esta forma —explicó Estela, procurando imitar los pasos escuchados.

—¡Curioso! —exclamé—. ¡La misma cadencia de los nuestros en el andén de la estación!... ¿Y luego?

—Sentimos un portazo... Enseguida golpearon en la puerta de nuestro cuarto. ¡Eran ustedes!

—¿Y la abuelita? —preguntó Augusto.

—Fuí a verla varias veces —dijo Elena—. Quisimos sentirnos acompañados con ella... Pero dormía plácidamente. Su respiración era normal.

Contamos a nuestro turno lo que nos había ocurrido. El brusco ventarrón sobre los eucaliptos, seguido de calma perfecta, impresionante; la puerta de servicio que se abrió por sí sola...

—Serán espíritus... que penan? —exclamó medrosamente Elena.

Nuestro comentario se detuvo allí. Nos fuimos a acostar. Las jóvenes cerraron la puerta de su cuarto y sentimos que le ponían llave.

Esa noche dormí poco. Sentí a Augusto que se revolvía en el lecho; pero no volvimos a cambiar impresiones. Ningún ruido en las afueras. Sólo el rumor del canal: aullaba, gemía, murmuraba confidencialmente...

A la mañana siguiente, mientras nos vestíamos, Augusto me dijo:

—No veo el motivo para que sigas viviendo en Santiago. ¿Por qué no regresas a casa..., a tu casa?... Aquí todos te quieren.

—Está bien —respondí—; volveré a fines de mes...

He procurado exponer escuetamente lo ocurrido aquella noche. No deseo hacer comentarios de los sucesos. Sólo debo añadir que Augusto sintió idénticas impresiones a las mías. ¿Esoterismo? ¿Fenómenos telúricos? ¿Telepatía? ¿Sugestión? ¿Desarreglos nerviosos?

Que lo expliquen los hombres de ciencia. Me he limitado a contar mis impresiones. Lo único que he procurado es que ellas sean verídicas.

LIQUIDACION SENTIMENTAL

Varias veces me he preguntado, mientras escribo este relato destinado a la publicidad, si no incurro en la majadería de preocuparme en exceso de mi persona. Tendencia humana es considerarse el centro del universo y abrumar a los oyentes con minucias pueriles que sólo interesan a su dueño. Bien pudieran ser estas páginas un resumen de vida destinado a los descendientes íntimos, quienes, volviendo la vista hacia atrás, en el decurso de los años, podrían obtener una explicación de los orígenes y misterios de su propio ser, y, en tal caso, los recuerdos que se refieren a mi persona tendrían una explicación excusable. ¡Cuántas veces deseamos conocer algo de la vida de nuestros padres y abuelos, a fin de clarificar el caos de nuestro espíritu y determinar su objetivo dentro del enorme misterio de la finalidad propia y universal! Pero esta explicación no me satisface del todo. Será preciso que agregue otras razones. Estas páginas tienen por objeto, también, ofrecer a mis posibles lectores, actuales o futuros, una visión del curioso sendero que siguen las creaciones artísticas para expresarse por intermedio de sus progenitores. En este caso, por su puesto, quiero referirme a Augusto d'Halmar, escritor determinante de una época en nuestra joven literatura. Hechos sencillos, y, al parecer, nimios y vulgares, sirvieron, sin embargo, para plasmar páginas artísticas de trascendencia en la historia de nuestro ambiente criollo. "La Lámpara en el Molino", por ejemplo, y, acaso, "Vida y Pasión del Cura Deusto" y numerosos cuentos y poemas en prosa de D'Halmar,

encontrarán aquí un hilo conductor para determinar su génesis.

La Colonia Tolstoyana y sus derivaciones tienen importancia decisiva para conocer un escritor original y, acaso, único en nuestra literatura. D'Halmar fué un sentimental, y, si se quiere, un sensitivo; pero fué al mismo tiempo un hombre voluntarioso que pretendió "forjar vida" artificialmente, como resultado de complejas lucubraciones del cerebro, in-fluido, a su vez, por el poderoso pensamiento de artistas universales. Quiso trasladar Tolstoy o Dickens al círculo de su vida y de sus próximos, lo mismo que hizo después con Loti, viajero exótico, o Ibsen, explorador audaz del espíritu. Quiso D'Halmar, en cierto modo, sustituir a Dios y a la Naturaleza, elaborando a su capricho una vida bella. Acaso alguna vez lo pudo realizar momentáneamente, pero a costa de su corazón y de la tranquilidad propia o ajena. En la mayoría de sus intentos sólo obtuvo fracasos, y culpó de ellos al Destino, al *Fatum*, si hemos de emplear una de sus expresiones favoritas. Por momentos se consideró profundamente desgraciado. Seguramente lo fué, en realidad. Impotente rebeldía, oscuro pesimismo, amargaron parte de su vida. El arte recogió más tarde en sus libros este alquitarado producto de alquimias medievaes, pálida "sombra de humo en el espejo", néctar para hombres de refinamiento o desequilibrio.

He procurado ser veraz y sincero en mis recuerdos y en mis apreciaciones, a riesgo de que se me considere despiadado para los demás y para mí mismo, al exhibir intimidades que generalmente se ocultan a los extraños con el celo que emplean los musulmanes para mantener envelada la fisonomía de sus mujeres, feas y viejas en ocasiones, y en otras, bellas y discretas. En esta ocasión, pensé más en el éxito documental que en el artístico; sería mi mayor satisfacción haberlo conseguido en parte, como la que sentí al comparar estas páginas de ogaño con una de mis novelas de juventud: "Ansia", en donde pretendí aprisionar parte de mi vida familiar postolstoyana, tan importante para el desarrollo de mi vida. Confieso que después de releer, a una distancia de cuarenta años, aquellas páginas olvidadas, sentí el orgullo de comprobar la similitud extraordinaria de la vida "creada" artísticamente entonces con la auténtica historia que en estos momentos pro-

curo evocar. A tal punto se parecen los dos relatos, que podría intercalar algunos capítulos de "Ansia" en los recuerdos de hoy, sin que el lector se percatara del cambio; tan exactamente se ajusta la impresión lejana con la que se interpretó en la proximidad inmediata del suceso. ¿Puede esto ser comprobación de sinceridad y veracidad del escritor?

Después de aquellas tragicómicas sesiones de hipnotismo, mis relaciones con Augusto se quebrantaron notablemente. No permitió el jefe de familia que yo abandonara el hogar, pero nuestra mutua confianza se transformó en esquivo cortesía. Augusto me había convencido de que deberíamos colaborar, a semejanza de aquellos célebres hermanos Goncourt o de los saboyanos Erkmann-Chatrion: una amistad perfecta y desinteresada armonía literaria. Fué entonces cuando abandonamos nuestros nombres de Augusto G. Thomson y Fernando Sant-Iván, para adoptar el común seudónimo D'Halmar, precedido por los nombres Augusto y Fernando. Alcancé a firmar cuentos y artículos con este seudónimo. Pero no me sentía satisfecho. A pesar del honor que significaba colaborar con un escritor tan conocido, prefería mi anonimato. Siempre fué mi gran aspiración crearme un nombre con mis propios recursos. Agradecía a Augusto su generosa intención; pero me parecía más honesto conservar la personalidad que me entregó Dios al nacer y fortalecerla mediante mi iniciativa.

Instado siempre por Augusto, comenzamos a escribir en colaboración una novela que planeamos minuciosamente, después de largas discusiones. No recuerdo en detalle el tema, pero en conjunto debería servir para mostrar la influencia de nuestra cordillera sobre las ideas y costumbres de los chilenos. Los Andes, vistos desde el valle central, presentes sobre la existencia de una familia de la clase media, con sus quebrantos y victorias. La obra culminaría con un canto de energía y de belleza. El título sería "Las Montañas"; nuestra cordillera actuaría como protagonista principal, proyectando su sombra telúrica en la vida de los personajes. Alcanzamos a terminar cuatro capítulos, pero fueron tantas las discusiones que provocaban nuestros temperamentos disímiles que solían degenerar en altercados. Un día resolví interrumpir el trabajo e hice pedazos las carillas escritas. Augusto me fulminó con sus improperios, y hasta hizo amago de golpearme; por fortuna mis

fuerzas eran superiores a las suyas y debió limitarse a manifestaciones dramáticas e impotentes.

Estos fracasos artísticos, unidos a los sentimentales que ya he expuesto en páginas anteriores, crearon en casa una atmósfera nerviosa que, por momentos, se hacía intolerable.

Un acontecimiento vino a unirnos de nuevo durante algún tiempo. La abuelita cayó enferma de gravedad. Primero sufrió un fuerte resfrío; siguiólo una pulmonía. Vino de Santiago un médico, sobrino suyo; se logró dominar la enfermedad, pero la paciente quedó en tal estado de abatimiento, que pasaba la vida durmiendo apaciblemente. El médico recetó cambio de clima y la familia decidió que pasara una temporada en casa de su hermano Alejandro, en Viña, o en el balneario de Concón, propiedad del pintor Alfredo Melossi, gran amigo de Augusto. Se optó por Concón, y hacia allá partió silenciosamente la dulce ancianita, acompañada de una sirvienta, y, creo, en compañía también de la madre de Melossi. Tuve un presentimiento al verla partir. Observé la mirada de tristeza recóndita con que recibió el abrazo de sus nietos y pensé que alguno de ellos, o todos, debieron acompañarla en este viaje de descanso, que acaso pudiera ser eterno. Ella dedicó su vida entera a aquellos niños. Para ellos fué su ternura y el trabajo silencioso en busca del sustento diario. Por Augusto sentía algo más que adoración. Profesaba al nieto predilecto una especie de amor místico, al cual dedicaba su vida, como una vestal a su Dios. Para ella, la intromisión mía y de mi hermana en su vida familiar fué un asalto a sus pudorosas costumbres británicas y a sus sentimientos delicados. Era demasiado gran dama para demostrar su descontento. ¿Y cómo hacerlo ante su divino tirano? Se arrebuja, entonces, en su fino pañolón de encajes, e inclinó de una vez por todas su cabeza hacia la tierra piadosa que le abría sus brazos. Sin una protesta se despidió de nosotros, y apenas una sonrisa melancólica quedó dibujada en el ambiente de aquel nuevo hogar, que, para ella, fué incomprensible y hostil. Su misión había terminado.

Hacía tan poco bulto, que apenas la echamos de menos. De nuevo se apoderaron de nosotros las pasiones que circulaban en el ambiente hogareño como caldeado ventarrón. Mis requerimientos ineficaces a Estela, las rabietas de Augusto, la

obstinada concentración en sí misma de la hacendosa Lena, las esquiveces y coqueteos de Ascensión, se enseñorearon de nuevo de nuestra vida y la precipitaron por su cauce.

—¿Qué será de la abuelita? —solía ser el melancólico comentario, cuando nos hallábamos reunidos alrededor de la mesa. Y nada más.

Y un día lo supimos. Una parienta escribió contando lo ocurrido. En un atardecer se echó a la cama y permaneció un instante dormitando. Luego, llamó a la criada y le rogó que le friccionara los pies:

—¡Qué rico!... ¡qué rico! —murmuraba de vez en cuando, dulcemente.

De pronto dejó de hablar. La criada la creyó dormida. Antes de alejarse del lecho, arregló los cobertones alrededor de su cuello. Entonces se dió cuenta: Doña Juanita había dejado de existir.

Así era, efectivamente. ¡Doña Juanita Cross de Thomson había pasado al sueño de la eternidad con la misma furtiva dulzura que diera a sus pasos en vida!

EL ENTIERRO DE ABUELITA

La noticia del fallecimiento de doña Juanita Cross nos sumió en profunda consternación. Para Augusto fué un golpe fulminante, y para mí, también, a pesar de la actitud huidiza y ligeramante irónica que la buena señora adoptaba en mi presencia. Probablemente no le era antipático; para ella, fui un extraño que le robaba parte del cariño de sus nietos. ¿Hasta qué punto determinó el abatimiento de la abuelita, y acaso su muerte, este desvío inconsciente de sus nietos, a quienes dedicó su existencia en forma exclusiva? La vi recluirse en su cuarto, desentenderse de la vida familiar, apática y entristecida, y su actitud siempre me produjo preocupación.

Esa misma noche Augusto y yo partimos a Concón. Fueron a despedirnos a la Estación Alameda tres sobrinos de abuelita. Yo no les conocía. Me llamó la atención el sincero dolor que manifestaron y la ternura que empleaban al hablar de su tía. Eran tres mozos esbeltos, elegantes y de fisonomía agradable. Augusto me informó que eran García, Mackenna y Greek Cross, respectivos hijos de las tres hermanas casadas de doña Juanita. En Viña del Mar nos esperaba don Alejandro, de extraordinario parecido físico con su hermana. Ninguno de estos caballeros nos acompañó a Concón.

Al día siguiente partimos de Viña en un destartalado coche "americano", tirado por dos caballejos escuálidos. Llevábamos, dentro de la caja del vehículo, la estrecha urna mortuoria que serviría para guardar los restos de aquella exquisita mujer, delicada y aromática como una flor de sus montañas

de Escocia, y con ella, el corazón silencioso, envuelto en su infranqueable pudor. Como el camino por la costa estaba muy malo en aquella época otoñal, a causa de lluvias y temporales marinos, tuvimos que seguir uno que atravesaba cerros y quebradas profundas, siguiendo caminos que apenas podían considerarse "huellas" intrincadas. A cada tumbo del coche chirriaban los resortes y la ferretería, mientras la urna se derrumbaba sobre el hombro de Augusto o sobre el mío. Estos accidentes sirvieron para distraer nuestro mutismo y la emoción que nos embargaba. Al fin de cuentas, éramos jóvenes, y en esa edad, las impresiones, aunque hondas, suelen ser tornadizas. Hubo momentos en que tuvimos que bajarnos del chirriante vehículo al subir cuestas, atravesar arenales o pantanos.

Llegamos a mediodía a Concón, rumoroso de olas y eucaliptos azorados por el viento. El hotel se hallaba despoblado. Sólo grupos de mujeres y pescadores de las proximidades acudieron a acompañarnos, con esa plañidera solicitud que le presta a la clase popular chilena un carácter de honda y cálida humanidad. Habían vestido a la muerta con su traje mejor y la colocaron en un diván que ocupaba el centro del cuarto. Estaba bella la ancianita con su rostro sereno y los ojos entornados, como si durmiera arrullada por un plácido sueño. Cuatro velones encendidos en cada ángulo del diván, dejaban caer sus lágrimas densas con leve chisporroteo.

Es posible que sólo en ese momento tuviese Augusto la verdadera sensación de la muerte de su abuela. Cuando recibió la noticia en San Bernardo, tanto allí como durante el viaje viósele en postura de tristeza, lánguida, elegante, que lo hacía asemejarse a un joven lord melancólico. Sus palabras durante ese tiempo fueron graves y bien moduladas; sus pensamientos, henchidos de serena filosofía; no dejó un instante de aparecer como actor de armonioso drama. Pero cuando se halló frente a la marmórea sonrisa eterna de la muerta, cambió súbitamente. Perdió la línea perfecta; su traje se desaliñó como la ola sorprendida en alto por viento huracanado, y un aullido lúgubre se estranguló en su garganta. Y Augusto lloró. Lloró descompasadamente, con fealdad disforme de niño aterrado, sin pensar ya en los espectadores que lo contemplaban. Por sus mejillas, reblandecidas y contrahechas, corrieron lágrimas,

auténticas lágrimas. Era el dolor... El dolor que no puede ser imitado por el arte. Entonces me acerqué a él y lo estreché en silencioso abrazo.

Esa misma tarde enterramos a la abuelita en el cementerio rústico situado a buena distancia del caserío de Concón, entre cerros cubiertos de breñales y de quiscos que semejabán suplicantes candelabros. Allí se abrió un hoyo rectangular de tierra olorosa. Augusto había recobrado su estado normal. Sin duda sobrecogíalo de nuevo esa anestesia singular que insensibiliza los intensos dolores. Cogió un puñado de tierra y lo arrojó sobre el ataúd. Siguiéronle las paletadas de los panteoneros hasta formar sobre la fosa un ligero montículo que las mujeres de los pescadores cubrieron de flores silvestres y de rústicas coronitas de avellanos y de espino. ¡Adiós, abuelita Juana! Los vientos de los cerros y el rumor lejano del mar formarán para ella una sinfonía agreste, acaso no menos pura que aquellas de Beethoven, que evocaban sus manos sobre el teclado virginal.

A nuestro regreso a San Bernardo, la vida cobró su ritmo antiguo. Estela y Lena vistieron de luto; yo les hice compañía en esta manifestación de duelo.

Augusto se encerraba en su taller. Su artificial idilio con Ascensión terminó bruscamente, sin palabras y sin demostraciones de pesar, como una carta sin trascendencia que se traspapela entre las páginas de un libro. Adquirimos la costumbre de salir por las noches a dar una vuelta por los alrededores del pueblo. Para ello no teníamos más que seguir por la calle que pasaba junto a nuestra casa y que nos separaba del campo, llegábamos a la línea del ferrocarril e íbamos a enfrentar el viejo molino semiabandonado. Al pasar junto a él, sentíase el ruido del agua que caía sobre el profundo cajón de tablones que servía de tubo a la turbina. Sobre el sombrío edificio de irregular construcción pesaba un silencio húmedo y misterioso. Más de una vez lo rodeamos en compañía de Augusto, observándolo con profundo interés. ¿Vivía alguien en su interior? ¿Podría vivir otra cosa que tragos y brujas de aquelarre?

No era difícil imaginar que tras sus paredes azotadas por alas de murciélagos se desarrollaba una vida recóndita y

fantasmal. Augusto destilaba algunas frases sabiamente elaboradas y continuábamos nuestro camino. Sin duda comenzaba a gestarse en su espíritu el extraño y hermoso poema novelesco que habría de resumir, más tarde, una faz de nuestra vida íntima: "La Lámpara en el Molino".

Una noche, Estela, Lena y yo nos deslizamos con cautela junto a la sombría fábrica del edificio y continuamos en dirección a la cordillera por un largo callejón flanqueado por grandes álamos. Silencio sobrecogedor lo invadía todo. Palpitaba en las tinieblas el cric-crac de los sapos y se oían a distancia lastimeros aullidos, como voces angustiadas de almas prisioneras. Brillo de aguas quietas en las explanadas y sombras silenciosas se movían en los potreros. Al borde del camino, crujían las ramas de vez en cuando y aparecía la silueta negra de un buey que rumiaba su ración. Penetrante perfume de pasto húmedo y de árboles saturaba la atmósfera. Caminábamos junto al gran canal del molino, que corría silencioso, casi a flor de tierra. Nos sentamos un instante a descansar. Yo me sentía invadido por tristeza profunda. Una sensación de abandono, de aislamiento, me acongojaba hasta el punto que hubiera deseado llamar a alguien en mi auxilio. El hogar que creíamos formado se iba desmoronando, y si los acontecimientos seguían desarrollándose como hasta ese momento, dentro de poco me vería en la necesidad de abandonar la casa de los Thomson. Doña Juanita muerta, Augusto trastornado por raros sentimientos, Estela alejada de mi vida; sólo quedaba Lena cerca de mí, y ella también concluiría por abandonarme. Entonces debería irme lejos para continuar mi vida de aislamiento, de angustia, buscando ansiosamente a través del mundo un par de brazos que me cobijaran; persiguiendo con inquietud algo impreciso que apagara la sed de mi alma.

Un ruido, como el que produce un cuerpo pesado al caer en el agua, seguido de un grito angustioso que rompió la quietud de la noche, me despertó del ensimismamiento doloroso.

—¡Fernando! —gritó la voz.

Me erguí bruscamente y vi a Estela que corría al borde del canal en persecución de un bulto negro que chapoteaba en el agua, extendiendo los brazos en busca de auxilio. Em-

prendí también la carrera al borde del canal. Presintiendo una desgracia, y sin saber a punto fijo de qué se trataba, comencé, en compañía de Estela, una caza obstinada de aquel cuerpo que huía flotando sobre la campana de unos vestidos inflados. Desaparecía por momentos bajo las yerbas de la ribera, en lugares sombríos, y reaparecía un poco más lejos moviendo los brazos como lentas paletadas de remo. Bajo un lampo de claridad reconocí el rostro de Lena, pálido, angustiado, deslizándose sobre la movible superficie. Sumido en el agua hasta la cintura, logré coger, después de grandes esfuerzos, una de sus manos y atraerla hacia la orilla. Era tiempo, pues algunos pasos más allá el cañal se despeñaba sobre la presa del molino y nuestra caída habría sido fatal. . .

Lena, chorreando agua, ceñidas al cuerpo las ropas, que dibujaban sus formas, con los cabellos aplastados a la cabeza y las mandíbulas contraídas por el frío y el terror, enlazó sus brazos a mi cuello y se echó a llorar con angustia.

—Lena, ¿qué ha pasado? —la interrogué, acariciándola tiernamente. Ella no supo, o no pudo, explicarme nada.

EPILOGO

Sería mi deseo suspender aquí los recuerdos de la Colonia Tolstoyana y de sus consecuencias literarias o familiares. Para mí ya ha sido excesiva penitencia exhibir intimidades de mi vida ante lectores quizás indiferentes, suspicaces o malévolos. El resto podría recordarse en un libro de memorias íntimas destinadas exclusivamente a mis descendientes directos, los únicos, acaso, que pudieran interesarse por conocer la vida de su progenitor. Pero los hechos que motivaron estas líneas ya trazadas, por su mismo impulso, requieren un desenlace. Desenlace provisional, en todo caso, ya que la vida no lo tiene jamás, ni aún con la muerte. Relataré, pues, en forma rápida los acontecimientos que dan término a una etapa de mi existencia, desabrida o interesante, según sea el ánimo de mis lectores.

Después de la escena del canal, que pudo costar la vida de Elena, procuré acercarme a ella y conocerla mejor. Aquel grito en la noche penetró muy hondo en mi corazón. Desde que la conocí, Elena se había comportado conmigo en forma inalterable. Fué una amiga, una hermana o compañera leal. Jamás desmintió su afecto o su simpatía. Un afecto sereno, afable, acogedor. Ni cuando estuve a punto de casarme con Estela se empañó el limpio cristal de su alma. Eso mismo me convenció de que no me quería con amor de mujer o de hembra. Cuando se ama de ese modo, nadie puede contemplar impasible el fervor pasional del objeto amado hacia otra persona. El ser humano defiende su amor, lo ampara con sus brazos, procura eliminar su rival. O, simplemente, sufre y

llora. Nada de esto realizó Elena. Afectuosa, sonreía, callaba. Disculpó a Estela y hasta procuró que nos reconciliáramos. Una inmutabilidad imperturbable envolvía sus actos. No se manifestaba en palabras. Sus actitudes eran como caricias de madre a hijo, o de hermana a hermano.

Pero... Aquel grito...

Desde esa noche comencé a rodearla de ternura. Busqué su compañía. Procuré sondear las profundidades de su alma. ¡Con qué finura de espíritu percibía Elena las manifestaciones delicadas!

Contribuyó a unirme más a ella mi reciente enfermedad nerviosa. Neurastenia, o psicastenia, cansancio cerebral, fué el diagnóstico del doctor Cádiz, recomendado por mi jefe. Recetóme inyecciones, cacodilato, tónicos a base de fósforo. Elena se encargó de suministrarme las pócimas y hasta de colocarme las inyecciones. No pude haber hallado una enfermera más alerta, más delicada. Me mimaba como a niño regalón. Crecía nuestra intimidad. Las charlas y las mutuas confidencias se hicieron interminables. Me habitué a comunicarle mis impresiones de vida cotidiana y hacerla partícipe de mis proyectos literarios. Leíamos juntos algunos libros y ella ejecutaba al piano mis piezas favoritas. Por prescripción del médico se preocupaba también de hacerme tomar aire puro; muchas veces me acompañaba en mis paseos al campo. Rápidamente mejoraba mi salud. La sangre joven acudía tumultuosa a las arterias. Y un día...

—Elena —le dije, con voz leve—, ¿no sientes la impresión de que somos novios?

Cubierta de sonrojo, ella bajó la cabeza. Luego, sacudiendo su melena:

—¡Tonto! ¿Por qué lo dices?

—Porque siento que te quiero, imagino que tú... también me quieres...

—¿Cuándo no te he querido? Siempre te consideré como una persona de la familia...

—Pero...

—¿Qué?

—Yo hablo de amor..., ¡de amor!

—¿Ya no quieres a Tela?

—Creo que no. Sólo a tu lado me siento bien... Elena, ¿me quieres con amor?... ¡Responde!

Bajó la vista. Guardó silencio. Luego levantó los ojos. Estaban húmedos. Me tomó una mano y la estrechó con firmeza.

—Sí... Siempre te he querido...

—Elena... Y yo entonces... ¿Te hice sufrir?

—Me hiciste sufrir; pero no tenías la culpa...

—Elena..., Elena...

Nos abrazamos. Permanecemos un momento, unidos. Yo sentía la palpitación de su sangre suave y cálida. Interrogué:

—¿Nos casaremos, verdad?

—Si tú lo quieres... Si crees que...

—¡Claro que sí!... ¿Y tu hermano?

—¿Augusto?... Se alegrará...

—Sí, pero...

—Viviremos juntos. Procuraremos que sea feliz... El habla siempre de un hogar común...

—¡Yo desearía tenerte para mí solo!

—¿Y no me tienes ya?

Oculté mi pensamiento.

—Espero que sea así —le dije.

Elena estaba transfigurada. Parecía más niña en esos momentos; de su rostro flujían luz y candor. El otoño se deshojaba en los árboles; llovían láminas de oro, livianas y flexibles, murmurando una tenue canción de amoroso desmayo.

—Volvamos —dijo Elena—. Este frío de la tarde puede hacerte mal...

—Volvamos...

Y regresamos por el camino solitario, cogidos del brazo, mirándonos a los ojos y deteniéndonos para unir nuestros labios en plácida oración silenciosa. Un pesado carro tirado por caballos se interpuso ante nosotros. Iba cargado con las últimas cosechas chacareras. Las panojas de maíz sonreían con sus dientes de oro. Un garrido huaso pasó al galope, montado en brioso caballo.

—Buena suerte, patroncitos... ¡Me con que me da invidia!...

Nuestro matrimonio se realizó a breve plazo. No hubo otro inconveniente que la aprobación del padre de Elena,

que vivía en Valparaíso. No tardó en llegar en persona a San Bernardo. Como nos escaseaba el dinero, las ceremonias se realizaron con extremada sencillez y sólo con asistencia mínima de amigos y personas de la familia. No tuvimos viaje de novios. Al día siguiente nos entregamos a nuestros quehaceres habituales. Elena, al frente de la casa. Augusto y yo, a nuestras ocupaciones de Santiago. Estela y Ascensión, entregadas a sus eternas tareas epistolares.

Esta situación apacible fué de corta duración. Comenzaron de nuevo mis divergencias con Augusto. Yo pretendía conservar mi personalidad independiente, modesta, pero mía. Ya he dicho que Augusto procuraba convencerme de que uniéramos nuestra colaboración bajo un mismo seudónimo. No estoy seguro de si fué entonces, con motivo de un discurso que debíamos escribir juntos para la muerte de Ibsen, cuando nuestro desacuerdo fué tan grave, que degeneró en violenta disputa.

Fuera de eso, la intervención de Augusto en la vida familiar comenzó a parecerme insoportable. Continuaba acaparando a Elena como siempre lo hizo. Ella debía preocuparse de la limpieza de su calzado, de su ropa, de su aseo íntimo, y hasta del cuidado de sus uñas. En vano propuse que se contratara una criada para esas menudencias que yo estimaba denigrantes. Augusto sólo se satisfacía con el servicio de Elena. Hallaba mal planchadas las camisas si no realizaba el trabajo su hermana; las comidas no tenían buen sabor si no las condimentaba ella. Era su esclava. Descubrió que Carlyle se hacía confeccionar el pan por su mujer y pretendió imitarlo. Elena accedía a todo sonriendo y como si fuera natural.

Como no teníamos instalaciones higiénicas adecuadas, Augusto dispuso que nos bañáramos en el patio, en una gran pipa vacía que hizo colocar bajo la llave del agua. En otoño, y luego en invierno, el líquido amanecía escarchado. Yo debía levantarme temprano para alcanzar el tren, y el baño que en verano pudo ser agradable, fué convirtiéndose en suplicio a medida que avanzaba la estación. Me rebelé, por fin, y dispuse continuar mis abluciones matinales en mi cuarto. El descontento de Augusto fué grande; hubo discusiones y nuevas reyertas.

¿Qué hacer con este *enfant terrible*? Soportarlo o reaccionar en forma violenta. Hubo ocasiones en que Elena debió permanecer en el cuarto de su hermano hasta horas avanzadas de la noche para rascarle suavemente la cabeza. Según decía, de este modo se le apaciguaban los nervios, y sólo así podía quedarse dormido.

Las exigencias de Augusto eran inagotables. Cuando escribía, era necesario que hubiera completo silencio. Había, entonces, que suspender el aseo o cualquiera ocupación casera. Todo el mundo caminaba en puntillas. Era necesario darle sesiones musicales o acompañarlo en sus paseos, escuchar la lectura de sus producciones literarias. Todo esto, que pudo ser agradable siempre que se realizara por voluntad espontánea, resultaba insoportable como fruto de una despótica imposición.

Llegó un momento en que no pude disponer de mi mujer ni aun para las comunicaciones más sencillas.

—Augusto —le dije—. Esto no puede continuar. O nos dejás tranquilos, o nos marchamos.

—¿Y qué piensa de esto Elena? —preguntó.

—Ella está acostumbrada desde la infancia a tu régimen... Además, con el cariño que siente por ti...

—Entonces...

—Soy yo el que debe marcharse —le dije.

Tuvimos, a continuación, una agria disputa. Yo estaba dispuesto a no ceder. Nos insultamos, y como amenazara golpearme, lo arrojé de un empujón debajo de un mueble. Se levantó, maltrecho y humillado; permaneció un instante en silencio, en actitud de hombre ebrio que procura recoger sus ideas, extraviados los ojos y el cabello revuelto.

—Está bien —murmuró con voz baja—. Me iré... Me echan de esta casa... Soy aquí un estorbo... ¡Está bien!... Saldré a vagar por el mundo... No tengo hogar... Todos mis sueños se derrumban... Seré un paria...

Todo esto expresado con voz tan dramática y lastimosa, que yo mismo, a pesar del estado de exasperación en que me hallaba, sentí un escalofrío de pavor.

Díjele con acento de súplica:

—Augusto, no te moverás de esta casa... Hay soluciones mejores...

—¡No, no! . . . Debes quedarte . . . Tienes a tu mujer . . .

Llamó en voz alta:

—¡Elena!

Apareció Elena, que seguramente escuchaba en la pieza vecina, acompañada de Estela y de mi hermana, llorosa, desconcertada.

—Elena, hija mía —exclamó Augusto con voz quejumbrosa—, prepara mi equipaje . . . Me voy. No debo vivir más tiempo con ustedes . . . ¡Me voy!

Elena se colgó a su cuello, sollozando.

—¡No, Augusto! ¡Por Dios, no!

También lo rodearon Estela y Ascensión. Yo me uní a ellas para suplicarle:

—No puedes abandonarnos, Augusto. ¡Sería una locura! . . . Si te he ofendido, ¡perdóname!

Fué inútil todo lo que hicimos para convencerlo. Augusto persistió en su resolución.

Era yo quien pensaba marcharse a Santiago, solo o acompañado de Elena; pero, a la mañana siguiente, Augusto tomó el tren, después de ordenar que se le enviaran por equipaje algunos muebles que dejó escogidos. Nos fuimos juntos a la estación. Aparecía sereno y me habló de sus proyectos literarios, sin aludir a nuestra situación familiar. Llegué a pensar que había desistido de su traslado a Santiago. Grande fué mi sorpresa esa tarde, al no encontrarlo, como de costumbre, en la Estación Alameda. Volví solo a San Bernardo. Lo esperamos en los trenes siguientes, pero no llegó. Sólo entonces comprendimos que su resolución era seria. En los días que siguieron, hubo que enviarle los muebles, pedidos con insistencia por diversos conductos.

Yo quedé un poco desconcertado; pero decidí esperar que la vida se arreglase por sí sola. Me acomodé en casa un poco mejor. Puse nuestro cuarto en la pieza de la abuelita, que, por disposición de Augusto, hasta ese momento permanecía cerrada. Elena continuaba durmiendo en el cuarto de las chiquillas, y yo en el de Augusto, como antes de mi matrimonio. Era absurdo, pero debíamos resignarnos, para evitar molestias mayores. La vida comenzó a adquirir una normalidad sonriente. Pudimos arrullarnos mi mujer y yo. Con las gratificaciones recibidas en mi ocupación y el regalo

de matrimonio que me hizo mi jefe adquirimos camas gemelas, algunos cuadros litográficos, un divancillo, "choapiños" para el piso... Para mí, aquellos modestos dispendios constituían un lujo y los celebrábamos como el primer paso en la formación de nuestro hogar propio.

Sin embargo, la tranquilidad duró poco. Llegaban de Santiago noticias alarmantes. Primero fué la tía Carmela quien vino a husmear lo que ocurría entre nosotros. Compadecía a Augusto como a una víctima de nuestra dureza o de nuestra rapacidad. Esta vez fué Estela quien se encargó de situar las cosas en su lugar y de poner a la engallada señora en la puerta.

Poco después vino a visitarme Magallanes Moure. Pretendía servir de intermediario entre Augusto y yo. Insistió cariñosamente para que reanudáramos nuestra vida en común. Comprendí que se hallaba mal informado por Augusto y le di minuciosas explicaciones de lo ocurrido. Magallanes, al parecer, concluyó por convencerse y me dió la razón.

Si los grandes hombres poseen sus derechos, cómo es posible negárselos a sus colaboradores domésticos. Es tarea ingrata relatar la vida íntima de un artista como Augusto. Pero al autor de "La Lámpara en el Molino" permanecería desconocido en su calidad de hombre integral si alguien no mostrara junto a sus excelsitudes las flaquezas, acaso determinantes en la gestación de su obra.

Elena sufría. Seguramente recibió un mensaje de su hermano y cualquier día salió para Santiago dispuesta a encontrarlo. Volvió desolada. Augusto estaba muy mal. Su aspecto era deplorable. El, tan pulcro en el vestir, aparecía desaliñado, ojeroso, pálido, enflaquecido. Divagaba. Comenzaba una frase y la dejaba sin terminar, y, luego, seguía hilvanando palabras inconexas...

Yo conocía las dotes de actor de mi cuñado, pero admitía como posible un trastorno de sus nervios.

—No se le puede abandonar —dije a Elena—. Es preciso que vayas a Santiago. Debes cuidarlo.

Elena decidió realizar viajes frecuentes y regresar en el mismo día. Por mi parte, me negué a visitarle. Supuse que mi presencia contribuiría a exacerbarlo.

Una tarde, Elena no regresó. Llegó al día siguiente. Augusto había sufrido un ataque de locura. Salió a la calle, sin sombrero, y se echó a correr dando gritos estridentes, gesticulando, atropellando a los transeúntes. Elena y tía Carmela debieron seguirlo llorando y pidiendo auxilio. Costó mucho reducirlo y llevarlo a casa de nuevo. Debieron cuidarlo toda la noche y escuchar sus gritos. A la mañana siguiente, lo vió un médico, le administró calmantes, que, al parecer, lo hicieron restablecerse.

Aunque nada dije a Elena, no creí en la locura de Augusto, en parte al menos.

—¿Augusto habló de regresar a San Bernardo? —pregunté.

—Sí. Echa de menos la casa... Imagina que se la han robado... que es un miserable en destierro... sin hogar...

—Entonces —le dije—, lo mejor es que regrese.

Al día siguiente fué Elena a Santiago y volvió acompañada de Augusto. Venía, en realidad, muy desmejorado. Me miró, se dejó abrazar y pronunció algunas palabras ininteligibles. En seguida, con pasos rápidos, recorrió la casa, cuarto por cuarto. Luego se encerró en su pieza y no permitió que nadie entrase en ella. Sólo admitía a Elena.

Los días siguientes fueron de relativa tranquilidad. Poco a poco, la vida fué recobrando su aspecto acostumbrado. Augusto leía, escribía y daba sus paseos por la ciudad. Visitaba especialmente a Magallanes y a Willie Gomien; este último era un joven descendiente de ingleses, que demostraba gran afecto por él.

Sólo yo me sentía cada vez más incómodo. Elena continuaba acaparada por Augusto y debía vivir cuidándolo. Como era muy aficionado a la buena mesa, preparábale comidas especiales que él devoraba como si tuviera apetitos atrasados. En cuanto a mí, apenas me dirigía la palabra.

—Bueno —le dije a Elena—. Estoy resuelto a que separemos casa... Si tú no quieres, o no puedes acompañarme, me iré solo con Ascensión. Comienzo a sentir repugnancia invencible por Augusto... Quizá me equivoque; pero creo que es un gran comediante y que todos somos un juguete suyo... Mi vida, aquí, es un infierno.

—Yo debo acompañarte —me dijo Elena con tristeza—. Te encuentro razón. No puedes vivir junto a Augusto. Hablaré con él.

Con gran sorpresa mía, Augusto ^{consintió} en que partiésemos Elena, Ascensión y yo. Quedaría solo con Estela.

Comenzamos los preparativos de traslado. Hubo que embalar nuestros muebles de dormitorio, única fortuna que poseíamos. Elena quiso llevarse algunos recuerdos de abuelita, pero Augusto se los negó con intransigencia. Todo lo de esa casa le pertenecía y no lo compartiría con nadie. Me di cuenta de que mi cuñado no tenía idea de lo que significaba la propiedad ni los derechos otorgados por los códigos. En realidad, las únicas herederas legales de doña Juanita Cross debieron ser sus nietas Elena y Estela. La herencia no era más que un conjunto de muebles antiguos; pero todo había sido comprado con el trabajo de la señora o con las monedas que heredó de sus parientes de Escocia. Entre aquellos modestos muebles había un piano, un valioso secreter antiguo, sillones, sofás, cómodas, roperos, vajilla de comedor y de cocina, en fin, todo lo que constituye un menaje. Parecía justo que al establecer Elena casa, y no poseyendo medios para hacerlo, se le ofreciera lo que le correspondía por derecho. Augusto no lo creyó así, y yo no hice ninguna objeción. Nos marchamos silenciosamente, sin llevarnos más que lo puesto; arrendamos una casita de tres piezas en una *cité*, o pasaje, y nos instalamos pobremente. Algunos créditos conseguidos en casas de compraventa de menaje y nuestro ajuar de dormitorio recién adquirido, sirvieron para nuestra primera instalación. Pero pude vivir, al fin, tranquilo, a pesar de la tristeza inconfesada de Elena.

Poco duró nuestra tranquilidad. O la satisfacción de Augusto había sido aparente, o cambió más tarde de opinión. Comenzaron a llegar noticias. Elena recibía mensajes misteriosos, misivas lacónicas que la inquietaban. Augusto continuaba mal de salud.

Por fin llegó una carta en que su hermano le hablaba de un viaje a Concón, por prescripción del médico. Era necesario que partiera pronto y que lo acompañara Elena, única persona que lo podría cuidar. Elena se alarmó. Sin duda este proyecto le trajo el recuerdo de su abuelita muerta en casi

completo abandono. ¿No podría ocurrirle otro tanto a Augusto?

—Yo tuve una impresión diferente. Me pareció una nueva trastada de mi inquieto cuñado. Ya no tenía fe en él.

—Está bien —le dije a Elena—; si quieres acompañar a tu hermano, hazlo, pero sin mi consentimiento. Lo que desea Augusto es separarme de ti y... recuperar a su esclava. Pero te advierto que esta vez seré inflexible; si abandonas la casa, no cuentas más conmigo... ¡Nos separaremos para siempre!...

Nada me respondió; pero comprendí que se hallaba trastornada. En los siguientes días permaneció cavilosa, presa de turbación y ansiedad. Huía la vista cuando yo le hablaba.

Y, para abreviar, un día no la encontré en casa. Dejó un papel explicándome que había decidido acompañar a su hermano. Que yo la perdonara, pero que no podía abandonarlo en esos momentos trágicos.

Sufrió, me consideré burlado, engañado, como si ella me abandonase por un amante. Quedé solo. Mi hermana pasaba poco tiempo en casa.

Pero mi resolución estaba ya tomada. No volvería a juntarme con Elena. Nuestro matrimonio se trizaba definitivamente. Porque mientras viviera Augusto cerca de nosotros, mi mujer estaría sujeta a los caprichos de su voluntad. ¿Qué podría yo proyectar en el futuro sin contar con la seguridad de ser acompañado por ella? Si tuviese hijos, éstos pertenecerían junto con la madre a ese hermano que se cernía sobre nuestras vidas como ave siniestra.

A pesar de mi angustia interior, fingí serenidad.

Continué mi vida normal: mis trabajos de oficina, lecturas, producción literaria, sin preocuparme de Augusto ni de Elena. Hasta evité el contacto con su familia, para no recibir noticias desagradables. Mi matrimonio había terminado.

El 16 de agosto de 1906 ocurrió el terremoto de Valparaíso. Esa noche, cuando comenzaron los recios temblores, yo me hallaba leyendo en mi cuarto. Al frente, separado por angosto pasadizo, estaba la pieza de mi hermana. Ambos salimos sin apresuramiento a la puerta de nuestras habitaciones y nos miramos un instante, como si nos preguntásemos

qué proporciones tomaría el fenómeno. Cuando vi que los temblores continuaban con rabiosa insistencia, moviendo las paredes como si una mano gigante pretendiese juntarlas, me limité a exclamar:

—Es terremoto. Apaga la luz. ¡Salgamos!

Mi hermana obedeció, apagó la bombilla eléctrica de su cuarto y yo hice lo mismo en la mía.

Salimos al callejón del pasaje. Como las casas parecían abalanzarse sobre nosotros en cada remezón, tomamos el centro, y en esa forma llegamos a la calle, mucho más ancha, y, por consiguiente, menos peligrosa.

Mi hermana iba tomada de mi brazo; continuamos nuestro camino con calma, mientras los vecinos salían despavoridos, dando gritos angustiosos, llamando a Dios y pidiendo misericordia, huyendo en ola tumultuosa, alucinada.

En la calle, el desorden era aún mayor. Subía a lo alto un clamor histérico, formado por las voces de toda la ciudad. Algunas murallas de barro se habían derrumbado. Los remezones producían un ruido sordo venido del seno de la tierra, como un profundo gruñido de mal humor. Por la cuneta de las aceras corría agua cristalina, probablemente de alguna cañería rota. Cuando llegaba un nuevo temblor, el agua parecía detenerse, haciendo pinitos como de olas en miniatura que entrechocaran.

Una muchacha con el pelo suelto y la expresión enloquecida se colgó a mi cuello, pidiendo auxilio a gritos. Yo la arrastré, junto con mi hermana, al centro de la calle, y tan pronto me vi libre de ella, proseguimos nuestro camino hacia la Alameda.

Allí las escenas de angustia se repetían a cada nuevo temblor, aunque los remezones eran cada vez de menor fuerza. Las gentes habían sacado sus camas de las casas y las tendían sobre los bancos de piedra de la Alameda. Otros formaban carpas con sábanas y colchas. Un pequeño grupo de personas rezaba de rodillas sobre el duro suelo, clamando piedad.

Las mujeres ancianas salmodiaban oraciones y se golpeaban el pecho, gritando:

—¡Santo fuerte, Santo inmortal!

Un crecido número de personas vestidas de etiqueta, los caballeros de frac y las señoras con trajes de baile escotados, los brazos descubiertos, se agrupaban frente a la calle del Estado, cerca de la Universidad. El cataclismo los había sorprendido danzando.

La niebla se extendía sobre la ciudad; una tupida llovizna caía en forma intermitente.

Habíamos decidido dirigirnos a casa de tía Carmela, que habitaba cerca del Parque Cousiño, en la calle Toesca. Recordé que la casa tenía patio grande, con algunos árboles frutales, bajo los cuales podríamos cobijarnos sin peligro. En efecto, allí estaba la familia. Habían levantado carpas y reinaba entre ellos cierta conformidad. Sin embargo, dormimos poco. Los remezones continuaban.

A la mañana siguiente salí a recorrer la ciudad y a captar noticias. Los efectos en el centro fueron relativamente escasos. Una que otra cornisa caída a la calle, y trizaduras en las murallas. La población continuaba acampada en la Alameda y en la Plaza de Armas. Su aspecto era más pintoresco que desolado. La atención de las gentes se concentraba en las noticias llegadas de Valparaíso y poblaciones vecinas. El puerto habría sido arrasado por los temblores y por las llamas. Viña del Mar, Quilpué, Quillota, Limache, destruidos. Naturalmente, procuré obtener noticias de Concón. No podían ser más desastrosas. El hotel habría aplastado en su caída a todos sus moradores. Un escalofrío recorrió mi cuerpo... ¿Elena?... ¿Augusto?...

Pero todas las noticias eran vagas o inseguras. El telégrafo y los teléfonos estaban interrumpidos. Tampoco funcionaban los ferrocarriles. ¿Qué hacer? Resolví trasladarme a Concón. No podía continuar en la atroz incertidumbre.

No recuerdo en qué momento, ni en dónde, encontré a Mariano Latorre.

—Salgo para Concón —le dije—, a fin de reunirme con Augusto y mi mujer. Aquí dejo a Ascensión. ¿Querrías encargarte de ella y protegerla si le ocurre algo?

Mariano conocía a mi hermana desde pequeña y aceptó sin vacilar. Le di su dirección, y, por no haber encontrado a mi jefe en la oficina, salí en busca de su casa habitación, a fin de solicitarle permiso para ausentarme y el dinero sufi-

ciente para un viaje. Obtenidas ambas cosas, me dirigí a la estación Alameda. Después de muchos trajines conseguí embarcarme, ya de noche, en un tren auxiliar que salía a explorar la línea.

En un carro de carga, sobre un hacinamiento de cajones y útiles de trabajo, llegamos al paradero de Montenegro, a las doce de la noche, a pesar de la brevedad del trayecto. A cada momento el tren se detenía y lanzaba al aire pitazos angustiosos como alaridos. La línea se hallaba en pésimo estado y el tren debía marchar con extrema cautela.

En Montenegro me reuní con dos jóvenes que también se dirigían a Valparaíso. Uno de ellos era un mozo de estatura gigantesca y de aspecto extranjero, largos brazos y enormes manos. Dijo llamarse Günther. Estudiaba dentística en la Universidad y su familia era de Valdivia. El otro, Macuada, bajito, esmirriado de rostro y cutis reseco, parecía de más edad. Cursaba el quinto año de medicina.

Fueron dos buenos compañeros de viaje. Decidimos continuar a pie siguiendo la línea del ferrocarril. Günther hablaba poco y sólo respondía con gruñidos. Tomó la delantera a grandes zancadas y debimos tranquear firme para no perderlo de vista. Macuada, en cambio, charlaba incansablemente y se quejaba de dolor de los pies. Yo pensaba en Concón, en Elena, en la suerte que habrían corrido los hermanos, y sentía sorda angustia. La imaginaba bajo los escombros, triturada, convertida en un montón de huesos destrozados.

Al amanecer, reunimos nuestras menguadas provisiones; comimos *sandwiches* y tortillas al rescoldo. Günther compartió con nosotros el contenido de una botellita de ron que abrasaba las entrañas. Después de un ligero descanso, reanudamos la marcha. Sudábamos copiosamente, las piernas se nos ponían torpes, pero continuábamos caminando sin desmayar. A medida que nos acercábamos a Valparaíso, los destrozos del terremoto eran cada vez mayores. Murallas y pircas derrumbadas; gentes con el rostro empalidecido de pavor y falta de sueño. Algunas mujeres nos detuvieron para ofrecernos comestibles: queso, jamón, conservas. El susto reciente no les impedía comerciar, ofreciendo mercaderías a precios usurarios.

Al caer la tarde, llegamos a una población de importancia. Posiblemente Quillota. Allí los destrozos fueron enormes. Las familias acampaban al aire libre, en espera de nuevos remezones. En la estación se habían apoderado de los vagones de ferrocarril. Se establecieron otros al aire libre con camas extraídas de las casas y cocinaban en grandes fogatas. Formaban un vasto campamento, bullicioso, pintoresco, democrático; al lado de personas opulentas se veían proletarios modestísimos que confraternizaban y se ayudaban mutuamente.

Una familia compartió con nosotros su comida. Otros nos ofrecieron la casa que habían abandonado. Aceptamos, sin pensar en que las paredes podrían derrumbarse con nuevos remezones. El cansancio y las emociones habían embotado nuestra sensibilidad. Esa noche, instalados en casa confortable, dormimos en el suelo o en sillones y almohadones abandonados por los moradores. Temblaba de vez en cuando, pero sin fuerza. Günther extrajo de no sé dónde, probablemente de alguna despensa de la casa, varias botellas de vino y licores fuertes. Se despachaba las botellas de un trago, como si lo dominara una sed de siglos. Macuada y yo también bebimos algo, pero estábamos fatigados y no supimos más de nosotros hasta el amanecer.

Muy temprano, después de un baño reconfortante, emprendimos de nuevo la marcha. En algunas estaciones las autoridades habían establecido restaurantes gratuitos al aire libre. Hermosas jovencitas nos ofrecían refrescos y empanadas. Los transeúntes aumentaban a medida que nos acercábamos a Valparaíso. Formaban comparsas y caminaban en caravanas interminables. Las noticias que íbamos recogiendo eran espeluznantes. Viña, Recreo, Valparaíso se hallaban destruidos por completo. Lo que no hicieron los temblores, lo completaban las llamas. El populacho se había entregado al saqueo de casas de comercio y particulares. Imperaba la ley marcial; se fusilaba a los delincuentes en la Gran Avenida. Para evitarse el acerreo de muertos al cementerio, los amontonaban, y, después de rociarlos con petróleo, se les ponía fuego. Quizá había en estos comentarios un poco de exageración y comenzaba a formarse la leyenda; pero, de todos modos, la tragedia fué horrible.

—¿Y Concón? —interrogaba yo.

Nadie supo darme noticias.

—Creo que han muerto todos —me respondió alguien.

En Viña del Mar me separé de mis compañeros. Macuada y Günther siguieron a Valparaíso. Yo me dediqué a recorrer el pueblo en busca de cualquier medio de transporte que me llevara a Concón. Viña había sufrido enormes pérdidas. Recuerdo haber visto hermosos chalets con sus murallas exteriores derrumbadas. En los altos se veían habitaciones que mostraban sus amoblados completos, tal como los había sorprendido el terremoto, con sus lechos, cristales, espejos, sillones en orden, como si se exhibieran en vitrinas de almacenes. Sólo faltaban los maniqués que imitaran moradores.

Encontré por fin un arriero que me arrendó uno de sus caballos. Se dirigía a Quinteros, de modo que él mismo podría servirme de guía. Empezamos la marcha por el camino zigzagueante de los cerros. Desde una de las alturas divisamos Valparaíso; mejor dicho, vimos una enorme humareda negra, siniestra, que se inclinaba hacia tierra y, a cierta altura, se desfleaba al viento.

—Icen que la hediondez es tremenda en el Puerto —dijo mi compañero—; pura carne podría y carne asá.

—¿Y Concón?

—A mi moo de ver, ei no ha pasao na. ¡Qué le va a hacer el temblor a una ranhería de totora!

—¿Pero, y el hotel?...

—Ei... puee ser —respondió el hombre—. La jutrería es la que más ha sufrió...

Y guardó despreocupado silencio.

A media tarde llegamos a Concón. Nos detuvimos frente al hotel. Era un edificio de un solo piso. Casi todo el techo y varias murallas se habían desplomado. Todo se hallaba silencioso y solitario. Me sentí morir de angustia. El corazón no me cabía en el pecho y subía a la garganta. Nos dirigimos a unos pequeños galpones que habían quedado intactos al pie del edificio... Allí había un grupo de personas.

De pronto escuché detrás de mí una voz conocida que gritaba:

—¿Tú?... ¡Chiquillo!

De un salto estuve en el suelo junto a mi cabalgadura.

—¡Elena!

Sí, Elena, intacta, el rostro radiante, abriéndome los brazos. Permanecimos unidos largo rato. Palabras atolondradas, palabras sin respuesta. Risas. Besos. Los labios de Elena tenían sabor a mar. Su rostro se había quemado ligeramente con los vientos salinos. La melena, naturalmente ondulada, me acariciaba el rostro, tan suave, tan mía.

Comprendí que la recuperaba, esta vez, definitivamente. Evité hablar de Augusto, y cuando le expresé que yo debía regresar a Santiago al día siguiente, me dijo:

—Te acompañaré, chiquillo... Ya no nos separaremos más.

—¿Cierto?

—¿Cuándo no te he dicho la verdad?

—¿Nunca más, Elena?

—¡Hasta el día de mi muerte!

Augusto, al verme, sonrió con gesto ambiguo, forzado. Pero había en su actitud una expresión que me infundió piedad. Comprendí que se sentía derrotado. No lucharía más.

—*Fatum!* —murmuró al darme la mano.

El Destino, no yo, lo había vencido.

Permanecimos dos días en Concón, esperando un vehículo que nos condujera a Viña del Mar. Muy poco se dejó ver Augusto durante ese tiempo. Nos arranchábamos en un pequeño galpón que anteriormente había servido de cochera y cabañeriza. Augusto salía desde temprano a recorrer la región y nos dejaba solos.

—Parece haber mejorado —dije a Elena.

—Sí —respondió ella gravemente, volviendo el rostro hacia el mar—. Tú tenías razón. Augusto no ha estado nunca enfermo. Me convencí desde el primer día de mi llegada aquí... Todo eso te lo contaba en mis cartas...

—¿Tus cartas?... ¿Me escribiste?

—¡Claro que sí!... Ningún día dejé de hacerlo... ¡Y tú no respondías!... Era tan grande mi desesperación, que estuve a punto de salir a buscarte..., sola...

—No he recibido ni una letra.

—¡Es raro! —dijo—. Yo le entregaba mis cartas a Augusto y él se encargó de enviártelas con el mozo del correo...

—¡Se habrán extraviado quizá!

—¡Es raro! —repitió Elena—. Yo te pedía que vinieras a buscarme... Y te esperaba de día en día... Hasta que llegaste, ¡por fin!

—Aunque para eso tuvo que ocurrir un terremoto...

Aquellos días pasados en Concón fueron nuestra verdadera luna de miel. Dormíamos en el suelo, en colchones desgarrados que se extrajeron de los escombros, o en pallasas de hojas de maíz crujientes, olorosas a campo. Pero una dicha inefable llenaba nuestro corazón. Salíamos a la playa desde temprano, nos bañábamos, trepábamos a las rocas, recogíamos mariscos y algas de mar. Y nos abrazábamos, por primera vez, con entera libertad.

También fuimos a visitar el camposanto serrano en que reposaba la abuelita. Elena depositó en la tierra custodiada por una cruz de madera una coronita tejida con ramas de michay y avellano.

De rodillas rezó y derramó lágrimas en recuerdo de la anciana que le sirvió de madre. No fueron, esta vez, lágrimas amargas. El sol de otoño brillaba con júbilo primaveral. El poderoso aliento de mar venía desde la playa como un rezongo de buen viejo gruñón.

El día de la partida, nos despedimos de Augusto sin ningún rencor. El nos abrazó en silencio. Estábamos conmovidos. Pasarían muchos años sin que nos volviéramos a encontrar, sin que nos escribiéramos siquiera algunas letras. Nuestras vidas tomaron, desde entonces, un camino diferente. El se marcharía al extranjero. Nosotros continuaríamos bajo la sombra del Santa Lucía, del San Cristóbal, de la Cordillera de los Andes. Vida de sufrimientos y alegrías... Vida. Pero en aquella época teníamos sangre joven. Podíamos labrar alegremente la tierra humilde. Nuestra tierra...

HISTORIA Y LEYENDA

¿Y la Colonia Tolstoyana?

Después de escribir las anteriores páginas, me acosa un sentimiento de culpabilidad. He dado muerte, quizá, a una hermosa leyenda. Tanto se ha escrito y comentado a propósito de esta curiosa aventura de un puñado de muchachos ilusos, que se ha conseguido darle trascendencia en la historia de nuestra literatura. ¿La tuvo en realidad? Sí, la tuvo; pero con ayuda de la fantasía.

La Colonia Tolstoyana fué un gesto juvenil intrascendente en su iniciación y en su realización. Pero ese gesto, amplificado por la imaginación colectiva, se transformó en creación de calidad. La leyenda ha sido en este caso la que tuvo un influjo positivo en el alma de nuestros contemporáneos. La leyenda recogió y tradujo el ansia de idealidad de un pueblo que posee ideales y fantasía. Ella vino a darle alas para volar y lo elevó un poco sobre el realismo que pesa en nuestra sangre. Mediante la leyenda fuimos algo más que carne percedera y barro en fermentación.

¿Qué cosa es el enorme poema de Mío Cid Campeador?... Una creación popular que representa el alma de una raza generosa. ¿Estaría bien que un protagonista contemporáneo de don Rodrigo Díaz de Vivar nos mostrara la cruda realidad de sus hazañas?

Yo no he hecho otra cosa, en las páginas de este libro, que contribuir a la muerte de la leyenda de la Colonia Tolstoyana. Soy el contradictor y, quizás, el asesino de la fantasía que creó acontecimientos y héroes que nos enaltecen

colectivamente. Estas páginas mías no son de exaltación. Acaso valdría la pena quemarlas y lanzarlas al viento. Sólo una pueril vanidad de verismo me hizo entregarlas a la vida. Sería de desear, como es posible ocurra, que la voz de este libro se apague como un grito sobre la superficie del mar. En vez de empequeñecer la leyenda, debí fomentarla. Yo mismo, personaje de esa leyenda, habría logrado empinarme hacia una supervivencia buscada por todos los artistas.

Después de todo, sólo Augusto d'Halmar, el menos tolstoyano de los tolstoyanos, estuvo en lo cierto. Al referirse a nuestra aventura, nunca dijo nada verdadero sobre la colonia. Cada vez que tuvo ocasión, procuró agregar misterio y vaguedad sobre nuestras inocentes correrías; jamás abandonó su papel de creador imaginativo por excelencia. El dijo en una ocasión: "No despertéis al que sueña" . . . El Molino y su pequeña lámpara irreal, leyenda maravillosa, son los que continúan iluminando la "entrada del gran camino, y, sin quererlo ni saberlo, logran esclarecer un pequeño rincón de esta tierra envuelta en las sombras de la noche . . ."

Y eso es todo. Pero yo me digo que si no pudimos ser Quijotes, como hubiera sido nuestro deseo, debemos conformarnos con el humilde papel de Sanchos . . . La vida se encargará del resto.

F I N I S

INDICE

	Pág.
Prólogo, por Mariano Latorre	7
Primera Parte	
ANTECEDENTES PERSONALES DEL AUTOR	
La amante pobre	25
Lo que desearíamos ser	32
Hogar paterno	44
Fuera de ambiente	50
Listos para volar	58
Tía Carmelita	62
Tía Rufina	69
En el camino popular	78
Vida austera	83
Segunda Parte	
COLONIA TOLSTOYANA	
A la sombra de Tolstoy	91
El primer paso	95
La avanzada	99
En viaje hacia el sur	105
Exploraciones	110
Un apóstol de la higiene	114
Enemigo a la vista	117
Junto al mar	121
Júbilo de amanecer	125
Adiós a la Frontera	128
El regreso	131
San Bernardo	134
El churrasco	138
Vida casera	141
Sirenas en fuga	145
Oficios humildes	149
El hogar de los colonos	154
Era un pueblecito casto y perfumado	157
Curiosidades indiscretas	160
Experiencia agraria	164

	Pág.
Tierra mullida y fragante	169
Trapos sucios	173
Embajada artística	177
El misterio en el arte	181
Cordillera sagrada	187
Condenado a soledad	191
En busca de regazo	195
La sensualidad enemiga	199
Amargura	203
¡Qué bello crepúsculo!	207
La otra colonia	211
Solicitaciones eróticas	215
El entierro	219
Revolucionarios	223
Soslayando lo escabroso	227
Tentaciones de San Antonio	232
Aprendiz de zapatero	237
El desbande	242

Tercera Parte HOGAR DE ARTISTAS

Nueva familia	249
Ruptura	254
Cabeza de familia	262
Abolengos	266
La abuela Juanita	271
La fuente	276
Preparación de novelas	281
Nostalgias de mar	286
Brasa escondida	289
La rebelde	294
La caza	298
El compromiso	302
Tormenta	307
Sesión de hipnotismo	313
Clima esotérico	320
Liquidación sentimental	327
El entierro de abuelita	332
Epílogo	337
Historia y leyenda	354